

PAUL GROUSSAC

FRUTO VEDADO

—COSTUMBRES ARGENTINAS—

M. Biedma



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE M. BIEDMA

Belgrano 133 á 139

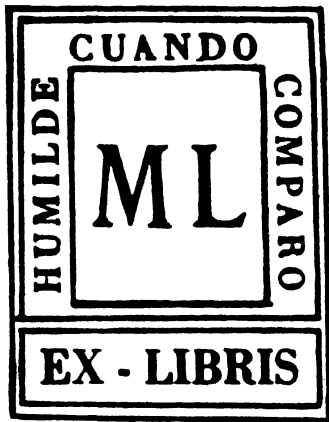
1884

Al Sr^o Julio Costa

En un q^o amigo

Esperando

✓



.

FRUTO VEDADO

PAUL GROUSSAC



FRUTO VEDADO



— COSTUMBRES ARGENTINAS —



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE M. BIEDMA

Belgrano 133 á 139

1884



SE HAN TIRADO DE ESTA OBRA:

15 Ejemplares en papel de Holanda.

Todos estos ejemplares están numerados y firmados por el autor.

A CORNELIA

COMO ESCULPE EL MARINO EN LA ALTA PROA
DEL ESQUIFE NOVEL, EFIGIE SANTA;
ANTES DE ABANDONARLO AL MAR INCIERTO:—
ASÍ GRABO TU NOMBRE EN ESTA PÁGINA.



I.

En la rada exterior de Buenos Aires, estaba terminando su embarque el gran vapor paquete *Paraguay*, próximo á zarpar para el Brasil y Europa.

Llegaban todavía algunas balleneras cargadas con pasajeros y baules; y al acercarse, sufrían el violento balanceo del oleaje corto que rompía al rededor del buque, alzadas por momentos, con toda la proa fuera del agua, por el reflujó de las chalanas y vaporcitos vacíos que volvían á tierra. A pocas brazas del bordo, el patron largaba la escota de su vela latina que chasqueaba un ins-

tante contra el palo como bandera; luego la afer-
raba rápidamente, y estribándose con un remo en
las embarcaciones apiñadas por babor del *steamer*
y abordándose con choques incesantes, procura-
ba atracar á nivel en el continuo embate de la
ola.

Mujeres y niños espeluznados por esas diez
millas de viento récio y sacudidas al través de la
rada; ancianos de manos secas y trémulas, se ar-
rojaban pesadamente, asidos de los marineros de
pié y como remachados á sus bancos, procurando
agarrar el guarda-mancebo de la escalera, que á
cada balance alternativo hundía en el rio sus dos
últimos peldaños.

Algunos pasajeros enredados con sus maletas,
sombrereras, jaulas de loros, objetos estrambóti-
cos é inútiles que llevaban como curiosidades del
país, y que habia de encontrar á montones en
los muelles de Génova ó Marsella, erraban el ins-
tante propicio para saltar, hundiéndose hasta el
tobillo en la salpicante oleada;—y este primer ac-
cidente acrecentaba aún las amarguras de la par-
tida.

Arriba, en la mezeta de entrada, el Comisario

el *maître d'hôtel*, los mozos del servicio apoderábanse de personas y cosas, sacudían boletos, empujaban á los pasajeros hácia los camarotes cuyos números lanzaban en alta voz: *couchette 45! Arrière! carré des enfants!* Circulen, caballeros! —y era una batahola de gente descuajada rodando por las escaleras, tropezando en las puertas, atropellándose en los estrechos pasillos, chocando sus maletas, riendo á gritos con los lanceros italianos.

El rechinar de las cábricas y el silbido del Contramaestre, desgarraban brutalmente el murmullo confuso de las despedidas, pareciendo que cortasen los abrazos de la última hora, las recomendaciones supremas en que se cruzaban voces francesas, italianas y castellanas. En la toldilla de popa, en el salón, á lo largo de las baterías, acá y allá sobre cubierta, grupos de parientes y amigos se estrechaban contra los que partían, ya encasquetado el gorro y terciada en bandolera la bolsa de viaje.

Había enfermos que empezaban á toser con la fresca brisa de esa tarde de Marzo; éstos esperaban comprar pulmones flamantes en Europa;

pero algunos habian de concluir sus trabajos junto con los primeros frios, allá por la altura de las Canarias. Viudas de extranjeros volvian á la patria, y sentian ya dejar el pedazo de suelo donde yacía el ser querido. Y había otros dramas íntimos que se entreveian tras de los ojos henchidos y las pálidas mejillas transparentes.

Mas para todos, y hasta para las familias ricas y completas que iban á saborear como una fruta madura el realizado sueño de un viage de recreo, la hora de la separacion tenia secreta amargura, desgarraba ciertas fibras íntimas del corazon. Era la hora en que se aprecian en su valor los hábitos tranquilos del hogar, los apacibles vagares, las relaciones cordiales de cada dia, en fin la buena prosa de la vida. Y felizmente, siquiera, el aturdimiento de los preparativos de instalacion prestaba no sé qué ficticia insensibilidad á los viajeros, amortiguando las nacientes tristezas. Muchos de los que, poco despues, habian de abrir sus maletas con un suspiro, experimentaban ahora el deseo secreto de concluir de una vez: porque esta hora de la separacion es el término de varios dias de fatigas, de afanosas diligencias, de des-

pedidas monótonas con los mismos brándis y los mismos votos cien veces repetidos

En el gran salon, no obstante, algunos comerciantes franceses y belgas bebían cerveza, discutiendo de cueros y fardos de lana con serenidad. Muchos de ellos emprendían este viaje anual, con la tranquilidad que gastaban cada quincena para leer ó escribir montones de cartas llenas de cifras, y terminando con un corto saludo, invariablemente el mismo, aun despues de veinte años de relaciones comerciales. Hoy, se despachaban ellos mismos, como hicieron durante seis meses sus envíos de frutos del país. Hechos al mar y con estómago seguro, se arreglaban ya para pasar agradablemente los veinte y ocho dias de la travesía, hablando, cuando no fuera de negocios, de whist entre cuatro, de almuerzos en Paris, en casa de Marguery cerca del Gimnasio: tan poco conmovidos sobre el steamer rugiente como los grandes peces que rozaban su quilla al pasar por debajo.

Uno de ellos, especialmente, eximio jaranero de unos treinta y cinco años, ancho de piés á cabeza, charlaba sin cesar, con una voz clara y so-

nora, de acento fuertemente bearnés, y matizando con voces y giros españoles todas sus frases. Era Juan Bautista Capdebosq, de Pau, que durante quince años había arrastrado su alegre bartola por las cuatro esquinas de la República Argentina, empezando como peon de saladero para concluir de rico cañero en la provincia azucarera de San José, donde tenía un grande ingenio. Y seguía comprando, vendiendo, braceando diez negocios á la vez, generoso por naturaleza y pródigo por vanidad, siempre en camino de maldecir la perra tierra donde sin mucho cansarse estaba levantando una fortuna colosal.

A bordo, estaba en su casa, como en todas partes. No por ser pasajero habitual—pues era el único del grupo que no hubiese vuelto á Europa desde su primer arribo á la República—y esto hacía mas notable aún sus críticas á diestra y siniestra, sin tregua ni restriccion. Pero se habia relacionado en la Bolsa ó en el Club francés, con todos los oficiales y empleados de los paquetes. Años hacia que anunciaba su viage, señalando el vapor preferido; y llegado el momento, no se marchaba. Pero, siempre que estaba en Buenos

Aires, no dejaba de acompañar á bordo á algun amigo, dándose el gustazo de sentarse á la mesa, inspeccionar los camarotes, designar el que se reservaba, y cuando le decia el Comisario al trincar enérgicamente con él:

—“Y bien, Capdebosq ¿es para hoy?”

—Ah! no me hable usted mas! contestaba con aire desesperado y en el language excesivo del Mediodia—es cosa de pegarse un tiro! Loustalet ¿se acuerda de Loustalet, mi habilitado de Córdoba? El muy bribon me dejó plantado para carsarse en San José.”

Cuando no era Loustalet, era la mala cosecha, ó una tropa de mulas mandadas á la féria del Vilque, cuyo resultado no sabia aún. . . . [En realidad y apesar de todas sus maldiciones, vivia feliz en la República, no conociendo en Europa mas que la estrecha ciudad natal, que abandonára antes de los veinte años, ignorante muchacho sin fortuna, si bien con energía é inteligencia poco comun. Apesar suyo, la idea de quemarlo todo y no volver más, como decia, causábale un vago malestar que nunca habia confesado. . . .

Pero, esta vez se marchaba de veras, despues

de un pleito irritante que habia perdido, "con costas" cuyo importe triplicaba el importe de la cosa pleiteada.—Con la ciega obstinacion de los que ignoran los procedimientos, habia perseguido durante años un cobro justo, pero con documento deficiente. Encastillado en su derecho absoluto, se indignó con la pérdida del asunto, y despues de maldecir durante meses no sólo á los jueces, sinó á los abogados, escribanos y alguaciles de la comarca, resolvió marcharse para no volver mas. Sí, señor! nunca, jamás! Ah! se ponía terrible ese Capdebosq cuando se empacaba ante una idea fija, como una mula sanjuanina ante la sombra de sus orejas!

Sin embargo, no habia vendido su ingenio. Con la fria razon bearnesa que se encubria bajo sus superficiales arrebatos, al despedirse para siempre del país, habia conservado la direccion de sus negocios, y el sucesor pretendido no era sino su representante.

Con todo, Capdebosq sentíase feliz al pisar la cubierta de ese buque de ultramar, que para él era ya la Francia. Habia elejido para él sólo un excelente camarote, á igual distancia de la hélice

insoportable y del salon de los niños "mas insoportable aún". Despues de distribuir algunas monedas acá y allá, como hombre práctico que conoce el secreto de hacerse servir bien en todas partes, saboreaba su felicidad á su modo, el cual consistia en gritar desaforadamente sin ser interrumpido. Por cualquier motivo, sus ojos porcinos chispeaban en su ancho rostro de luna llena, casi imberbe, salvo un bigote rubio de afilada punta. Golpeaba la mesa con su enorme puño de dedos cuadrados, relumbrando en el anular una sortija con solitario de mil duros. A cada movimiento suyo, sonaban chocándose en su chaleco blanco la gruesa cadena maciza y los dijes de su reloj, donde brillaba un medallon oval con un relieve de escuadra y compás entrelazados.

Crecia la confusion á medida que se aproximaba la partida. Los grupos ya invadian el salon; subian y bajaban pasajeros de aspecto azorado ó afligido, con no sé qué sello extraño debido al primer contacto de tanta gente desconocida. Por la escalera de babor apareció un hombre joven aún, sosteniendo del brazo á una señora anciana

y achacosa: despues de dejarla acomodada en un sofá, la saludó respetuosamente y se dirigió hácia la puerta.

“Té! Renault! exclamó Capdebosq en tono de alegre sorpresa, y corrió hácia el desconocido con los brazos abiertos.

—“Y cómo aquí, de viage, sin avisarme nada? continuó el bearnés despues de un formidable estrujon. El otro contestó sencillamente:

—Yo mismo nada sabia hace ocho dias: es una idea que me vino al leer el anuncio de las salidas de los vapores.

—Y esta señora? de su familia supongo.

—No tengo mas familia que la que me conoció allá. . . .” y agregó con una fria sonrisa: “es una conquista que acabo de hacer á bordo. Seguro estoy de no errar las simpatías de las señoras de sesenta arriba. ¿No sabe vd. Capdebosq, nó? Hasta luego, entónce? Camarote número 78. . . .”

Saludó ligeramente á los comerciantes sentados á la mesa, dió un apretón de manos á Capdebosq, y desapareció por la escalera de la toldilla.

Era un hombre de alta estatura, unos treinta y

dos años; muy rubio de pelo y barba, pero el cutis bronceado por el sol y la vida azarosa; su frente blanca y recta no tenia mas que una arruga vertical, en el entrecejo : y este rasgo de energía venia bien con sus ojos francos y valientes, el andar lento y firme de su cuerpo robusto. Llevaba con cierta elegancia inconciente su traje gris de viagero, sin pretension alguna, en la soltura de su cuerpo musculoso y flexible.

No era precisamente hermoso, con sus facciones algo irregulares, su boca un poco seca y fria, su largo bigote eslavo: pero adivinábase al verle uno de esos seres raros que la naturaleza se toma el trabajo de formar *á mano*, por decirlo así, en lugar de vaciarle en uno de los cuatro ó cinco moldes vulgares donde se fabrican por mayor las anónimas muchedumbres. Sentíase una inteligencia y una voluntad debajo de esa frente despejada, de cejas fácilmente fruncidas; una fuerza contenida, en esos movimientos precisos y firmes como los de una poderosa máquina. De apariencia reservada y *distanciosa* á primera vista, bastaba que sus labios se entreabriesen para sentirse atraído como por un foco de heroica generosidad y

bondad infinita. Lá bondad! era el rasgo supremo de esa naturaleza, la huella luminosa que dejára en todas partes donde pasó, la púrpura invisible con que inviste Dios á sus criaturas de eleccion. La bondad varonil no es por cierto incompatible con el valor y la energía: casi podria decirse que es una de sus condiciones—pues el peligro que el valiente desprecia, es en cierta manera una forma del mal.

Tal era Marcel Renault. No pertenecía al grupo incoloro de los que todo el mundo concuerda en admirar. Pero se decía que había inspirado afecciones puras y duraderas á dos ó tres mujeres de talento: y nada prueba la superioridad de un hombre como el ser apreciado profundamente por una mujer casta á quien nunca ha de dirigir una palabra de amor.

Hácia él se dirigió la conversacion de sus compatriotas en cuanto hubo salido, pues todos le conocian, siquiera de nombre. Se cruzaban las apreciaciones mas contradictorias, como sucede siempre cuando la gente vulgar no tiene fórmula y contraseña admitida para juzgar á las personas superiores ó las cosas complejas. Cazenave, el

barraquero, declaraba á Marcel "cabeza hueca" y "Don Quijote". Coustallot, el almacenero por mayor, cuyo cerebro parecia soldado herméticamente como una de sus conservas alimenticias, emitía esta opinion profunda: "es buen mozo pero nada práctico". Y desarrollaba así su pensamiento:

—“Por ejemplo, en 1873, cuando era especulador en Buenos Aires, se dejó arrastrar como un niño en la bancarrota de las casas que sabeis. El no tenia que hacer, sino presentarse tambien en quiebra. No era culpa suya, al fin. Pero, no señor! Se quedó en la calle, sin medio, antes que declararse insolvente. Una calaverada! Pero vd., Capdeboscq, le conoce mejor que nosotros . . .

—Por supuesto! Hace seis años, poco despues de mi llegada al Interior.“

Y como Capdeboscq tenia corazon, sentido recto, y aun cierta finura montañés debajo de su corteza vulgar, miró de frente al desteñido almacenero, apuró su copa, y encogiéndose de hombros, exclamó:

—“Ahí tiene vd. cómo se juzga á los hombres en este país? Nom d'une brique!”—Marcel era el rey

de los hombres: capaz de tentarlo todo, ménos una accion dudosa ó una cobardía.

Y el bearnés contaba á su modo y en su estilo pintoresco la vida de su amigo, sus luchas y sacrificios, exaltándose ante la solidez de sus puños lo mismo que ante la bondad de su corazon. "Por ejemplo, un dia, en la frontera de San Luis, donde era representante del proveedor; llega á un fortin y encuentra á un soldado estaqueado, ya sabeis, al aire, estirado de las cuatro patas. y un sol rajante! El pobre diablo, abotagado y casi en agonía gritaba *sarriño!* con su voz roca como un estertor. El Comandante del fortin, un teniente mulaton, habia prometido volver á la media hora, para soltarlo... Pero pasaban las horas; y los compañeros, conociendo el humor del gefe no se atrevian á desatarlo. . . . Marcel se apeó, cortó las correas con su cuchillo, puso á la sombra al infeliz, con ayuda de su asistente, y se fué al rancho donde le dijeron que estaba el oficial. Estaba bailando un *cielito*, repleto de caña, en frente de un trapito moreno, de esa chusma que sigue los campamentos y recibe racion. . . . Tres ó cuatro chinas, en cuclillas, fumaban y jaleaban á compás; en un rincon un

viejo rasgueaba la guitarra. Adivináis la que se armó? El oficial, ébrio y furioso, corrió derecho á su sable, por supuesto! pero Marcel tuvo tiempo para sacar el de su asistente, y se trenzaron ¡de mi flor! El oficial hizo: *ah! hijo*. . . . y cayó como un buey acogotado, la cabeza partida. . . . El gefe de la frontera, un buen muchacho, aunque sea hoy, en fin! invitó á Renault á almorzar. El oficial fué despachado. . . ."

—Partido y despachado: es duro, dijo el prudente Cazenave.

—“Solo tiene un defecto, rayo de Dios! Quiere á este endemoniado país, como á la Francia, palabra de honor! Eso tiene enamorarse: casi se casa, allá, por arriba! Ahora tiene una estancia por Corrientes, donde pasa la vida como un salvaje, corriendo á monte ó leyendo. Estuve allí el año pasado por un negocio de maderas: en tres dias me envejecí, y casi me muero de aburrido. La gente no habla siquiera cristiano, un tartajeo gangoso llamado *guaraní*, ¡que los entienda Satanás!—En fin, Marcel no es muy alegre ¿qué quieren ustedes? No ha sido feliz. Pero franco como el oro y recto como una flecha. Es mi ~~opi-~~ nion. ¡A su salud!”

Marcel Renault fumaba un cigarrillo, apoyado en la baranda de la toldilla. Caía la tarde lentamente sobre el río ancho como un mar; algunas lanchas y vapórcitos se alejaban en dirección á la gran ciudad que se divisaba vagamente, entre las dos listas verdes de Palermo y la Boca. Los grupos de las despedidas eran ya ménos compactos sobre cubierta.

Contra la bodega central, abierta como un pozo oscuro, un pobre corazón de madre agonizaba, en medio del tumulto indiferente y bajo las distraídas miradas de algunos pasajeros sentados cómodamente en sus sillones. Era una nodriza campesina, jóven aún, con sus dos trenzas negras en la espalda, y un pañuelo colorado de espumilla, echado en rebozo como una manta española. Dos mujeres de su clase, madre y hermana sin duda, se alejaban ya, llevando la mayor entre sus brazos á un niño, ridículamente ataviado con colores vistosos. Hubo un grito de súplica, y la pobre chinita se abalanzó sobre su hijo: era un lindo muchachito de pelo crespo y cútis de bronce: miraba á su madre con sus grandes ojos negros casi sin esclerótica, tendiéndole los braci-

tos desnudos. Debía tener un año, y se reía mostrando sus primeros dientes deslumbrantes. ¡Ay! para seguir á los amos, fué menester destetarle muy temprano quizá, enseñándole á sufrir desde su entrada en la vida, pues la suerte avara cerceña á los pobres hasta la infancia feliz. . . .

Ella le tomó con violencia, se puso á devorarle á caricias, mientras que gruesas lágrimas bajaban lentamente por sus tostadas mejillas: y no sabiendo qué darle más, en su remordimiento del abandono, sacó su pañuelo de bolsillo y lo ató al pescuezo de la criatura. Y bajo la furia de esas caricias casi salvajes, el chico sorprendido y como cebado por las lágrimas maternas, rompió también á llorar. Se lo quitaron. Pero la madre acurrucada contra el palo mayor y sollozando bajo el pañuelo con que se cubrió la cabeza, no pudo siquiera sufrir en paz. Una mucama extranjera ¡blanca y alegre, ella! le trajo un bultito rosado perdido en una ola de blondas: era el amito venal que desposeía al verdadero dueño, para quien la naturaleza había llenado de leche el pecho henchido. Mas ella, esquivá, hurafía, casi hostil, dejando á la criatura chupar con avidez y golpearle

el seno con su manecita rolliza, se avanzó hasta el bordage, para mirar mientras pudiera al hijo de sus entrañas que la necesidad hacia huérfano.

Al fin, todos los baules y los últimos cajones estuvieron izados á bordo y amontonados sobre cubierta, cerca de la boca de la bodega, como gigantescos sillares de un muro desmoronado. El *Paraguay* soltó al aire un prolongado y ronco silbido; cuantos acompañantes, parientes y amigos habian quedado, se desgranaron en largo rosario por la escalera que se empezaba á alzar desde el pescante. Las lanchas atracadas se alejaron llenas de gente; hubo todavía durante unos minutos, manos y pañuelos agitados, llegaron últimos gritos de despedida: *Bon voyage! Adios, querido!*—Luego, la masa enorme estremeciéndose bajo el trepidante ronquido de la hélice, comenzó á virar de bordo lentamente.

Marcelo hizo dos ó tres saludos con la mano hácia un vaporcito que emprendia la vuelta, ritmando su marcha con un claro chasquido;—despues bajó á la cubierta, donde una docena de pasajeros ya tomaban posicion al lado del palo

mayor, instalándose en sus sillones de lona ó mimbre, hasta la campanada de la comida.

Algunos, ya melancólicos, pensaban en lo que hicieran la víspera á estas horas; otros sorprendidos por el repentino aislamiento, probaban andar frágiles simpatías que la primera escala ó el hastío irritante de la travesía habia de romper.

En el grupo vecino de Marcelo, dos ó tres viajeros novicios, sentíanse ya con el corazón revuelto por la travesía de la rada: pero todos estaban provistos contra el mareo. Un joven porteño, Carlos Romero, bonito y elegante mozo que iba á estudiar la vida europea desde el observatorio del *Grand Hôtel*, confesaba que se habia cinchado el abdomen con una faja de franela—remedio infalible, ya desechado en tiempo de Montaigne!

A su lado, un caballero español habia absorbido desde la víspera sendas píldoras de quinina, quedando mas sordo que el bordage del buque. Tambien intervenia en la discusion una señora madura, para revelar que no conocia receta mejor que unas cuantas fricciones de atropina en el estómago. . . . y ninguno dejaba de consultar á los

oficiales que pasaban y contestaban invariablemente: "¡Cómo, marearse! ¡si no nos movemos!"

Se movían, sin embargo; el steamer en plena marcha experimentaba lentas oscilaciones. Algunos pasajeros empezaron á quedar silenciosos, apretando las mandíbulas y sintiendo ya su boca seca. . . . Y poco á poco, apesar de la quinina, la faja y lo demás, el grupo de precavidos fué desapareciendo, hallando cada cual algun pretexto para ganar su camarote.

Marcelo, habiendo quedado casi solo, invadido á su vez por la antigua tristeza de los largos viajes por el desierto, fué á pararse en la barandilla de popa, fijando su mirada en la lista cada vez mas vaga é indecisa de la costa baja, que se perdía en la lejanía crepuscular. El sol se había puesto, allá, detrás de la vasta ciudad, y la noche bajaba sobre el rio. La rada se encendía, confundiendo sus farales con las primeras estrellas. Hacia el poniente, Buenos Aires iluminado alargaba en el horizonte una corniza de fuego de una legua; pero antes que la distancia creciente, la niebla de la tarde debilitó muy pronto la línea luminosa, que se apagó por fin como un adios.



II

Este viage á Europa era un gran acontecimiento en la vida de Marcel. Algo como el fin de una fase, la de su juventud y vida americana. Cerca de doce años hacia que llegó al Rio de la Plata, apénas hombre, creyendo cruzarlo y recorrer el mundo, siempre encantado y bebiendo la ciencia en todas las fuentes del universo.

Estaba á punto de terminar su segundo año de Escuela Politécnica, cuando fué expulsado á consecuencia de esa manifestacion liberal de 1869, que casi hizo licenciar la promocion entera, y entre cuyos autores se hallaba Marcel Renault.

Todos los alumnos, sucesivamente interrogados, habian cumplido la consigna de guardar el silencio. Pero cuando Marcel se encontró delante del general comandante de la escuela, tieso, abrochado, procurando intimidarle, se denunció lisa y llanamente dando razones que agravaron su falta. Esta parálisis de su lengua para la mentira habia de ser incurable.

Aceptó galantemente su papel de víctima y partió para América, sublevado por la podredumbre imperial cuya próxima disolucion no podia prever.

Pocas semanas despues de su llegada á Buenos Aires, supo la ruina casi completâ de su padre, tomado en el hundimiento de un gran banco parisiense. Habia que fondear aquí, trabajar para vivir, tal vez para que pudieran vivir otros . . . En fin bastarse á sí mismo, so pena de ser un cobarde que recortára la mezquina porcion de los seres queridos quedados allá. El padre adjuntaba á la triste noticia una carta de crédito que Marcel devolvió intacta, para dar principio á su resolucion.

Hasta entónces no habia pensado sériamente

en trabajar. Había prestado poca atención á diversos proyectos grandiosos que algunos amigos recientes le habían sometido: quiso tentar desde luego, la realización de alguna de esas empresas. Pero se apercibió de que todos los inventores le habían considerado á él como sócio comanditario. Faltando el dinero, todo faltó—y hasta los amigos que desaparecieron como por encanto.

Una mañana, hizo este descubrimiento: no le quedaba sino un billete de doscientos francos.

Pensó todo el dia en la situacion, y á la noche, despues de comer en el Café de Paris, recordó que había prometido mandar un ramo de flores á una comiquilla francesa que no le queria mal. Cumplió su promesa, exclamando: «¡Bah! Si hay que comer pan negro, lo quiero sin confituras. ¡Viva la miseria franca!» — Marcel tenía veinte años.

La conoció la miseria, y el frio, y la mala vergüenza del traje envejecido y la ropa dudosa! Sintió la tortura del agitado sueño, todo vestido y tiritando al pié de un árbol, cuando el estómago vacío parece que agolpara las ideas siniestras en el cerebro. Su vibrante altivez sufrió las desde-

bosas repulsas, la pesada indiferencia de los repletos advenedizos. Experimentó este dolor aún más íntimo de la compasión un poco despreciativa leída en los ojos de las mujeres bellas, en esa edad en que el alma está más hambrienta que el cuerpo, y se quisiera morir por una mirada de amor. . . .

Y en esta hora de recogimiento, al alejarse del teatro de su juventud, toda su vida se desplegaba, con sus mil incidentes apilados, superpuestos, como en esas crisis supremas de la agonía, durante las cuales, según se dice, el ser humano revive veinte años en veinte segundos.

Se miraba del todo distinto y lejos de sí, como si de otro se tratara. Aun, á veces, se le escapaba una exclamación ¡Pobre muchacho!

Se veía primero á gran distancia, sufriendo la pobreza tímida de los primeros tiempos, en Buenos Aires; luego, huyendo de la gran ciudad con el pavor de un adolescente altivo y soñador, ante esa máquina formidable con sus mil ruedas desapiadadas, capaces de destrozarle y pulverizarle sin detener un segundo su movimiento. . . . En seguida, venía la libre existencia campestre, las

correrías en la pampa, á caballo por la escarchada pradera, buscando en vano un pretexto en que colgar los ensueños infantiles y las impresiones de sus lecturas novelescas. Y le habia tocado caer en el centro de ese horizonte desesperadamente llano y monótono, á cuarenta leguas de Buenos Aires: un solidificado océano de implacable verdura, invariable aunque se galope dias enteros, apenas accidentado con pequeñas lagunas junco-sas, cubiertas de rosados flamencos y *tero-teros*, chillones! . . .

Despues, era la vuelta á la gran ciudad comercial que ya no le causaba miedo, sabiendo la lengua y sintiendo templada su alma y endurecida su fibra juvenil.

Trabajaba entónces, se creaba relaciones, abria su vèla al primer viento de prosperidad; comprendía mejor la sociedad y la vida: lucha encarnizada y cruel, sin duda, pero en la que cualquier hombre encuentra tantos aliados como enemigos, en cuanto sabe la contra-seña y no se absorbe en la soledad. Ejercía su profesion de ingeniero — como alumno de la primera escuela científica del mundo — se lanzaba á especular sobre valores y

terrenos, era un instante proveedor de ejército en la frontera, tocaba febrilmente á la fortuna . . . y naufragaba en el puerto.

Por fin, penetraba en las Provincias del Norte, en la soñada naturaleza tropical. Y aqui un encantado idilio que remataba en una catástrofe: el amor hallado, la gran pasion exclusiva que absorbe y subyuga al ser entero. Y de todo el pasado, nada le dejára en el corazon, amargura comparable al derrumbamiento de este sueño tanto tiempo acariciado y tan pronto desvanecido. Habia amado locamente, casi hasta la muerte. Veinte veces habia arrojado al peligro su vida, como se tira cualquier desecho al mar por cima del bordaje: la muerte le había vuelto á la playa — como la vez que se lanzó á caballo en un torrente crecido, rodó como una hoja en la furiosa corriente de donde el animal no volvió á salir — y fué echado por un violento remolino contra un brezal de la orilla donde instintivamente se agarró. . . Todo había perdonado á la vida, salvo esta profunda herida que, despues de cinco años, se abría de nuevo por intervalos, semejante al desgarramiento de las uñas del jaguar, que aunque cicatrizado no desaparece jamás.

Llegaban al cabo los años de resignada conformidad; los largos viages comerciales, á caballo durante meses, las paradas en el monte, cerca del fogon encendido con un árbol entero, los buenos sueños de fatiga bajo el cielo estrellado; la ancha vida del estanciero sobre el Alto Paraná. . . Y entónces el corazon amortiguado dejando mas lúcida la cabeza: el dinero ganado sin placer y derrochado sin pesar, alternando los cálculos lucrativos con la sed creciente del estudio—y allá, cada seis meses, una bordada á fondo en Buenos Aires, que le dejaba libre por algun tiempo y espantaba el enjambre de importunos recuerdos. A veces, en su casa de campo que desarrollaba su verandah en la márgen del rio, meditaba en su existencia sin porvenir, como un callejon sin salida; y los ecos de la lejana civilizacion que cada paquebote le traia, revolvían un instante las enfriadas cenizas de sus pasadas ambiciones. Quedaba entónces aplastado bajo una tristeza de plomo, diciéndose que era muy tarde ya. Y los treinta años le sorprendieron así, perplejo entre el hábito de la libre y altiva existencia americana, y el deseo secreto de entrar en el escenario que no podia olvidar.

Tambien, su juventud tenía todavía súbitos despertares, hambres de corazón que no saciaban por cierto, esas mestizas de grandes ojos vacíos, de negras trenzas sin gracia ni perfume, con sus caricias de esclavas y sus conversaciones trilladas y chatas como una senda de llanura. Soñaba á veces con otro amor, de tarde, cuando la brisa le traía como una tentacion la fragancia de los azahares y jazmines silvestres; pero, la imagen antigua, reaparecía en su irradiacion de incomparable dulzura, y no quería desencumbrarse de la pasion única de su vida.

Pero, un dia que estaba almorzando en un café de Buenos Aires, vió anunciada la partida del *Paraguay*. Cien veces habia leído anuncios parecidos sin hacer alto. Pero, esa mañana, ya sea por el esplendor del dia de otoño cruzado por una alegre brisa del rio, ya por algun misterioso instinto del corazón, quedó pensativo. Despues de mucho reflexionar, no encontró razon alguna que oponer á la tentacion que se impuso repentinamente á su espíritu. Escribió en el mismo café una carta á su sócio, y fué á tomar en la agencia su boleto para Burdeos.

¡Cuántas veces se había prometido esa vuelta á la patria como una recompensa y casi una resurreccion! Creía que al poner el pié en el *steamer*, su corazon súbitamente rejuvenecido brincaria en su pecho. Pero nada semejante había sucedido, y encontraba aqui una última decepcion. Ya sea que fuese muy tarde y que las raices adventicias hubieran secado en él las primitivas, despues de tan larga trasplantacion; ya que fuera él de los que desfloran y marchitan todas las dichas reales por haberlas sentido y descontado de antemano con la imaginacion: — hallábase mas frio que nunca, experimentando el nostálgico pesar de la tierra argentina, como de una patria perdida . . .

Todas estas reflexiones y recuerdos se escapaban de su mente, rápidos y apañados, como una bandada de pájaros en el crepúsculo cuando se arroja una piedra al follaje donde están anidados, —en tanto que se borraba el horizonte oscurecido, cual si el cielo cayera en el mar, y que el vasto navío cortando las aguas del Plata, se hundía en la noche con un largo rugido.

El toque de la campana le arrancó á su pesada

meditacion. Se encontró solo en la toldilla, y se dirijía á la escalera, cuando una forma blanca, se avanzó ligera y esbelta á su encuentro. Se detuvo sorprendido. Al pálido reflejo de la noche serena, parecióle distinguir facciones harto conocidas, y se estremeció, creyendo en una alucinacion. Mas cuando la vision estuvo cerca de él, de repente, dió un grito ahogado ¡*Andrea!* y vaciló como si recibiera una bala en el pecho.

Corrió hácia él con las manos tendidas:

—“Andrea, no: pero, Rosa, su Rosita de otro tiempo ¡Ah qué dicha despues de tantos años!”

Marcel tuvo un gran suspiro de alivio; pero sin encontrar palabras todavía, apretaba en sus manos las de la niña. Tenia diez y siete años apénas; con el vestido algo corto aún, aparecía divinamente elegante y fina en las tinieblas blanquecinas; de sus facciones solo se distinguia el delicado conjunto, el perfil alargado de su cara pálida. Seguia su charla de silvia encantadora:

—“Es Capdeboscq quien acaba de avisarme.... ¡Qué suerte! vamos á Paris con mis tios.... Usted tambien me confundió con Andrea? Ella está en Paris con su marido... ¡Qué lindo viaje vamos á tener!...”

Pero tuvo una revelación ante el silencio de Marcel. Después de cinco años, había olvidado ese doloroso rompimiento con su familia, no recordando por lo pronto sino su afecto casi filial de niñita de trece años por el novio de su hermana mayor. . . . Ahora, sentíase helada ante la actitud de Marcel, comprendiendo la imprudencia de su arrebato de corazón.

Él la miraba con avidez, como si temiera aún ser el juguete de una ilusión. Y como la pobre niña conmovida y cortada, bajara los ojos sin atreverse á hablar, la llevó suavemente hasta un sitio alumbrado por las lámparas del salón, y después de contemplar esa cabeza deliciosa, procurando revivir la que había acariciado tantas veces, en otro tiempo, cuando la encontraba en la puerta de la casa de campo, siempre la primera en darle la bienvenida, como un alba risueña—murmuró con ternura infinita:

—“¿Por qué ha de sufrir usted, por la culpa de otros? Soy siempre su viejo amigo, Rosita, su hermano! . . .” Y llevando á sus labios la mano de la niña, helada por la emoción, agregó:

—“Pero, ahora déjeme solo Quiero repo-

nerme de mi sorpresa. Estoy muy contento con encontrarla aquí Adios, niñita!" Estuvo de repente alegre y risueña, como despues de un aguacero de estío, el colibrí ante el primer rayo del sol que seca sus alas "¡Hasta luego!" exclamó con ese acento cantante de las Provincias, y desapareció en la noche.

Y Marcel, quedando solo, procuró en vano resucitar en su memoria el recuerdo de esa Andrea por quien habia sufrido tanto tiempo. Desde ese instante, cuando intentó evocarla, fué la imagen de Rosita, de la hermana, que se le sobrepuso, como si los dolores del pasado se desvanecieran al cabo ante una vaga esperanza del porvenir.



III

La crisis comercial de 1875 que perturbó tan profundamente la hacienda argentina, principió en realidad á fines de 1873. Pero las preocupaciones más febriles y absorbentes de la lucha electoral que dominaban al país entero, impidieron dar importancia bastante á los síntomas visibles de un próximo desastre.

Marcel fué una de las primeras víctimas. Él tambien habia especulado sobre terrenos, comprando y vendiendo cada semana suertes de estancias, campos para colonias, con planos y proyectos de futuras poblaciones, calles delineadas,

teatros é iglesias en hermoso lavado de tinta china y carmin: de todo lo cual escasamente conocía la ubicacion general y los títulos de propiedad. La facilidad del crédito, rasgo peculiar de la especulacion americana, fué también aquí la causa de muchas ruinas.

Como en el conocido juego del papel encendido que circula en la rueda, despues de comprar por 10 lo que valia 5, para venderlo en 15 al vecino, hasta alcanzar precios que rayaban en locura: sucedió fatalmente que el papelito se apagó en alguna mano. Los compradores á 100 no hallaron á quien vender, y allí fué el principio del deshielo general. Terrible fué la reaccion: en una semana los precios cayeron á nada. La Bolsa parecía un asilo de inválidos. Como una vela henchida cuya escota se rompe súbitamente, el crédito general cayó inerte y sin punto de apoyo.

Una tarde de Enero, Marcel se consideró feliz al vender por veinte mil duros, un lote de campo que le costó suma triple la semana anterior. Es inútil decir que no lo conocia ni de léjos. Felizmente, habia ganado bastante en sus anteriores especulaciones, y pudo pagar sus diferencias, que-

dando encallado en la costa con unos cuantos miles de francos en el bolsillo.

A los veinte y cinco años, habia tenido al alcance de su mano casi una fortuna, con qué poder volver á su país, jóven aún y apto para todo. Había que comenzar de nuevo. Pero, como presagiára que la República iba á entrar en una fase desastrosa, proyectaba así mismo volver á Francia, para estudiar el terreno y en todo caso descansar unos meses en su país. Marcel ya estaba hecho un verdadero americano, flexible y elástico; no se dejó aplastar demasiado por su desastre, y debemos decir en obsequio suyo que se portó con toda galantería en esta ocasion.

Recordó que era dia de recepcion en casa de un alto personage, amigo suyo: despues de comer, se dirigió allí como solía hacerlo, y esta vez con el designio de comunicarle su resolucion.

Su relacion muy cordial con esta entidad argentina no tenia el carácter que un europeo se podría figurar. Los empleos mas altos no cambian aquí las fisonomías ni los modales. Marcel habia conocido á dicho personage en un pueblito de campo, durante el pánico de la fiebre amarilla.

El Doctor Nogales—para nombrarle de una vez y no prolongar la ansiedad del lector—gustó de ese jóven extraviado en esa aldea y soportando alegremente las estrecheces de la vida. Marcel, por supuesto, apreció desde luego el encanto de ese contacto con uno de los espíritus mas finos y cultivados de la América latina.

Nogales fué Ministro, candidato para la Presidencia, al tiempo que Marcel labraba en Buenos Aires su modesta y tan frágil posicion. Y como el trato de aquél, lejos de enfriarse, se hiciera cada vez más estrecho y cordial, Marcel no se resistió á la corriente simpática que hacía el hombre de estado le impelía.

Mientras ejerció sus nuevas funciones—y aun despues—el Doctor Nogales casi no modificó su instalacion de ilustre abogado y publicista. Los diplomáticos europeos que le visitaban solian criticar esta sencillez: lo que hace presumir que fuera digna de alabanza. Eran recibos abiertos sin preparativos ni etiqueta, salvo alguna vez en que la señora abria su pequeño salon, y pasaban á oír música y hacer la rueda algunos aficionados en traje de *soirée*.

La noche en que Marcel iba á casa del Doctor Nogales con ánimo de despedirse, habia precisamente un pequeño recibo de confianza. Algunos carruages estaban parados delante de la casita de la calle Liniers. Marcel caminaba despacio, algo pensativo, en la cuadra antes de llegar. A la luz de un farol de gas, reparó en una jóven que caminaba pocos pasos adelante, al lado de una señora mayor. Tal elegancia de porte y gracia en el andar revelaba esa niña de elevada y esbelta estatura, que Marcel sintió despertarse su curiosidad de veinte y cinco años, y alargó el paso para alcanzar á la desconocida. Casi al llegar á la puerta de Nogales, rozó el vestido de seda y despues de divisar el delicado perfil de la jóven, quiso pasar rápidamente. Pero su brazo tocó é hizo caer el abanico cerrado que ella tenía en la mano. En el movimiento que hizo Marcel para recogerlo, sintió en sus lábios el velo perfumado de la niña que se habia inclinado tambien.

—Ah! mil perdones, señorita, murmuró Marcel descubierto, y su mirada se cruzó con la de la desconocida. Y como bajara de la acera para dejarlas pasar, vió con sorpresa que las señoras

salvaban el umbral de la casa de Nogales, dirigiéndose al salón iluminado de la familia.

Estaban atestados de visitantes el cuarto de estudio, la biblioteca y el pequeño patio cubierto de plantas en flor. Y aunque parroquiano frecuente de estas tertulias, Marcel se sorprendió por el tumulto desacostumbrado de la numerosa concurrencia.

La lucha presidencial estaba en su paroxismo. Aproximábanse las elecciones de Diputados nacionales, primer campo de batalla donde habían de medirse y contarse los combatientes. Las provincias eran la base de operaciones de Nogales, hallándose Buenos Aires hondamente dividido y disputado por los partidos popular y principista. Mientras la señora de Nogales, muy relacionada y puede decirse popularizada por su inagotable beneficencia, recibía en su salón á muchas señoras cuyos maridos maldecían diariamente al ambicioso Doctor—éste, risueño, infatigable, perorador, amasaba en el departamento vecino, con sus partidarios de todo pelo y color, el gigantesco pastel electoral.

Allí discutían en grupos acalorados, disueltos é incesantemente reformados, en un rincón del patio, al rededor de la mesa de la biblioteca, delante del escritorio profesional, todos los politiqueros adictos al candidato: funcionarios, diputados provinciales, agentes de elecciones, periodistas, comedidos sin empleo que procuraban hacer cotizar en el febril desórden del combate, sus aptitudes dudosas y su problemático prestigio de barrio ó aldea.

Acá y allá, algun militar rompía con el color violento de su uniforme la masa negra de las levitas provincianas, tiasas y ajustadas como las convicciones de sus propietarios. Algunos conspicuos del Interior, vestidos de etiqueta, con el cuello nuevo resaltando sobre el pescuezo curtido por el sol de la estancia, formaban contraste con la abandonada desenvoltura de los porteños, sueltos en su traje de calle.

Agitábanse diarios, cartas y proclamas; alguien leía con convicción una manifestación entusiasta del vecindario de un pueblejo catamarqueño, que nadie escuchaba, salvo el Doctor Nogales. Este, de baja estatura, joven aún, con grandes ojos algo

cansados que cerraba por momentos bajando su alta frente inteligente, tenía un aspecto enfermizo y febril; pero era capaz de sostener quince horas al día discusiones políticas, despachar los negocios de estado, escribir cincuenta cartas electorales, y acostarse á las dos de la mañana para saborear un artículo literario de Macaulay ó Prévost-Paradol.

Aunque en materia política, no pudiera Marcel manifestar opinion eficaz, no tenía embarazo en mostrar sus platónicas preferencias que, naturalmente, se dirigian al triunfo de su amigo. Y esto, no sólo por afeccion personal y conocimiento cabal de sus aptitudes y elevadas aspiraciones: aunque era entonces de moda injuriar y desconocer á los adversarios, estas exageraciones reales ó fingidas no rezaban con el espíritu matemáticamente recto de Marcel, que reconocia paladinamente el alto valer intelectual, la honradez y patriotismo de los dos candidatos adversos. Pero, en su desinteresado estudio de la cuestion presidencial, conceptuaba provechoso para el país que le albergaba, el éxito de este nuevo partido nacional que daba libre entrada

y situacion al ilustrado elemento juvenil, y rompía con el exclusivismo estrecho y las rivalidades estériles de los bandos porteños.

El aprecio manifiesto que el Doctor Nogales dispensaba á Marcel, le daba cierta confianza con los corifeos del partido allí presentes, permitiéndole circular libremente de un grupo á otro, hasta que el dueño de casa, menos agobiado bajo el aguacero de preguntas, consejos y confidencias de los politiqueros subalternos, pudiera concederle algunos minutos de conversacion.

Por otra parte, su espíritu observador y algo irónico seguía con curioso interés el choque de ambiciones ingenuas ó encubiertas que se daban carrera, bajo el antifaz del más acendrado patriotismo.

Atravesaba el corrillo de periodistas, donde un rabio médico, de sarcasmo mas agudo que su escalpelo, escéptico y manejando la fria paradoja como un discípulo de Swift, demostraba gravemente á un presidente de municipalidad arribeña en demanda de una biblioteca popular, que la ausencia de libros en su municipio era indicio certero de ilustracion, así como la carencia de botica en

una localidad es síntoma y garantía de salud general.

Al lado de este grupo chacoton, que no creía en la virtud de las fórmulas sinó para los otros, y como decía el médico, *aplicadas al exterior*,—había otro solemne y pontifical, enemigo de la risa, donde en ese momento estaba perorando el dogmático doctor Don Facundo Macanáz. Este, con voz campanuda que hacía baritonear lleno de satisfacción, con su repertorio corriente de frases de gaceta, el aplomo impertuble de su inflada personalidad y su arrogancia de advenedizo, declamaba una hora en estilo gerundiano para demostrar que “indefectiblemente” habría de admitirse que tres y dos son cinco, ó que nada hay mas eficaz que el agua para mojar.

Al ver á Marcel que se acercaba con cara de circunstancias, se sonrió con benevolencia y despues de tenderle un dedo protector, continuó su comenzada arenga, ensayo evidente de algun *speech* con que amenazaba á la próxima manifestacion electoral:

“ . . . En vano pretenderán las ambiciones bastardas oscurecer la palma del triunfo que, antes

de poco penetrará en los ámbitos de la República como un sol deslumbrante, aplastando la nube incandescente que se retuerce, cual helado reptil sacudiendo el puñal con que se pretende sembrar el sutil veneno que habría de desmoronar la inmarcesible nacionalidad!

En este instante penetraba, como cuña de quebracho, por la espesura que rodeaba á Nogales, un cura con traza de ligero y fisonomía de calchaquí, que habia sacado desde la entrada un sobre amarillo de telégrama, blandiéndolo como trofeo y llamando con grandes ademanes al candidato, que se acercó:

—“¿Qué hay de nuevo, mi amigo Canaleta, cómo le vá?”

Y el otro, con misteriosa importancia, al par que ostentaba su trato compinche y tuteador:

—“Ven un momento, Tomás, te importa saber lo que me dicen de Caspinchango!”—Y le arrastró á un rincón, le acaparó ávidamente, como si merced “al grito de adhesión” enviado por sus paisanos, se preparára para empollar la candidatura de Nogales bajo su sotana de fraile politicon.

Y así, durante las doce horas de los treinta

días de siete ú ocho meses, tuvo el doctor Nogales que soportar las confianzas, los consejos, los tuteos de condiscípulos desconocidos, los pedidos de fondos para fomentar la elocuencia de diarios que nunca leyó y el entusiasmo de los jolgorios electorales. Y era necesario conceder, prometer, contestar á las adhesiones en estilo ridículo, prodigar los abrazos, los "estimado amigo y correligionario", encarecer el desinterés de los "valiosos concursos" asalariados por él; por fin, hacer relumbrar como promesa y precaucion suprema "el dia próximo de la victoria."—¡Qué oficio para Nogales y la docena de amigos inteligentes y dignos que le rodeaban allí!—El único consuelo que podia suavizar tanta amargura, era la conviccion de que otro tanto ó mas le pasaba al Graco de los populares, no ménos que al Príncipe de los principistas.

El infortunado candidato pudo desasirse al fin de las garras de su correligionario y paisano, y al pasar delante de Marcel, tendióle cariñosamente la mano que rara vez tenia ya la presion varonil de la amistad:—"Ya sé que ha perdido y ha pagado. Valor, mi amigo! Vd. era muy jóven para

rico." Y agregó, tomando del brazo á Marcel y llevándole á un punto desierto del patio, donde se respiraba deliciosamente despues de la sofocante atmósfera del interior:

—¿Y qué piensa Vd. hacer, mi soñador descariado?

—Segun eso, doctor, contestó Marcel con su ligera ironía, la Bolsa debe ser el templo de los soñadores. Luego le comunicó su resolución. El doctor la desaprobaba: no le convenía abandonar el país antes de conocerlo, y bajo la impresion de un revés que se podia remediar.... "¿Necesita Vd. alguna suma para ponerse á flote? le daré mi firma para el Banco...."

Marcel tuvo un ligero fruncimiento del entrecejo y contestó:

—"Muchas gracias, señor: no haria política sinó en mi país, y sería siempre para servir mis convicciones—sin sueldo."

Lejos de incomódarse, Nogales miró al jóven con una estraña sonrisa y apoyándole una mano en el hombro mientras llevaba la otra á su pómulos en un gesto habitual, le dijo con un acento profundo:

—“Es menester perdonarme, mi gentilhombre! El resultado mas amargo de esta vida mia, es la pérdida de la fé en los sentimientos puros. Pero, porffo en mi primera idea. Debe Vd. conocer nuestras provincias, la tierra del porvenir. No le convendría ser ingeniero de seccion en las obras del Ferro-carril del Norte? Me han pedido un hombre seguro. Le tocaría dirijir los trabajos en la parte mas bella del trayecto, cerca de la cabeza de línea. Ah! mi amigo, la naturaleza tropical!... El perfume de los azahares en el ambiente . . . Nada mejor para su estado moral. . .”

Y como Marcel soltára la risa que era revelacion muy consoladora de su estado moral, el doctor le llevó cerca del salon de señoras, diciéndole:

—“¿Quiere Vd. conocer á una muchacha de esa provincia? Ella le dará datos recientes. Verá Vd. como no somos tan salvajes, aun á trescientas leguas del litoral . . . Pero cumple á mi lealtad decirle que no son todas como aquella. . . .”

Entraron en el salon que estaba lleno de señoras, con unos cuantos caballeros de frac ó levita, casi todos muy jóvenes ó casi ancianos. Nogales se detuvo ante una hermosa muchacha sentada en

un ángulo de la pieza, y Marcel se estremeció ligeramente reconociendo á su desconocida del encuentro en la calle.

Despues de presentar á Marcel, con una sonrisa algo maliciosa, el doctor agregó en su tono familiar: "No quiera, Andrea, volvérmelo principista."—Y dejando á Marcel en presencia de la niña, Nogales saludó á dos ó tres señoras vecinas y se alejó lentamente.

Alguien estaba tocando en el piano un wals de Chopin, una de esas inspiraciones estrañamente poéticas, casi sin marcado ritmo, y mas propias para mecer el pensar indolente que para medir el giro de la danza arrebatada. Marcel se había sentado al lado de la niña, de Andrea, pues desde el momento de la presentacion, recordó el nombre altivo y musical que nunca más habia de olvidar.

La velada armonía del piano y el murmurar continuo de las conversaciones á media voz, parecía que levantarán un cerco invisible entre ellos y el público, creando una como intimidad ineludible á su primera conversacion. Mirábala de muy

cerca, y cuando para contestar á Marcel avanzaba imperceptiblemente la cabeza, él aspiraba el perfume sutil de su persona, distinguía el iris claro de sus grandes ojos alzados que sombreaban largas pestañas negras.

Debía de ser muy joven, diez y ocho años tal vez; pero su complexion armoniosa y firme se desarrollaba irreprochable en su gracilidad. Sentíase que había crecido sin conocer las disonancias de la « edad ingrata ». Es célebre en la América latina, la belleza de las Argentinas del Norte, Pero Andrea no tenía el sello característico de su provincia: los grandes y negros ojos cercados, la tez de mate palidez que trae el recuerdo del tipo montenegrino. Ella era blanca, vagamente sonrosada; el corte de cara era un oval un tanto alargado; tenía la nariz recta casi en prolongación de la frente plana; de admirable pureza de líneas eran las cejas negras y la boca de labios algo delgados que, cuando hablaba, descubrían los dientes pequeños y de perfecta regularidad. Tenía este rasgo original y soberanamente seductor: ojos de azul claro con cabello renegrido; y esta opulenta cabellera alzada muy arriba, dejaba des-

cubierto el cuello redondo y recto como un tallo de lirio. Era una cabeza de joven Minerva: la gracia armada. Y al contemplarla despues de oir su conversacion tranquila y firme, llena de ingénuo y bondadoso sensatez, inspiraba la idea de una flor de eleccion, cuyo exquisito cáliz envolviera una corola de balsámica virtud.

Llevaba, tal vez con elegancia algo excesiva para su edad y la circunstancia, un vestido de raso blanco y rosado, con ricos encajes en el bajo casi plano, en el seno medio escotado y en las mangas de codo que cafan sobre el guante de color claro. Un ramaje de rosas pálidas en el pecho y en la cabeza. Una rica pulsera de brillantes podía revelar una incorreccion de gusto: pero sabian todos los amigos de la familia que ello era consecuencia de la manía de su padre, prosternado ante ella, y porfiando siempre por tenerla adornada como una vírgen de altar. Andrea, por no herir esa devocion paterna, solía llevar dos ó tres veces la prenda nueva y la guardaba despues.

Marcel la escuchaba, encantado y sorprendido por esta sencillez, tan franca y natural que hasta

ignoraba la timidez mundana, especie de amor propio refluído que no se atreve á asomar. El era algo supersticioso, apesar de su cálculo integral, y desde el primer momento creyó ver un presagio en la coincidencia casual que le ponía dos veces en frente de ser tan delicoso, nacido en la tierra que resolvía abandonar.

Parecíale á él, batallador magullado y vencido del gran combate, hasta entónces ignorante de la seducción virginal, que apartaba á orillas del camino las hojas de una ninfea sobre una fuente cristalina. . . . Ay! pero en vano se alargaría el alterado lábio hácia la onda refrigerante! . . .

¿De qué hablaban? De todo, sin intencion ni precaucion alguna. Por momentos se interrumpían, y tenían que detenerse al borde de la confianza casi fatima. Una vez, para contestar á una pregunta de Andrea, él se abandonó hasta pintarle á una hermanita menor á quien idolatraba, y agregó aturdidamente: « V. y ella parecen dos hermanas; cómo se habian de querer! » —Un tinte mas rosado asomó á sus mejillas y hubo un instante de silencio. Quizá se les hubiera sorprendido con decirles que no se conocian una hora antes.

Andrea tenía una gran pasión: la música: poquísimas lecturas, un poco de francés, y una espléndida ignorancia de casi todo el resto. Pero una gran aspiración de saber algo más, contrariada hasta entonces por la estrechez de la educación provincial. «Felizmente, decía, el doctor Nogales nos ha dicho que tengo la suerte de no haber leído y apreciado sino obras de mérito, y llevo ahora algunos libros. . . » — Tenía una hermana menor, Rosita, sentada en otra parte del salón. Estos viajes á Buenos Aires eran el paréntesis de su existencia de aldea: mas que todo, le gustaban los tres ó cuatro meses de invierno pasados en el Ingenio de la familia, durante la cosecha de caña de azúcar; los largos paseos á caballo por los montes, con un indio que les descubría nidos de pájaros y colmenas silvestres. Se marchaban para Córdoba la siguiente semana, donde esperarían á su padre que venía á burcarlas y luego emprenderían juntos la vuelta á San José. . . «Estoy segura de que le gustaría á Vd. nuestra provincia.»

—Estoy persuadido de ello, contestaba Marcel con convicción.

Entre la concurrencia habia notado á una señora sentada á poca distancia, hermosa y fresca aún bajo sus canas precoces. Toda su fisonomía bondadosa y fina revelaba un oculto pesar, el largo sello impreso por una vida de sufrimientos y decepciones. Su profunda mirada acariciadora estaba fija en Andrea, á quien se parecia, como en el mismo paisaje una tarde de otoño se parece á una mañana primaveral.

—“¿Su mamá, no es cierto? preguntó Marcel; quisiera conocerla por usted.”

Hay atracciones simpáticas y lo que podria llamarse reconocimiento de almas: esto lo sabe cualquier viajero. Uno se encuentra á veces en presencia de un desconocido á quien se reconoce sin haberle visto jamás, al ménos en esta vida. Se conversa, entonces, como prosiguiendo relaciones antiguas, dejando caer al suelo el velo de mundanas convenciones.

Marcel contemplaba ese rostro de madre, en que las penas de la vida no habian logrado borrar el nativo sello de serena bondad. La oía hablar de su hija despreciando las hipócritas reticencias que otras acostumbran; sin ostentacion ni falsa

modestia, aceptaba sencillamente las palabras con que Marcel sin nombrar á Andrea, revelaba ingénuamente la impresion profunda que acababa de recibir. Y cuando le escapó una alusion directa, una alabanza delicada cuyo alcance se aumentaba aun por el tono de seriedad varonil con que se dirijía, Misia Elena alzó los ojos y le dijo con emocion apénas disimulada:—“Ah! ¿usted ha comprendido lo que puede ocultarse bajo la apariencia frívola de una muchacha provincial?”—Y á Marcel le venía la tentacion de arrojarle al cuello sus brazos que desde tantos años no se habian abierto.

Como se despedía con un saludo respetuoso, Misia Elena le tendió su mano enguantada, muy delgada y menuda, diciéndole:—“Cuando venga usted á nuestra provincia, recuerde que tiene allí una casa y una familia...”

Era casi la formula de costumbre, que se usa y prodiga diariamente en América como una cortesía sin importancia. Pero estas palabras resonaron toda la noche en los oidos de Marcel, cual si fueran la espresion de un deseo y una promesa de verdadera afeccion.

Después de tres días de reflexiones, que él consideraba imparciales, deliberadas—y no eran sino el combate de su deseo invencible contra los argumentos impotentes y de antemano derrotados de la razón, fué á casa del doctor Nogales, para manifestarle que aceptaba el puesto ofrecido en los trabajos del Ferro-carril del Norte. Le encontró solo en su despacho, contestando un montón de telégramas antes de entrar en conferencia con algunas personas que estaban esperando en el salón.

Después de las primeras palabras del jóven, el gran conocedor del alma humana y de la vida, sacó del cajón de su escritorio un pliego cerrado: era el nombramiento de Marcel, asignándole el sueldo de cuatrocientos pesos mensuales, y firmado por el Director de las obras en construcción.

Al despedirse yá, el doctor Nogales le dijo estas palabras con cierta solemnidad:

—“Conozco á usted, Renault, creo que su presencia en la línea será provechosa para la empresa y el país. Sé también que en las presentes circunstancias, un hombre enérgico á la cabeza de

centenares de trabajadores resueltos, en una provincia lejana, puede ser un factor importante para el sosten del orden ó su desquicio. Mi candidatura triunfa en las provincias; pero mis adversarios cudirán á la revolucion, intentarán desde luego cambiar la situacion del Norte con auxilio de los santiagueños. Usted va á cooperar en una obra de progreso: no es agente electoral sinó ingeniero. Una sola palabra de Vd. vale más que los juramentos y protestas de otros. Dígame si puedo contar con Vd., no para intrigas ni maniobras electorales que no le propondría yo ni las aceptaría Vd., sinó para poner al lado de la autoridad amenazada los elementos de que vá á disponer?

—Sí, señor contestó sencillamente Marcel, y alargó la mano que Nogales tomó en la suyas.

—Me basta; y ahora, márchese pronto, pues lo necesitan allá—y sea feliz!"

Pocos dias despues, y ya en víspera de partir, Marcel creyó que fuera deber suyo despedirse de Misia Elena y Andrea. Por discrecion no quedó sinó algunos minutos, y se levantaba ya cuando la señora le avisó que la última carta de su marido le hacía prever que no podría venir hasta Córdoba—

como lo pensára antes:—“Me dice que demore mi vuelta, si no encuentro algun amigo que pueda ser nuestro compañero de viaje . . . Tenemos coche propio, sirvientes, conocemos á toda la gente del trayecto . . . Me parece inútil demorarnos más . . . Por fin ¿quiere ser Vd. el amigo que nos falta?”

Dos manchas rojas asomaron á los pómulos de Marcel; pudo apénas asegurar su voz alterada para contestar:

—Señora, acepto agradecido . . . Me marcho mañana á Córdoba. Tendré que estar allí algunos dias. Pero seguramente, no saldré para San José antes de saber si usted persiste en su resolucion tan honrosa y feliz para mí . . .”

—Y bien, hasta la semana próxima! contestó Misia Elena, estrechando la mano trémula de Marcel.



IV

Las generaciones venideras encontrando á la República Argentina surcada de líneas férreas en todas direcciones, difícilmente se darán cuenta cabal de lo que fueron en otro tiempo—y hasta pocos años atrás—esos viages por las provincias interiores, que duraban dos y tres semanas, según fuera el punto de llegada: tanto como en la actualidad una travesía del Atlántico.

Tenían los viajeros que llevarlo todo consigo: desde la cama embolsada hasta el agua, que se cargaba cada mañana, en barril ó damajuana, para la provision del día. Cuando era una familia

muy relacionada en la ciudad la que emprendía viage, como la de Miranda en Córdoba, donde tenía misia Elena parte de su familia, media población estaba desde la víspera afanándose en preparar para los pasajeros, fiambres, arrollados, masas de *cépis* y pan dulce—vitualas de toda especie, en cantidad bastante para una expedición al polo. Y cada regalo llegaba á la casa particular donde se hospedaba misia Elena, con un recado correcto ajustado al ceremonial de la colonia. Se aglomeraban en los cajones, en la *bata*, en todos los rincones de esa arca de Noé llamada galera, los tarros, las botellas y las arrobos de comestrujo,—revelando el capataz y los peones de tiro una complacencia inagotable para recibir y acomodar esta clase de carga. Nunca encontraban que hubiera exceso,—como que sabían de antemano que la mayor parte de provisiones iría á parar en sus estómagos, verdaderos pozos airones que ningun viagero ha podido colmar.

Desde el alba habían comenzado los preparativos: á las diez estaban ya amarrados los bancos, cajones y bolsas en la imperial; los peones, de

camiseta nueva ó pañuelo de seda al pescuezo, entraron en la tarea magna de componer y completar sus monturas: aquí un ojal para un tiento, allí otro cuerito bajo el cojinillo—y con éste eran siete—en seguida, principiaron á cinchar los caballos con ánimo evidente de partirlos por mitad, ajustaron cuidadosamente los torzales, sacaron unas chalas del tirador, y entre un trago de anisado y una relacion de sus recientes hazañas puebleras, algunos en cuclillas partiendo una sandía descomunal, otros al lado del caballo y conel brazo echado sobre el recado, esperaron filosóficamente la llegada de los viajeros.

A las doce aparecieron misia Elena, Andrea y Rosita, la hermana menor: una delgada muchacha de doce á trece años, muy parecida á la segunda, aunque rubia y de trenzas doradas que recafan un poco sobre el cuello de su guarda-polvo. Marcel estaba esperando desde una hora. Despues de los abrazos de las familias amigas, hubo todavía una docena de mensajes, atados y cartas de último momento para puntos del tránsito, idas y venidas de peones á escape del mancarron de posta.... Al cabo, las señoras se instalaron en el

interior, mientras Marcel se acomodaba en el pescante, separado de aquel por un marco de vidriera; los ocho peones prendieron sus cuartas, el capataz enarboló su clarín, y en medio de una salva de rebencazos, la mole monumental empezó á rodar con un espantoso alboroto y zangoloteo de ruedas, cadenas y postigos flojos, por las calles empedradas de Córdoba.

Marcel había elejido su asiento delantero, no solo por discrecion, sino tambien por curiosidad de viagero. Bastábale saber para sentirse alegre, que un simple tabique le separaba de esos tres séres ya queridos, cuya voz por momentos llegaba á su oido como la melodía siempre nueva de su felicidad. Estos días de viage al través de un país desconocido y pintoresco, entrecortados por los descansos á la sombra de una tala ó un quebracho, y las bajadas en las postas cada cuatro ó cinco leguas, no habian de borrarse jamás de su memoria. ¡Con qué delicia absorbía el veneno que había de quemar su sangre y secar la savia de su juventud!

La pesada galera arrastrada á la cincha por ocho caballos montados—dos *tronqueros* y seis

cuartas — rodaba con gigantescos traqueos en esos caminos formados por las primeras caravanas de carretas que transitaron del Alto Perú á Buenos Aires, hace dos siglos. Las huellas cavadas por el tránsito de cien mil ruedas pesadas y las torrenciales lluvias del verano, eran anchas y hondas como acéquias. En cualquiera estacion, esta cruzada por inmensas travesías ó montes impenetrables, tenía sus sufrimientos y goces especiales. Eran verdaderos viajes, con carácter individual, rasgos imprevistos y novedosos desde el principio hasta el fin de la larga jornada—y más de un viajero argentino, salvando mas tarde como exhaucion las distancias europeas, sin ver nada ni sentir emocion alguna, esclavo inerte é impotente de reglamentos y tarifas, pudo recordar con sentimiento la libre existencia de las postas y fogones de Santiago y Córdoba.

Desde el amanecer, el peon de Marcel le arrancaba al sueño delicioso, trayéndole una taza de café hervido con el marco, al uso árabe y criollo. Y durante una hora, se repetian los llamados apremiantes y respetuosos: "*Cuando guste, mi señora Elena! ¡Niña Rosita! Don Marcelo! ya*

están los caballos!" — Don Marcelo, avergonzado, se vestía en un pestañeo, y salía al corredor, hallando á las muchachas arrimadas al fuego de los peones, en medio del camino, estirando hacia la llama sus altos piecitos, con la bombilla de plata entre los labios. ¡Qué buenos momentos de intimidad alegre y charla familiar! El aire fresco avivaba la tez de las dos niñas, pues aunque en verano, eran frías esas auroras de la sierra, hasta que el sol rojo se alzaba sobre los montes que parecía incendiar.

Poníanse en camino; este principio de la jornada, sin polvo, en el vientito picante de la mañana, solía ser deliciosa: todo cantaba de alegría inconciente, aves y gentes. Se bajaba el postigo de comunicacion para conversar, en los puntos donde el vehículo se arrastraba casi sin ruido por la gredosa huella.

De vez en cuando, un peon levantaba el rebenque para enseñar algo á un lado del camino: era un quebracho herido por el rayo, una pareja de avestruces que se alejaba gravemente con el cuerpo ovoídeo sobre las zancas grises; otras veces, un rastro liso de boa ondulando en el camino areno-

so, ó las garras anchas y profundas de un puma reciente. . . .

En el *resuello*, señalado por un árbol frondoso, bajábanse unos minutos; y los peones que adoraban á las muchachas por su bondad y su conocimiento de las cosas del campo, les dirijian la palabra con esa confianza cariñosa de los criados indios que, aun cuando fueron esclavos, no sufrieron la arrogancia distanciosa y cruel de los amos brasileros ó norte-americanos: "¿Se acuerda, niña Andrea, del tala donde vimos una *casa* de hornero?" Y ella siempre recordaba estos detalles con una precision que asombraba á Marcel; sabia el color del caballo pillado en el corral por cada peon, en cualquiera posta del viaje pasado, las horas de llegada, y mil incidentes insignificantes que forman la trama de la vida campestre.

A veces, Andrea y Rosa salian adelante, mientras los peones mudaban los caballos; misia Elena y Marcel se estremecian oyendo un grito agudo, y veian llegar á las muchachas á escape y jadeantes: era una víbora que había cruzado por el camino, ó un toro que les había cerrado el paso—"bravísimo seguramente!"— de mirada fija y formida-

ble pescuezo, erguido sobre sus rectas patas delanteras y batiendo la arena con ademán amenazador. Y allí eran las risas locas, cuando volviendo con Marcel, no podían dar alcance al feroz enemigo que disparaba asustado en el monte tupido.

Al caer de la tarde, en el silencio creciente de a etapa, todo se tornaba melancólico; los caballos iban al paso, durante la última legua; subía por intervalos el graznido de alguna ave nocturna, ó partía de en medio del camino el quejido fatídico de un buho oscuro, que remeda la tos cascada de un enfermo. En el monte vecino crujían las ramas muertas bajo el peso de un extraviado animal. Era el momento en que cada viajero revolvía en su mente los lejanos recuerdos, ó sentía la vaga y tenebrosa aprensión de la vida sombría; y entonces parecía que la tristeza universal de las cosas se exhalara hasta en el canto de algún peon payador, que lanzaba en falsete su trova agreste, siempre impregnada de esperanzas fallidas y desgraciado amor:

Al monte antes tan verde
Y al claro cielo,

Quise llevar mi queja
Por tu desprecio:

Pero ya estaba el monte
Pelado y seco,
Y al cielo azul tapaba
Un manto negro.

Nadie hablaba; y cuando Mareel se daba vuelta para encender su cigarro al reparo del viento, solía ver, á la luz vacilante, dos grandes ojos claros fijos en él.

Por fin, se llegaba á la posta anunciada por el clarín del capataz, y cuyo fuego centelleaba de lejos entre las ramas. Después de los gritos alegres y espavientos de la gente: "¿cómo le vá misia Elena? ¡qué gruesas vienen las niñas!"—la familia se juntaba al rededor de la mesa humilde, donde al lado de las provisiones traídas humeaba un asado de cordero. Marcel se sentaba en frente de Andrea, cerca de Rosita que alegraba la mesa con sus gracias imprevistas, pues tenía un fondo inagotable de buen humor que se escapaba en chistosas invenciones como cohetes voladores.

Andrea, reanimado el color por la ablucion reciente, los hermosos cabellos retorcidos al tante

fresca como campanilla de cerco, bajo la luz vacilante de una vela rústica, parecía á Marcel aun más bella que allá bajo los dorados candelabros de Buenos Aires, entre los encajes y las joyas deslumbrantes. No se le había ocurrido siquiera aprovechar los mil incidentes favorables de esa intimidad familiar y suelta, para levantar una punta del velo que cubría el alma virginal. Marcel sentía por vez primera la timidez del verdadero amor. Ah! ¿por qué no duraba siempre esta tranquila y dulce existencia? ¿por qué, en lugar de este camino que tendría próximo fin, no era su viaje parecido al del buque-fantasma de la leyenda, condenado á vagar sin término ni trégua en el mar inmenso que para él no tenía puertos ni orillas?

Pareció como que la suerte escuchára el inexpressado deseo de Marcel. El tercer día de viaje, como descendiera el pesado coche una cuesta pedregosa, sintióse un seco estallido, y al punto un choque violento de la caja contra una rueda trasera. Se había roto como una paja el eje mayor, sin accidente, felizmente, y á una decena de cuerdas de la posta.

Después de los gritos asustados y exclamaciones de las señoras, á quienes Marcel ayudó á bajar por la portezuela, hubo que retroceder á pié hasta la última posta. Aunque el jóven unía hipócritamente su voz al concierto de lamentaciones que se alzaba por el contratiempo, sentía una dicha inmensa que le llenaba el corazon: tres ó cuatro dias mas de vida íntima en ese desierto, desde la mañana hasta la noche, sin las separaciones de la marcha y las incomodidades de esa primitiva locomocion! Costábale trabajo, en verdad, componerse una cara de circunstancia para no despertar la desconfianza de sus desconsoladas compañeras.

La posta de *Los Cardones*, que debía ser albergue de los terrestres náufragos, en los dias que demoraran dos peones para traer de la ciudad un eje de repuesto, se componía de tres cuartos de adobe, fuera de una ramada abierta y la primitiva cocina con sus ollas de fierro por banda. En la fachada sobre el camino, un corredor con pilares de quebracho, ochavados desde el suelo desigual hasta el techo de torta y cañería. Colgados en clavos y horquetas, se veían lazos, frenos, tientos y espuelas, y hasta un costillar de oveja oreado y ennegrecido.

Amueblaban el primer cuarto, unas pesadas sillas de chañar y asiento de suela, una mesa de hamaca con patas torneadas y seculares; una alacena abierta, que reveló por todo secreto un tarro con arroje de tunas, un servicio de pintorreada loza y algunos cubiertos de hierro. Completaban este ajuar de anacoreta dos catres de tientos, venerables por la edad que revelaban, y era bastante para que hubieran aliviado las fatigas tres generaciones.

Ese era propiamente el cuarto de posta, como lo demostraban las paredes ántes blanqueadas y ahora abigarradas por la multitud de cicatrices, marcas, firmas y geroglíficos que habían grabado pacientemente en ella, los pasajeros aburridos ó pretenciosos de la mensageria, durante todas las semanas de muchos años. Eran aquellas paredes un museo elocuente de la humana debilidad: algunos habían escrito á lápiz su nombre con la fecha memorable de su tránsito; otros grabaron con la punta de un cuchillo un grito de tristeza ó de pasión; había vituperios enfáticos de algun desterrado contra los "tiranos" de la Provincia ó de la Nación: y como nuestra demostración de la

igualdad de los hombres ante la soledad y la naturaleza, entre las firmas de pasajeros de una noche, habían algunas ilustres que hacían pensar en los extraños vaivenes de la fortuna.

Los peones trajeron algunos baules y canastos de provisiones extraídos de la mensajería; y Marcel, cediendo á las señoras las dos primeras piezas contiguas, halló pronto acomodo en el cuartito que la dueña de casa le ofreció, no logrando impedir que lo desalojara ella misma, con esa religión de la hospitalidad que se practica en las provincias argentinas.

Fueron cuatro días de sabor exquisito para Marcel. Era un paisaje de serranía, cercado el estrecho horizonte con picos pedregosos y quebradas de vegetación apiñada y reverdeciente. El aire, delgado y frío de mañana y tarde, se tornaba deliciosamente tibio y acariciador en cuanto el sol emergía del cerco de colinas. A pié ó á caballo, Marcel y las dos hermanas no dejaron sitio ó rancho por visitar en los alrededores. Pero su excursión memorable fué la que realizaron á la población de los *Juris*, distante más de una legua, y compuesta en su totalidad con pu-

ros descendientes de los indígenas tan famosos en la Conquista.

Estaban concluyendo el almuerzo, cuando una sirvienta anunció la visita de dos personajes de la localidad que se colaron adentro sin más trámites: venían á ofrecer sus servicios á la "distinguida familia de D. Tiburcio Miranda." El que habló desde la entrada y siguió siempre con la palabra, era un cholo rechoncho y jovial, especie de Sancho Panza que declaró llamarse Marcelino Ballesteros y ser cateador chileno: se mostraba violento desde que dejaba de discurrir sobre sacavones, panizos y hallazgos metalúrgicos. Era el segundo un indioote maduro y circunspecto, con cutis de suela y largas mechas tiesas cayendo á lo largo de su faz imberbe. Si en el primero todo era curvilíneo: cara, cuerpo, manos y piés, éste completaba armoniosamente los elementos geométricos, pues todo él era un conjunto de ángulos y rectas desde su cabello de alambre y los surcos de su rostro enjuto, hasta los pliegues de sus botas inflexibles que parecían talladas en un tronco de algarrobo.

El cateador presentó con desenvoltura á su

amigo: Don Crisólogo Pastrana, síndico y comisario de los Juris, y éste al mover su cabeza mas tupida que una parva, hizo volar una chala extraviada hasta sus rodillas.

Las jóvenes se divertían extraordinariamente con la heteróclita pareja. Andrea dirigía preguntas utilitarias, y Rosita soltaba tan frescas carcajadas á cada zurda contestacion del cacique, que misia Elena aunque poco festiva por índole, no podía conservar aspecto formal. Al fin, Don Marcelino descubrió el pastel: explicó que el distrito de los Cardones, no podia quedar atrás en la lucha presidencial: Huachana, La Bajada, Zuma-mao . . . en fin las poblaciones más importantes habian tenido sus reuniones. . . . Pero en los Cardones, no habia quien pudiera arreglar esas cosas y al saber que Don Marcelo, persona leida y de categoría

—“Oh! oh! interrumpió Rosita, estas son palabras mayores! Aquí se necesita mucho de cavilar que cavilarás

—Efectivamente, agregó Andrea con su cara de juez, hay que conocer las opiniones de la poblacion y en particular las del señor Pastrana”.

Don Crisólogo, interpelado, hizo un esfuerzo para sacar la voz que rechinó como una puerta de goznes herrumbrados, y contestó:

—“Ahí dicen que los puebleros están con Don Mitre, pero á nosotros nos gusta el Dotor Nogales por ser el candidato de Chilca...”

—¿Chilca está con el Dotor? exclamó Marcel, entónces no hay cuestion!”

En fin, la proposicion fué aceptada con entusiasmo, y hasta misia Elena, de hábitos tan sedentarios, no pudo prescindir de acompañar á caballo á los improvisados políticos.

La ceremonia tuvo lugar bajo una gran ramada, delante de la casa de Pastrana, que trajo una mesa mas pesada que las del Sinaí, con un tintero de barro, unas hojas de papel rayado y un vaso medio lleno de caña, como delicada atencion hacía Marcel, que constituia el comité entre el síndico y Don Marcelino. Las señoras se sentaron algunos pasos atrás: en el centro de la rueda de indios jóvenes y viejos, de poncho domingüero y ojotas, la mirada apagada, y tan ajenos á lo que sucedía como los postes del galpon.

Marcel abrió la sesion con algunas sentidas

razones, remedando los estribillos que hace un año llenaban los ámbitos de la República, y recalentando una gastada peroracion que remató en el grito de cajon: ¡Viva e. Doctor Nogales!—al que los indios contestaron unos despues de otros, en fuego graneado: *Cómo nó! cómo nó, señor!*—Pastrana le brindó cortésmente un trago de caña, en prueba de admiracion.

Pero, al parecer nadie habia entendido una palabra de la proclama, y un indio vecino de la mesa murmuró: “¡si será cosa de melicia!”—Entónces Don Marcelino empuñó la palabra para precisar la cuestion:

—“Vamos á ver, se trata de saber si les gusta mas ir á la guerra del Paraguay con Mitre . . .

Oyéronse algunas protestas:

—¡Diande nos hay gustar!

—No se apuren, amigos ¡alto padre que la misa es larga! A la cuenta, les gusta mas arri-marse á la mesa para que apunte sus nombres Don Marcelo: ende que prefieren, es porque están con el Presidente Nogales.”

Los indios sintieron las cosquillas de este rap-to de elocuencia, y hubo risotadas de aproba-

cion. Mientras Don Marcelino dueño de su público, cavaba la cuestion presidencial como una veta inagotable,* Marcel fijaba su mirada en el grupo encantador de las tres mujeres, que resaltaba con distincion suprema en ese marco de primitiva rudeza. Sentada en el medio, misia Elena parecía agena á la escena, con su distraida sonrisa, y su mirada perdida en una vaga meditacion. Rosita, con sus trenzas de oro á la espalda y su vestido corto que descubría su fina pierna, se refa á lábio suelto y aplaudía con entusiasmo al orador.

Andrea estaba hechicera bajo su velo negro, que hacía como un nimbo oscuro á su cara delicada: entre risueña y séria, su mirada profunda estaba dirijida al grupo central, y dos ó tres veces, Marcel al darse vuelta, encontró la expresion extraña de esos magnéticos ojos fijos en él.

Don Crisólogo había concluido, y la votacion empezó. Al principio nadie queria moverse, y fué necesario que Pastrana hiciera levantar al indio mas próximo. No conocía, por supuesto, mas caligrafía que las marcas del ganado departamental, y Marcel firmó por él: *Sinforoso Mamani*. Vino

un segundo, alto y mórrido, que se llamaba *Cármén Mamani*; luego un tercero, mas peludo que un oso hormiguero, y balbuceó: *Idu*. . . —
¿Cómo? preguntó Marcel—y repeta: *Idu*—“Decí Eduardo, cristiano! gritó el cateador indignado: *Eduardo Mamani!*”

Pero Marcel inquieto, preguntó á Pastrana:

—Dígame, Don Crisólogo, todavía son muchos los parientes?

—No son parientes, contestó modestamente el síndico; todos los indios son Pastrana ó Mamani: como no usan apelativo, el mismo sirve para todos”

Hubo que variarlo, sin embargo, en gracia á la solemnidad del acto; y ocho dias despues, todos los diarios nogalistas de la República reproducian como contestacion á la tan ponderada manifestacion principista del partido de Ahispapuca, el editorial de *El Faro de los Andes*, de San José, que precedía la importante proclama—y comenzaba así:

“¡LOS CARDONES DE PIÉ!

“En vano han pretendido los Caciques del

Bracho contener la opinion entusiasta de los ciudadanos independientes. Está con nosotros la parte mas selecta de la poblacion. Sólo faltaba oír la voz de uno de los distritos más ricos de la Provincia: acaba de levantarla elocuente y virilmente. Apoyado en la Constitucion que ampara sus derechos, el ilustrado vecindario de los Cardones, se alza como un solo hombre para lanzar su guante al rostro de los mandones de poncho y chiripá.

“Recíban nuestros hermanos y correligionarios de los Cardones: los Gomez, los Ballesteros, los Talavera, los Pastrana, los Mamaní y tantos otros no ménos conocidos en el país, nuestras más ardientes felicitaciones!

“No desfallezcan, no retrocedan: se acerca el dia de la redencion. Y si hay que luchar por la libertad en el campo de los comicios, tomen por divisa las bellas palabras de Montesquieu: *la garde meurt et ne se rend pas!*”

Volvieron á la posta acompañados por los dos acólitos. En el trayecto, Don Marcelino no dejó de conversar: eso sí que no podia contener su

asombro cuando le confesaba Rosita que le parecían lindas las serranías del poniente: "¡cómo lindas, niña Rosita! si no tienen ni una onza de cobre. ¡Hablará Vd. de estos panizo de la izquierda!"

Con sorpresa encontraron la mensajería compuesta y ya cargada delante de la casa. Se resolvió seguir viaje; y Marcel pasó á su cuarto para recoger lo que hubiera quedado, mientras las señoras hacían también sus últimos arreglos.

Como volviera por la salita comun, reparó en Andrea que había quedado sola allí, y á su vista se retiró rápidamente. El joven estaba recorriendo con una lenta mirada de despedida esa pobre habitación donde pasaron algunas de las horas más dulces de su vida . . . De repente se estremeció: dos palabras recién escritas por una mano de mujer se destacaban en un ángulo de la blanca pared: MARCEL RENAULT . . . Pensativo, subió al coche que se puso en camino.

Pasan los días con marcha igual, ya sea que los apuremos ó los detengamos. Cruzaron la región de las palmeras en abanico luego los bosques de algarrobo; en seguida, los áridos campos de arena cubiertos de nopales . . . Se pasó

un gran río después de una ciudad, y cambió de golpe el aspecto del suelo y del paisaje.

Naranjos de oscuro follaje se alzaban junto á la vejetación potente de laureles, cedros y tarcos que ajitaban sus espléndidos penachos. La vista descansaba en las primicias de la riqueza tropical: la yerba fresca cubría el arcilloso suelo; grandes alfalfares alternaban con los surcos de caña de ancha hoja verdosa en esta estación; y en el fondo del horizonte la sierra dominando ya la cima de las selvas cortaba, violeta y sinuosa, el cielo azul.

En la penúltima posta, los viajeros resolvieron caminar á pié hasta que les alcanzára la diligencia.

La mañanã estaba encantadora. Por ser día de llegada, las señoras se habían compuesto un poco. Andrea y Rosa iban adelante, con vestido claro y una gasa de color en la cabeza. Marcel venía un poco más atrás, callado, al lado de misia Elena. Ambos sentían que en vano buscarían el tono familiar de su diaria conversacion: la próxima separacion proyectaba yá sombra creciente en su intimidad.

Al fin, la madre murmuró:

—“Hé aquí concluidos los trabajos. Estaremos á las diez en San José . . .” Marcel guardó silencio. Las dos muchachas habian salido del camino para cortar margaritas y esas blancas florecitas perfumadas que el ingénuo sentimentalismo de los paisanos llama *lágrimas de la virgen*.

Despues de algunos minutos y como contestando á las palabras de misia Elena, Marcel dijo sin mirarla:

—“Para ustedes es el fin de las molestias y trabajos. Van á encontrar á la familia, el hogar, el descanso. Para mí . . . es muy diferente. No volveré á tocarme una semana como ésta. Tantos años que no conocía eso . . . ¿Por qué separarnos tan pronto?”

— Pero . . . nos veremos siempre . . .

—Oh! bien sé que me invitará Vd. para visitarla de vez en cuando. Pero ¡qué diferencia con esta relacion de cada instante, el pan partido en la mesa comun, la intimidad estrechada aún por el desierto que nos rodeaba! . . .”

La madre no contestó; y él mirando hácia adelante, seguía á la esbelta muchacha que parecía

alejarse más y más y hacerse ya inaccesible. Caminaba con paso levantado como todas las argentinas de pié pequeño y alto; su huella elegante y de taco profundo quedaba impresa en la tierra ablandada por el rocío. Y le parecía á él que así seguiría siempre durante su vida entera, sin alcanzarla jamás: ella delante sin detenerse, y él detrás sin más consuelo que seguirla de léjos y mirar la huella de su pié.

Eran las nueve cuando llegaron á la última posta, distante una legua de San José, cuyas torres y miradores blancos se divisaban hácia el poniente. La casita campestre con sus galerías en contorno rebosaba de gente, parientes y amigos de la familia; obstruían el camino los carrajes y los caballos ensillados.

El primero que se acercó, era hombre de unos cincuenta años, de corta barba gris, de aspecto robusto, con la mirada firme de los que han mandado toda su vida; vestía como hacendado rico, un traje claro y sombrero blando, y llevaba en la mano un látigo con puño de plata.

Doña Tiburcio Miranda recibió en sus brazos á su mujer y sus hijas, y despues de él, comenzaron

los abrazos y las exclamaciones de los cincuenta parientes y amigos de todo sexo y edad. Un joven de unos treinta años, alto y de hermosa altivez, vestido con sobrado esmero quizá, abrazó también á misia Elena y á la "primita Rosita", dando un enérgico apretón de mano á Andrea. Éste, á no dudarlo, era el primo Fermin de quien se había hablado varias veces durante el viaje. Bastaba seguir un segundo su mirada ávidamente fija en la joven, para descubrir una pasión profunda.

Toda la familia, rodeada y arrastrada por el gentío, estaba en el corredor de la posta. Los caballos de refresco estaban atados yá. En el tumulto, nadie había pensado en acordarse de Marcel que hizo una seña al conductor para seguir camino, pues volvía la familia en su coche particular.

Marcel había pasado al interior del carruaje para escapar á las miradas curiosas. Como la diligencia se moviera, dirigió un saludo vago al grupo lejano. Misia Elena juntó las manos con sorpresa, y luego contestó con el abanico; Rosita gritó *hasta luego!* con su voz aguda. Cuando An-

drea, monopolizada por sus amigas, pudo reparar en el coche que se alejaba y se adelantó para saludar también, Marcel se echó al fondo, en el rinconcito que durante ocho días había ella ocupado. ¿Por qué esa oleada de amargura que remontó á la boca del joven?

Todo estaba ahí: todavía el vaso en que bebía, el humilde servicio de viaje que ya no había de tocar... ¡Concluido el poema, desvanecido el cuento de hadas! La realidad comenzaba: ni siquiera habían reparado en ese compañero de casualidad que entraba en San José, sólo, desconocido "sin perro que le ladrara", como dice el melancólico refrán,—y tiró por la ventana su cigarro que le parecía intolerable.



V

El San José de la actualidad, ciudad importante por su industria y comercio, cabeza de línea de un ferro-carril, rodeada de fábricas valiosas, con luz eléctrica y trenes Decauville en sus ingenios, se preocupa muy poco de los viajeros que del Norte y Sud afluyen á su mercado.

Pero en los años á que se refiere este relato, la llegada semanal de la mensajería de Córdoba, era el acontecimiento del dia. El pesado vehículo traía pasajeros y diarios del litoral, es decir, una provision más ó ménos copiosa y fresca de alimento intelectual, destinado á renovar periódica-

mente la comida harto uniforme y afiambrada de la poblacion. La nota aguda del clarin acompañada por el trueno prolongado de las ruedas en el empedrado, hacía salir á la vereda á los tenderos y almaceneros; los pacíficos burgueses interrumpían su plática casera para ir al hotel ó á averiguar en la botica el número, especie ó calidad de los pasajeros. En la mesa de familia, en las trastiendas, y de noche en la visita de los galanes, este advenimiento suministraba abundante pábulo para noticias y comentarios.

Compréndese que cuando el recién llegado era joven y soltero como Marcel, el interés reanuda; y el vecindario esperaba ansioso la salida del próximo número de la gaceta bi-semanal, que el Gobierno publicaba por su imprenta á brazos—; legada por Belgrano! — sobre papel verde ó rosado, para saborear la biografía del “distinguido huésped arribado á la playa”, saludado y pintado con pelos y señales.

Marcel se alojó en el hotel de la plaza principal. Su cuarto del piso alto, blanqueado y mequinamente amueblado, le hizo el efecto de una celda de anacoreta. La soledad en una ciudad

desconocida, es cien veces mas pesada y tétrica que en el desierto: es el aislamiento complicado con el suplicio de Tántalo del corazon. Despues de almorzar en su cuarto, mandó entregar algunas cartas para el representante de la Empresa y otros vecinos que le tocaba consultar, y se instaló melancólicamente en un sillón de hamaca, principal adorno de su habitacion.

Sus reflexiones tenían tinte lúgubre. ¿Qué mal-dita debilidad le había hecho aceptar la combinación de Nogales? Hallábase comprometido á vivir siquiera durante algunos meses con una existencia insoportable y contraria á sus gustos. Buenos Aires, pase todavía; pero ¡San José y la campaña de San José! Miraba por la ventana la cúpula y las torres blanqueadas de la Iglesia Matriz, encontrándolas absurdas, carnavalescas é indignas siquiera de atravesar la azotea para verlas en conjunto. El día de verano estaba abrumador; gruesos nubarrones se arrastraban, como sofocados ellos también, por un cielo de tormenta. Se respiraba una atmósfera de plomo. El almuerzo de esta fonda era execrable, y el mozo, un chino rezumante en mangas de camisa, le daba tenta-

cion de encasquetarle la fuente de loza en que le traía, con intervalos de veinte minutos, no sé qué guisotes criollos. Era una siesta aplastadora; no se veía un habitante por las veredas y los contornos de la plaza, cuyas calles de naranjos se elevaban inmóviles sin un suspiro de viento en su follaje. Bajo la galería colonial del chato Cabildo, el único viviente era el soldado de centinela, de kepi rojo y saco de brin, apoyado contra la puerta maciza y dormitando también sobre el fusil enmohecido.

Y como si el pensamiento hubiera estraido amargura bastante del medio ambiente para deramarla por donde quiera, el recuerdo persistente de Andrea, de misia Elena y hasta de la encantadora Rosita, se volvía afeado y deformado por la repugnancia universal de cuanto le rodeaba. Linda muchacha sin duda, pero encarecida su seducción pasagera por esa soledad traicionera, que se insinúa en el alma para hacerse cómplice de la juventud y del amor. . . . Su actitud revelaba la eterna coquetería de la mujer, sedienta de homenajes y conquistas. ¡Qué falta absoluta de miramientos en esa despedida desdeñosa de la fami-

lia, sin una palabra de cariño ni siquiera una presentacion! Despues de emplearle como accesorio indispensable del viaje, le tiraban á un lado, como una parte del equipaje que no se necesitaba ya. Probablemente, habían temido ruborizarse de él ante la aristocracia de aldea; y cuando la casualidad les pusiera nuevamente en presencia, por la calle ó en la plaza, un distraido saludo sería el último vestigio de ese poema en accion que para el pobre iluso contenía una vida entera de felicidad! . . .

No es posible fijar qué límite hubieran tenido las reflexiones de Marcel, cada vez mas negras y desesperadas, mientras se complacía en hacer sangrar las heridas de su orgullo y su amor,—si un golpe dado en la puerta de su cuarto no las hubiera interrumpido. Apareció una donosa cholita, de grandes ojos negros y largas trenzas batiéndole el talle sobre su vestido de percal floreado. Marcel sintió su corazón latir más fuerte: era la sirvienta de Andrea que había venido con ella desde Buenos Aires. Traía un canasto de naranjas bajo el brazo izquierdo y un gran ramo de rosas y diamelas en la mano derecha. Las seño-

ras querían saber cómo había llegado "Su merced"; la niña Andrea le mandaba las flores y Rosita las naranjas. "Dicen que lo esperan á comer esta tarde y que velay vendrá á visitarlo y llevarlo el señor Don Tiburcio."

Marcel tuvo la suficiente energía para no prodigar confidencias á la cholita Concepcion: se limitó á suplicarle que aceptase una libra esterlina para comprarse confites, dejándola pasmada á cumplidos y cortesias. Quedado solo se precipitó sobre el canasto y las flores. Preferimos no insistir en las locuras estudiantiles de un ingeniero de seccion que no temía comprometer la seriedad de su cargo y de la Empresa con tales arrebatos. . . .

Pero él ignoraba que la entrada de Concepcion había sido acechada y tomada como una señal por el vecindario. A los pocos minutos otra chinita se presentaba con una dulcera de cristal en una mano y la otra apoyada en el saliente pecho, espetando de un hilo la fórmula sacramental: "Dice la señora de Morales que se alegra que haya venido tan bueno, que cómo se halla su merced, y que velay le manda este poco de:

dulce para que lo tome á su nombre, y dispense."

Y luego vino otra, y no sé cuantas,* sin mas variante que «velay estas limitas» ú otra cosa; y Marcel atolondrado por la novedad, el mensaje correcto segun la etiqueta colonial, saludaba, daba las gracias con su risa simpática, llamaba *señorita* á la chinita desconcertada, ofreciéndole una moneda de plata que ésta rechazaba escandalizada.

Despues fueron las visitas de los caballeros, amigos ó parientes de Nogales, que habian recibido cartas de recomendacion; entraban uno tras otro, sérios y algo acortados al verse de semana en traje dominguero. Se presentaban mutuamente; encendían un cigarro y cada uno lanzaba á su vez la pregunta no ménos obligada que el recado de las chinitas: *¿Y cómo le vá de San José?* — Y comenzaban las descripciones de los campos cañeros, las discusiones sobre cosas y personas desconocidas delante del aturdido Marcel.

Como hubiera cometido la imprudencia de preguntar á D. Anibal Morales, si habría unas cinco leguas á la cumbre de la sierra vecina,

fué un verdadero *carus belli* entre los concurrentes:

—“¡Cinco! ah! no señor. Hay mucho ménos Cuente V.: de la Plaza á la Chacra, veinte y cinco cuadras. . .

—¿Cómo, D. Anibal? interrumpió otro como lastimado en su honra, y dirigiéndose á Marcel, le tomaba como juez: “Fjese V.: de aquí al Palomar no puede haber ménos de treinta cuadras, verdad? . . .”

Después de una discusión en forma, luciendo cada cual su peculiar elegancia de estilo y facilidad de elocución, se despidieron sucesivamente los visitantes ofreciendo su casa, sus caballos, su establecimiento ó estancia con una sinceridad bonachona que casi conmovía á Marcel.

Al poco se presentó el grupo de los compatriotas: comerciantes, profesores, partidores, carpinteros, de todo pelo y acento, iguales todos ante el recuerdo de la patria, francachotes, dándose bromazos con una jovialidad sana y tateadora que alegraba el corazón, en un francés acriollado que partía el oído y para un parisiense recién llegado hubiera requerido traducción. Y

allí resaltaba como una amapola en un trigal, el rubicundo y bullicioso Capdeboscq, que acababa de ganarse lindamente cincuenta mil duros en un negocio de tabacos con Chile, y rumiaba el proyecto de un gran ingenio azucarero en la falda de la serranía. Era griton, feñidor, vulgar—pero *peje* como ninguno para olfatear un buen negocio, y caudillo prestigioso en la colonia por su ancho corazón y su mano abierta.

A Marcel le sorprendía la facilidad con que todos esos trabajadores combinaban excursiones, partidas de caza ó pesca, ofrecían caballos y escopetas, confeccionaban programas de recreo para una semana y más—disponían, en fin, de su tiempo con perfecta desenvoltura. Y era éste el rasgo característico no sólo de los extranjeros, sino de los habitantes todos, ricos y pobres.

El San José de hace quince años no conocía el rigor de los reglamentos y estrictas sujeciones, de las oficinas ministeriales abajo. No existían vencimientos fijos ni plazos perentorios: hallábase cazando un comerciante: se le esperaba; el peluquero había ido á pescar: el cliente se afeitaria mañana. Una anunciada carrera en la Banda

por dos ó tres mil pesos, era un día feriado para toda la población.

En suma, aquella era una existencia patriarcal llena de pequeñeces ridículas y de rasgos originales y sabrosos, en que nada valía el tiempo, y como se decía allí: la vida daba para todo. Tenía por cierto sus lados mas levantados que esta febril persecucion de la ganancia diaria que constituye el vivir jadeante de las capitales. Y en todo caso, la cariñosa solicitud con que se practicaba la hospitalidad del corason, ahorrando al recién llegado las horas indociblemente amargas de la soledad entre la multitud y de la acomodacion penosa al medio ambiente, era un recuerdo grato que en ningun viajero se borraba jamás.

Marcel aprovechó el primer momento de soledad para vestirse, y salió á la azotea que dominaba la plaza y la pequeña ciudad. El reloj del Cabildo marcaba las seis de la tarde: era la hora fugitiva del crepúsculo tropical. La fresca brisa de a sierra refrescaba el ambiente y despejaba el cielo, alejando la tormenta que amagára durante a siesta, como sucede con frecuencia en esa esta-

Las calles y bancos de la plaza estaban llenos de gente: pasaban en grupos alegres las muchachas vestidas con colores vistosos, al uso ingenuo de los países del sol, donde la naturaleza exuberante en formas, matices y fragancias amolda el gusto general á sus caprichos. Iban en su andar á la vez ligero y perezoso, en talle y sin gorra, con un jazmin del Cabo picado en la morena cabellera, guiñando de paso y sin disimulo al forastero con sus grandes ojos cándidamente descarados. Los tenderos de la plaza y las familias del vecindario se instalaban á lo largo de las aceras, dejando un paso estrecho á los transeuntes que saludaban infaliblemente. Una vaga armonía de pianos lejanos se levantaba en medio á la fragancia de las magnolias y diamelas de los patios de las casas, desbordando de casi todos los follajes de bananeros y madre-selvas. La luz crepuscular doraba las torres de las iglesias, los miradores profusamente pintorreados, y las azoteas donde jugaban las chinitas descalzas. Una vasta serenidad se expandía sobre la poblacion entera, libre entónces del vaiven febril y ensordecedor de las grandes ciudades. La vista vagaba de la llanura

naciente, desplegada hasta el infinito con las altas chimeneas de los ingenios cual obeliscos del desierto, á la dentellada sierra del poniente, con los bosques oscuros de su falda y la corona de nubes purpurinas de su cumbre, donde el sol se hundía régicamente bajo un pórtico de cúmulos incandescentes

Un llamado de manos que partía de su cuarto, arrancó á Marcel al deleite de ese espectáculo tan nuevo y encantador: fué á recibir á Don Tiburcio que se presentó con una sencillez jovial y como estando muy al cabo yá de los detalles del viage y de sus relaciones con la familia. Sus frecuentes viajes á Buenos Aires y al Pacífico le habían enseñado el mundo, y de pronto dijo á Marcel con acento cordial:

—“No tenemos todavía hoteles presentables en San José Véngase Vd. á casa. Elena quería decírselo esta mañana, pero Vd. no le dió tiempo. No gaste Vd. cumplidos. Lo que nos sobra aquí es el espacio: tenemos casas como cuarteles”

Marcel agradeció con efusion el ofrecimiento; pero no hacía sinó pasar por San José, marcharía

probablemente á su campamento pocos días después. "En fin, contestó Miranda, como guste Vd."—y no insistió más. A los pocos minutos de una conversacion que se parecía bastante á la de los visitantes de la tarde, sacó su reloj y preguntó á Marcel si no le parecía bueno dirijirse á la casa. El jóven estuvo en pié ántes que él. Cruzaron la plaza, continuando Miranda su conversacion en alta voz, sin fijarse en los cuchicheos de la gente que empezaba á atar cabos, y llegaron á la casa situada en el extremo opuesto.

Como lo había anunciado su dueño, era un amplio edificio de un solo piso, con un gran portal y un zaguan que conducía á un vasto patio que rodeaban galerías de columnas enlosadas con azulejos, lleno de plantas y tapizado con enredaderas fragantes. Detrás del espacioso comedor se abrían los fondos interminables: un depósito, un jardincito y más allá todavía un galpon que servía de cochera. Entraron en la sala, grande como un templo y ensanchada aún por la casi oscuridad; una estera blanca cubria el suelo; los sillones y sofás se alineaban á lo largo de la pared empapelada; había un vago reflejo de espejos y marcos

dorados, y en el medio, cerca de un piano medio-largo y abierto, se rebullía un grupo parlero que hizo silencio solemne al acercarse los dos hombres.

Estaban allí algunos caballeros y señoras desconocidos cuyos nombres oyó Marcel, dando la mano al tanteo sin distinguir las facciones. Un señor alto y de aspecto militar era el Gobernador de la Provincia; un jóven esmeradamente vestido que le saludó con gravedad ceremoniosa, era Fermín Correa, "mi sobrino", dijo Miranda. Marcel no vió su fisonomía pero sintió una mano de enemigo en la suya. Por fin, misia Elena le presentó á algunas señoras y muchachas, y entre ellas á su amiga Sára Kennedy de Heredia, esposa del Gobernador: Marcel no distinguió sinó una silueta elegante que se levantó á medias de su asiento para darle la mano, y se pasó en seguida al comedor.

El arreglo y servicio revelaban los hábitos confortables de Buenos Aires trasportados en un medio algo exótico: cierto dejo criollo y hasta colonial se percibía en muchos detalles caseros. . . Pero ¡qué importaba á Marcel colocado entre la

señora de Heredia y Rosita, teniendo en frente á Andrea, y misia Elena un poco más allá, como los dias pasados; nadando en fin en el sétimo cielo! Cada palabra y ademan de esas encantadoras mujeres demostraba una preocupacion delicada y tierna: á su efecto se unía la conciencia del extrañamiento de Marcel y el deseo de hacerle gratas las primeras impresiones en su provincia.

La conversacion, general al principio, se refirió á los incidentes del viage, y el jóven notó que no se hizó alusion alguna á su escapada electoral de Los Cardones. Creyó comprender que el dueño de casa era principista y, por consiguiente, adversario político del Gobernador, aunque su pariente lejano. Fermin estaba cerca de misia Elena, y esta colocacion honrosa pero algo distante de Andrea, era una especie de destierro brillante que no parecía hiciera sus delicias. Una punta de encubierto despecho se dejaba entrever en su palabra algo sardónica y agridulce. Desgraciadamente para él, sus primeros encuentros con Sára Kennedy fueron algo desgraciados, y su creciente mal humor no tuvo por efecto acrecentar su gracia.

Sára era una jóven limeña de veinte y cinco

años, alta y delgada. Heredia habia vivido muchos años en el Perú, donde todavía tenia la base de sus negocios. Durante un viage á su provincia natal, fué elegido Gobernador con aplauso de todos, gran perjuicio suyo y natural descontento de su mujer. Pero él era de aquellos hombres que no saben posponer el interés general al particular, y aceptó una situacion enojosa, en estas circunstancias de lucha electoral que la tornarían fácilmente peligrosa y llena de zozobras. Sara aceptó con ménos resignacion el sacrificio; su franqueza un poco altiva no era muy á propósito para curar las heridas que su elegante superioridad infería diariamente al amor propio de sus administradas. Fuera de misia Elena y algunas otras familias principales que concurrían á sus tertulias, no frecuentaba sinó á la familia de su marido. Los hombres la encontraban seca, las mujeres orgullosa: no era ni lo uno ni lo otro. Era una santa criatura, recta y noble, un valiente corazon desdeñoso de las precauciones é hipocresías de aldea, incapaz de fingir cariño falso ó de ocultar el verdadero, pasando en medio de las envidias amontonadas, con la gracia serena de su vida im-

pecable que ninguna calumnia se atrevía á mancillar. Misia Elena y sus hijas la adoraban—con gran despecho del vecindario.

Desde sus primeras palabras con Marcel, nació entre ellos una simpatía que se transformó muy pronto en una afección profunda y duradera. Estos dos nobles corazones tenían que latir en armonía: y á medida que la conversacion les revelaba más y más su conformidad de gustos y apreciaciones, una alegría ingénuá despuntaba en sus ojos y sus sonrisas. Y poco á poco, sin esfuerzo ni propósito deliberado, sucedió que Andrea, Sára y Marcel se pusieron á hablar entre sí como si estuvieran solos en la mesa, ó empleáran una lengua ignorada de los demás.

La seducción inconciente de Marcel no podía ejercerse sinó en personas de elevada categoría moral. No dirijía jamás un elogio ó una galantería: pero su atencion aprobativa, y cierta manera de extraer un pensamiento profundo ó gracioso de las últimas palabras de su interlocutor, eran el mas delicado y halagador de los homenajes. Esa noche sentíase en su acento cuando dirijía la palabra á misia Elena, á Sára ó Andrea, un éco

de ternura ó respetuosa simpatía que acariciaba indeciblemente el corazón de las mugeres. Habla-
ba con Sára, en el tono que un jóven inglés hu-
biera empleado hace cuarenta años con *Her gra-
cious majesty*; con Andrea, la expresion era más
profunda todavía: era la devocion de un creyente
ante la efigie de la Madona. Cada palabra, cada
mirada suya era un acto de adoracion sólo por
ella sentido y saboreado. La encontraba adora-
ble desde el encaje de su vestido hasta la irradia-
cion tranquila de su belleza virginal; descubría
milagros de exquisita gracia en los menores ade-
manes de sus dedos de hada, en su acento grave
y cantante, en la franja negra de sus largas pesta-
ñas, en sus cariños á Rosita, en los rulitos negros
de su sien, en sus palabras y en su silencio.

Era, no obstante, imposible prescindir del mo-
vimiento general de la conversacion: una pregun-
ta del gobernador, un dato pedido por Miranda
respecto del ferro-carril, le arrancaban por mo-
mentos á su éxtasis. Contestaba con su buena
gracia habitual, agotando la cuestion en dos ó
tres frases claras y precisas como un teorema, y
volvía al encanto de su intimidad. Fermín, con

la perspicacia del enamorado, miraba este manejo invisible para los demás, con un despecho que á penas podía reprimir. Participaba habitualmente de la hostilidad general contra Sara, pero en este momento ese sentimiento estaba exacerbado por lo que le parecía ser una complicidad de la joven señora en el amor de Marcel.

Los diarios del litoral habían traído detalles de la quiebra ruidosa, aunque intachable, de una gran casa inglesa: la conversacion cayó naturalmente en este suceso, que alcanzaba á dos ó tres comerciantes de San José. Entónces Fermin elevando la voz, exclamó:

—“Son los efectos del comercio extranjero! Este país está destinado á ser la víctima eterna del extranjerismo: nos explotan, nos despojan de nuestros productos y, cuando no pueden mas, se alzan con nuestro dinero y se vuelven á Europa! . . .”

Hubo un instante de silencio embarazoso. Sara, hija de inglés y educada en una ciudad cosmopolita, había sentido la injuria y palidecido lijaramente. Marcel la miró y tomó la palabra con su voz suave y lenta y su sonrisa cortés:

—“El señor Correa me permitirá que acepte sus palabras únicamente como la expresión de un sentimiento personal contra el extranjerismo. Así mirada la cuestión carece completamente de importancia, y ruego á la señora de Heredia que no se la dé innerecidamente. En cuanto al caso mismo, el señor parece ignorarle por completo, y siento que no sea éste el momento ni el sitio para esta clase de demostraciones.”

El dueño de casa comprendió que era necesario dar un giro conciliador al incidente:

—“Seguramente, son datos inexactos los que nos han llegado. Fermin habrá sido engañado. Y Vd. debe saber mejor estas cosas. . .

—Si señor, continuó Marcel con tranquilidad; la quiebra de Murray es una desgracia para él y muchos extranjeros honrados y arruinados como él. No puedo citarme por haber perdido una suma insignificante, pero celebro el honor que me toca de defender en casa de V. á un hombre de bien. . . ”

Todavía existía en las provincias la costumbre de invitar al huésped con una copa de vino hácia el fin de cualquiera comida por íntima que fuera;

cra como un recuerdo del antiguo rito sagrado de la hospitalidad. En el silencio que siguió las últimas palabras de Marcel, misia Elena, Andrea y Sara tomaron en su mano la copa llena de Champagne y saludaron con una inclinacion cariñosa al jóven, que contestó al brindis haciendo ademán de agradecimiento.

En momentos de despedirse, Sara pasó con Andrea al cuarto de ésta para arreglarse un poco delante del espejo del tocador. Andrea, detrás de ella, contemplaba sus elegantes movimientos de exquisita mundana; al fin le dijo, con el secreto deseo de provocar una contestacion significativa:

—¿Como te ha ido, llena de gracia?

Sara se dió vuelta hácia su amiga:

—¿Quieres que te diga? estoy loca con tu Marcel ¡Cuidado con hacerle sufrir! . . .

—Ah! que buena eres y cómo te quiero! contestó Andrea tomando en sus brazos y cubriendo de besos á la linda limeña.

Los dias siguientes fueron empleados por Marcel en entenderse con la Empresa para los traba-

jos que se debía emprender en la seccion de San José. Recibió y devolvió algunas visitas, conferenció con las autoridades, encontrando en todas partes una atmósfera excepcionalmente favorable. Así pasó una semana sin incidentes dignos de mencion, almoldándose sin esfuerzo al medio nuevo en que había de vivir, y estrechando sus relaciones hasta convertir á dos ó tres en amistades cordiales, como la del insoportable y simpático Capdebosq, y sobre todo la de la señora de Heredia.

La víspera de emprender su marcha al campamento, situado á doce ó quince leguas al Sud, y hechos ya sus preparativos y despedidas, le sucedió inesperadamente un gran acontecimiento de corazon, más solemne é importante para Él que los mayores cataclismos de la naturaleza ó de las naciones.

Se ha notado que cuando dos seres han acumulado aisladamente los elementos de una pasión recíproca, la casualidad—que así llama nuestra ignorancia á las leyes ocultas del alma—proporciona siempre la próxima ocasión del brusco contacto que les hace estallar. Es como la palmera

florecente soltando el gérmen misterioso que el viento debe llevar hácia otra, que le espera sin saber de donde vendrá.

El Gobernador dió una comida en su quinta situada á dos leguas de San José, en las primeras ondulaciones de la falda del cerro. Entre las tres ó cuatro familias concurrentes estaba, por supuesto, la de Miranda. Sara Kennedy había invitado la media docena de jóvenes á quienes necesitaban encontrar allí otras tantas niñas para que la fiesta tuviera animacion. La cosa fué exquisita como todo lo que disponia esta encantadora mujer. Despues de la comida que tuvo lugar en la ancha verandad de la casa, se trajo allí mismo el piano y se empezó á bailar, al aire libre de la magnífica noche de verano, en el espacio aplazado que precedía la gradería y separaba las dos partes del jardin.

Mas que los faroles colgados de los naranjos y sebos de los contornos, alumbraba la escena con luz alabastrina la luna casi llena, que cruzaba á media noche por el cénit oscuro salpicado de estrellas. Algunas luces brillaban débilmente por entre las negras especuras; la masa oscura de la sierra muy veci-

na alzaba en los aires el penacho de fuego de algun incendio que duraría hasta la primera tormenta. Cuando el pianista interrumpía unos segundos su golpeteo maquinal, se tenía la conciencia de hallarse en el desierto, mas cerca de la selva virgen que de la ciudad, por el ladrido muy lejano de un perro de guardia ó el galope á penas perceptible de un caballo en el camino. Venían á intervalos ráfagas de viento, deliciosamente frescas y cargadas de esencias silvestres, que doblaban las luces y agitaban los rulos de las muchachas en los labios de los jóvenes. Y del túbio ambiente, de horizonte indefinido, de la noche llena de misterio y vaguedad, de la música perezosamente ritmada y que no lograba cubrir el vasto silencio de las cosas, un eslavio sutil se desprendía que ablandaba las almas y las abría para el amor.

Mientras los padres y gentes mayores proseguían su plática tranquila entre dos cabeceos, los jóvenes bailaban eternas temporadas, pues casi todos eran parejas de prometidos, y nadie extrañaba la *contraccion* ni pensaba en hacerse el perro del hortelano.

En los intervalos del baile, las parejas se sen-

taban en los rústicos bancos de la alameda; el galán traía en la mano dos copas de cerveza que se apuraban en brindis clandestino, y después de un diálogo en voz baja, los enamorados se levantaban enlazados y se perdían en el lento girar de la habanera.

Es inútil decir que Sara Kennedy no había invitado al primo Fermín. Toda esa noche de maravilloso encanto tuvieron Andrea y Marcel para sentirse, para respirarse, para confundir estrecha y eternamente sus almas rebosantes.

El destino cruel que les reservaba tantos años de amargura, quiso apiadarse una vez dejando que siquiera esta hora fuese de dicha supraterrestre, sin una nube ni una aprensión del porvenir, y apurasen en paz divina la copa llena de la felicidad.

Sara tuvo una idea que fué recibida con aclamación por la juventud y sin protesta alguna por los *burgueses* de ambos sexos, que conocían la seriedad y ascendiente de la dueña de casa: inventó el ir á buscar jazmines en una alameda transversal que se perdía al rededor de la casa. *Qui m'aime me suive!* gritó, en griego para to-

dos másnos Andrea y Marcel. Y era una escena deliciosa la de esas blancuras flotantes en la penumbra de la fragante bóveda, deteniéndose cada pareja cerca de un jazmin arborecente, pues es inútil decir que ninguna prefería el que otra eligiera ya. Marcel y Andrea siguieron á Sara que los llevó adelante del grupo, y dejándolos solos se alejó lentamente.

Andrea abandonó bruscamente el brazo de Marcel, y fingiendo una serenidad que desmentía su voz alterada:

—“Alcánceme un par de flores y volvamos. . .”

Oíase las risas vecinas dominadas por la voz de Sara, pero no se distinguían ya los grupos perdidos en la oscuridad que caía de los follajes. Marcel cortó un jazmin y lo tendió á Andrea: sus manos se rozaron y no pudieron desprenderse más. El murmuró: “Una palabra, mi Andrea adorada! . . .” y bruscamente lo sintió á sus pies, oprimiendo la helada mano de la niña en sus labios ardientes. Entónces con voz trémula y débil como un soplo, suspiró Andrea casi desfallecida:

—“Sí, Marcel, le doy toda mi vida! . . .”

Y el joven levantado estrechándola en un abrazo frenético, imprimió en ese rostro divino el primer beso de amor.

—En marcha, juventud! gritó la voz de Sara que se acercaba. . . .

Marcel pudo marcharse al día siguiente; llevaba provision de felicidad.



VI.

Marcel había recibido orden de llevar con toda actividad los movimientos de tierra de la parte de su seccion, situada á una distancia media de quince leguas de San José. Se le recomendaba con apremio que para ello contratára el número suficiente de trabajadores—hasta la cifra de 2,000—en el concepto de poder trasportar su campamento á cinco ó seis leguas de la ciudad á mediados de Mayo.

No era tan ingénuo que no comprendiese la razon secreta de ese apuro. La Empresa interesada como nadie en el mantenimiento del orden,

y confiando plenamente en la lealtad de Marcel, bajo la garantía del Doctor Nogales, quería que el Gobierno de San José, á falta de tropas de línea que debían llegar más tarde de la frontera del Chaco, pudiese contar con el concurso inmediato del pequeño ejército de trabajadores.

Los acontecimientos políticos, en efecto, asumían un carácter de día en día más violento y amenazador. Las elecciones de diputados nacionales manifestando indirectamente la incontrastable mayoría del partido nogalista, trajeron como consecuencia la declinación de una de las candidaturas adversas. El noble y valiente caudillo popular se adhirió á la candidatura nacional, robusteciéndola con la base porteña que le faltára; casi todos los elementos populares de las provincias imitaron la actitud del comité central. Pero á medida que se aseguraba el triunfo de Nogales, el poderoso y rico partido principista se manifestaba ménos dispuesto á acatar el resultado de las elecciones legales. Acentuábanse los rumores de trastornos futuros en muchas Provincias. Y estos rumores alcanzaban particular gravedad en el Norte, donde los principistas, además de impor-

tantes minorías entre algunos de los vecinos influyentes de la población, podían contar con el apoyo eficaz de Santiago, administrado como un simple bajalato por una familia, y dispuesto á marchar como en otros años contra sus ricos y pacíficos vecinos.

Muchas veces Marcel había enrostrado con frialdad el caso extremo de la situación en que podrían colocarle los acontecimientos. Y el recuerdo de su palabra empeñada á Nogales le dejaba cada vez mas tranquila su conciencia de hombre honrado. No podía caber duda alguna respecto de la legitimidad del triunfo de Nogales en el Norte. Estaba con él la población entera, y todo golpe de mano que tuviera por fin una sustitucion del voto libre por el impuesto, sería atentatorio y criminal.

No procuraba ni deseaba por cierto una intervencion en asuntos que se alejaban de su mision profesional: el rol más ó ménos disfrazado de *condottiere* voluntario repugnaba á sus elevados instintos. Pero estaba acostumbrado á no pedir al deber cara risueña, y la conciencia de hallarse pronto para el momento preciso, le hacía esperar

con la serenidad de los valientes cualquiera eventualidad del porvenir.

Por lo demás, su agreste y enérgica existencia no le cuadraba mal. Sentíase ufano al pensar que ligaba su nombre á una empresa que había de transformar las condiciones económicas y sociales de esa parte mas rica y bella del país. Ensanchedos por la práctica anterior y actual, sus conocimientos teóricos habían de desplegarse en obras interesantes y grandiosas. El Director General, gran pescador de hombres, distinguió desde los primeros días al excelente ingeniero y hombre templado que era Marcel, dispensándole plena confianza y libertad absoluta para su desempeño. Cuando se le hablaba de cualquier desorden posible en esa seccion más lejana, solía contestar: Estoy tranquilo, Renault está allí!

Esta existencia de contrastes tenía, pues, para Marcel, un sabor especial. En la casilla de madera donde se alojaba, al lado de los planos é instrumentos de matemáticas, se amontonaban los arreos de caballo, las armas, los utensilios del servicio. En la cabecera de su catre, algunos insectos raros estaban clavados con alfileres sobre

una tablilla; un frasco vacío de agua de Colonia contenía una hermosa víbora de cascabel, tomada en un corte de alcantarilla. En un estante hecho con una tabla de álamo sacada de un cajón, se desplegaba toda la biblioteca, compuesta de un Tratado de logaritmos, cinco ó seis volúmenes de Lemerre, algunas revistas y una pila de cuadernos de la Escuela Politécnica.

En pié, ó mejor dicho, á caballo desde el amanecer, inspeccionaba la línea de los trabajos que se extendía hasta dos ó tres kilómetros; examinaba prolijamente la ejecución de sus órdenes de la víspera, preparaba las del día con su segundo, el joven ingeniero sueco Marstrand, que las transmitía á los jefes de cuadrillas. Después tenía que redactar informes al Directorio, someter proyectos, proceder á la mensura y tasación de los terrenos expropiados: y cuando el sol desaparecía arrojando reflejos de llama en la cima nevosa de la montaña, practicaba una última inspección de las tareas diarias, mientras los centenares de peones volvían pesadamente al campamento con el paso lento de animales cansados.

De noche, después de comer, gustaba Marcel

de recorrer el campamento: los fogones esparcidos á uno y otro lado de la empezada vía, arrojaban colorido violento y fantástico, digno de Salvator Rosa, en los grupos de trabajadores de todos aspectos, trajes y nacionalidades. Cerca de un paisano de vincha en la cabeza, se divisaba el sombrero negro del tirolés, la boina azul del vasco y hasta el fez rojo de algun viejo *céfiro* africano. Oíase el voto áspero de un gallego cruzando algun dicho soldadesco en francés ó en dialecto napolitano; y acá y allá, acompañada en la guitarra rasgueada por una torpe mano de terraje-ro, una voz ruda entonaba una romanza sentimental.

Todos callaban al acercarse Marcel; pero él les animaba con una buena palabra, encendía su cigarro en la brasa que un muchacho le alcanzaba en una cuchara de hierro, y despues de informarse de sus tareas, de la alimentacion, y preguntar por los enfermos de fiebre palúdica en la cuadrilla, solía distribuir un puñado de cigarros á la redonda, agradeciéndole todos más que donativo el cordial ademan.

En seguida, volvía á su casilla y se acostaba

muy temprano, procurando no encender la luz sino los minutos indispensables, para no dar la señal de ataque á los millones de mosquitos y demás insectos que pululan á fines del verano en las húmedas hondonadas de la tierra tropical. Era la hora en que reaparecía mas viva la imájen amada. Por la abierta ventana de su casilla que miraba al Este, seguía la ascencion lenta de alguna estrella que cruzaba el oscuro marco rectangular, y en la naciente alucinacion del semi-sueño, parecía que el astro se transformaba insensiblemente, hasta que al cerrar los ojos la sola imájen de Andrea se alzaba radiante en un cielo ideal.

Durante los meses de Marzo y Abril, hizo cuatro ó cinco cortos viajes á la ciudad, encontrando á la familia de Miranda siempre atrayente y cordial. Aunque no tuvo yá sino rarísima ocasion para hablar en secreto con Andrea, durante algunos segundos, leyó siempre en su nítida mirada el compromiso fielmente guardado de su dicha futura.

En cambio, supo por Capdeboscq y muchos otros la historia y condicion actual de la familia. Las versiones variaban en muchos detalles, pero

del conjunto uniforme sacó el siguiente resumen que pudo considerar como verídico.

La familia de Miranda era tenida por una de las ricas de San José, y aún del Norte de la República.

Parte de su fortuna procedía de la herencia que había recibido Don Tiburcio y su única hermana Doña Trinidad, casada con un estanciero Correa y madre del joven Fermin. En cuanto á misia Elena, era de familia antigua pero arruinada por las guerras civiles. Esta fué la circunstancia que permitió se hiciese este casamiento, más desproporcionado aun bajo el aspecto de la inteligencia y del corazon, que de la fortuna.

Don Tiburcio aspirante y vanidoso, dotado con las cualidades del empresario pero-desprovisto de las del administrador, había contribuido por mucha parte al desarrollo industrial y agrícola de su Provincia. Él tuvo las primeras grandes praderas artificiales; introdujo las mejoras en el ganado caballar y vacuno, hizo progresar el plantío de la caña dulce, fomentando indirectamente la fortuna de otros que le imitáran, más que la suya propia.

Lleno de proyectos grandiosos, gastando sin contar para realizar un pensamiento, los mejores negocios se volvían para él ruinosos ó poco lucrativos, debido á la desproporcion entre la fuerza empleada y el producto resultante. Con todo, se consideraba su fortuna como considerable. Poseía el mayor ingenio de la Provincia, y se decía que las costosas modificaciones por él introducidas en la maquinaria de elaboracion, triplicarían en pocos años su caudal. Era un hombre ambicioso, altanero, violento: más que generoso, *rumboso*, es decir, gastador por vanidad. Adoraba á su hija Andrea, valiendo para él un deseo suyo, más que las súplicas y explicaciones del resto del mundo, sin exceptuar á su mujer, corazon noble y delicado—sacrificado durante años sin una queja ni una recriminacion.

El orgullo de Don Tibarcio sufría al tener que vivir con su familia en esta pequeña ciudad mediterránea. Emprendía con ella frecuentes viajes á Buenos Aires, y tenía proyectado un largo paseo por Europa, en cuanto pudiera realizar su ingenio ó dejarlo en manos seguras.

Para todo el público de la Provincia, estas

manos seguras eran las de Fermin. Este, rico por su parte, poseyendo una de las mejores estancias de la comarca, pasaba por el novio necesario de Andrea. Era un jóven de excelentes cualidades para marido ordinario: honrado, activo, no del todo desprovisto de educacion, leyendo una que otra novela *histórica*, en las eternas veladas de invierno de la estancia, habiendo viajado por el litoral y el Pacífico, lo suficiente para conservar relaciones con sastres y sombrereros: en una palabra, un hombre de peso, y un elegante de aldea, el domingo, despues de trabajar los seis dias de la semana con energía y teson.

Alguien afirmó una vez que la fortuna de Fermin era mas segura que la de su vanaglorioso tio—y hasta se dejó pensar que el sobrino era uno de los principales acreedores del gran ingenio "Porvenir," el cual á pesar de alzarse imponente y soberbio con su chimenea y grandes edificios, podía que tuviera sus cimientos minados por roedoras hipotecas. Pero esto, nadie lo sabía con seguridad: eran probablemente las pedradas que la envidia impotente suele lanzar á cuanto brilla y domina fuera de su alcance.

Miranda y Correa no estaban ligados solamente por los vínculos de la sangre: como consecuencia, habían *militado* juntos en las luchas políticas que ensangrentaron ó empobrecieron todas las Provincias después de Pavon. En cuanto Fermin tuvo edad de hombre, siguió las huellas de la familia, y junto con su tío Tiburcio, dirigió en San José las estériles tramoyas con que contribuyeron los provincianos del Norte á la ruina del gran partido principista.

Relegados al olvido, ó mejor dicho, privados de participacion directa en el gobierno desde 1869, los principistas del Norte no habían abdicado toda esperanza de vuelco político á ellos favorable. Sus partidarios constitufan lo mismo que en Buenos Aires algunas de las familias pudientes y antiguas de la Provincia, y vagos rumores de revoluciones fraguadas en la sombra solían llegar á los oídos del público.

En Mayo, la prensa principista mas exaltada de Buenos Aires enarboló resueltamente la bandera de la protesta á todo trance, contra el resultado de antemano previsto de las elecciones presidenciales. La enérgica actitud del comité central

impresionó hondamente á sus correligionarios de San José que contaban, como dijimos, con el apoyo de un gobierno vecino. Aunque don Tiburcio no encabezaba en apariencia los trabajos para el movimiento que con todo sigilo se preparaba, nadie ignoraba que á su mano convergían todos los hilos de la conspiración.

Hacia mediados de ese mes de Mayo, Marcel dejó parte de su gente en las obras adelantadas, y con el resto estableció su campamento á unas seis leguas de San José, donde grandes desmontes y terraplenes habían de ocuparle durante muchos meses.

Desde el campamento, se divisaba hacia el poniente, alzándose sobre las primeras ondulaciones de la falda, el ingenio "Porvenir," propiedad de la familia Miranda. Sabido es que en San José, la vilegiatura tiene lugar en invierno, durante la cosecha de caña, época en que las familias de los plantadores se instalan en los ingenios. No debemos ocultar que esta consideración excitó el celo de Marcel por cumplir las instrucciones recibidas. Hubiera podido esperar una quincena más, pero cuando le llegó la noticia de estar ya

instaladas en su propiedad de campo misia Eleoa y sus hijas, encontró un sinnúmero de excelentes razones para trasladarse también. Y ¡cosa extraña! fué por ello felicitado el mismo día por el Gobernador y don Tibuscio, á quienes tuvo que ver en la ciudad.

Desde que salía de su casilla por la mañana miraba con envidia la alta chimenea que movía en el aire su penacho de humo como un llamado y una permanente tentación. Pero, penetrado el jóven de las responsabilidades que sobre él pesaban en las actuales circunstancias, no cedía á la poderosa atracción sinó alguna tarde ó un día de fiesta, cuando sabía que quedaban en el campamento su segundo Marstrand y el estado mayor de ayudantes y jefes de cuadrillas.

En una de esas serenas y frescas noches de Junio que suceden á los encantadores días del invierno tropical, salió Marcel envuelto en su poncho de vicuña, al paso lento del caballo, como para una de sus vueltas habituales por los alrededores. Pero, en cuanto hubo salvado los últimos fogones, y se halló en el camino real, soltó la rienda y partió á galope hácia el ingenio.

Eran dos leguas llenas de vueltas y encrucijadas, cuyo dibujo estaba ya grabado en su memoria con sus mas ínfimos detalles, y que había de recordar muchos años después con la tristeza de Adán arrojado del perdido paraíso. Sabía el vado del Rio Colorado, el arruinado puente sobre una acequia que se había de cruzar por un extremo, la quinta de naranjos que se contornaba, el cedro que dividía el callejon como un peñasco en un arroyo, el trecho de camino recientemente desmontado, donde el caballo tropezaba en los troncos á flor de suelo; por fin, el primer rancho que anunciaba la próxima llegada.

Entónces comenzaban á ambos lados de la carretera, los tablones de caña en pié, blanquizca y seca por las heladas, con grandes trechos cosechados que hacían como manchas sombrías en la llanura. . Aquí su fiebre caía de repente, ponía al trote su caballo jadeante, avanzándose sin prisa por entre los carros llenos de caña cortada, los ranchos de la poblacion cosechera, donde al resplandor de los fuegos de ramas, las chinas morenas pisaban á dos manos el maíz en el mortero, con un cigarrillo de chala entre los dientes. Trás

del caballo, los perros ladraban furiosamente; algunos peones asomaban por las ramadas de tacuara y *mala hoja*; había que descorrer una pesada tranquera—y de repente aparecía el ingenio con sus hornos encendidos, la alta chimenea cuadrada, los galpones y galerías donde hormigueaban los trabajadores de los fondos y del *trapiche*, perfilándose fantásticamente en las paredes crudamente iluminadas por el fuego de los hornos. Solía distinguirse ya el ronquido del molino hidráulico, desde que el caballo hundía su casco en el elástico piso cubierto de bagazo puesto á secar y extendiendo su gran sábana blanca. Y tan presentes tenía Marcel estos pormenores casi invariables de sus visitas, que se alzaban en su memoria, y antes de llegar le daban gusto anticipado, así como estos se prolongaban mucho después de la separación, como un crepúsculo de su felicidad.

Era misma Elena embosada en su manto bajo la galería de la casa, Rosita que corría ingenuamente hácia él y acercaba vivamente una silla para *Rosé*; luego aparecía Andrea que casi siempre se había retirado por un instintivo pudor de niña en-

morada, alta, erguida, elegante en su claro vestido sencillo, dándole toda la mano sin la inútil palabra de bienvenida. Y empezaba la conversacion en apariencia más *banal*, aunque de sabor exquisito para esos cuatro seres que se estrechaban á impulsos de una simpatía comun. Pero llegaba don Tiburcio; y había que escuchar la série de proyectos antiguos y nuevos, asistir al desfile de mejoras industriales que se proponía realizar. . . . Sería una revolucion en la produccion azucarera todavía en infancia, con sus fòndos de fuego directo, el ridículo templero al aire libre, y el blanqueo con barro que duraba tres meses sin nada blanquear. . . . “Sí, don Marcelo, he sido el primero en poner el trapiche de acero con rueda hidráulica, tengo aquí las turbinas más antiguas de la Provincia; y seré el primero tambien en tirar de un puntapié esos tachos salvajes, y colocar aquí una maquinaria moderna, un tren completo de triple efecto, molino de vapor y alambique perfeccionado. Ahí verán! . . .”

Luego se pasaba á los galpones de la fábrica; y cuando estaban allí las muchachas, Marcel entraba en la cuestion, recordaba su olvidada quí-

mica, se entusiasmaba, discutía, abriendo magníficos horizontes ante el auditorio maravillado.

Los peones impasibles revolvían los caldos hirvientes cuya espuma despedía un buen olor de caramelo; á veces, Andrea tomaba en sus blancas manos la pala-espumadera, ante la ancha risa silenciosa del peon envanecido. Cuando la noche estaba clara y templada, concluía la excursion con un paseo al acueducto que se alargaba en la sombra con sus pilares que goteaban el agua filtrada por la mampostería. Los tramos harto distantes parecían ceder en ciertos puntos centrales, y la aguda mirada del ingeniero se fijaba cada vez en la comba harto pronunciada de la pesada masa, manifestando á don Tiburcio su inquietud. . . . Pero éste, con la estrechez porfiada de los industriales rutineros que ignoran los principios generales, trataba siempre con un desden mal disimulado las observaciones de ese muchacho "lego" que, sin conocer siquiera el *punto* del melado, pretendía opinar respecto de este detalle del ingenio: "una obra de romano, señor!"

Se volvía lentamente á la casa, los jóvenes adelante y los padres detrás; pero Rosita detenía el

paso bajo algun pretexto, y los enamorados podían cambiar en voz baja algunas palabras rápidas, alternando con otras lanzadas al vuelo:

—“¡Cómo la quiero, niñita adorada! . . . Temo que hiele á la madrugada. . . .

—Anoche creí que viniera usted; me acosté muy triste. . . .

—No pade, Andrea. Usted sabe que no vivo sino á su lado. . . . sería un gran perjuicio para la caña. . . .

Pero don Tiburcio protestaba de lejos contra el malhadado presagio.

—¡No sea usted niño! ¿qué no siente el viento norte? . . .”

Se entraba en el salon para concluir la velada con un poco de música. D. Tiburcio se esforzaba por combatir el enojoso pensamiento de abrir el piano á tales horas: misia Elena callaba, acostumbrada á ceder; pero Andrea, con su dulce imperio de niña mimada, obligaba á su padre á sentarse en el sofá, y escuchar una sonata ó un nocturno que no le hacía maldita la falta para cabecear:

Marcel, parado al lado del piano, contemplaba

el adorado perfil de la joven, sus claros ojos fijos en la música, los movimientos de sus manos que daban vagas ondulaciones á su cuerpo gentil; un vago perfume se escapaba de sus cabellos negros, y él entreabría los labios como siguiendo el ritmo de un canto interior. Pero el timbre del reloj retumbaba al oído de Marcel como el clarín del juicio. La música se interrumpía, y con los ojos fijos en el minustero velos que en vano procuraba inmovilizar con su deseo, disfrutaba los últimos minutos impregnados ya con la amargura de la separación.

La vuelta era siniestra, en la noche oscura y fría, los piés inánviles sobre el estríbo helado, absorto en su meditación, reviviendo cien veces los momentos fugaces que acababa de disfrutar.— Soltaba la rienda al caballo, que tomaba el camino del campamento, sacudiendo el letargo del jinete con una huida brusca ante un vuelo de ave nocturna, y se paraba al fin, delante de la casilla silenciosa.

Pero en la noche de que hablamos, como llegaría á la entrada del callejón, se sorprendió por el

silencio que reinaba en el ingenio. No se oía el continuado rumor del molino; ante los hornos apagados no se divisaba sombra alguna de trabajador. Se apeó vagamente inquieto, interrogó á una india que pasaba: el acueducto muy lleno durante toda la semana, había reventado en dos ó tres tramos distantes.

Guiado por la luz de algunos faroles que se movían como á una cuadra de la casa, llegó al punto del desastre, saltando ó contorneando anchos y profundos charcos que revelaban el largo tiempo que el agua había corrido fuera del roto canal, hasta que pudieran cerrar la boca-toma. Toda la gente estaba allí, tan conmovida por la catástrofe, que nadie reparó en él. Las señoras sentadas en un tronco de tala, miraban calladas é inmóviles. Don Tiburcio desencajado, hundidos los ojos, muy pálido, estaba de brazos cruzados ante la desmoronada mampostería Fermin, movedizo, bullicioso, mandaba peones á diestra y siniestra con órdenes contradictorias; ya eran tres ocurrencias suyas que se malograban: la última había consistido en hacer traer anchos tablones de cedro de la fábrica, y despues de la ímproba

labor, reconocer que eran muy cortos para el objeto Lo que acrecía la gravedad de la situación, era el gran acopio de caña cortada despues de las últimas heladas, y que si no se beneficiaba prontamente, maleaba del todo la cosecha ya muy comprometida. Aunque poco curioso, Marcel sabía que dicha cosecha había sido la caucion de un fuerte préstamo hecho á Don Tiburcio por el Banco Valparaiso. . . . Y en este mismo momento, el fabricante repetía sordamente con los puños crispados: *la ruina! la ruina!*— Era una arteria rota en el organismo industrial.

El ingeniero hundía su mirada en los alrededores buscando una idea, una inspiracion. Al fin, sus ojos se clavaron en el techo de zinc blanquizco de un galpon vecino: eran chapas de canaleta de dos metros de largo y algo mas de uno de ancho. Bruscamente asumió el mando con tanta autoridad, que nadie tuvo un instante de vacilacion.

—“Al punto, dijo secamente dirigiéndose al mayordomo del ingenio, todos los carpinteros y albañiles del establecimiento; diez hombres para acarrear ladrillos y hacer mezcla de cal y arena.

Haga Vd. colocar cuatro faroles en frente de cada tramo. Retírese lo demás de la gente!"

Era su acento tan resuelto y convencido que todo el mundo obedeció.

Pasó toda la noche en la obra. Al alba, estaba ya terminada, y el sol naciente mostró los pilares alzados en el centro de los tramos derruidos, los tablonos sólidamente embutidos y sosteniendo un canal de zinc de unos dos piés de ancho y soldado con esmero; en su parte superior lo mantenían á distancia unos gruesos alambres tendidos de trecho en trecho.

Por un delicado instinto de mujer, misia Elena, desde muy temprano, mandó á sus dos hijas para preparar café en el enorme fogon encendido cerca de los trabajos.

Andrea, sonriente y feliz, llenaba con todo esmero la taza que iba á presentar á Marcel; de pronto sintióse el largo rumor del agua que llegaba por la abierta compuerta; algunas gotas filtraron por la improvisada acequia, y el raudal pasó hasta la rueda del molino que empezó á girar. La niña murmuró: *qué dicha para todos!*— Pero al tender bruscamente su mano á Marcel

una flor marchita se escapó de su mal prendido corpiño. Era una rosa dada por él tres días ántes. Y al juntarse largamente sus manos trémulas, los dos jóvenes cambiaron una mirada profunda, absorbedora, que vinculaba nuevamente sus dos existencias.

Cuando pocos momentos despues, llegó Don Tiburcio, ansioso y febril, pudo escuchar el rumor del molino-que marchaba á impulso de la corriente; y entónces, súbitamente dominado por la emoci3n de su naturaleza impetuosa, exclamó: *ah! hijo mio!*—abriendo los grandes brazos de padre y estrechando contra su pecho á Marcel, quien débil aún con el esfuerzo de estas diez horas de lucha, palideció como si fuera á desfallecer.

A partir de ese dia, Marcel pudo notar una cordialidad creciente en las relaciones de Don Tiburcio con él, al tiempo que el primo Fermín cesaba casi por completo de visitar á la familia en el ingenio. Su llegada á la casa, cada tres ó cuatro dias, era una fiesta que podía notarse en los menores detalles del recibimiento. Lefa su dicha hasta en las cariñosas miradas de los peones y criados. Rosita se abandonaba á

una confianza casi fraternal. Don Tiburcio le hacía consultas comerciales, pidiendo la opinion del jóven en asuntos que parecian ya referirse á comunes intereses. En la plácida fisonomía de misia Elena irradiaba una aureola de felicidad, algo como el reflejo de una victoria reciente. Ya pedía á Marcel esos pequeños servicios que revelan la completa intimidad.

Pero ningun indicio era mas elocuente que la actitud de Andrea. Ella, tan reservada hasta entónces, al punto de no dirigirle casi nunca directamente la palabra en público, conversaba con abandono, le hacía preguntas á cada instante, esperaba la respuesta del jóven para cualquiera resolucion, publicaba, en fin, con sus palabras y ademanes, el consentimiento conquistado y el triunfo de su corazon virginal.

No sabía Marcel que aquello era el resultado de largas y borrascosas discusiones en el seno de la familia, una victoria mucho tiempo disputada é indecisa. En su ingenuidad de enamorado, parecía natural que la felicidad suprema se brindara á su mano tendida, como una fruta madura. Aspiraba la esperanza á pulmones llenos, como

el aire puro que le llegaba de las cumbres, cuando en una mañana de día de fiesta lanzaba su caballo de conquistador en el verde camino poblado de recuerdos y dorados ensueños. En el horizonte de su vida, ninguna nube siniestra se divisaba ya ¡Y fué esa hora de ventura celeste la que eligió el emboscado destino para herirle de muerte, descargando en su cabeza el golpe que le derribó, como el rayo que cayera de un cielo sereno!



VII

Como los agrícolas de Virgilio, los habitantes de San José no apreciaban bastante su felicidad. Encontraban algunas veces que carecía de peripecias su existencia patriarcal, con sus acontecimientos ajustados al movimiento sideral y casi tan invariables como éste. Eran, además del ya mencionado arriba periódico de la mensajería: la *retreta* con la banda de música gubernamental, dos noches por semana; y la no menos gubernamental misa de diez, cada Domingo, animada con el eco marcial de los susodichos cobres oficiales, que solían estallar en el momento

de la Elevacion, con la habanera del último baile; —causando así distracciones peligrosas á las muchachas sentadas en el suelo, cubierta la cabeza con un pañuelo de espumilla, en el tocado más seductor y avenido con sus grandes ojos de negro diamante.

Fuera de esos dos ó tres puntos de mira de la semana, no había sino sucesos extraordinarios y que hacían época, sirviendo como jalones del tiempo pasado: tales eran las luchas electorales ó la temporada teatral de algunos pobres comediantes náufragos que caían extenuados de Bolivia ó del Litoral, y hacían relumbrar en algun patio y á la mezquina luz de cuatro quinqués, su romántica ferretería de Toledo.

Una atmósfera aletargadora envolvía á la poblacion: un aburrimento robusto y plácido sin agudas crisis ni estallidos de pasion. Todas las fiebres conocidas eran las que se curan con píldoras de quinina. La juventud aristocrática estaba en las estancias, los ingenios ó las tiendas de géneros. Medir zaraza era oficio noble, y la vara maciza un atributo de criolla hidalguía. Cada moceton se enamoraba en cierto dia de alguna

guapa muchacha en misa ó en la retreta; tanteaba el agua algunas semanas, la visitaba algunos meses, despues del toque de oraciones, comulgando con la familia bajo las especies del mate comun;—y al fin, se casaba sin ruido ni despilfarro. Al cabo de tres ó cuatro años la fina muchacha, poseedora de otros tantos hijos, estaba hecha una ámplia matrona que no salía sino para oír misa, y deslizaba su vida feliz como chorro de espesa miel; hasta que la nueva generacion venía á seguir en el llano sendero una existencia exactamente igual.

Esta situacion hubiera degenerado fácilmente en empastamiento y beociana coagulacion, á faltar un elemento vivaz que mantenía alborotadas las diminutas olas del lago provincial, y renovada incesantemente la atmósfera pesada. Esta sal de la azucarada tierra era la chismografía. ¡Ah! no murmuremos de la murmuracion!

El chisme representaba en San José lo que en otras partes la produccion literaria y artística, la especulacion intelectual, el ejercicio de las facultades inventivas para impedir su atrofia completa: en fin, el vuelo imaginativo cernido sobre la chata

realidad para engalanarla y transformarla. La habladuría callejera y social era en San José una verdadera institución de pública utilidad, y su influencia era tan poderosa como legítima. Esta plácida aldea mediterránea y tropical—donde la siesta era de tan estricta observancia, que quien atravesara la plaza de una á cuatro de la tarde, sufría vehementes sospechas de andar en pasos pecaminosos:—no puede uno figurársela decentemente, privada de la saludable y benéfica maledicencia: á las pocas generaciones, el marasmo y el reblandecimiento cerebral habrían triunfado de ese vecindario alegre y relativamente chispeante y divertido.

La índole conciliadora de Marcel se había inclinado sin mucho esfuerzo ante este poder oculto de la población. No pudiendo destruirlo, lo empleaba como factor para sus inducciones y conjeturas. Según el origen del chisme corriente á su llegada á la ciudad, discernía con certeza casi absoluta si el tal pertenecía al género de la verdad simplemente deformada, ó al de la mentira pura y sin mezcla de verdad. Así, cuando su amigo Cabdebosq se precipitaba en su cuarto, reben-

que en mano, jadeante y ajitado desde la caña de sus botas granaderas hasta el ala de su chambergo, exclamando desde la puerta:

—“¿Sabe usted la noticia? Malandrin ha sido asesinado por un peon de su estancia! . . . Morales acaba de confiármelo, en reserva! . . .”

Entónces, Marcel podía afirmar que el susodicho Malandrin había sido encontrado hecho una uva en el callejon que iba á la pulpería de su estancia; y que se le vería llegar al pueblo, el próximo Domingo, al paso picado de su tordillo.

Por eso, á los pocos dias del incidente del acueducto, como Marcel tuviera que ir á la ciudad, no se asombró demasiado por el ramillete de noticias con que todas sus relaciones le obsequiaron. Su vecina Doña Presentacion, le acechó en el dintel de su puerta, exclamando: “¡Vaya, ~~Reno~~, no se haga el disimulado! Sabemos que el ajuar se encargó á Buenos Aires . . .”—El tendero Don Meliton, despues de saludarle con alguna frialdad, le dijo: “Crefa que como amigo me hubiera usted encargado de comprarle los muebles . . .”—Mas allá, era el cura Don Hilarion que le paraba: “No sea que me esté usted buscando,

Don Marcelo . . . ¿Todavía nó? Bien, mis afectos á Andrea!"

Tuvo que ver al Jefe de Policía con motivo de algunos peones prófugos de los ingénios, que habia conchavado provisionalmente; le encontró en conferencia con el Gobernador Heredia y su Ministro. Al terminar la entrevista, su Excelencia le lanzó esta pulla cariñosa. "¿Con que se vuelve usted sin darnos parte!"—Marcel se rió y salió, despues de un cordial apretón de manos de Heredia. Lo que no impidió que éste exclamára luego, dirigiéndose á sus acólitos con semblante preocupado y acento resuelto:

—"A mí no me la pega! Está de acuerdo con Don Tiburcio . . . Pero le ganaremos el tiron. En cuanto se mueva, le mando remachar una barra de grillos en su campamento!"

Marcel tenía la vaga intuición de algo insólito en la atmósfera de la ciudad: en la vereda mas comercial de la plaza y delante de las tiendas habitualmente más concurridas, no se notaba esa hilera de caballos de los gauchos compradores; soldados del piquete partían á escape en varias direcciones. Un telégrama que envió le

fué devuelto por el mozo del hotel sin más explicacion . . . Y estaba en su cuarto, preparando su partida, cuando Cabdebosq, el gran noticiero de San José, entró como un ventarron.

—Eh bé! así se arreglan las cosas sin avisar á los amigos? Déjese de niñerías! Ya sé que viene por esas embrollas de la curia! Tá bueno! no digo nada. Pero un mozo como Vd., casarse en San José! Vaya una idea! Lo felicito . . . Pero ¿sabe Vd. las noticias?

—No sé nada, contestó Marcel, y á propósito ¿qué sucede en el pueblo, que parece Viérnes Santo?

—Cómo, no sabe Vd. las noticias? exclamó Capdebosq, radiante de júbilo; y despues de golpear las manos desde la puerta:

—Mozo! vermut y bítter, dos!—Ah! *sapristi!* mi amigo ¡qué danza se prepara! La cosa ha reventado en Buenos Aires: la revolucion triunfa. El Presidente, los Ministros, Nogales, á bordo de un ponton. Hay un telégrama de Cuestas. Triunfamos, mi amigo!

—Y que ¿Vd. es principista ahora? preguntó Marcel con una carcajada.

— Por supuesto! Yo soy opositor á todos los Gobiernos: es mi opinion. Es decir, yo no me meto con todos estos politicones. Pero mis simpatías son conocidas.

— Mejor dicho, sus antipatías. Y á todo esto ¿qué hace este Gobierno?

— ¿Qué quiere Vd. que haga? Entregar la situacion. Parece que se vienen los santiagueños. ¡Lindo no más!— Y el bearnés acercándose á Marcel con socarronería, agregó á media voz:

— “No hagamos tener la caña á los amigos, eh! yá sé que se viene Vd. con su gente.. Todo arreglado con Don Tiburcio y Fermin .. ; Tá bueno!”

Marcel tuvo un estremecimiento que Capdebosq no notó. Despues de algunos minutos de charla insignificante, el bearnés se fué y Marcel montó á caballo. El reloj del Cabildo marcaba las cuatro de la tarde; á las cinco y minutos se apeaba delante de su casilla, haciendo llamar inmediatamente á su segundo Marstrand.

El ingeniero sueco se presentó pocos momentos despues. Era un jóven de estatura atlética, rubio, tímido, casi imberbe. Un incidente que señaló su estreno en el campamento, le dió popularidad en San José.

Una mañana se acercó al corral y pidió al capataz que le hiciera ensillar una mula. El criollo ladino guiñó del ojo y gritó:

—Pillen la bragadita pá Don Mastran!

El jóven sorprendió la guiñada burlona: por otra parte, bastaba notar el aspecto de la mulita para saber que era *chúcara*, y recién atada á los carros. Pero conocía cómo se gana prestigio entre la gente. Preguntó sencillamente al capataz:

—¿No será mejor que suba Vd. primero?

—¡Qué señor! Si es mansita! contestó el solapado gaucho.

—Entónces subirá Vd. despues; dijo el jóven con tranquilidad.

La mula estaba enfrenada, inmóvil, pero con un temblor de mal agüero en todo su cuerpo. Marstrand empuñó las riendas y de un salto estuvo encima, cruzando sus largas y musculosas piernas en la barriga del animal. La mula se recogió para encabritarse, pero un formidable rebencazo la hizo partir adelante, y entónces vió-sela cimbrarse y tropezar como rendida, cayendo finalmente de rodillas, domada y jadeante cual despues de furiosa carrera.

Los peones estupefactos abrían ojos como portones, cuando en un pestañeo, el capataz asido á manera de conejo por las manos de hierro de Marstrand, se encontró sentado en el pelado lomo de la mula. El pobre diablo procuró vanamente resistir al terrible sacudimiento del animal: en dos segundos fué lanzado y clavado como estaca en la zanja, felizmente reblandecida, del corral. Desde entónces, los peones cuidaron especialmente de no ofrecer á Marstrand sinó cabalgaduras mas mansas que ovejas.

Tal era el moceton que estrechaba la mano de Marcel con una mezcla de respeto y cordialidad. Fuera de sus tareas profesionales, practicaba dos cultos: la adoracion perpétua de Marcel y la pasion más desenfrenada por el dominó. Aquel tenía horror por este juego anodino, pero condescendía con su compañero hasta revolver las fichas alguna noche y hacerse batir á pleno doble seis: entónces Marstrand se encontraba feliz.

Comieron juntos esa noche; despues de enterarse Marcel de la marcha regular de los trabajos, se preparaba para transmitir á Marstrand sus

instrucciones, cuando éste agregó con negligencia:

—“Ah! me olvidaba: vino esta mañana Don Fermin Correa

—Vive Dios! interrumpió Marcel con un sobresalto, y ¿de eso se olvida Vd? Qué ha dicho, qué ha hecho?

—No es cosa, contestó flemáticamente Marstrand; buscaba á dos ó tres peones fugados de su establecimiento. Preguntó por Vd.; luego habló con algunos jefes de cuadrilla, finalmente, dijo que volvería para arreglar el asunto.”

Estaban tomando el café, Marcel dejó que el sirviente se retirase, y encendiendo un cigarro, dijo entónces á su compañero con calma y lentitud:

—“La venida de Fermin confirma mis presunciones. Se trata de promover una sublevacion de los peones para el caso de negarme á servir sus designios” Dió á Marstrand todos los detalles de la situacion, agregando al concluir:

—“Yo no creo en la exactitud de las noticias; pero para San José la situacion es tan grave en este momento como si fueran ciertas. Los princi-

pistas intentarían un golpe de mano contando con el auxilio de Santiago y quizá con nuestra complicidad . . . Vd. conoce mi situación, Marstrand. Y bien, sea contra quien fuera—su voz se alteró—contra el mismo Miranda, si así lo quiere la desgracia, tenemos que defender la autoridad. Lo he prometido y lo cumpliré . . . Es el deber, amigo: no cumplirlo hoy sería tan deshonesto como desertar en el campo de batalla. ¿Estamos? . . .”

El bravo sueco alargó su mano formidable que Marcel sacudió enérgicamente.

—Estoy tranquilo. Pero, mañana tendré que ir al ingenio para desviar quizá la loca tentativa que se prepara. Mucha vigilancia: aparte Vd. de aquí las cuadrillas de ménos confianza y no pierda de vista á las demás. No permita Vd., sobre todo, que conferencien los capataces con gente extraña. Tenga Vd. á la mano una docena de hombres valientes y seguros, para cualquiera eventualidad. Aquí hay armas; ante una sublevación posible, haga uso de ellas. La suerte de la Provincia puede depender de nuestra actitud . . .”

Después de estas palabras, los dos hombres se separaron para esperar el otro día bajo impresiones muy diferentes, pero con igual resolución.

A las nueve de la mañana siguiente, Marcel llegaba al ingenio. No había visto el hermoso día de invierno, no se fijó su espíritu preocupado y sombrío en las sonrisas primaverales de los campos y de la montaña. El presentimiento de una desgracia próxima tendía para él un enlutado velo en la naturaleza.

No obstante, nada había que revelase designios ajenos á la tarea diaria: las mujeres estaban conversando tranquilamente delante de sus ranchos, los trabajadores llenaban los callejones y los campos amarillentos; la chimenea balanceaba en el aire su espiral de humo gris, y en los fondos de la fábrica, los peones movían á compás sus palas sobre el caldo bullente.

Se apeó delante de la casa; á nadie se divisaba en el largo corredor, é iba á llamar cuando Andrea apareció. Manifestóse aún más inquieta que sorprendida á su aspecto, y su mano trémula no contestó sinó muy débilmente á la presión de la de Marcel. Después de sentarse en frente de él

á la luz del sol, le explicó que Don Tiburcio estaba en la ciudad, pero que volvería para almorzar. Misia Elena habia ido con Rosita á visitar una mujer enferma en la rancharía: al tiempo que concluía estas esplicaciones, Andrea llamó á una sirvienta para que fuera á dar aviso á su madre de la llegada de Marcel. Y éste la miraba silencioso, con una expresion tan apasionada y profunda que la niña se sonrojó lijeramente. Hubo un instante de embarazoso silencio. Era evidente que una secreta preocupacion embargaba tambien la alegría habitual de Andrea. La mirada de Marcel se tornó dolorosa y suplicante, al tiempo que un pliegue de amargura arrugaba los ángulos de de su boca. Al fin, rompió el silencio, con voz baja y triste:

—“Algo hay entre nosotros, Andrea. Veo no sé qué sombra en sus claros ojos. Siento que alguna desgracia me vá á herir. Pero nada podrá abatirme si me ama siempre. ¿Qué sucede?”

—Nada todavía, Marcel. Mi padre quiere hablar con Vd. y me lo ha dicho despues de tener una larga conferencia con Fermin. Tengo miedo... Ah! sabe Dios que nada en el mundo

podrá cambiar mis sentimientos. Pero, le suplico que no me obligue á elegir entre mi deber de hija y . . . mi amor.”

Había bajado la voz hasta concluir en un suspiro; y sus transparentes ojos de aguamarina se alzaban hácia Marcel, llenos de lágrimas internas que asomaban próximas á desbordar. Él apretaba los dientes, conmovido, y al fin murmuró con alterada voz:

—Sabe Dios que por Vd. daría feliz toda mi sangre. Pero, no puedo prometerle acceder á lo que me van á pedir . . . Vd. no puede sentir lo que es para un hombre esa imágen austera del deber. Pero es religiosa, Andrea; sabe que le sería imposible renegar de sus creencias aún á costa de la felicidad y la vida . . . Y bien, el honor es mi religion . . . Y presiento que su padre me vá á exigir que reniegue de ella . . . No me quite Vd. el valor, lo voy á necesitar entero. Dígame que no dejará de quererme si tengo que derramar la sangre del corazon en el altar de mi dios . . .”

Un grito de alegría les volvió á la realidad: Rosita llegaba corriendo y tendiendo desde léjos

sus dos manos á Marcel. Andrea no pudo contestar, pero su mirada elocuente hizo por ella juramento de fidelidad.

Hasta que llegára misia Elena, se dirijieron á la fábrica por invitacion de Rosita, que no podfa quedar en paz un solo instante. Rosita iba adelante lijera y brincadora como una corzuela; seguifala Andrea abrigando bajo una sombrilla clara su negra cabellera que tenfa cambiantes de moaré, y Marcel venia detrás admirando los rulitos que cafan sobre el cuello blanco de la cara criatura.

Cuando estuvieron en medio de los peones, incorporados al movimiento y tumulto del ingenio, pareció como que su timidez é inquietud se desvanecieran repentinamente. Ella se puso á esplicarle en alta voz los procedimientos de la elaboracion: el tránsito y transformaciones del jugo sacarino desde que se escapaba del molino hasta convertirse en pastosa miel. Afectaba picarle con chanzas inocentes que le hacian sonreir, despejando un momento las sombras de su preocupada frente:

—“Vd. que es tan sabio, ¿á que ignora cómo

se conoce el *punto* de la miel? Y despues de hundir un palito en el templero, lanzábalo hácia arriba con la habilidad de un maestro de azúcar.

Pero esta afectada alegría se disipaba en cuanto dejaba de hablar, y la apagada risa mostraba mejor la seriedad melancólica de los semblantes. La vieja experiencia de los pueblos comprueba que las desgracias van siempre juntas: hé aquí cómo se iniciaron los siniestros pronósticos de aquel dia funesto.

Habian llegado al molino donde tres cilindros de acero estrujaban los tallos jugosos. A algunos pasos, los carros volcaban la caña cortada en un gran monton, y tres peones cebaban el trapiche que la mascaba sin cesar, soltándola seca y esponjosa por el lado opuesto. Marcel, parado al lado de las ruedas dentadas que crujían sordamente, tenía puesto aún su poncho de vicuña, y ella le estaba reprochando su imprudencia, refiriéndole las desgracias que á menudo sucedían por la ciega obstinacion de los peones cebadores. Marcel se sonreía, pero para mostrarle su obediencia, hizo ademan de arrojar al hombro el flotante paño. Bruscamente se sintió atraído hácia

atrás, y perdía el equilibrio cuando Andrea se abalanzó sobre él con un grito terrible. Le abrazó frenéticamente, procurando luchar contra la fuerza invencible que arrastraba á Marcel. Al mismo tiempo sintióse un choque violento: era un martillo arrojado entre los cilindros por un peon cebador, y que al magullarse detuvo un segundo el movimiento: este segundo salvó una vida. Rápido como el rayo, el peon sacó su largo cuchillo y partió de un solo golpe el pocho de Marcel, empujando hácia atrás al abrazado grupo. Marcel no tuvo tiempo sino para sostener en sus brazos á Andrea que desfallecía despues del peligro, pálida, los lábios blancos y cerrando sus hermosos ojos sin mirada. A los gritos de Rosita des-pavorida, acudieron las sirvientas y trasportaron á la enferma al interior de la casa.

Esta escena habia durado tres ó cuatro segundos. A los pocos minutos, Andrea volvió en sí, en los brazos de misia Elena y Rosita que secaban sus lágrimas. Dió un gran suspiro y su primera mirada buscó á Marcel.

Éste se había retirado conmovido y vagamente contrariado: experimentaba ese malestar que toda

situacion anormal deja en un sér varonil. El amor del hombre encierra proteccion, como abnegacion y abandono el de la mujer. Es natural y caballeresco que un hombre salve la vida de la mujer —pero es casi chocante que ésta afronte el peligro en defensa del hombre. Por fin, la reciente emocion agregándose á las que desde la víspera agitaran su ánimo, producía en él un estado de desasosiego corporal, una sorda irritacion contra cuanto le rodeaba y le parecía hostil. Sentíase enervado, presa de cierta ansiedad impaciente que es la melancolía de los corazones varoniles—y para reconquistar la perdida calma que tanta falta le haría muy en breve quizá, tomó una senda que costeaba un arroyo y se internaba en el bosque de la falda.

De pronto se encontró en un claro del monte producido por grandes árboles derribados. Sentóse en un enorme tronco de cedro y contempló el paisaje á su alrededor. El cerro, nevado en la cima y cubierto de bosques en su base, tenía en sus agudas crestas girones de nubes desflecadas que se estiraban al viento cual blancos gallardetes. Una calma divina bajaba del nítido cielo y

se esparcía en los follajes apenas agitados; la selva virgen desenvolvía sus esplendores ante la vista maravillada: pacarás de cuerpo blanquecino y rugosos nogales se enlazaban por mil lianas y enredaderas, con los cedros rectos como columnas y llenos de ramilletes de orquídeas purpúreas en el arranque de sus ramas maestras; los naranjos silvestres, los orcomoyes envueltos en plateado musgo se cruzaban con los laureles gigantescos y los chalchales cuyas bayas encarnadas resaltaban bajo sus pequeñas hojas agudas. En el suelo, entre las toscas y lampazos de anchas hojas, las telarañas cubiertas de rocío resplandecían cual redes de plata con nudos diamantinos. A veces se volaba un gavilán lanzando su grito de dos notas, ó una carrasca cuyo canto recuerda vagamente el gorjeo del ruiseñor. Por momentos un boyerito blanco cortaba el espacio entre dos árboles, ó se levantaba un pelicano para asentarse lentamente en las orillas del arroyo; una bandada de patos cruzando el aire en figura de cuña hacía un rumor de velas agitadas. Y había momentos de gran silencio en que solo se percibía el estridor continuo de los insectos

que parecía, con el murmullo de las trémulas hojas, la inmensa respiración de la soledad

De pronto, un ruido de voces le hizo estremecer: se levantó sobresaltado y divisó á Don Tiburcio y Fermín que se acercaban á él. Por resuelto que fuera Marcel, sintió de golpe una detención en su corazón y como una contracción en sus entrañas. Pero fué solo un momento, y cuando los dos hombres le dieron la mano, diciéndole cordialmente Don Tiburcio que venían "rastreándolo" para conversar con él, se inclinó fríamente y esperó como una sentencia las palabras de ese hombre, que era el padre de Andrea y el dueño casi absoluto de su destino.

Los tres hombres se habían sentado en el árbol tendido en el suelo, á poca distancia los unos de los otros. Algun peon que corriera en el monte y divisára el grupo, había de pensar que sus "tres patrones" charlaban amistosamente. Despues de algunas generalidades insignificantes, Don Tiburcio se paró en frente de Marcel y entró en materia con su brusquedad habitual:

—"Renault, en la situación que usted ocupa yá en mi familia, no debemos tener secretos para

usted; yo tuve intencion de proceder sin su concurso, respetando su neutralidad en cuestiones políticas que no le atañen directamente. Pero Fermin me ha demostrado la dificultad de prescindir de la fuerza que tiene usted á sus órdenes —y por otra parte, lo natural que es para usted el vincularse con mi partido como lo está ya con mi persona . . .”

Aunque previera lo que iba á oír, Marcel no pudo dominar su emocion, que se reveló en lo alterado de su voz al interrumpir á Don Tiburcio:

—No sabía, señor Miranda, que estuviera Vd. procediendo por consejo del señor Correa. Pero, ya que ha invocado usted los vínculos que me ligan con su familia,—le suplico, y ruego tambien al señor, que me permitan tener á solas con usted esta conferencia. Hay razones de carácter tan íntimo que aún ante un pariente y amigo suyo no podría formularlas. Y le juro señor Miranda, que importa á su casa y á su familia conocer lo que quiero decirle. . . .

Fermin se levantó con el semblante irritado, y dirijiéndose á Miranda:

—Estoy dispuesto á retirarme, mi tio, si usted lo juzga conveniente; aunque no puedo comprender qué razones secretas tengan que reservarse ante un miembro de la familia y del partido . . . Resuelva Vd. . . .

Despues de reflexionar un momento, Don Tiburcio se acercó á su sobrino y poniéndole la mano en el hombro, le dijo á media voz:

—Retírate, Fermin: te lo ruego . . . Tiempo habrá para los recursos extremos.

Fermin vaciló un instante; en seguida hizo una vaga inclinacion de cabeza y se retiró en direccion al ingenio. Marcel agradeció á Miranda de la deferencia y esperó que siguiera su comenzada explicacion:

—Comprendo y apruebo sus escrúpulos, dijo Don Tiburcio con cierta gravedad cariñosa; ya estamos solos, mi querido Renault, y voy á explicarme con toda franqueza y precision. Sea cual fuere su respuesta, sé que puedo contar con su lealtad. Conoce Vd. las noticias del Litoral: las autoridades nacionales han sido derrocadas. Esto cambia la faz de la cuestion electoral en todas las provincias. Es evidente que los electores de

San José no podrían emitir libremente su voto bajo la presión del Gobierno. Entonces necesitamos cambiar por la fuerza una situación que se torna violenta para la Provincia. Estamos á 8 de Julio: es necesario que ántes del 12, día de la elección presidencial, la situación esté en manos de los principistas. El Gobierno no tiene más fuerza que la guarnición, y ya están con nosotros algunos oficiales. Sólo podría contrarrestar el movimiento, el grupo considerable de gente armada y enérgica que tiene Vd. bajo sus órdenes. Hemos contado con su concurso. Con Vd. no habrá sangre derramada: sin Vd. se ensangrentaría inútilmente la Provincia. ¿Qué vacilación puede haber? Vd. es extranjero: la empresa que Vd. representa, sólo se perjudicaría con el desquicio. Nada le importa que triunfe un partido, puesto que su triunfo servirá para afianzar el orden general. ¿No tiene Vd. el mismo parecer? . . .

Desde las primeras palabras de Don Tibarcio, Marcel estaba preparando su contestación, buscando los términos menos hirientes para el partidario y más persuasivos para el padre de Andrea: contestó con el tono de firmeza tranquila que le era habitual:

—Señor, permítame Vd. que no crea en la exactitud de las noticias transmitidas. No han sido desmentidas porque el telégrafo atraviesa la provincia de Santiago. El Gobierno Nacional funciona con regularidad; el de esta Provincia cuenta con fuerzas más que suficiente para rechazar cualquiera tentativa de revolucion. Ustedes se van á sacrificar estérilmente! . . .

El fogoso partidario le interrumpió con violencia :

—No sabe Vd. nada de la situacion! No conoce á los hombres de mi país! Una vez dueños del Cabildo, no habrá resistencia. En fin, lo que importa, es cambiar la eleccion del 12 ó impedirlo.

La voz de Marcel se tornó más suave y casi suplicante:

—Señor Miranda: Vd. me ha dado el nombre de hijo alguna vez: le voy á hablar como á mi padre. Aunque fuera exacto cuanto me asegura usted, no podría modificar mi resolucion. Nogales es mi amigo: le he empeñado mi palabra de procurar con todas mis fuerzas—no el triunfo de su candidatura—pero sí el sostenimiento del ór-

den que asegura este triunfo. Es mi deber sagrado, señor. A no contar conmigo, la empresa habría designado á otro tan digno como yo de su confianza. Desertar hoy mi puesto sería la más vil é infame de las traiciones, Vd. no querría aconsejarme mi propia deshonra

—No hay deshonra, interrumpió Miranda con irritacion creciente, en auxiliar la accion de la gente honrada y liberal contra una candidatura vergonzosa para el país! Vd. mismo confiesa que no tiene vinculaciones políticas. Al entrar en mi familia, no puede Vd. prescindir de su honra é intereses Por última vez, Marcel, reflexione y conteste, pues mi resolucion será irrevocable.

—Señor, he dicho, contestó fríamente Marcel.

Miranda tuvo una explosion de cólera:

—¡Es decir que Vd. hará fuego contra mí! ¿Comprende Vd. que de eso se trata? Yo encabezo la revolucion, yo ¡el padre de Andrea! . . .

Marcel no podía ya palidecer, pero su boca tuvo una contraccion de suprema angustia y tomó su voz un acento de infinita tristeza:

—Señor Miranda, ya he medido el abismo

que la fatalidad está cavando entre nosotros: en este abismo donde Vd. no quiere arrojar su ambicion, yo dejo caer la felicidad de mi vida. Pero mi propia dicha me es ménos cara que mi honor. No tendré que hacer fuego contra Vd.; porque se convencerá de lo estéril de su tentativa. Espero que yo seré la primera y única víctima. . . .

Las altas construcciones del ingenio se divisaban por sobre la cima de los bosques: Miranda con furor concentrado las enseñó á Marcel:

—¿Vé Vd. esa casa que iba á ser la suya. . . .

Pero no tuvo tiempo para concluir; el jóven se alzó delante de él y con una autoridad irresistible, le impuso silencio:

—¡Basta ya! no tenga Vd. la indignidad de arrojarme de su casa porque no cometo una infame traicion. Bien sabe Vd. que no volveré más. . . . Pero respete Vd. á su hija que me ama, y á quien vá á hacer desgraciada su ciega ambicion!”

Don Tiburcio, dominado á pesar suyo, lanzó al jóven una ~~mirada~~ mirada cargada de odio y se alejó precipitadamente. Un peon del ingenio pasaba en ese momento por el camino: Marcel le llamó y

poniendo en su mano una moneda de plata, le dijo:

—“Hágame el servicio, amigo, de traer hasta aquí mi caballo ensillado.

El gaucho que era de la casa y le conocía, le miró con extrañeza; y algo inquieto por el semblante desencajado de Marcel, le preguntó tímidamente devolviéndole su dinero:

—“No sea que esté malo, Don Marcelo . . . Si quiere que avise á misia Elena para traer el carruaje

—“No, mi amigo, dijo Marcel con una amarga sonrisa, no estoy malo ni diga nada á misia Elena: esperaré el caballo aquí.”

Y quedado solo, dejóse caer en el cedro derribado; y maquinalmente, con esa porfía de la idea inconciente y tenaz que lucha con la fiebre y el delirio, trató de calcular en cuántas horas había sido herido mortalmente y volteado ese gigante del monte secular



VIII

Casi en el centro del campamento de Marcel y cosa de una cuadra de su casilla, se levantaba otra igualmente de madera, con este letrero magestuoso pintado de negro encima de su entrada principal: ALMACEN DE LA CIVILIZACION. Era una especie de bazar americano en que se combinaban el almacen de comestibles y bebidas, la tienda de géneros, la pulpería y otros diez aspectos rudimentarios del comercio universal.

La "civilizacion" estaba representada allí por unas cuantas docenas de botellas de cerveza, li-

cores y conservas alimenticias alineadas en una armazón de cedro, al lado de algunas pilas de géneros, ponchos y ropa hecha. Acá y allá brillaban algunos largos cuchillos de cabo negro con incrustaciones de latón, pañuelos de seda colorada, ollas y *pavas* de hierro, dos ó tres bolsas de azúcar amarilla, damajuanas de caña, y sobre el mostrador del despacho, una docena de copas y vasos destinados para el uso de los poco delicados consumidores. El propietario del "boliche" era un genovés Paolucci, que venía siguiendo los trabajos desde Córdoba, habiendo servido en ese mostrador y pesado en la balanza más ó menos escrupulosa plantada en su centro, drogas bastantes para tener ya un depósito de quince mil pesos en el Banco de Italia.

El mostrador tenía un puente levadizo que dejaba penetrar en una pieza interior: allí estaban algunas mesas reservadas para los ayudantes de los trabajos, jefes de cuadrillas, empleados del proveedor, y otra gente de categoría. El pulpero atendía con especial obsequiosidad á todas estas autoridades del campamento, de cuya buena voluntad dependía en gran parte la buena marcha de sus negocios.

Casi á la misma hora en que concluía la dolorosa explicacion entre Don Tiburcio y Marcel en las cercanías del ingenio, y á pesar de no ser dia de fiesta, seis jefes de cuadrillas estaban reunidos al rededor de una de las largas mesas de ese cuarto. En frente de ellos y arrimado al tabique estaba Fermin, que acababa de llegar al galope tendido de su caballo.

Todos bebían cerveza, á puerta cerrada, tomando el mismo Fermin las botellas de un monton parado en la mesa y abriéndolas á medida que se vaciaban las copas. El discreto Paolucci se habia retirado cerrando la puerta de comunicacion con el despacho exterior.

Se veía un monton de billetes verdes del Banco de Valparaiso—que tenía sucursal en San José—al lado de Fermin: el precio de la traicion.

Entre los foragidos que así vendían la empresa de quien vivían, y al jefe que tantas veces les prodigó cuidados y consideraciones, había criollos y extranjeros: casi todos eran jóvenes, robustos, tostados por el sol tropical. Entre los primeros figuraba Cardoso, el antiguo capataz de tropa á quien Marstrand diera tan ruda leccion de

equitacion, algunos meses ántes. Éste siquiera procedía por ódio personal. Unos y otros escuchaban con risotadas aprobativas las instrucciones en que Fermin fijaba á cada cual su papel en la empresa tenebrosa. No se trataba yá de vacilaciones: todos estaban convencidos y resueltos á cumplir. Cada capataz respondía de su cuadrilla, compuesta de antiguos gauchos montoneros ó desalmados aventureros, espuma arrojada por la marca de la barbarie ó de la civilizacion.

Con las seis cuadrillas compactas que se tenía yá, sería fácil adjuntarse las otras, *con* ó *sin* sus jefes—¡peor para ellos si intentaban resistirse!— y entónces se marcharía sobre la ciudad para apoyar el ataque al Cabildo.

Todo ello se disponía y combinaba por Fermin con entera serenidad. Pues fué sin duda el más funesto resultado de las pasadas luchas civiles, el arrancar durante mucho tiempo del campo político la noción precisa de moralidad.

Todo parecía concluido; y solo faltaba entrar en accion ántes de que Marstrand, ocupado en la línea, estuviera de vuelta y pudiera estorbar el plan con su conocida energía. En cuanto á Mar-

cel, casi estaban seguros de que se había marchado á la ciudad, para dar aviso al Gobernador. Fermin se levantó, y saludando con su copa á sus innobles cómplices que tambien alzaron sus vasos, dijo como última recomendacion:

—“¡Todo está arreglado. Cada cual vaya á traer su cuadrilla para que se la arme y pague delante del almacén. Pero ¡mucho orden y prudencia! A su salud, amigos míos! . . .”

Todos llevaron á su boca la copa llena, pero ninguno la apuró. Un golpe formidable hizo abrir de par en par la puerta de despacho: y aparecieron en el umbral Marcel y Marstrand, sin más armas aparentes que sus pesados látigos de puño metálico. Los seis hombres quedaron en pié, sorprendidos y vacilantes. Fermin se volvió á sentar, pasando su mano bajo su poncho. Marcel dió cuatro cinco pasos adelante, siguiéndole de cerca su segundo, y habló con una voz dura y vibrante que nadie le conocía:

—“Es inútil cualquiera explicacion ó disculpa. Conozco el plan que se acaba de combinar: Vd. ha comprado estos hombres con un puñado de plata y ellos se han vendido: no sé, á fé mía,

quién es más despreciable y degradado! Correa quedará en mi cuarto hasta que llegue de la ciudad el coche que le ha de llevar preso Ustedes, van á ser conducidos por un piquete de policía. No intenten resistencia: es inútil. He mandado traer gente segura que está rodeando la casa"

Hemos dicho que Marcel y su compañero daban la espalda á la puerta de la pulpería: no pudieron ver á Paolucci parado atrás de su mostrador y que hacía á Fermin grandes ademanes negativos. El genovés fuertemente untado por los conjurados, y además viejo pescador de rio revuelto, estaba avisando que no habia cumplido la orden recibida y no existía tal gente armada en las cercanías. Fermin comprendió: sabemos que odiaba á Marcel como á preferido rival, y se agregaba ahora á este odio el despecho de encontrarle en su camino como único obstáculo á su ambicion política. Por fin, las últimas palabras insultantes exasperaron su cólera hasta el frenesí.

Se levantó bruscamente con revólver en mano, y corriendo hácia Marcel, hizo fuego sin apuntar

pero casi á quema ropa. Este sintió un choque en el hombro izquierdo, pero no vaciló: ántes que el agresor disparára el segundo tiro, el brazo levantado de Renault dejó caer con fuerza el paño de su látigo en el cráneo de su adversario: sintióse un golpe sordo como el del hacha que raja una corteza verde; oyóse un segundo tiro al aire yendo la bala á incrustarse en la pared, y el cuerpo inerte de Fermin se desplomó en el suelo.

—Al tiempo que esto pasaba, Marstrand precipitóse adelante hácia el primer bandido que se avanzaba: reconoció á Cardoso, cuchillo en mano. El sueco tenia un revólver en la cintura pero no se dignó sacarlo contra ese miserable; un golpe de su látigo en el antebrazo le hizo soltar su arma, y como se bajára para recogerla, Marstrand le puso en la nuca su mano terrible. Cardoso tuvo dos ó tres largos calambres convulsivos y nada más; el infeliz rodó extrangulado.—

Los cinco capataces restantes arrojaron sus cuchillos al suelo, en señal de rendicion. Y los hombres de confianza recién acudidos al ruido de las detonaciones, pudieron prenderlos juntamente con Paolucci, sin que intentáran la menor resistencia.

Marcel, muy pálido, bañado en sangre todo el cuerpo, se había apoyado en el marco de la puerta; llamó á su amigo diciéndole con voz algo debilitada:

—«Mi bravo Marstrand, sosténgame. ¡Con mil diablos, creo que me voy á desmayar como mujer! . . . »

El succo lo tomó en sus brazos hercúleos como á una criatura, y despues de depositarle en un catre de tientos que cuatro hombres traían ya, se acercó nuevamente al teatro del suceso. Levantó al capataz arrimándole á un escaño de la pared: era ya un cuerpo inerte y su cabeza volvió á caer sobre el pecho. Marstrand murmuró: «creo que se me fué la mano . . . bah! poco se ha perdido!» Fué toda la oracion fúnebre. Fermin no parecía en mucho mejor estado; tenía el cráneo handido y bañado en un charco de sangre. Sin embargo, profirió un quejido cuando le levantaron para trasportarle tambien.

Como lo hacía presumir la hemorragia abundante, la herida de Marcel no era grave: la bala había entrado y salido por las partes blandas del hombro sin tocar el hueso ni romper la arteria

humeral. El médico comprobó á los tres dias la disminucion de la fiebre y la supuracion normal de la llaga. Todo hubiera andado lo mejor posible, á no persistir un estado de sobreexcitacion nerviosa que podía traer alguna complicacion. Con todo; la robusta constitucion de Marcel se sobrepuso á todas las causas morales que parecían agravar su estado ó cuando menos retrasar su curacion: á los ocho dias, podía ya mantenerse sentado en su cama y ayudar á Marstrand que le arreglaba su vendaje. La inflamacion nada tenía de irregular, los brotes carnudos crecían sobre la llaga, y empezaban el trabajo reparador de la cicatrizacion.

Solía conversar de noche con su amigo, y supo así el triunfo de Nogales, elegido Presidente por una mayoría enorme, y sin mas complicacion, todavía, que las vanas protestas de los vencidos. Los principistas de San José no lograron siquiera intentar la realizacion de sus designios; un auto de prision fué lanzado contra los jefes presuntos de la conspiracion; pero casi todos escaparon; don Tiburcio se había refugiado en Santiago. Fermín estaba en la ciudad: el médico de Marcel que

tambien le atendía, creía salvarle pero temía consecuencias traumáticas en el órgano de la vista.

A la tarde siguiente de esta conversacion, estaba Marcel sentado en su cama, esperando que volviera su compañero de su inspeccion á los trabajos—que habían continuado con toda regularidad—cuando le vió entrar algo agitado y conmovido.

—¿Qué sucede, Marstrand? preguntó el herido.

—No sé si debo decírselo, contestó el saeco, con alguna vacilacion; pero quizá la noticia acelerare la curacion: misia Elena y Andrea están allí preguntando si pueden entrar... Ah! diablos ¿qué le está sucediendo?

—Nada, amigo mio, contestó débilmente Marcel que se había puesto mas pálido que su almohada; es un poco de emociion, pero ya pasó....

Con efecto, estaba recobrando su aspecto anterior; dirigió una mirada en contorno, y como encontrára todo en órden suficiente para un cuarto de trabajador enfermo, agregó con una sonrisa:

—Hágame el servicio de encender luz y de hacer entrar á esas señoras. ¿Hay sillas desocupadas? Bien, hasta luego, querido amigo! »

Misia Elena y Andrea entraron en el cuarto, y despues de dar la mano á Marcel, se sentaron cerca de su cama: la madre casi en la cabecera y la muchacha algo atrás, recibiendo de perfil la luz de la bujía puesta en una mesita. El las miró largamente, silencioso, y como si temiera que el ruido de su voz hiciera desvanecer la radiante aparicion. Las dos mujeres vestían de negro; y en su semblante triste y palidecido, en los círculos azules de sus ojos, revelábase la huella profunda de los recientes sinsabores.

Misia Elena, al fin, pronunció las primeras palabras, con su acento de siempre:

—“No hemos querido marcharnos á Santiago, sin decirle adios, Marcel . . . Miranda nos llama. Por otra parte, estos acontecimientos han quebrantado mi salud . . . necesito reponerme, cobrar fuerzas para otra lucha íntima que tal vez se prepara . . . le suplico que no me hable de lo pasado. Hemos sufrido mucho . . .

Marcel había dejado caer su cabeza en el almohadon, mirando alternativamente á las dos queridas criaturas, é inclinando la frente para aprobar las palabras de misia Elena. Murmuró con cierta timidez suplicante:

—¿No podrán siquiera darme la dicha de quedarse una hora? Supongo que tienen su coche en la puerta . . . concédame una hora, misia Elena . . . no me dejen solo todavía. Ustedes me dan la vida con su presencia aquí . . .”

Y cuando la madre le hubo concedido lo que pedía, su mirada radiante y su fisonomía súbitamente alegrada revelaron en efecto tal sentimiento de beatitud, que pareció recuperar de pronto su pasada robustez. Murmuró, dirigiéndose á la joven:

—“Andrea, desco no perder un minuto de esta hora bendita—¿quiere encender otra luz? no puedo verlas bien . . .”

Y ella obedeció con su gracia habitual, consultándole acerca de su colocacion para que la viera mejor, en el sencillo abandono de su amor tan puro que nada tenía que ocultar ante la madre. Eran las seis de la tarde y la noche caía

rápídamente en esta estacion y latitud que casi no tienen crepúsculo. Miéntras confundían sus pesares y aprensiones presentes y venideras, sentábase el rumor distante de los trabajadores que volvían de sus faenas y se juntaban al rededor de los fogones.

Poco hablaron del pasado, todo entristecido por las últimas catástrofes; se confiaron sus tímídas esperanzas para el porvenir. Andrea y hasta misia Elena contaban con el tiempo para apaciguar los violentos rencores de Miranda. El mismo ímpetu de sus pasiones las hacía poco duraderas. Y la niña agregó con cierto orgullo ingénuo:

—“Mi padre me quiere, Marcel. No resistirá mucho tiempo á mis súplicas. Esperemos en Dios . . . Nuestro destierro será favorable para convencerle y hacerle olvidar. Dentro de pocos meses nos hallarémós nuevamente reunidos en San José—y todas nuestras desgracias nos aparecerán de lejos como una triste pesadilla

—Así espero tambien, dijo misia Elena ¿por qué no aprovecha usted su convalecencia para un viaje á Buenos Aires? Su amistad con Nogales

le permitiría conseguir que se suavizáran las medidas tomadas contra los principistas. Cualquiera concesion obtenida por Vd.—especialmente en favor de Miranda—acercaría el momento de la reconciliacion . . .”

Marcel prometió marcharse á Buenos Aires, en cuanto estuviera restablecido. El reloj de pared dió las siete; y se pintó tal sentimiento de angustia en el semblante del herido, que misia Elena siguió conversando como si no hubiera oido. Otra media hora pasó como un segundo, y la madre se levantó:

—Cuenta con nosotros, Marcel, dijo tomándole de la mano; he colocado en Vd. la felicidad de Andrea. Dios ha querido esta union: y él se encargará de realizarla . . . ¡Hasta pronto! tranquilícese y espere . . .”

Y tomando en sus manos la pálida frente de Marcel, acercó á ella sus labios de madre. Andrea se había levantado tambien; cuando se acercó para tender su mano en el adios de despedida, él jóven la guardó entre las suyas y ella sintió que le pasaba en el dedo un anillo de oro.

—Adios, Marcel, suspiró Andrea con los ojos

llenos de lágrimas. El no contestó, pero buscó en los ojos de la madre un mudo consentimiento y oprimió en su boca febril esa adorada cabeza, repitiendo con acento entrecortado por el sollozo:

—¡Adios, angel querido! adios, dicha y consuelo! ¡Dios te conserve para mí! . . .”

Martel estuvo dos meses en Buenos Aires, ocupado en confeccionar los planos y presupuestos de ciertas obras de arte del ferro-carril. Ninguna carta había recibido de misia Elena; sólo sabía por algunos viajeros de San José, que la familia residía aún en la provincia vecina. Estaba impaciente por volver, y hacía ya sus preparativos de viage, cuando estalló la revolución de Setiembre. Tuvo que aceptar un puesto de confianza en las provincias de Cuyo, por súplicas del presidente Nbgales. Después, el comandante en jefe del ejército nacional le pidió su concurso profesional en la campaña decisiva que terminó con la batalla de Santa Rosa. Hallábase en Mendoza, cuando recibió una carta con sobre enlutado. Era de Andrea; le anuncia-

ba la muerte de su madre, la ruina de su padre, nuevamente comprometido en la revolucion principista y terminaba con estas palabras que cayeron en el corazon de Marcel como gotas de plomo derretido:

“ . . . No le pido que me perdone, Marcel: pido á Dios que le dé valor bastante para sufrir como he sufrido yo . . . He visto á mi padre arrodillado delante de mí: no solo de su ruina se trataba, sino de la deshonra . . . El ingenio rematado, el hogar desierto y lanzado á la ventura, la pobreza para Rosita y para mí: no eran suficientes para olvidar mi promesa y el amor que le juré delante de mi madre . . . Pero, una noche encontré á mi padre con el revólver en la mano . . . No queria sobrevivir á su deshonra. ¡Y me sacrificué! . . . Fermín le había pedido mi mano, ofreciéndole pagar sus deudas y recobrar las propiedades entregadas á los acreedores . . . He salvado á mi padre, á Rosita: no he perdido sinó mi felicidad. Cuando reciba Vd esta carta, seré de otro. Perdone á Andrea que le manda el supremo adios . . . ”

Habían pasado cuatro años. Después de muchos vaivenes de la fortuna, Marcel tenía una estancia en el Alto Paraná, ocupándose además en la explotación de las maderas de sus magníficos bosques, en sociedad con Marstrand. La presencia de ese sér exquisitamente sano y leal le preservó tal vez de la misantropía. El desastre moral que sufrió Marcel le dejó un fondo de amargura y permanente tristeza, sin que lograra secar las fibras de su corazón. No conoció el acre fermento del odio inextinguible: pero le pareció que su alma estaba como paralizada para el amor. Poco á poco dejó de recordar con Marstrand la lamentable aventura de su juventud; y como no encontrara ya sino muy rara vez en sus viajes á Buenos Aires, á sus antiguas relaciones de San José, el presente estendió su capa de olvido cada vez más espesa sobre el luctuoso pasado. Así el leñador de nuestras selvas, á veces deja rota su hacha de acero en el tronco que no puede derribar: pasan los años; la corteza y la albura cubren lentamente la herida y el acero heridor—y nada revelaría que el árbol añejo tiene partido el corazón, á no ser la palidez de su capa enfermiza y su incurable esterilidad.

Los negocios siempre más vastos y numerosos de Capdebosp le trajeron por ese tiempo al establecimiento de Marcel. Una noche, después de comer, como Marstrand se hubiese retirado para preparar la correspondencia que el bearnés había de llevar, los dos amigos quedaron solos, y su conversación pasó naturalmente de la industria de San José á sus habitantes. Capdebosp estaba tan distante de creer que Marcel pensara aún en Andrea, que había conversado una hora de toda la provincia sin mencionar á la familia Miranda. Había referido la transformación de la industria azucarera, cuyo valor se cuadruplicara en cuatro años, y entre los grandes establecimientos modernos que estaba enumerando, citó el ingenio "Porvenir" . . .

—"¿Recuerda Vd.?"—Ah! no: ya no estaba allá—Y bien ese ingenio fué tomado por los acreedores de Don Tibercio y tasado en ciento cincuenta mil pesos. Fermin lo volvió á comprar por algo ménos, después de casarse con Andrea: —pues bien, acaban de ofrecerle un millon de duros á Miranda que ha quedado como administrador . . .

Marcel no había movido un músculo de su semblante ante el giro brusco de la conversacion: hizo caer con toda calma la ceniza de su cigarro y preguntó luego con negligencia:

—¿Administrador: ¿cómo así...?

—Es decir, socio administrador: Fermin es el propietario. Pero desde su ceguera no podía naturalmente...

—¡Ciego, dice usted, ¿desde cuándo? preguntó Marcel con emocion.

—Ah! diablos! ¿no sabe usted nada entónces? contestó Capdebosq abriendo tamaños ojos—y luego continuó sin reparar en la agitacion de su amigo: Ciego, pues! segun dicen, á consecuencia del golpe que Vd. le dió en aquella pelea ¡Francamente no lo había robado! Cuando se casó ya tenía un ojo perdido, pero, como no se notaba... Pocos meses despues no veía ni el sol á medio dia... Hace dos ó tres meses se fueron á Europa, él, Andrea y la chiquita... Dicen los médicos que es una *amorisa*, *amorosa... dramática*. . . en fin, una cosa incurable. Pero ¡qué! en Europa lo curan todo! Ah! mi amigo, ¿cuándo volveremos á Francia? Esa si que es

vida! Qué suerte si pudiéramos ir juntos alguna vez. ¡Nom d'une brique! Prométame que me avisará cuando prepare su viaje . . .

—Se lo prometo, amigo Capdebosq, contestó Marcel con una sonrisa de incredulidad, pero el encuentro no me parece probable.

—Bah! todo sucede, dijo filosóficamente Capdebosq.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE



I

Cuando se viaja en otoño, soportando bien el mar, esta primera parte de la travesía entre Montevideo y Rio de Janeiro está llena de animación y alegría: es la luna de miel de la navegación. Las condiciones marineras del *Paraguay* eran excelentes, sobre todo bajo el punto de vista de la estabilidad. Aun con regular marejada, sentíase muy poco balanceo; y desde el segundo día, los pasajeros mas novicios asomaban por las escaleras del salón y agrupábanse sobre cubierta, entre la toldilla y el palo mayor, en las cercanías del eje transversal del buque donde el cabeceo está neutralizado.

Eran los días novedosos en que se celebra la vida de á bordo, se festeja el régimen tan sano y regular, se observa con interés los portadores de la navegación, y hasta son incidentes notables las islas y faros de la costa, que tantas veces aparecen por babor hasta el Brasil.

El portelero Carlos Romero, yá muy agerriado, había estrechado relaciones con el español de la quinina, Don Salvador Verdugo y Rueda, persuadiéndose mutuamente de que fueran charcas sus pretendidas aprensiones del primer día. Estaban siempre juntos sobre cubierta, vecinos en la mesa, y deploraban no ocupar el mismo camarote, quejándose Romero de tener por camarero á un italiano roscador. Visitaron la máquina, permasociado abortos en el virren de los émbolos, procurando interesarse en las explicaciones del maquinista y conyugado los pormeros barbarismos franceses de su existencia.

Romero, despues del almuerzo, se tendía en su silla de boca y absorbía dos ó tres páginas de la gramática de Noël y Chapal, esforzándose por asimilarse los misterios de los verbos irregulares y de los plerales en *el*. Pero al toque de

mediodía, Romero y Verdugo corrían á la ventanilla del comandante para leer en el marco el camino recorrido. Trescientas millas! gritaban en son de triunfo, repitiendo la cifra á cuantos encontraban de paso: pero Capdebosq, fumando su pipa contra el bordaje de estribor—porque los americanos ocupaban babor!—les hacía observar con un tono de viejo lobo marino, desdeñoso y superior, que el oleaje ó el viento de proa les había quitado unas treinta millas. Los otros se inclinaban ante la pericia del bearnés—que estaba haciendo su primer viaje en vapor, y acababa de oír la observacion náutica en boca de un oficial.

Capdebosq y los comerciantes extranjeros se habían juntado en la mesa del comisario, dejando que los americanos y las señoras se agrupasen en la del comandante; ellos no querían melindres ni etiqueta. Charlaban en francés, discutían á gritos, lanzaban sendas apuestas á propósito del camino recorrido, de la nacionalidad de algun buque que pasaba al horizonte izando su bandera, del día de llegada á Rio: y sonaban los taponés de las botellas de vino de Borgoña ó Burdeos en la bulliciosa mesa de babor!

Capdebosq estaba poseído por un furor de parismo francés: desde que pisó la cubierta del *Paraguay*, afectaba no recordar las pesas y medidas del país; hablaba de kilogramos de azúcar y hectólitros de aguardiente; repetía á menudo: "cada jornalero gana en San José dos francos cincuenta al día."—Pero en cuanto se animaba un poco, usaba un francés pintoresco que oía á asado con cuero, saltan á borbotones los términos criollos: y la mesa soltaba una carcajada que le ponía furioso, sosteniendo—*Sí, señor! Por dónde! ¡ah! mal haya!*— que hablaba sin el mínimo dejo americano.—Todo cuanto no impidió que el tercer día, no pudiendo vencer el hábito arraigado, ganára un rincón desierto de la toldilla para armar *uno de chala*, á hurtadillas.

Marcel no volvió á ver á Rosita hasta el tercer día de mar: pasó el segundo en Montevideo para dejar concluidos algunos arreglos comerciales; á su vuelta á bordo no la encontró sobre cubierta ni apareció en la mesa. Por más que afectára indiferencia ante sí mismo, hubo de confesar que sentía curiosidad por mirar de día á la encantadora criatura que solo entreviera la víspera.

Preguntó por ella á Capdebosq que contestó:

—“Estuvo aquí toda la tarde con Doña Rosario . . . Pero, en cuanto se movió el buque, la tía se sintió mala y ha ganado el camarote *Eh bien!* Marcel, ¿qué tal el apetito?”

El día siguiente fué hermosísimo; el sol tibio alargaba un reguero de llama en todo el mar cada vez mas azulado y transparente; la vaga ondulacion del buque en marcha era apénas perceptible; las olas de cristal juntaban hasta el confin del horizonte sus blandas volutas coronadas con delicado y blanco encaje de espuma. Las golondrinas y fragatas grises describían grandes círculos y volvían á huir hácia tierra distante pocas leguas. Desde temprano, todos los pasajeros estuvieron sobre cubierta, señoras y caballeros, bordando ó tejiendo las unas, fumando ó leyendo los otros, en grupos de cinco ó seis personas atraídas por vínculos de parentesco ó nacionalidad, simpatías antiguas ó recientes.

A cosa de las nueve, Rosita apareció por la puerta del salon, precediendo á sus tios; y hubo un largo murmullo de admiracion, desde la toldilla hasta la cuadra de los oficiales que abría sus

ventanillas por través del buque, trás del palo mayor. Allí se encontraba Marcel, siguiendo una partida de ajedrez empeñada entre el médico y el agente de correos, que suelen ser los dos prebendados de á bordo. Todos se levantaron y quedaron dealumbrados, ante esa belleza formada con gracia y frescura primavera. Marcel estaba estupefacto: parecía ver á Andrea seis años ántes, cuando en el confiado vuelo de su esperanza la contempló por vez primera en casa de Nogales. Era la misma pureza y regularidad de líneas en la cara, algo más sonrosada quizá; los mismos ojos azules y boca fina de corto lábio superior, la propia esbeltez y plenitud de formas, la misma gracia inefable en el andar. Pero su cabellera rubia rodeaba la cabeza con un nimbo de oro, acentuando la diferencia de carácter entre su belleza y la de su hermana mayor. Por una coincidencia estraña, su traje recordaba también el que llevara Andrea aquella noche: con otro corte y arreglo, eran los mismos matices claros y tiernos en el vestido de fular, adornado con sencilla muselina en lugar de encajes. Un blanco *frás* María Antonietta cruzábase en el seno ana-

dándose por detrás; no tenía puesto sinó el guante de su mano izquierda, llevando en la derecha un librito de encuadernacion francesa.

Rosita rodeó toda la cubierta con su clara mirada, como buscando á alguien que no encontró, y se sentó en seguida al lado de su tia. Doña Rosario era la hermana menor de misia Elena; tenía á la sazón treinta y cinco años, y no costaba creer que fuera ántes una de las beldades de San José cuyo tipo clásico aparecía en ella: una mezcla de marfil y ébano casi sin medios tintes, ni otro color extraño que el rojo vivo de los labios. No tenía con misia Elena sinó la semejanza de familia, siéndole aún ménos parecida por la índole general. Doña Rosario era viva, impetuosa, dominadora en su hogar, reduciendo el papel de su paciente marido, Don Ventura Zamalloa, al de simple comparsa, en la marcha diaria de la casa. En las circunstancias graves, era otra cosa: ese hombrecito enjuto que parecía aplastado bajo el dominio de su bulliciosa mujer, cortaba el nudo de la situacion con su voz cascada—y se hacía al pié de la letra lo que él había resuelto. Pero esto llegaba á suceder cada año bisiesto.

Era matrimonio sin hijos—y bastante lo hacía sonar Doña Rosario como si fuera evidente su irresponsabilidad. Si fuéramos indiscretos revelaríamos las secretas esperanzas que despertaba en la infructuosa pareja la perspectiva del viaje actual Entretanto estaban acordes para adorar á Rosita, á quien declaraban hija suya cuanto podían, y que amoldaba y amasaba á sus tios con su manecita blanca, sin encontrar siquiera veleidad de resistencia. Eran tres personas distintas y una sola voluntad verdadera: la de Rosita. Pero ésta, mimada y acariciada durante toda su vida, ignoraba su poder, y estaba convencida de ser la más sumisa de las hijas.

La muchacha estaba absorta en la lectura de su novela, la cabeza reclinada en su sillón de viaje y mordiendo maquinalmente su cuchillo de marfil, cuando oyó los saludos y exclamaciones de sus tios: Marcel estaba delante de ella. Su alma era como el agua en alta mar: tan pura y transparente, que revelaba los movimientos de sus profundidades. Tendió al jóven toda su mano, en tanto que una oleada de sangre ruborizó de súbito sus mejillas. Quiso que se sentara al

lado de ella, con ese atrevimiento cándido de la inocencia, y deseando también que desde el primer día conociesen los pasajeros el carácter familiar é íntimo de sus relaciones.

Parecía que hubieran pasado para Marcel los años de puro entusiasmo y apasionada timidez; faltábanle yá la fé y la esperanza: esas dos alas invisibles de la primera juventud. Con todo, eran tan potentes la irradiación y el perfume que se desprendían de esa criatura exquisita, que tuvo la ilusión de un súbito rejuvenecimiento, como cuando resuena en nuestro oído la canción que en otros años nos conmovió. Parecióle que su vida actual se soldaba sin esfuerzo con su vida pasada, borrándose como una pesadilla todo cuanto había seguido su partida de San José. Por un extraño fenómeno psicológico, su corazón se despertó para vivir con la misma intensidad que en esos días de Julio, antes de ser fulminado y como paralizado por el rayo: continuó á amar á Rosita con su antiguo amor por Andrea; y desde el primer día se sintió amado también.

Por otra parte, bastaron dos ó tres días para que Rosita conquistára á toda la gente del *Para-*

gusy, pasajeros y tripulacion. No había corazón empedernido que no sintiera la caricia involuntaria de esa gracia alegre y gentil que todo lo iluminaba como un rayo de sol. Ella no era propiamente púdica y buena: era el pudor y la bondad. Y de ahí una ausencia completa de reserva y timidez. Desde la mañana hasta la noche, recorría el buque, de la toldilla al castillo de proa, preguntando cuanto se le ocurría á los oficiales que le hablaban con respeto profundo, al comisario, á los pasajeros de toda edad y categoría. Era tan dulce su presencia y tan grata su voz, que su revista sobre cubierta parecía una distribución de limosnas y recompensas.

Inconcientemente, todos quedaban más contentos despues de cruzar dos palabras con esa encantadora criatura, que pasaba en los grupos elegante y perfumada, alumbrando los oscuros pasadizos con el oro vivo de su cabeza adorable, semejante á una *Hada de las migajas*, esparciendo en efecto sus sonrisas como verdaderas migajas del corazón.

Bajo cualquier pretexto, concierto, lectura ó conferencia organizada siempre por ella, practica-

ba unas colectas feroces á beneficio de la Caja de náufragos; algunos jugadores empecinados fruncian el entrecejo cuando inturrumpía una combinacion de ajedrez— pero ella sacudía su platillo de porcelana lleno de luises y libras esterlinas, y despues de mirarla, cada cual dejaba caer una moneda de oro que ella pagaba con un: *Merci, Monsieur!* de su voz cristalina.

Solfa ir á proa con Marcel ó Capdebosq á ver las vacas y ovejas que le recordaban su vida del ingénio; mústios y pelados por el roce contínuo contra los barrotes de su jaula, los pobres animales balaban tristemente. En una de estas excursiones, por medio de los pasajeros de entrecruente, descubrió una familia francesa que se ocultaba vergonzante y en el pudor de su decadencia. Despues de mucho luchar en Montevideo sin arribar á nada, se volvian; el padre, anémico, quedaba sentado durante horas en un escaño entre la madre de luto y dos niños pálidos, pero limpios aún en su miseria decente

Rosita supo muy pronto la melancólica historia; y entónces se ingenió, no dejó descansar al doctor, rapiñó cada dia dulces y frutas de la

mesa para "sus niños"—consiguió que el cocinero hiciera diariamente—pues no había reglamento que resistiera á su omnipotencia—un buen bistec que ella misma llevaba á sus protegidos, retirándose vivamente las primeras veces para no ver el rubor del pobre hombre y sus párpados hinchados por las lágrimas.

Luego, fueron buenas botellas de borgoña que les llevaba, firmando con toda formalidad los vales del *maitre d'hôtel*. Y cuando se esparció la noticia, fué casi una moda el apostar en la mesa á propósito de cualquier incidente: *una botella para los pobres de Rosita!* Y poco á poco llegó á formarse una reserva de que pudieron otros infelices aprovechar.—Sus exigencias caritativas pasaron á ser algo como impuestos regulares ó fundaciones ineludibles, y alguna vez oíase de paso delante de la cocina, al *Jefe* que decía en alta voz, por la mañana:

—Y en todo esto ¿qué es del bistec de *Mam'selle Rosita?* . . .

Mas valía su modo de dar que lo que daba. Sacaba su largo guante de Suecia para servir á sus protegidos: y nada era mas seductor que esa

blanca mano de mangas cortas descubriendo el brazo redondo con su pulsera de oro, y ese talle flexible ajustado por el claro vestido pompadour, en medio de los grupos sombríos de los pasajeros de proa. De ahí, la deliciosa hermanita de caridad solía correr al piano haciendo galopar sus dedos en una frenética *polonesa* de Chopin.

Chapurraba un francés del *Ollendorf* con su gracioso descaro; y el viejo médico del buque, que no solía tener con los pasajeros otras relaciones que las profesionales, vino á comer regularmente en la mesa del comandante porque ella se lo pidió. El Doctor llegó un día hasta sostener porfiadamente que Rosita y su hija se parecían como dos gotas de agua: «tendré el honor de presentársela en mi casita de *Eintendaince*» repetía el buen viejo con convicción. Hasta el comandante, que ocultaba un corazón vehemente bajo una corteza glacial — y á quien en todas las escalas se encontraba de pié en las baterías, leyendo cartas de letra compacta á la luz del salón — había colocado al lado suyo en la mesa á la «pequeña revolucionaria», para prodigarle atenciones de padre.

Ella no decía á nadie el secreto de su eterna alegría. Sentía á veces, con turbacion profunda y deliciosa, la mirada de Marcel que la recorría como una muda caricia, y su corazoncito, entonces, poníase á palpar como un pájaro arrecido de frio que siente de pronto el ancho beso del sol.

El rubicundo Capdebosq tenía que arriar su bandera anti-argentina cuando la niña estaba cerca: bajaba la voz ó callaba, disculpando su inconsecuencia con asegurar que Rosita era el «mirlo blanco» entre sus compatriotas. Así mismo, no la buscaba y parecía que le guardaría rencor por la obligacion en que le ponía de quebrantar su regla de conducta. Tampoco se encontraba con comodidad delante de Marcel; no porque le tratase éste con acritud; pero tenía un modito de aprobar ó exagerar las razones del bearnés, cien veces mas irritante que todas las contradicciones, pues ponía de su lado á los reidores.

El porteño Romero, que era de sangre en las uñas apesar de su peinado á lo Capoul, había tenido en dos ó tres ocasiones que contener áspe-

ramente los avances oratorios de Capdebosq: el amigo Verdugo, pacífico y componedor, pudo siempre dar giro satisfactorio á la discusion, lanzando bromas inofensivas ó infligiendo al agresor sendas multas de botellas de Champagne, que se tomaban á la noche, despues de un brindis de reconciliacion.

Sin embargo era casi imposible que estas justas con armas descorteses, entre hombres jóvenes discutiendo sobre el tema irritante de la nacionalidad — ¡el mas odioso y necio despues del religioso! — no tuvieran alguna vez serias consecuencias.

La tarde víspera de la llegada á Rio, despues de comer, Marcel estaba contemplando en la toldilla una magnífica puesta de sol, cuando vió á Capdebosq que se acercaba á él con semblante sério y visiblemente acortado; despues de pedirle fuego para encender su cigarro, le dijo á media voz:

—Mi querido Renault —hem! —tengo que pedirle un servicio. Romero. . . . yá sabe V.: el porteño. . . . ha querido imponerme silencio porque decía la verdad respecto de su endemo-

niado país. . . . Lo he enviado. . . . léjos, naturalmente. . . . En fin, se ha formalizado. . . . Me ha mandado padrinos, para bajar á tierra mañana. . . . Don Salvador Verdugo con un brasilero João Cordeiro de Cabrera, en fin. . . . ¡una majada de apellidos! .. Yo tengo á mi compadre Cazenave. . . ., pero V. sabe que nunca las vió tan gordas. . . . Mi querido Renault: necesito de V. . . .

— Querido, replicó Marcel con impaciencia, debo decirle á V. que se está poniendo dia á dia más ridículo con sus diatribas contra un país que no conoce siquiera. V. solo ha tratado á la colonia extranjera y á los mercaderes argentinos que se parecen á los de todas partes. . . . Es insoportable y odioso lo que hace V., casi delante de señoras argentinas. . . .

— Delante de ellas ¡jamás! contestó vivamente el bearnés.

— Yá es demasiada necedad, y no le serviré de padrino para un asunto en que tiene V. entera la culpa. . . .

Capdebosq palideció y dijo con alterada voz:

— Renault, ya le designé ante esos ostrogodos.

Vd. es respetado por todos aquí: si me falta me deshonra. . . . Por otra parte, necesito de un francés. . . . Mis juicios habrán sido exajerados tal vez: pero Romero me contestó haciendo una alusion hiriente á los vencidos del año 70. . . .

Hubo un momento de silencio, angustioso para Capdebosq, al fin dijo Marcel:

— Está bien, acepto. ¿Qué tira V.?

— Oh! contestó el otro con cara radiante, ~~de~~ tomado en mis mocedades algunas lecciones de palo. . . . Es todo.

— No tiene V. la intencion de tener un duelo á palos, supongo?

— Lo tendré á todo lo que se quiera. . . .

— Pues bien, repuso Marcel despues de un momento de reflexion, tomaremos el sable de caballeria. . . . sus lecciones de palo podrán servirle. . . . Supongo que V. no tiene sed de sangre. . . . Entónces podrá salir bien conservando calma y decision. . . . Apénas dada la señal, libra V. el hierro y lo descarga con fuerza en el antebrazo de su adversario: el golpe de la muñeca. . . . Luego, se lo mostraré en el saloncito de señoras que nos facilitarán Rosita y su tia. . . . Mándeme á Cazenave! . . .

— Ah! mi querido Marcel, exclamó Capdebosq apretando enérgicamente la mano de su amigo, V. me da la vida con su concurso: temía que se negara á servirme en este lance. Ahora estoy contento: arregle Vd. lo que quiera y como quiera. . . . Le doy mi palabra de no hacerlo quedar mal. . . .

Y se fué tarareando alegremente.

— Vamos! murmuró Marcel mirándole mientras se alejaba: es ridículo, es insoportable, es vulgar como un cucharón: pero es leal y valiente. Le perdono todo. . .

Después de algunos segundos, aparecieron á la vez, el brasileiro Cordeiro con Verdugo por la escalera de babor, y Cazenave por la de estribor: los tres solemnes, de una gravedad sepulcral, con semblantes de acompañamiento fúnebre.

El más conmovido de los tres era Verdugo. Expuso la situación á su modo, con un torrente de explicaciones y comentarios atenuantes, lo que dió á Marcel la esperanza de un arreglo pacífico; «eran bromas pesadas, sin duda, pero bromas al fin; dímes y dirétes cruzalos sin refle-

xionar. Vamos! que todo se olvide con unas copas de Champagne ¡qué diantre! » — Cordeiro le interrumpió severamente: “estos asuntos eran muy sérios, requerian *muita formalidade. . .*” Cazenave desconsolado al verse en tales pasos, miraba lastimosamente á Marcel que se esforzaba por acentuar el giro conciliador indicado por Verdugo.

Pero el brasilero volviéndose mas repulgado á medida que los otros parecian ceder, objetó la voluntad decidida de su representado, agregando por fin que no se debia proferir impertinencias cuando se deseaba no tener dificultades: “el duelo es inevitable salvo el caso de excusas categóricas” — Era visible que el tal comenzaba á cargar á Marcel, pero se contuvo y fué con un acento de ironía á penas sensible, que preguntó al padrino hotafogo:

— ¿Sin duda el señor está habituado á estos encuentros? . . .

— Nunca tuve ocasion de verme en estos lances: minha educação. . . .

— Me lo sospechaba, replicó Marcel, al ver la liberalidad con que expone V. las vidas ajenas. . . .

— Sin embargo, repuso el otro algo desconcertado, si el señor Capdebosq tiene alguna dificultad. . . .

— Ninguna, señor: Capdebosq se batirá con Romero, tan fácilmente como me batiría yo con V., contestó seca y agresivamente Marcel, á quien chocaban ya las baladronadas de padrino tan singular.

El otro no insistió; y el negocio se arregló en tres minutos, para el día siguiente de la llegada á Rio, á sable, en el alto de la Tijuca—pues Marcel manifestó que tenia el compromiso de ir allí con una familia. Nadie hizo objecion, y se separaron, despues de encargarse Cordeiro de encontrar las armas y el médico en Rio. Verdugo se alejó con el brasileiro, exclamando:

— ¡Ahí tiene V.! Sigán con pullas y sandeces ¡qué berenjenal, por vida de San Jerónimo! »

Al entrar en el salon, oyó Marcel la voz clara y vibrante de Capdebosq—una verdadera voz de montañés meridional—que cantaba en el piano acompañado por Rosita. En un pestañeo ésta habia encontrado la armonía de la cancion bear-

nesa que le oyera tararear—y tanto le persiguió y atormentó, que él había cedido, principiando á media voz. Pero arrebatado por el entusiasmo pirenaico, soltó poco á poco la voz hasta lanzar con todo el pecho un *sol* de fioritura que retumbó como una nota de clarín:

Montagnes Pyréné-é-es,
Vous êtes mes a-amours!...

Y Rosita se reía, aplaudiendo con la cabeza los garganteos realmente metálicos del bearnés, que se arrojaba en mil variaciones peligrosas, con la *virtuosidad* nativa de su provincia. Marcel se acercó á Capdebosq siempre de pié al lado del piano, y entre la descarga de escalas y acordes que precedían la repetición *da capo*, le deslizó á media voz: *yá está!*—El otro aprobó con la cabeza y levantando la mano para que no le interrumpieran, atacó con más brio que antes:

O-oh! montagnards, chantez en chœur!...

Y á fé mia! esa diabla de melodía era tan franca y apetitosa, que todos los pasajeros presentes, Rosita, Doña Rosario, el brasilero, y hasta el pacífico Verdugo—¡válgame San Jerónimo!—

atacaron en coro, con toda convicción y desafiando como un solo hombre, el formidable estribillo:

O-oh! Montagnards, chantez en chœur!...

Mientras que Capdebosq, con los brazos abiertos, como Moisés durante la batalla con los Amalecitas, marcaba el compás en su entusiasmo irresistible.

Al día siguiente, cerca de las dos de la tarde, después de muchas decepciones, cundió la voz de distinguirse ya en realidad la línea horizontal de la costa: inmediatamente todos los pasajeros armados con antejo, se acomodaron en la baranda de la toldilla, ó abajo contra los obenques de babor.

Lenta, insensiblemente, se pronunció la faja oscura marcándose más y más sus accidentes; despuntaron las montañas brasileras, sinuosas y de tinte violado; los morros lejanos y los picos de la gran bahía alzaronse sobre las olas. Hacia la izquierda, el gigantesco *Pão de Assucar*, irguióse gradualmente á la entrada de la barra como un granítico Adamastor; y el perfil alargado del *Gigante de piedra* parecía llenar todo el poniente.

El hermoso vapor *Paraguay*, á media velocidad, flotando al viento su pabellon y gallardetes, se avanzaba gloriosamente sobre las olas quietas; y despues de salvar la barra, pareció que los altos peñascos, cual centinelas de piedra, se estrecharan tras él hasta dejarle en un inmenso lago, desde donde se divisaba apenas el alta mar, á popa, por la abertura de entrada.—Fué sin embargo esa pasa estrecha que Duguay-Trouin forzó á toda vela, casi dos siglos há, acodegando con espléndida insolencia su escuadra de diez y ocho navíos, delante de la isla das Cobras.

Marcel estaba en la toldilla al lado de Rosita, enseñándole algunos puntos notables que ella buscaba con sus anteojos de teatro. Nunca la habia visto de tan cerca; y mientras ella contemplaba con arrobamiento el espectáculo sublime, él se extasiaba ante las delicadezas de su perfil, de su oreja nacarina, de sus lábios entreabiertos por el esfuerzo de atencion; y á veces, para indicarle mejor el sitio designado con su brazo extendido en el eje visual, inclinaba su cabeza trás de la de Rosita hasta rozar sus bucles perfumados.

Cuando el *Paraguay* navegó en plena bahía, Marcel exclamó:

—“Atencion, Rosita: estamos entrando en el país del encantamiento!”

Y al paso que se desenvolvía el maravilloso panorama, enseñaba las fortalezas y faros erigidos en la costa ó las isletas, los morros de Tijuca y del Corcovado, la extraña sierra de los Organos con sus estrías verticales, y la meseta de Gavea que se alargaba hasta el mar. Entónces, la gran ciudad se desarrolló hácia la izquierda, con sus arrabales semi-campestres de casas blancas y coloreadas alzándose en anfiteatro sobre las colinas, en medio á los tallos cilíndricos y copas en abanico de las palmeras. El sol poniente hacía resplandecer los altos edificios, el verde tierno de las quebradas, los grandes buques anclados en la bahía y reflejados en la honda tranquila cual en un espejo inmenso. A cada instante, una banda de marsoplas cruzaba por delante del buque, bajo el bauprés, saltando fuera del agua como tritones.

Al pasar en frente de la fortaleza de Santa Cruz, se lanzaron los datos reglamentarios, y

una hora despues el *Paraguay* ancló detrás del islote de Lage, teniendo la playa de Botafogo por babor y la pintoresca ciudad de Nyteroi á su derecha. Las lanchas, botes y vaporcitos rodearon el steamer, como bandada de cuervos al rededor de la res agonizante, esperando que pasase la visita de sanidad para acometerlo: algunos traían visitantes, otros provisiones frescas, los más, tripulados por negros que dilataban sus ojos de blanca loza y multiplicaban sus gritos de epilépticos, acechaban á los pasajeros, tomando por compromiso formal una mirada distraida, y sacando al vuelo la nacionalidad de cada cual: *Fiu, fiú! Senhor, tenho o melhor bote! . . . Mammaasel! ici très bien excellent! . . .*

Marcel había prometido pasar en Tijuca, con Rosita y los tios, estos dos dias de escala, y estaba esperando en la punta de la escalera con su maleta en la mano. Capdebosq pasó con Cazena-ve: "esta noche iré á verlos en el hotel White, nosotros estaremos en el de Jourdain ¡hasta luego!"

Dió la mano á la señora que se instaló en el banquillo del bote, luego recibió á Rosita que

saltó dentro, lijera y alegre como una calandria, y Marcel habiéndose sentado á popa para gobernar, los dos negros marineros empezaron á batir los remos á compás.

Dieron las cuatro cuando la comitiva estaba subiendo las gradas del muelle, obstruido por marineros, mozos de hotel, negras vendedoras de pescado, naranjas y bananas, en un barullo indescriptible. Despues de caminar algunos minutos, guiados por un mulatillo que llevaba las maletas, pudieron encontrar un coche excepcional, de cuatro asientos y atado con mulas, para dirijirse á la estacion central de los *bondes* para Tijuca

Pero Rosita engolosinada por el aspecto tan original de la ciudad, pidió—y por supuesto obtuvo—que se la recorriera un poco antes de ganar la sierra. Se tenía tiempo bastante para llegar á boca de noche al alto de Tijuca.



II

Era efectivamente un espectáculo digno de contemplarse, siquiera una vez, el que ofrecía esta gran ciudad de aspecto complejo y pintoresco, á un tiempo americano, africano y asiático, con tramways cruzando por callejuelas oscuras y desplomadas, casas de arquitectura casi oriental, que traían á Marcel el recuerdo imaginario y poético de alguna vasta aglomeración colonial del siglo XVI: — una Goa industánica y portuguesa, con bazares rebosantes de telas y especias, polvo de oro y marfil, perlas y frutas

tropicales, obstruidas las esquinas por los puestos de los mercaderes indígenas,— con fastuosos rajás doblegados por rudos capitanes de fortuna: un hormigueo de aventureros portugueses, griegos, turcos y mongoles — catedrales católicas instaladas en pagodas budistas — y por sobre los mil elementos heterogéneos y tumultuosos, el terrible fantasma unificador de la Inquisición. . .

Como lo anunciara el negro hotero, *o tempo estava de chuva*, tanto que á los pocos minutos de desembarcar, la lluvia torrencial se desplomó sobre la ciudad. Pero no fué contratiempo bastante á contener la curiosidad de Rosita. Las mulas con su trote picado y seco arrastraban el coche por los lavados adoquines de las calles estrechas, empedradas en canaleta y transformadas en torrente. Pero el color local tan pintoresco, lejos de empañarse por la tormenta, aparecía aun mas resaltante. Cruzaban por las veredas las hermosas negras minas con su blanco turbante en la cabeza; y en las esquinas, los negros descalzos, con levita y sombrero de pelo, se ofrecían á los caballeros para que atravesasen la

calle á horcajadas en sus hombros. Pasaron por la *rúa do Oavidor*, sombría y deslumbrante como una incrustacion de oro en fondo de ébano; costearon el magnífico square de la *Acclamação* desbordante de follajes tropicales, orquídeas y cactus gigantescos que la lluvia ni el cielo apagado lograban palidecer.

Rosita quiso visitar una iglesia, y Doña Rosario, muy devota, aplaudió el pensamiento. Bajaron delante de la *do Carmo*; y despues de recorrer las naves y altares recargados de oro y plata como una pagoda de Benares, las dos mujeres se arrodillaron en la capilla del Noviciado.

Rosita oraba con fervor, á pocos pasos de su tia, y cuando Marcel volvió hácia ella despues de un paseo bajo las bóvedas sonoras, la halló con su velo bajado para ocultar sus ojos aún húmedos por lágrimas recientes. ¿Era debilidad de niña desterrada, ó el derrame del alma agitada por la primera pasion?

Pero la reaccion fué instantánea, y al subir en el carruaje, la loquita soltó una carcajada cristalina, ante una especie de oficial verdi-negro que pasaba muy arrogante en su túnica de almirante

suizo. Antes de alejarse, hubo que visitar todavía una tienda de flores y curiosidades tropicales: se hizo preparar dos grandes cajas de plumas, coleópteros y mariposas, pidiendo á Marcel que le explicase los reptiles y pájaros silvestres embalsamados. Todos los empleados la rodeaban, conquistados tanto por los ciento veinte mil reis que acababan de vender, cuanto por su garbosa alegría—y era aquella blanca juventud como un reflejo de sol en la tienda sombría, en medio de esa flora artificial impregnada con extraño olor de naftalina esparcido en el ambiente,

Al cabo llegaron á la estacion de *Bondes* que conduce al pié de la sierra. La tarde caía yá; no obstante pudieron admirar el magnífico camino lleno de *villas* lujosas y profusamente adornadas, de arquitectura fantástica y recargada, segun el estricto juicio clásico, pero armonizada con la loca prodigalidad de la vecina naturaleza. ¿Cómo pensar en la ática sobriedad, en medio de esas orgías de ramas y foliajes que invaden hasta las grandes piedras erráticas que han rodado al fondo de los valles?—El camino subía por entre quintas de bananeros y palmeras de tronco

redondo y recto como mastiles gigantescos; en las verandahs ó sobre el césped, niños jugaban al rededor de las criadas vestidas de blanco.

La lluvia había cesado yá cuando llegaron al pié del repecho, donde tomaron una como galera tirada por ocho mulas cubiertas de cascabeles. El camino serpenteaba en la sierra de Tijuca, cruzado de arroyos que saltaban de la roca viva; y en cada codo se dominaba los valles espléndidos ó la inmensa ciudad que se extendía hasta las playas borradas por el crepúsculo.

Era de noche cuando bajaron á pié la pendiente rápida que conduce al hotel Jourdain. Una vaga fragancia se exhalaba de los follajes húmedos, y el arroyo Cachoeira que desciende de la quebrada, engrosado por la lluvia reciente, inflaba su interminable rumor en el vasto silencio nocturno.

El alto de Tijuca es un punto de veraneo y refugio durante los rigores del clima tropical; tiene por todas partes *villas* y hoteles excelentes. El de Jourdain, elegido por los argentinos, se componía de dos casas separadas por el arroyo

y comunicadas por un puente rústico. Todo era muy confortable; y ese salón con piano, esa mesa lujosamente servida en medio de esa naturaleza primitiva, formaba un contraste encantador.

Rosita no cabía en sí de alegría: después de cuatro escalas estrepitosas en el piano, salía al corredor para aspirar el vapor húmedo y fragante que despedían las invisibles espesuras. Una joven brasilera que veraneaba allí mismo con su familia, cediendo á una simpatía instantánea, le regaló un manojo de jazmines y flores de *casuarinas*, que se plantó en el seno y en la cabeza como una Ofelia riente y feliz. Doña Rosario le gritó:

— Te has adornado como novia

— Por supuesto, contestó aturdidamente la muchacha; pero se puso colorada como una guinda al oír ella misma su contestación; y para ocultar su turbación corrió nuevamente al piano, donde cantó á media voz, acomodándola á la circunstancia, la melodía de Massenet sobre los conocidos versos de Musset:

A San Blaise, á Týnca,
On était bien aise,
Nous étions bien là! . . .

Tambien Marcel hubiera saboreado en su plenitud el encanto de esos momentos, si el recuerdo importuno del arreglado duelo no pasara por su mente, como un nubarron en cielo azul. Despues de convenir con el hotelero que tuviera pronto los caballos muy de mañana, para la proyectada expedicion á la gran Cascada, salió dirijiéndose al hotel White, situado á corta distancia, y donde halló á Capdebosq empeñado en una partida de billar con Cazenave. No quiso hablarle á solas, temiendo destemplanle, y pasó al cuarto vecino donde le indicaron que se alojaban Verdugo y Cordeiro.

Todo estaba previsto y arreglado: los sables envueltos en un forro negro hacian un bulto alargado en un rincon. No habian traído cirujano por hallarse uno en el mismo Hotel, que habia aceptado la desagradable comision sin dificultad. Se convino en encontrarse á las cinco de la mañana, en un punto retirado del bosque que costea el rio: y Marcel se retiró más preocupado y nervioso que los dos que se iban á batir.

Al amanecer, un mozo despertó á Marcel; se vistió rápidamente y salió sin ser sentido. Aunque

no fuera Capdebosq su amigo íntimo, experimentaba cierto malestar ante la incertidumbre del desenlace, tan sano y leal ¡en suma, á pesar de su incurable rusticidad!—Al encontrarle en el hotel, recibió, desde luego, una mala impresion: el bearnés estaba algo caviloso. Pero Marcel se serenó muy pronto al saber la razon: Capdebosq había jugado hasta las dos de la mañana, acordándose á esa hora de escribir su correspondencia comercial. No había concluido, y de ello provenía su desasosiego; hizo algunas recomendaciones á sus padrinos, respecto de sus negocios en la República Argentina, « por si acaso... », y se pusieron en camino.

Encontraron en el punto indicado á Romero con sus padrinos y el médico. Verdugo no pudo prescindir de una última tentativa de arreglo: “veamos, dos chicos tan guapos: ¡por vida de San Jerónimo!” Pero esta endemoniada cuestion de nacionalidad había dejado veneno en los corazones, y no se insistió mas. •

El lugar estaba muy á propósito: plano, despejado, el suelo muy endurecido aunque algo húmedo. Romero tiró su cigarro; y los dos adver-

sarios en mangas de camisa, se pararon cerca de sus respectivos padrinos. Capdebosq daba gusto con su torso hercúleo, empuñando su sable como una Durandal, y su brazo musculoso arremangado hasta el biceps. Romero, mas delgado pero vigoroso tambien, y revelando perfecta sangre fria, tomó su arma y cayó en guardia con soltura. Marcel tuvo un imperceptible fruncimiento de lábios, de mal agüero para su ahijado: cruzó los aceros á pocos centímetros de la punta, y los dos adversarios, firmes como rocas, esperaron la señal. Todo pasó rápida y decentemente; á las palabras: *cumplan caballeros!*—Capdebosq acometió con el cambio de filos que le enseñara Marcel, pero fué parado su golpe de muñeca, y el sable de Romero se abatió rápidamente en el hombro del bearnés. Saltó un chorro de sangre, pero hubo de tomarse de los hombros á Capdebosq recién calentado por el golpe, y porfiando por seguir la partida.

El médico declaró que el combate no podia continuar; despues de desnudar y examinar la herida, la declaró leve, haciéndole la primera curacion. Volvieron todos juntos al hotel White;

Cazenave sostenia al principio á Capdebosq, pero era tal su emoci3n, que Marcel tuvo que reemplazarle y casi cargar tambien con 3l.

Se resolvi3 que Capdebosq volviera á la ciudad, y se embarcase inmediatamente, antes de declararse la fiebre consiguiente.

Ademas de Cazenave y del m3dico, Cordeiro que se hallaba ya en su patria, ofreci3 sus servicios con toda galanteria; y el mismo Romero queria acompa1ar tambien al herido, despues de tenderle espontáneamente la mano.

— ¡Nom d'une brique! exclam3 el bearn3s algo conmovido, me van á enternecer! por mas que se diga, hay buena gente en todas partes! . .

Pero Marcel manifest3 que Capdebosq estaba suficientemente acompa1ado, siendo mas conveniente que Verdugo y Romero no aparecieran todavia por all3; y cediendo tambien á la simpatia que le inspiraba la conducta correcta del porte1o y del espa1ol, les invit3 para agregarse á la comitiva del hotel Jourdain, en la proyectada excursion á la Cascada.

Los cuatro caballos ensillados estaban y3 delante de la verandah del hotel. Era una encanta-

dora mañana de otoño tropical, tibia y acariciadora. El sol naciente comenzaba á dorar los picos negruzcos de la sierra; la potente vegetacion parecía que se arrojara con no sé qué ímpetu de vida hasta las abruptas laderas graníticas; y allí donde se detenian las palmeras y naranjos silvestres, alcanzaban aun los cactus vibrando sus lenguas espinosas y agudas.

Don Ventura salió al corredor con semblante algo ceñudo y desapacible; se alegró al ver el refuerzo que le llegaba, demostrando poquísimos entusiasmos por la excursion: "estos paseos por quebradas y despeñaderos no le hacían maldita la gracia." Y queriendo matar dos pájaros de una pedrada, instó á Romero para que acompañara á las señoras en lugar suyo, quedando él con Verdugo. "Ademas, agregó don Ventura, no hay sino cuatro caballos." Nadie hizo objecion alguna, ni las mismas señoras que salian en este momento.

El nuevo arreglo fué declarado excelente; un negro del hotel tuvo encargo de llevar algunas provisiones para el almuerzo, las señoras saltaron en silla con auxilio del peon que las levantaba

por los tacos de los botines, al uso provincial—y la cabalgata se puso en marcha, yendo adelante Rosita y Marcel, y siguiendo Romero al lado de doña Rosario.

La señora, avivada y rejuvenecida la tez por la brisa matinal, estaba realmente apetitosa con su sombrerito de verano sobre su cabello negro, y su velo azul flotando sobre sus grandes ojos aterciopelados. Su vestido oscuro adelgazaba su cuerpo robusto, y manejaba su caballo con una desenvoltura de amazona experta que Romero empezaba á admirar sin reserva. Era una fruta madura y sabrosa, con cierto incitativo picante de devota casada.

Rosita era una flor viviente y alada; mas que conversacion, su palabra era un jorgeo de pájaro, un compuesto de canto y risa que refrescaba el alma de Marcel, como las gotas de rocío que salpicaban su rostro al caer de los follajes estremecidos. Por momentos lanzaba á galope su caballo tordillo, que felizmente tenía el casco montañés y no tropezaba en las asperidades del sendero rocalloso. Desaparecía en el recodo del camino, hallándose en gran conversacion

con los campesinos que arreaban á la ciudad mulas cargadas con aves y frutas para el mercado: saludaban humildemente como pobres esclavos sorprendidos ante la cordialidad de la menina blanca.

A los lados de la senda cada vez más estrecha, la vegetacion abalanzaba sus anchas hojas verdes, sus lianas inextricables, sus racimos blancos y purpurinos impregnados de humedad, en un arranque de vigor opulento é irresistible; había en el ambiente cercano al suelo como un derrame de savia flotante escapada al parecer de los empapados tallos. La evaporacion vegetal perdía su virtud tranquilizante con desprenderse tan intensa, tornándose capitosa y casi sensual.

Marcel estaba solo por momentos, entre Doña Rosario que se quedaba atrás, y Rosita que había tomado nuevamente su vuelo. Un negrito que venía por la senda con una cesta de frutas en la cabeza, contó que *á senhora* le había tomado tres bananas parada almorzar, diciéndole que *ó senhor* le pagaría. . . .

Marcel dió un billete de mil reis al muchacho

deslumbrado, y alcanzó á Rosita parada en un rancho aislado, fuera del camino.

Dos negras viejas rodeadas de sus *crianzas* desnudas, tostaban choclos delante del fuego alegre, y era evidente que la criollita no habia podido resistir á la tentacion. Un arroyuelo cristalino corria contra el rancho de piedra: y ante ese grupo pintoresco, en el apiñado entrelazamiento de lustrosos bambúes subiendo en ramillete, en esa decoracion de enredaderas y jazmines, en el rumor constante de las cascaditas que saltaban sobre el granito y la greda roja chapeada de verde musgo,—creia uno hallarse tan léjos del mundo real, que se imponian á la mente las reminiscencias de los paisajes soñados por la imaginacion de los poetas y cantados en sus obras inmortales.

—Paréceme ver en accion á *Pablo y Virginia* dijo Rosita, tomando el choclo asado que la negra le tendía sobre una hoja verde.

—Cierto, contestó Marcel sonriéndose, pero no dice la novela que Virginia comiera choclos.

—La ficcion es siempre inferior á la realidad, repuso gravemente Rosita, y metió sus dientes blancos en la dorada espiga.

Volvieron á emprender la marcha juntamente con la pareja de retaguardia que acababa de llegar, y parecia avenida con su situacion. La senda se hacia más y más escarpada y angosta: eran á cada paso arroyos que vadear, rocas que salvar de un brinco del caballo; pero las dos amazonas argentinas no se inquietaban mucho por ello, acostumbradas á las asperezas de la sierra natal. Rosita partia adelante, y haciendo parar su caballo como una cabra contra un peñasco, arancaba un ramito de *cuaremas* violadas que se colocaba en el seno y ofrecia á Marcel y Romero—cuando éste estaba cerca—con solemnidad burlesca, en francés ó portugués poco ortodoxo: *Fleurissez-vous, Monsieur. . . Permittame offerrecer uma flor á vossa senhoria. . .* Y al dirijirse á Marcel, sentíase bajo la chuscada el acento apasionado y profundo.

El jóven experimentaba una turbacion estraña: la espléndida naturaleza le traía el recuerdo de San José; y cuando miraba esa niña encantadora, perdía por momentos la sensacion exacta de su personalidad y del tiempo trascurrido, pareciéndole á veces que continuaba el interrumpido poe-

na de su vida. Y tenía que detener en sus labios la palabra ardiente del antiguo amor confesado y correspondido.

De pronto se encontraron en una encrucijada dominando una quebrada, en cuyo estrecho fondo un río retorcia su argentada cinta sinuosa: á la distancia no se notaba el movimiento de sus ondas y parecia congelado: pero sabia del abismo un sordo é incesante rumor. La vertiente opuesta se desplegaba imponente y bella, salpicada con blancas *fosendas* y ranchos de labradores. La quinta de Serpa Pinto alzabase en un repliegue de la falda con sus corredores y elegante fachada.

Ambas sendas parecian impracticables á caballo, sobre todo la izquierda, que debia conducir á la Cascada; y los turistas indecisos se resolvian yá á esperar al peon quedado muy atrás, cuando un paisano apareció por el sendero más ancho. Adivinando á medias su obsequiosa algarabí, supieron que la otra senda era la de la Cascada, pero tenian que dejar desde luego sus cabalgaduras por ser aquélla muy escabrosa y baja.

Todos se desmontaron, sentándose en el ós-

ped para esperar al rezagado peon. El paisano saludaba para seguir camino, cuando Rosita le interpelló:

—¿No quiere Vd. guardarnos los caballos, Domingo?

—Me chamo João Pedro, minha senhora. . .

—No importa, deje que le llame Domingo: el nombre trasciende mas á latanero y casa de bambúes. Con que ¿acepta, Domingo?

El negro meneó la cabeza y se alejó refunfuñando: *João Pedro*. . .

Pero, despues de algunos instantes de paciencia y contemplacion del paisaje, Rosita se levantó para explorar los alrededores en direccion á la Cascada, y llamó de léjos á Marcel para que le ayudára á alcanzar una mariposa que se volaba de rama en rama. La persiguieron largo rato sin lograrla: y de repente sintieron el aislamiento absoluto, como si se encontráran á mil leguas de cualquiera habitacion. Rosita exclamó, mirando á Marcel con su ingenuidad de niña pura y tranquila.

—¿Sabe lo que debemos hacer? Irnos los dos siguiendo la senda hasta la Cascada. Yó no puedo resistir. . . .

Mas como Marcel callára, algo sorprendido por la invitacion, ella insistió candidamente, alzando en el jóven sus grandes ojos virginales. Y él, temeroso de perturbar con una vacilacion esa inocencia que se confiaba á él, se inclinó con una sonrisa y contestó:

— Iremos donde quiera, Rosita. . . Pero ¿no quiere V. que prevengamos á su tia?

—Yá nos alcanzarán. . . Mi tia es estanciera, y eso de rastrearnos, yá puede V. figurarse. . . . Vamos!—Y se puso en camino teniendo que seguirla Marcel.

La selva vírgen, opaca y densa, saturada de humedad, parecia que tuviera una como inmensa respiracion de alegria; y debajo de la estridulacion intermitente de los insectos, oíase el zumbido confuso de millares de organismos ocultos que tejian en la sombra una trama infinita. Los troncos de los árboles desaparecian debajo de los festones entretejidos de las parásitas lianas; en el cuello de las ramas enormes las orquídeas de oro y púrpura semejaban collares de pedrerías. A veces pasaba una ráfaga de viento, que estrujaba los rectos estipos de las palme-

ras con el ruido seco de abanicos abiertos. Los bananeros cruzaban en arco sobre la senda sus grandes hojas rayadas y paralelas, cual desmedidas plumas verdes; y los *cocoiros* con sus racimos de cerezas enormes, alzábanse sobre las bignonias amarillas ó azules que se abrian á sus piés. . . .

Iban lentamente, casi callados, deteniéndose para ver una mariposa de matizadas álas ó un insecto corriendo en la yerba con sus élitros de esmeralda ó rubí; y el ronquido creciente de la Cascada adelgazaba sus voces, tornándolas al oído débiles y agudas como si llegaran desde muy lejos. . . .

De repente, un arroyo les cerró el paso; probablemente la última avenida arrastraría el puente formado con un anho tronco, cuyo alvéolo profundo se veía en el talud de granito. La corriente cristalina dejaba ver las anchas piedras del fondo resbaladizo : un pié de agua quizá, pero un ancho de tres ó cuatro metros. . . .

— Y he aquí concluida la escursion, dijo Marcel sonriendo ante el despecho de Rosita. Esta permaneció callada, mirando alternativamente el

arroyo, el vapor que se levantaba de la Cascada ya muy vecina—y las gruesas botas que pusiera Marcel para su expedición de la mañana. De pronto, se dió vuelta hácia él con ademán suplicante y acento que revelaba un deseo vehemente:

— Renault, le ruego. . . . Si no teme V. que le sienta mal entrar dos segundos en el agua. Lléveme cargada!

Y antes que el jóven, con la boca abierta, aturcido por la proposición, tuviera tiempo de contestar, la caprichosa criatura lanzó su sombrerito á la opuesta orilla, y apretando su largo vestido entre sus piés juntos, en una actitud de pánico abandono, tendió á Marcel su cuerpo gentil.

Este brazo del río de Cachoeiro era un verdadero torrente precipitándose tambien por una serie de cascaditas, á la cima que cortaba el lado derecho del sendero. Tenía éste cosa de dos varas de ancho en este punto, y era como una cornisa casi horizontal pero resbaladiza, suspendida sobre la quebrada á pique. Marcel levantó á Rosita como una criatura, descansando en

su brazo derecho la rubia cabeza, y descendió con precaucion el talud del arroyo. La corriente, por rápida que fuese, no podia desviarle de un modo apreciable, y no pensó al pronto sinó en colocar sólidamente su pié en las piedras del fondo. Dió así dos ó tres pasos con el agua arriba del tobillo; entónces, yá despreocupado de cualquier peligro, el jóven esperimentó la sensacion estraña de ese cuerpo redondo y flexible apoyado en el suyo, é involuntariamente descansó la mirada en la cabeza de Rosita: había cerrado sus ojos azules y su peinado flojo se derramaba en el brazo de Marcel cual madeja de seda. . . . Este segundo de distraccion pudo serles fatal: el pié asentado al tanteo se resbaló en una piedra lisa, hubo un sacudimiento brusco para conservar el equilibrio y un grito agudo de Rosita asustada que, instintivamente, arrojó sus brazos al cuello de Marcel. . . .

— ¡No tengas miedo! murmuró éste con voz baja y ronca; y sin mirar el abismo, dominando el vértigo de su emocion, trepó sin vacilar el borde opuesto. Pálida todavia, la niña no había desatado sus brazos, y él no pudiendo

luchar más con su pasión, la levantó hasta sus labios como una criatura dormida — Y entonces se hablaron, en esa soledad bendita, sentados á orillas del arroyo, que arrebatava al mar las hojas que distraidamente lanzaban á la corriente, como arrebatára la pasión vencedora sus destinos al desconocido y oscuro porvenir.

Ningun embarazo inquieto, ninguna malsana turbación; confundidas las manos y las miradas, se contemplaban extasiados, los dos seres radiantes y exquisitos, y cuando él murmuró con dulzura infinita:

— ¿Es cierto, entonces, que te dignas quererme, buen corazoncito? . . .

Ella llevó su mano de alabastro al seno palpitante, y le miró largamente con sus ojos color de cielo que poco á poco se llenaron de lágrimas. Y él rejuvenecido, purificada el alma como por una onda bautismal, aspiraba con delicia el vago perfume de esa virginidad, besaba la punta de sus trenzas de oro, derramando casi sin sentirlo la abundancia de su corazón, y volviendo instintivamente al dulce tuteo en que se mezclaba á la pasión del amante el cariño antiguo del hermano mayor.

—Desde que te volví á encontrar, me sentí salvado del tedio incurable que entristecía mi vida. Me has sanado y redimido. . . . El impulso misterioso que me hizo embarcar esta vez y no podía explicarme, era una presciencia del corazon que no quería morir sin haber vivido. . . . No tengas miedo, Rosita, dime que te sientes segura y feliz á mi lado. . . . Me eres sagrada.

—¿Temer, Marcel? murmuró la santa ignorante: Vd. ha sido el sueño hermoso de mi infancia, y no puedo recordar lo que sentía antes de verle. Desde que le encontré á bordo, me pareció que el cielo se abría. . . No me atrevía, con todo, á creer que esto fuera posible. . . Procuraba cada mañana inventar algo que me hiciera menos indigna. . . . ¿Qué hacer para merecerlo? Y no teniendo sino á mi alegría, la derramaba en los que me rodeaban. . . . Las buenas palabras y atenciones á los pobres, las dedicaba á V., las ponía á sus piés como la ofrenda de mi humildad. . . . Los otros no existían para mí, su aprobacion era mi recompensa, su consejo era mi ley. . . . su amor es la dicha inesperada, el sol que apenas de soslayo me animé á mirar alguna vez. . . .

— Habla todavía, contestaba Marcel después de escucharla avidamente: habla encanto y consuelo! págame por cuanto he llorado y sufrido, cada palabra tuya borra una blasfemia ó seca una lágrima. ¡Merecerme! oh! santa humildad! Eres digna de un génio y de un héroe! Eres la más bella, la mas encantadora de las criaturas! . . . Tu mirada es una caricia, tu voz es una música, tu risa es un consuelo: amarte es creer en Dios y el decírtelo, una plegaria. . . !”

Luego la hacia ponerse en pié para admirar su divina elegancia y hablarla de rodillas, besando la orla de su vestido. Ella se sonreia como han de sonreirse los ángeles al recibir el homenaje de los creyentes: y en el marco espléndido de la naturaleza primitiva, ese estallido de pasión—robusta y jóven como la florescencia de la selva, pura como el matutino cielo que le servía de dosel—parecia la flor simbólica y eternamente virgen de un tropical Eden.

Un llamado de voces les volvió á la realidad sin causarles perturbacion alguna; parados como estaban en la orilla, esperaron á doña Rosario y Romero que aparecían en el sendero, seguidos

por el peon del hotel que tiraba su mula de la rienda. La tia juzgó mas prudente cruzar el arroyo en la acémila, en grupa de Romero, y despues de breves y naturales explicaciones, la comitiva se encaminó á la Cascada, cuyo creciente estruendo cubrió muy pronto las voces y los rumores vecinos.

Era una áspera quebrada vertical formando cuatro ó cinco escalones gigantescos que partían del abismo para treparse al cielo; el torrente, despues de precipitarse desde inmensa altura formando dos bullentes despeñaderos que se rompian y rebotaban contra las rocas, alzando una nube de agua flotante y pulverizada, —caía á nivel del suelo en una pila profunda que rellenaba eternamente; allí se aplacaba su furor, delizándose al rededor de una larga mesa granítica donde estaban en pié los visitantes, para ir á perderse en el abismo, semejante á mudo y ancho cilindro metálico que girára eternamente.

En la márgen izquierda de la Cascada, erguábase á pique la negruzca muralla del morro de Tijuca que se divisa desde la entrada de la bahía, con las cintas de plata de los filtrados manan-

tiales pegadas al granito. En todos los repliegues de la roca, la invencible vegetación parecía que hiciera hincapié luchando con la áspera pendiente, y dejando flotar sobre la hervidora cima largas cabelleras de lianas y bromelias.

En el sentido de la corriente, todo el valle descendía gradualmente, abriéndose en anfiteatro de follajes, chapeado acá y allá por las *fauendas* blancas y rojas de las laderas. Mas abajo aún, en el fondo de la amplia escotadura de la quebrada, se desplegaba hasta juntarse con el cielo, la sábana del mar, mas clara cerca de la playa, mas sombría en esfumado horizonte, con la franja de espuma de una línea de rompientes en la orilla; y en la lejanía, salvando la barra de Tujica, el blanco velamen de un navío parecía á la distancia una ála de gaviota rozando las olas.

Pero el sol, trasmontándose cerca del mediodía por la estrecha abertura de la sierra, desplegó sobre el cuadro sublime su matizado velo de luz, levantando cien arcos iris en la argenteada espuma y polvo diamantino de la Cascada. Y entónces, extasiados, embriagados por los reflejos y rumores ambientes, no encontrando voces

con que espresar la inefable magnificencia del panorama que celebraba su entrada triunfal en la felicidad, Marcel y Rosita volvieron ingenuamente á la espresion infantil del estupor admirativo: juntaron sus manos, con un grito de entusiasmo que se perdió en el implacable mugido del torrente. . . .

Doña Rosario y Romero, despues de conceder algunos segundos á la contemplacion, encontraron que el sol, si bien no brillaba sinó un par de horas en la Cascada, se desquitaba tostándolo todo en su corto tránsito. Buscaron refugio en una gruta formada por un ahuecado peñasco, y sostenida la bóveda por macizos pilares jaspeados de verde musgo,—confesándose mutuamente que el entusiasmo aviva el apetito.

En la cueva reinaba un discreto claroscuro;—no tan discreto, empero, que ocultára muchos nombres é iniciales grabados en la pared, trayendo el malicioso recuerdo de aquella otra gruta clásica donde la tormenta empujó á Eneas y Dido. . . . Pero doña Rosario, persona religiosa y tercera de la órden del Cármen, no habia leído por cierto el cuarto libro de la Eneida;—y en

cuanto al mozalvete Romero, aunque pudiera ver escrito en la pared el pérfido hemistiquio: *hic Hymanus emia*,—no hubiera corrido peligro la virtud de doña Rosario, pues el joven portefolio no sabía latín. Si en el afán por sacar del canasto las provisiones, la mano de Romero tropezó alguna vez con la de la picante beata, sin que ésta la retirara con aspavientos, fué probablemente una casualidad, sabiendo además la devota señora que dice el Evangelio: *ay! de aquella que mueva escándalo!*—Por otra parte, era muy evidente que Romero no procuraba *tête-à-tête*: prueba de ello es que mandó al peon para que llamara á Marcel y Rosita que quedaron afuera. . . .

Habían subido los enamorados, al declivio que domina el valle entero, para envolver en una mirada suprema el cuadro de sus primeras confidencias, y llevarle por siempre en la memoria. Allí, en la efusión de sus almas rebosantes, juntaron nuevamente sus manos, cambiando las promesas y votos irrevocables. Para oírse tenían que lanzar al vuelo las palabras sonoras, que el clamor de las ondas transformaba en suspiros. Y ella siquiera, la dulce criatura que no sabía

mentir: en la sinceridad de su pasión única y profunda, podía tomar por testigos solemnes de su juramento al mar eterno, al bosque secular, y al mismo torrente que corría rápido y fugaz como la vida, sobre la roca inmóvil y firme como la Fé. . . .



III

Señora Doña Sara Kennedy de Heredia.

Paris, 19 de Abril de 188...

MI SARA QUERIDA:

¡Paris! Te escribo desde Paris! Ya he puesto tres veces este mágico nombre antes de encontrar otra cosa que decirte. Pero me habrás comprendido: estoy todavía desconcertada, marcada con este cambio repentino de hábitos y horizonte. Los primeros días, al despertarme, necesitaba reflexionar un rato largo, y repetirme en alta voz: *estoy en Paris*, para convencerme. Después de dos ó tres paseos al Bosque, por los boulevares, en esos magníficos jardines que miro desde mi

ventana, resolví no salir de nuestro aposento para asentarme un tanto. Pero, figúrate que Andrea vive en el Hotel Continental, en frente de las Tullerías: es decir que todo París nos invade y asalta, sin que le busquemos. La misma noche de nuestra llegada, había *en casa* el gran banquete á Nordenskiöld, con iluminaciones y fanfarras! Imagínate nuestra soledad. . . .

Al principio, pues, me sentía deslumbrada, y aturdida—casi enferma: parecíame que no tenía mas que nervios en todo mi cuerpo. Luego, centenares de visitas de argentinos, orientales, peruanos, mejicanos—en fin, toda la rica y multicolora colonia americana, relacionada con Andrea: tirándome á la cara la Opera, Sarah Bernhardt, el Eliseo, el Bosque, el Louvre, las pastelerías, las perfumerías de Pinaud ó Guerlain, la sastrería de Worth, etc., etc. Era un torbellino en mi cabeza—y tenía que salir con Andrea y Elenita, para escapar á ese París febril y facticio en que parece que viven nuestros paisanos, como la salamandra entre las llamas. Si entónces hubiera tenido que formular una impresion general, creo que no hubiera podido sino repetir el

-

dicho de aquel dux en Versailles: *Lo que mas me admira, es verme aquí.* — Yá ves (sea dicho de paso) que no sin justicia saqué el premio de historia en el Colegio.

Ahora, sin embargo, estoy más reposada, Andreea me ha explicado que, despues de algunas semanas, la vida parisiense es comodísima y llena de encantos para los que saben ahondarla con prudencia y discrecion. En parte alguna, dice ella, puede uno hallar mas libertad y *soledad* que en Paris, cuando se sabe quererlo.² Basta para ello quitarse el ropaje de turista, y en lugar de pretender mudar de golpe el pellejo nativo, adaptar progresivamente sus hábitos á la vida general. Y esta misma vida, no tiene sino los elementos de novedad que se dispone que tenga. Aquí cada cual puede llevar la existencia de su patria, y de ahí nace precisamente, segun Andreea, el encanto y universal atractivo de Paris.

Todo ello sabía ya antes de llegar á Europa. Me lo habia advertido. . . ¿no sabes qué nombre está bajo mi pluma desde que empecé esta carta y me llena el corazon mas que todo Paris!— Yá te lo escribí desde Rio Janeiro—desde esa

Tijuca, donde he conocido la felicidad que han de gozar al lado de Dios los bienaventurados.

Marcel me ama! voy á ser la mujer de Marcel! Seré suya, será mio—y esto, durante toda la existencia! Cuando pienso en esta dicha que me espera, que disfruto yá, el corazon no cabe en mi pecho siento necesidad de derramarlo en buenas obras y cariño universal. . .

Recuerdo qué afecto de hermana tenías por Marcel: él no te ha olvidado, y gustaba de hablar de tí siempre que le conversaba de San José. . . En cambio, poco se acordaba de Andrea, no porque conservase aún amargura por lo pasado—sino porque todo eso, me decía, estaba como borrado de su memoria. “Paréceme, agregaba con su acento de sinceridad, que quiero yá á Andrea como quise á Rosita. . .” En fin, me quiere, me pedirá á mi padre—que por supuesto aceptará—por intermedio de Andrea y Correa. Y nos casaremos en Paris! Viajaremos juntos por Italia y Suiza: contemplaré á su lado tanta soñada magnificencia: su voz me explicará la historia, el arte, la poesía de la naturaleza y del pasado!—¡Dios mio! Dios mio! no sé qué inventar para pagar mi felicidad! . . .

Desde el primer día, Correa me dijo con su resignada sonrisa de ciego: "Rosita, para que tengas más libertad en tu vida de niña parisiense, sabrás que Andrea maneja mi fortuna: además, tu padre ha dispuesto que tengas á tu disposición cuanto necesites, para dinero de bolsillo. . . . Ya se vé, eres hoy su único cuidado. No te prives de nada, hijita mía: puedes satisfacer tus caprichos: gasta, compra, sé feliz á tu modo. . . . lo único que siento es no poder verte al lado de tu hermana y Elenita. . . ." Comprendes que mi pobre hermano no pudo seguir hablando, porque la emoción le embargaba la voz.

Hasta ahora, no he hecho uso de mi "riqueza" sino para comprar algunos libros y grabados—y hacer limosnas á los pobres de la calle.

Hay en la Magdalena—donde voy á misa todos los Domingos con mi tía Rosario—una vieja que me conoce yá y espera mi limosna como maná del cielo. Ya sé su nombre é historia: es viuda de un albañil que se mató cayendo de una cornisa del Hôtel-de-Ville. No mendiga: la encontré rezando en la Iglesia, y me pareció tan afligida que me atreví á hablarla. Yá somos amigas;

y cada vez que salgo de misa, me acerco: ¿cómo vá *Madame Bouvard*? y le doy la mano dejándole un luis. . . Me parece que ese luis semanal es mi cuota en una *Compañía de seguros de la felicidad*—instituida por la Providencia!

No te he dicho todavía como encontré á Andrea: es una reina, hé aquí la única palabra que valga. Los que quieren halagarme dicen que me parezco á ella: puede ser que me parezca como el candil de nuestros ranchos se asemeja al foco de luz eléctrica de la plaza de la Opera. . . . ¿Cómo darte una idea de esa perfeccion de cabeza y cuerpo? Figúrate que es una de las beldades parisienses. Cuando salimos á pié, los muchachitos le abren paso y la miran, sin duda deseosos de pedirle la bendicion, como á una Madona. Paréceme mas alta que antes; pero sobre todo más imponente. Poco se rie, á no ser con mi sobrina Elena que es la criatura más deliciosa que imaginarse pueda. Habla castellano con un acento parisiense que dá gana de comerla. Quizá estrañes ver todavia á Andrea parando en hotel: la razon es que han viajado mucho, y por consejo de los médicos pasan siempre

los veranos en los baños de mar ó de los Pirineos. Desgraciadamente, todo ha sido inútil: Fermin parece incurable. Liebreich, Sichel, todos los ilustres, han callado, ó recomendado. . . . la conformidad. El, sin embargo, conserva esa esperanza inarrancable de los enfermos; y al saber que está próximo á volver aquí un célebre oculista polaco, se prepara para consultarle. . . . Andrea se muestra admirable: el desigual humor de Fermin la encuentra inalterablemente resignada. Esa calma casi se confundiría con la insensibilidad—á no ser las lágrimas que le veo secar furtivamente cuando no está sola con el ciego. . . . Pero, estas ráfagas de irritacion impotente no duran sino instantes—y el pobre enfermo pide perdon con una humildad mas dolorosa que sus impaciencias

Te hablo, mi querida Sara, de todo lo que me toca, con la confianza de una hermana menor. Sé cuánto quieres á Andrea y cuánto me quieres á mí. . . . Y no sólo quieres con el corazon, encantadora amiga, sinó con todo tu talento delicado de muger. Comprendes y adivinas, cómo y dónde has de aplicar tu cariño. . . . Si estuvieras aquí, creo que te confiaría lo que á

la misma Andrea no me atrevo á decir. . . . Tal vez sea mera aprension ó egoismo de niña. . . Y bien, acércate, te voy á hablar al oído: Andrea no me habla bastante de Marcel—y cuando quiero referirle nuestros proyectos, no provoca la prolongada y completa confianza. Aun un día, me dijo con una especie de contenida amargura: “Ya sé, Rosita, cómo habla Marcel!”

Pero debo equivocarme, sin duda. Pocos días há mi tío Ventura, recibió un telegrama de. . . *mi novio*,—(ya solté la gran palabra!) en que anunciaba su próxima llegada á Paris. Y recuerdo que á la mañana siguiente, Andrea entró en mi cuarto —yo estaba en cama todavía—y me abrazó con tanta efusion, que soltamos el llanto al mismo tiempo, sin saber por qué. . . En seguida se sacó un anillo de oro que lleva há muchos años—un simple anillo de esponsales—y me lo puso en el dedo, diciéndome: “quiero hacerte el primer regalo de novia.”

¡Marcel vá á llegar! Paréceme que han pasado años desde que nos acompañó al tren que salía de Burdeos para Paris. . . . Quiso naturalmente visitar primero á los suyos; su padre y

una hermana soltera que viven en una provincia del Mediodia.

¡Qué momento aquel en que le vea entrar y saludarme con su sonrisa cariñosa y varonil! . .

Cierro mi carta por que te tengo lástima: nunca quizá has recibido tan larga epístola. En todo caso no me creía capaz de escribirla. Pero, sabrás disculpar la charla de tu amiga y le contestarás con tus elegantes y menudas *patas de mosca*, como decimos aquí. Mando mi mas afectuosa reverencia al Sr. Heredia, y á la encantadora Sara, el más apretado abrazo de su—

ROSITA.

P. D.—Ay! querida! qué noticia tengo que darte á último momento! Al volver del Bosque, á las cinco, nos entrega el criado una tarjeta doblada; *Marcel Renault!* De buena se ha librado con no dejar direccion: le plantaba ahora mismo una canasta de naranjas con un mensaje criollo de la chinita Concepcion! Si tendrá la buena inspiracion de ir á la Opera esta noche. . . *Fausto* con Marcel á mi lado!! . . .

Hacía en efecto dos ó tres dias que Marcel estaba en Paris. El conjunto de sus impresiones varias en la patria, no era tan grato como se le figurára anticipadamente. Es una desgracia peculiar de los hombres de imaginacion, el encontrar siempre la realidad inferior á sus ensueños. Por otra parte el alma se aclimata á su atmósfera habitual—y todo cambio repentino es angustioso.

Tuvo por cierto su gran estremecimiento, al ver la torre de Cordonan, en el fondo del golfo : pero al tocar la tierra estaba yá embotada la emocion. Despues de gozar con la admiracion ingénua de Rosita, ante el gran aspecto de Burdeos, tuvo que separarse de ella, quedando solo Capdebosq, cuyo entusiasmo material y excesivo, el primer dia, humillaba el propio. Estuvo en la ciudad natal: encontró á su padre paralítico, á su hermana envejecida y casi olvidada del hermano mayor á quien no conoció sinó por intermitencia, en los meses de vacaciones—há doce ó quince años! Cuatro ó cinco *amigos* quedaban aún: pero habo que nombrarse para reconocerse; y todós ostentaban las cicatrices de la vida, la lenta deformacion de la existencia provincial. Eran ca-

maradas de los primeros años de colegio, compañeros de juegos y nada más: pues Marcel había concluido sus estudios en París.

Se convenció de que el prisma del tiempo y la distancia le habían enseñado un *espectro* del pasado más bello que la realidad. Había jugado muy largo tiempo al mundo europeo, por sus más exquisitas manifestaciones intelectuales — transformando en ley casi general la rarísima excepción. Vió de cerca á algunos hombres políticos, artistas, publicistas y grandes industriales, encontrando cierta mezquindad de conjunto, al lado de aptitudes especiales extraordinariamente desarrolladas, y que habían atrofiado á las demás. Le asombraba la existencia regularmente maquinal de ese pequeño mando de provincia, en que la esperanza de un ascenso, la anhelada consecución de un título gerárquico ó de una cinta roja, son acontecimientos considerables. Sentíase incómodo en la red de reglamentos minuciosos y prodigados de ese vegetativo vivir de aldea. La lucha por la existencia, más ápera, también revestía aquí aspectos más repugnantes que allá. . . En suma, todo le pareció pequeño y encogido desde las calles hasta los caracteres. . .

Había probablemente en sus impresiones la natural exageracion, propia del extrañamiento: si bien parece demostrado que, despues de la vida americana, no es soportable sino la de las grandes capitales europeas. Además, estaba acordándose demasiado de cierta cabeza rubia, para arrojar imparcial mirada á ese mundo liliputien-se de Narbona ó Avignon—su corazon dominando á pesar suyo á su espíritu, lanzaba tambien á los sitios, calles, plazas y paseos natales, el grito nostálgico de la pasion: un ser ausente ha des-poblado al mundo. . .

Persuadióse al fin, no sin cierta amargura, de su incapacidad para volver á entrar en las filas regulares del mundo europeo, despues de tantos años de libre guerrilla. Y cuando recibió una carta de don Ventura, en que éste le anunciaba las excelentes disposiciones de Correa y el deseo que manifestaba de estrechar la mano del antiguo adversario y rival, Marcel tomó el primer tren del siguiente dia y llegó á Paris, lleno nuevamente de brios y esperanzas.

Aquí, experimentó un extraño capricho del corazon; quiso empaparse unos dias en ese oxíge-

no incomparable de la gran ciudad, antes de ver á Rosita. Tomó un buen aposento de piso principal en una casa del Boulevard Malesherbes; lo compuso y arregló segun sus gustos de artista, y reanudó relaciones con algunos camaradas de la Escuela: el uno industrial, el otro capitán de artillería—otro que fué una de las inteligencias más profundas y originales de su generacion, estaba actualmente ganando 2.000 francos al año, como secretario de una solemne nulidad científica que se apropiaba sus ideas. Este corto frotamiento con hombres superiores volvió á templar el espíritu de Marcel. Se sintió hombre: y al comprobar repentinamente la virtud vigorizadora de la aventurosa existencia en que pasára su juventud y que tanto maldijera, experimentó una satisfaccion varonil—y por un extraño rebote de sentimiento, yá le asáltó el deseo invencible de ver á Rosita. Fué ese dia que dejó su tarjeta en el Hotel Continental.

Esa tarde de naciente primavera brillaba con una serenidad excepcional: no había llovido desde las doce del dia. Marcel contrariado y sin programa yá, siguió á pié la calle Rivoli, pasó el

Sena, y al subir su viejo boulevard Saint-Michel, parecióle que su planta rejuvenecida se imantára en el alegre asfalto del Barrio de las Escuelas. Las anchas aceras, delante de los cafés, hormigueaban con estudiantes y muchachas al rededor de las mesitas redondas; pero buscó vanamente el uniforme severo y el *elástico* de sus politécnicos: era día de trabajo y los futuros artilleros ó ingenieros estaban *potaseando* sus X en la Escuela.... ¡Qué lejos estaba eso! ¡Qué hervor de entusiasmo y esperanza, cuando á los veinte años, venía los Domingos á saborear ese fruto vedado de los amores de un día! Qué confianza ciega en las promesas de la gloria y las sonrisas del porvenir! Y se puso á murmurar el verso de Fausto en el cuarto de Margarita: ¡cuánta riqueza en aquella humildad!

El efecto de esta reminiscencia poética fué traer á su memoria un recuerdo mucho más reciente: la Opera anunciaba el *Fausto* de Gounod para esa noche—y era viérnes, día de gala: ¿quién sabe si no encontraría allí á su Rosita? Esta idea le sacudió inmediatamente: tomó un coche de plaza, bajó en el Café Anglais, comió

con excelente apetito y se encaminó á su casa para vestirse, despues de tomar de paso su butaca de orquesta en la Opera.

Pero, la visita de un *copain* de la Escuela—ingeniero de puentes y calzadas que se marchaba á Africa, con la mision Flatters—le detuvo bastante tiempo; y se alzaba el telon sobre el acto de la Kermesse, cuando ocupó su asiento. Giró una mirada circular por las filas de palcos: no estaba Rosita. Aunque era temprano para noche de Viérnes—segun los hábitos mundanos—y muchos palcos todavía desocupados le permitiesen conservar alguna esperanza, tenemos que confesar la vergonzosa distraccion con que escuchó al barítono Maurel que cantaba con su maestria algo amanerada la ronda famosa del *Becerro de Oro*.

Recorrió el *foyer* durante el entreacto: tropezó con el crítico musical Saint-Prix—con quién habia cenado la víspera—le escuchó sin mucho entusiasmo, mientras desenvainaba sus viejas paradojas sobre el arte y los artistas: Maurel insuficiente—la Miolan-Carvalho «á quien nadie reemplazará».—Marcel murmuró preocupado:

—¿Quién sabe si vendrá esta noche . . . ?

—¿Miolan-Carvalho? No es probable. Sin embargo, querido amigo, si desea vd. conocerla. . .

—Ahora no, muchas gracias, balbuceó Marcel; y aprovechó la llamada del tercer acto para esquivarse y ganar su butaca.

Sin vacilacion, como atraída por un foco magnético, su mirada se alzó hácia un palco de primera fila, á su izquierda. . . Buscaba á Rosita: estaba de ello persuadido minutos ántes; toda la noche había evocado su imágen risueña con el deseo casi febril de la pasion. . . Y ahora, en ese palco había una mujer que no era ella: y Marcel se estremeció, sintió la súbita palidez que le cubría el rostro al tiempo que toda su sangre aflúa al corazón. Comprendió que yá no tenía que buscar á nadie en la sala, en Paris, en el mundo entero. Con terror y desesperacion tuvo la conciencia inmediata de un desastre en su vida, mas incurable y funesto que los pasados—mas terrible sobre todo, porque la rueda de acero de la fatalidad iba á destrozar sin piedad á un pobre ser inocente. . .

Experimentó la sensacion indeciblemente an-

gustiosa del que escucha en la noche el ruido sordo de la avenida que rodea su casa, y sabe lenta é invencible, hasta la cuna de sus hijos dormidos. . . Ese corazón varonil estaba avezado á las luchas y dolores de la vida: pero le pareció que sólo ahora empezaba á sufrir.

Ese jóven estaba destinado para descender muy pronto la vertiginosa pendiente de las faltas que conducen á la vergüenza y al borde del crimen: pero sufrió allí, en medio de esa sala resplandeciente con oro y púrpura, un minuto de angustia suprema que el Juzgador de la vida humana tendrá en cuenta ántes de fallar severamente.

Se levantó, casi sin conciencia de sus actos; despues de atravesar los grupos del pasadizo, cruzó el *foyer* iluminado, y fué á apoyarse en el balcón de la *Loggia* exterior, en la semi-oscuridad, aspirando con alivio el aire frio de la noche, mirando maquinalmente la plaza bulliciosa, el tumulto aun mayor del gran boulevard, la hilera luminosa de la Avenida de la Opera: sintiéndose mas solo y desamparado en ese corazón de la Capital, que el arrecido naufrago en su roca desierta...

¡Andrea estaba allí! y solo á ella había visto! No podia recordar ahora quien estaba á su lado. . . No sospechaba siquiera la larga mirada feliz de Rosita, al divisarle desde que entró, y el rayo de alegría que brillára en sus ojos al verle levantarse, sin duda en la creencia de que se dirigia á su palco. . . .

El frio de la noche devolvió á Marcel alguna serenidad. En la vehemencia de su deseo, logró persuadirse de que había sido víctima de una ilusión. La semejanza de Andrea con Rosita le había engañado. A ésta era á quien había visto sin duda alguna. No era posible que durante treinta dias de vida íntima, su corazón alucinado hubiera amado al través de la realidad el fantasma de Andrea. Entonces, se dirigió lentamente á la puerta de entrada y sin alzar todavía la mirada ganó su asiento.

Andrea estaba siempre en la misma posición, mirando el escenario, como absorta en las encantadoras melodias del dúo que empezaba, y presentando á Marcel su perfil de camafeo griego, de admirable corrección y casi altivo á fuerza de

serenidad. Llevaba un vestido de raso granate, con cuerpo escotado y pechera sembrada de adornos perlados; un gajo de flores purpurinas en el negro cabello: entre la corta manga de encaje blanco y el guante largo, se continuaba la resplandeciente desnudez del seno de mármol en que se agitaba suavemente un triple collar de perlas. El joven contemplaba con avidez todos los detalles de esas formas desarrolladas por la plena juventud y afinadas por el hábito de las altas elegancias parisienses. Los pequeños rizos de su nuca robusta hacían resaltar la magnífica blancura del busto que se destacaba sobre el rojo vestido; como el torso de la Vénus del Louvre sobre sus oscuras cortinas. Era, en efecto, una despreocupada inmovilidad de diosa olímpica, desdeñosa de las críticas y homenajes; y parecíale á Marcel que toda la luz esparcida en la sala irradiaba de esa cabeza envuelta en un nimbo invisible. Entonces, resucitaron en su mente con la tumultuosa rapidez de la alucinación—los recuerdos malsanos y fragmentarios del pasado.

En vano procuraba ahuyentarlos: el enjambre cruel volvía encarnizadamente y con furia cre-

ciente, á clavar el aguijón en el pecho desnudo. Luchaba desesperadamente por fijar toda su alma en Rosita, fresca y risueña, que le había saludado con un ademán familiar y casi apremiante: la recorría con la mirada, empeñado en un afán indecible por que se desprendiera de su gracia primavera! el effluvio amoroso que ha poco le conquistó. La encontraba encantadora con su vestido de muselina de seda, que envolvía en un blanco celaje su gracia de alborada; conocía mejor que nadie la nobleza del corazón que palpita en ese seno de vírgen, la rectitud y finura del pensamiento que se traslucía bajo la pura frente erguida; él también con un fervor de creyente que rechaza á dos manos la tentación, repetía las palabras divinas de Fausto á Margarita, que llegaban en este momento á su oído:

Je veux t'aimer, parle encore!...

Bajó el telón en medio de los aplausos moderados de la asistencia; los abonados de la orquesta se levantaron con la espalda hácia el escenario, y correctos, acicalados, con su inevitable gardénia en el ojal del frac, asestaron su anteojo en los palcos del contorno. Marcel notó que Rosita

cambiaba una palabra con Andrea que le dirigió una fría y profunda mirada inclinando la cabeza. Se levantó comprendiendo que no podía diferir por más tiempo la visita obligatoria; y á los pocos segundos, algo pálido y conmovido, empujó la puerta del antepalco. Rosita estaba allí con su tío y Romero, habiendo quedado en su asiento doña Rosario y Andrea. En esa penumbra, y lejos de las miradas públicas, pudo Marcel soportar sin embarazo las efusiones de Rosita y los cordiales cumplidos de don Ventura y Romero. A poco, Andrea apareció en la mampara de terciopelo: tendió la mano á Marcel que, después de cinco años, reconoció esa voz grave y musical que murmurara una noche á su oído: *Le doy mi vida entera!*

Quedó en pié, en todo el esplendor de su belleza, alzando para hablar con él sus grandes ojos de azul oscuro, cuya mirada desviaba en cuanto se cruzaba con la de Marcel. Después de las ordinarias fórmulas, manifestó con naturalidad y discreción, el deseo que todos tenían — incluso Correa — de reanudar las más cordiales relaciones: "nos hemos alegrado al saber las muestras

de afecto que V. ha dado á Rosita durante el viaje. . . Le ruego sinceramente, Renault, que considere mis palabras como la expresion de los sentimientos de toda la familia. . . ”

Un observador hubiera sentido quizá el esfuerzo que hacía Andrea por envolver su pensamiento en una forma invulnerable y correcta, notando además una lijera contraccion nerviosa de sus lábios al hablar; pero Marcel obligado á dominarse tambien y echar sobre su rostro la máscara mundana y sonriente, no descubrió disonancia alguna entre las palabras de la jóven y la expresion de su mirada ó la entonacion de su voz.

Con las inmunidades de su amor franco y declarado, Rosita propusó inmediatamente un paseo por el *foyer*; Doña Rosario prefirió mirar la sala durante el entreacto, y el jóven Romero, modelo de galantería, se ofreció para acompañarla, mientras Marcel y Rosita salian al pasadizo, seguidos por el tio Ventura y Andrea.

La risueña criatura no disimulaba su contento al subir la espléndida escalera de mármol blanco, apoyada en el brazo de Marcel: se detenía ufana para contemplar el cielo-raso de mosaico ve-

neciano, y por entre los haces de columnas esculpidas, los resplandecientes candelabros y las admirables cornisas del gran *foyer*. Pedfale que le explicára las cariátides luminosas de Carrier-Belleuse, las estátuas policromas de Thomas. . . y de repente interrumpía una explicacion para contarle su impaciencia é inquietud durante la última ausencia.

Se pararon un instante en uno de los balcones de bronce del segundo piso, detenidos por el espectáculo deslumbrante de la gran escalera, vestíbulo y balaustrada de las galerías, llenas de mujeres elegantes y cubiertas de joyas, pareciendo en medio de las luces, girándolas y capiteles multicolores, las cariátides vivientes de un palacio de hadas.—Y ella le decía en su candorosa franqueza:

—Al lado suyo, Marcel, he contemplado y sentido los cuadros mas bellos de la tierra, desde la naturaleza primitiva hasta el arte mas refinado. . . . Soy una manchacha ignorante, pero su palabra me hace comprenderlo todo; que felicidad la mia! . . .

Ah! tenía en su corazón, ternura bastante pa-

ra derramarla en todos sus ademanes y palabras, sin apercibirse del vago malestar de su preocupado compañero! En seguida, reaparecía su inagotable fondo de alegría, y al cruzar en su longitud la inmensa y espléndida sala del *foyer*, mirando largamente en los grandes espejos de Saint-Gobain su imágen elegante al lado de Marcel, cuya cabeza erguida dominaba la suya, exclamó con adorable petulancia:

—¡Si no le gusta la pareja, señor D. Marcelo, puede buscar otra mejor! . . .

Y se reía con una confianza tan radiante que el jóven sentía un estremecimiento de angustia. Entre las cien miradas de envidia y admiración que se posaban en él, no había ninguna tan penetrante que adivinára la oleada de melancolía que anegaba el alma de ese jóven de aspecto robusto y varonil, que parecía marchar triunfante en el orgullo de la felicidad. Una vez, al pasar delante de un espejo encontró la mirada de Andrea, investigadora y suspicaz, clavada en ellos, y desvió rápidamente la suya concluyendo con trémula voz la frase comenzada.

Descansaron algunos minutos en el pequeño

salon octogonal vecino del *foyer*; y entonces Rosita aprovechó la soledad para desprenderse y sacarse un guante diciendo que una sortija le incomodaba. Andrea estaba en el sofá opuesto, tomando un helado. Marcel arrojó una mirada en la mano desnuda de la niña, blanca y afilada como tallada en alabastro, digna como dice el poeta, de tocar delicadamente el alma ó enseñar el firmamento. . . . Después de sacarse Rosita la sortija de brillantes, quedó solo en su dedo un anillo de oro, y Marcel se levantó hasta la puerta para ocultar su súbita palidez. . . .

Volvieron á perderse entre los grupos mundanos, quedando separados por momentos de la otra pareja, y Marcel afectando indiferencia, preguntó á Rosita:

—¿He visto en su mano un anillo que no le conocí á bordo? . . .

—¿No comprende V. el significado de este pobre anillo? contestó ella con su habitual ingenuidad, vale para mí mas que todas las joyas de Paris. . . Mientras V. no estaba, él me recordaba que no eras sueño é ilusion las esperanzas de felicidad. . . . Me decía tambien, agregó Ro-

sita con emoción, que después de la dicha de ser amada, tendré también la de ver á todos los que me quieren haciendo justicia á mi elección. . .

—¿Quién se lo dió? preguntó Marcel con un ligero temblor de voz.

—Andrea que lo llevaba hace años. . . Supongo que provenía de nuestra madre. . . Pocos días antes de llegar V., me dijo Andrea que quería ser la primera en celebrar mi felicidad, y me puso en el dedo este anillito. . . . ¿No quiere V. hablarla, Marcel? Me ha parecido notar alguna frialdad ó etiqueta en sus primeras palabras con ella. Le suplico que me crea: nadie tiene por usted más aprecio y cariño ¿No quiere V. quedar con nosotros en el palco?

—No puedo, Rosita, murmuró Marcel. . . . Tengo un compromiso con amigos de la Escuela que me esperan en el Club. . . Más tarde dispondré de todo mi tiempo. . . .

—Pero ¿vendrá V. mañana, verdad?

—Mañana á la tarde, se lo prometo, contestó Marcel después de un instante de vacilación.

Dejó á las señoras en su antepalco, y después

de saludar se retiraba ya, cuando Andrea le dirigió estas palabras:

—No he querido ser indiscreta perturbando la primera entrevista. . . No he tenido tiempo para decirle que queremos verle á V. pronto y á menudo. . . Es V. de la familia. . . Y agregó con una sonrisa algo esforzada y dándole la mano; soy aquí la madre de Rosita; recuerde V. que nadie en el mundo le desca más felicidad que yo. . . Adios, Marcel!

El no contestó, y salió despues de una profunda inclinacion.



IV

El aposento del segundo piso ocupado por la familia de Correa, en el Hotel Continental, era relativamente espacioso y cómodo; sus balcones daban á las calles de Rivoli y Castiglione; y en medio de la elegancia comun del amueblado de alquiler, la presencia de una muger mundana y fina, se revelaba en mil detalles propios que daban á las habitaciones carácter personal. Despues de recorrer la Europa, Andrea se instaló en Paris con la intencion de no salir de él mas que para volver á América—fuera de las escursiones balnearias durante las cuales se conser-

varía el aposento. Esta resolución permitió transformar poco á poco su fisonomía, arreglándose con el tiempo casi un *homs*, en ese rincón de la caravana ruidosa donde centenares de viajeros se sucedían semanalmente, sin llevar ni dejar recuerdo alguno. Desde luego, había conservado Andrea su servidumbre criolla, y entre ella, á la cholita Concepcion, criada en la casa paterna y formando parte, puede decirse, de la familia Miranda. Además, aumentaba diariamente la coleccion de bronces, cuadros, acuarelas, tapices, mueblecitos raros, libros y chucherías artísticas, que es imprescindible comprar en Paris cuando se tiene gusto y dinero. Hasta que llegara la hora de encajonar todo eso y despacharlo á Buenos Aires, se gozaba con ello cobrándole cariño con el contacto familiar.

La familia podia usar, para su manejo diario, una escalera de servicio que no comunicaba directamente con el gran vestíbulo tumultuoso del patio principal, y permitía entrar y salir como en casa propia. Don Ventura tomó aposento á continuacion, y el mismo Carlos Romero se instaló en el mismo piso, á poca distancia de sus

amigos y compatriotas.—Sabido es, por otra parte, que este hotel y el del *boulevard des Capucines*, son los suntuosos cuarteles donde las extranjeros, y particularmente los sud-americanos, emprenden su iniciación en la alta vida parisiense. Esta iniciación es tanto más rápida, cuanto que no es siquiera superficial—es ficticia. El extranjero rico vive casi exclusivamente en un París que el parisiense no conoce sino de paso y en ciertas señaladas circunstancias. Pero aquél ignora cuanto no sea el cartón pintado y dorado que forma su fantástica decoración. En general, cree firmemente que todo París rueda por los grandes boulevards, gira al rededor del Lago de tres á cinco, tiene butaca en la Opera, cena en la *Maison Dorée* ó el *Café Anglais*—y no hace nada más en los trescientos días del año. Ello es tan exacto como creer que los cómicos habitan en sus palacios de pintado lienzo, ó que las muchachas de las tiendas de Boissier y Siraudin se alimentan con grajeas y confites. Lo que no impide al viajero satisfecho ó arrepentido, volver después de un año á su país, con el cuento de que ya no tiene para él secretos la Babilonia moderna, com-

puesta de tenderos, sastres, cocheros, impuras y monjos de café,

El aparatoso y teatral Hotel Continental, es uno de esos centros, más exóticos que franceses, donde los huéspedes de un día se transmiten con una religiosidad candorosa las señas de los proveedores á la moda, los adornos y chucherías á la moda, dicharachos á la moda—que muchas veces mueren sin sospechar su existencia el verdadero parisiense; en fin, todo ese barnizado extravagante y *á la minute*, que constituye lo más sólido del parisianismo llevado por los *rastaqués* en la suela de sus botas de Longueville.

No obstante, hay que decir en descargo de Correa que, al parar esta vez en el Continental, obedeció á un pensamiento sensato y explicable, Sabía de antemano que encontraría siempre allí una docena de familias sud-americanas cuyo contacto procuraría á la suya una compañía agradable. Por lo que á él respectaba, víctima incurable de la vida, París ó el desierto de sus provincias—no presentaban diferencia notable. Después de las primeras ilusiones, cuando hubo oído, con su perspicacia de enfermo, á los maestros de la

ciencia.— Sichel, Liebreich, Landolt y otros— aconsejar que evitase la luz muy viva, recetar un régimen refrescante, y aguardar una reacción favorable que tal vez la edad del enfermo permitiera esperar, etc.—se sintió condenado. Y aunque persistiera en consultar todavía á los oculistas extranjeros que hacían retumbar sus alabanzas de buena ó mala ley en los diarios de Paris, desligó poco á poco su vida externa de la de Andrea, á quien dejaba entera libertad para seguir el frívolo torbellino de la colonia americana.

En el principio, fué al teatro, á los conciertos, á todas las reuniones donde su oído aguzado por la ceguera, le permitía no creerse muerto del todo en medio á los vivientes. Pero gradualmente, abandonó sus tentativas de comunicacion con el mundo— en que las decepciones eran mas frecuentes que los halagos; le vino un como pudor de su enfermedad; y no salió ya sino para un paseo al Bosque, de mañana:—en las horas en que el aire puro dilata los pulmones, y no están las calles, casi desiertas, convertidas en ostentosa feria de vanidades.

Parecía que el pobre ciego envejeciera hora

por hora; su cabeza encanecida adquirió con el sufrimiento moral un carácter elevado y fino que la transfiguraba completamente. Sus primitivos accesos de humor negro se espaciaban más y más, y su genio debilitado como su cuerpo, nada conservaba de su pasada violencia y energía.— Paraba también en el Continental, un antiguo minero chileno, millonario y parálítico, no menos incurable que Correa, pero aceptando su mal con la resignación deprimida y algo pueril de los ancianos. Se juntaban en una galería ó balcón exterior para charlar interminablemente. El chileno en su primer ataque, había perdido el uso del costado derecho, afanándose á los sesenta años por habilitar su mano izquierda; mostrábase orgulloso cuando lograba armar un cigarrillo en su rodilla con su única mano libre, y hasta se ejercitaba en escribir laboriosamente su nombre complicado con una enmarañada rúbrica. De cuando en cuando, los médicos galvanizaban esta mitad de cadáver, que proclamaba despues de cada operación una mejoría sólo para él perceptible.

En pocas semanas, Correa logró guiarse solo por sus cuartos y la escalera del hotel que corres-

pondía con las galerías principales. Encontrábase alguna vez, pálido, abatido, agarrado del pasamano, sonriéndose y saludando al tanteo al oír un roce de vestido: casi siempre era una sirvienta de familia americana que subía ó bajaba la escalera de servicio, y le hablaba respetuosamente; él se detenía con su ademan algo senil: *ah! ¿eres tú, hija? Estoy mejor, gracias! . . .* Y continuaba su camino con lentitud y precaución.

Mientras su hijita Elena no caminára, aun pudo gozar sin limitacion con la presencia y el contacto de la tierna criatura: vivía al lado de su cuna; esperando el acontecimiento de su risueño despertar; se la hacía traer diez veces al dia para tener en sus brazos el bultito precioso; la recorria sin cesar con sus ligeros dedos de ciego, la besaba desde su cabecita desnuda hasta sus gordos piecitos de tibio raso, aspiraba con delicia el olor de su carne en flor. La niñita le agarraba la cara con sus manecitas rollizas y sin hueso: pero se aburría pronto, y lloraba por su nodriza ó su madre que rara vez estaba allí. Y el pobre hombre, despojado de su tesoro, dirijía pre-

guntas desgarradoras acerca del color de sus ojos y demás rasgos que no conocería jamás. . . . Pero, creció Elenita; y entonces estuvo mas tiempo afuera acompañando á Andrea ó jugando con una niñera en el jardin de las Tullerias. El padre entonces salió tambien, pasando las horas en un banco, á la sombra de los castaños seculares, y esperando que la niñita cansada ó impelida por un capricho se refugiára entre sus rodillas. . .

La llegada de Rosita y demás familia fué saludada con transportes de alegría. Correa no podía ver á la muchacha, pero se deleitaba con escuchar todo el dia sus gorjeos y risas cristalinas. Y cuando la niña, con voz trémula, se atrevió á contarle á solas el gran acontecimiento de su viaje, el ciego, lejos de irritarse, tuvo un gran suspiro y murmuró:

—Dios ha querido rehacer lo que los hombres han impedido ¿Por qué tenías aprension, hijitania? No tengo odio por nadie—y menos por Marcel. La desgracia de mi vida es obra de la fatalidad. Hoy, hago justicia al que desconocí. Es digno de tí, Rosita; serán felices; y su dicha, lejos de amargarme, suavizará mi infortunio.

—Entónces, ¿puede venir? exclamó Rosita con arrebató. Oh! Fermin, hermano mio; qué bueno eres y cómo te vamos á querer! Verás cómo te rodearemos los tres. . . y luego ¿quién sabe? Marcel sabrá mejor que nosotros qué médicos has de consultar, explicará la enfermedad mejor que tú. . . En fin, deja que te abrace por tu generosidad!

El ciego meneaba la cabeza con resignacion, fingiendo compartir las esperanzas de su cuñada; y besando sus manos con enternecimiento, agregó:

—No tienes que agradecerme nada, Rosita. En mi situacion, contribuir á la dicha ajena es la única felicidad que queda. Tan pronto como Marcel te pida, escribiremos á nuestro padre, que consentirá como nosotros. . . Se casarán en Paris, y volveremos todos juntos á San José, siquiera por un tiempo. . . ya tengo ansiedad por respirar el aire de mi sierra!

Al dia siguiente de la funcion en la Opera, Marcel se presentó, como lo habfa prometido. Encontró en el gran salon á Andrea con Rosita y la niña. Elena tenfa cuatro años; prometía pa-

recerse á su madre, aunque su cara fina y su cuer-
pito endeble reveláran algo de enfermizo en
su complexion. Tendió su mano delicada á Mar-
cel, como si ya le conociera, y éste alzándola
hasta sus lábios la besó en la frente con mal en-
cubierta emocion. La tuvo así, examinando sus
lindas facciones, con cariño infinito, y dijo luego
á media voz:

—*Bonjour, Mademoiselle. Voulez-vous m'aimer un peu?*

—*Oui, Monsieur*, contestó con seriedad la
criatura.

La bajó suavemente en la alfombra; y á los
pocos segundos, Correa apareció en la puerta de
la sala, estirandó la mano para buscar á tientas
el camino. Marcel tuvo un ligero estremecimien-
to y dió algunos pasos hácia él: los dos hombres
se detuvieron conmovidos, y Marcel dijo al
fin:

—Yo soy, Correa. Vengo á tenderle la ma-
no. . . .

Hubo unos segundos de silencio, en que Cor-
rea dominado por la emocion no encontraba una
palabra de bienvenida; al fin estiró ambas

manos y estrechó la de Marcel, que le condujo al sofá.

Andrea había seguido la escena con los labios apretados y el ceño fruncido. Pero estaba dado el paso más difícil: la comunicativa alegría de Rosita disipó prontamente las últimas nubes: y al cuarto de hora, el ciego cediendo á su manía de enfermo, entraba de lleno en el tema de su ceguera, como si no recordára al causante de su desgracia. Se había hecho leer incansablemente todos los tratados y artículos referentes á su enfermedad; sabía el tecnicismo médico; conocía todas las curas casi milagrosas de la ciencia moderna; las operaciones de Sichel y Walcker, los prodigios de la electricidad, la iridectomia de Graefe. . . .

Y mientras se dejaba llevar por su verbosidad, Marcel sentado delante de él, consideraba con mal disimulado malestar ese cuerpo flaco y prematuramente envejecido. El rostro pálido había perdido su robusta coloracion morena de otro tiempo: estaba exangüe como el de los presos ó monjes enclaustrados: el cráneo calvo tenía una marcada depresion con muy visible cicatriz, y los cabellos de las sienas blanqueaban ya.

Por un instinto inútil, el eiego abría los ojos cuando alguien hablaba: parecían intactos; la conjuntiva no tenía los hilitos sangrientos de los oftálmicos; la esclerótica había conservado su natural blancura, pero las pupilas estaban dilatadas con exceso y eternamente inmóviles.

Las dos mugeres seguian con malestar las miradas de Marcel: y Andrea empujó suavemente á Elenita hácia su padre—era probablemente un movimiento ya aprendido por la niña para halagar el cariño exigente y suspicaz del enfermo: corrió hácia él, que la tomó en sus rodillas, olvidándose de su comenzada explicacion. Empezó á palpar su cabeza y cuerpito esbelto con esos dedos rápidos que parecen tener segunda vista, murmurando:

—¡Qué mona y *paqueta* estás! Tienes vestido nuevo y zapatitos de raso! ¿Quién te puso tan linda? — y dirigiéndose á Marcel:—V. que es imparcial, dígame á quien se parece más?

—Pero, contestó el jóven con embarazada sonrisa, á V., á. . . la madre tambien, es algo difícil precisar: en todo caso, á un angelito bajado del cielo para consolarle. . .

—Ah! sí, dijo el pobre padre con un suspiro, serás mi ángel de consuelo: á fuerza de besarte conseguiré pintarme tu cabeza. . .

El “angelito” aprovechó la coyuntura para decirle con su incorregible acento del boulevard:

—*Papá, donne-moi un franc, veux-tu? . . .*

Y despues de conseguir su moneda, partió á escape con la niñera.

Don Ventura y Doña Rosario que entraban en este momento, preguntaron á Correa por su salud, promoviendo inmediatamente una nueva discusion oftalmológica. La picante devota que parecía saber donde le apretaba el zapato, se había convencido muy pronto de que ningun tratamiento ni régimen médico mejoraria á Fermin:

—Haz lo que digo, Fermin. ¡La Vírgen de Lourdes: no hay otro remedio! Yo, por mi parte estoy convencida. Los milagros que me han contado—qué contado! que he visto con mis propios ojos, referidos uno por uno en un libro impreso;—por mas señas, con una carta del papa, en latin, tanto que ni Ventura ni yo hemos entendido una palabra!—enumeran cien casos de

de mudos, y ciegos y tullidos, hoy tan sanos como yo. Anímate para ir con nosotros á fines de Julio! Es cosa soberana! Rosita ¿quieres tocar ese *Fausto* de anoche con Andrea?

Y despues de alejarse Rosita y Andrea, siguió con creciente entusiasmo.

—Te digo que es prodigioso! Y no sólo me lo ha dicho el cura de la Magdalena—al darme las gracias por ese ornamento que le envié—ainó el mismo doctor Renard, á quién consultaba por el caso mio, es decir de Ventura: “Seguramente, señora, si V. tiene fé y pone los medios, no dudo de que el agua de Lourdes pueda ser eficaz. . . Excelente clima, régimen tónico, mucho ejercicio y diversiones, la cocina meridional regada con buen Borgoña—y el agua de Lourdes por añadidura: tengo mucha confianza, señora! . . .” Ya ves, son sus propias palabras! . . .

Marcel se levantó tambien para escuchar la música. Apoyado en el piano, al lado de Rosita que tocaba la primera parte, se esforzaba por absorberse en la contemplacion de esa cabeza encantadora; pero la otra le atraía con la fuerza invencible de un sortilegio; y algo fatal se des-

prendía de esa impassibilidad tranquila y como segura de su victoria. Rosita alzaba á cada instante la mirada como para dedicarle sus escalas y trinos alegres; la otra no movía sus ojos del papel. Era el acto bullicioso de la *Kermesse* rebo-sante de popular jovialidad. Pero sin concluir las coplas de los bebedores, Andrea dió vuelta de golpe muchas hojas de la partitura y atacó la magnífica *escena de la iglesia*: el canto de desconsuelo y remordimiento que Mifistófeles deja caer en la frente humillada de Margarita:

Ramenta i lieti di quando d'un angel l'ali
Convivano il tuo cor. . . .

Y bajo la mano nerviosa de Andrea, las notas bajas y prolongadas cubrían el acompañamiento religioso de Rosita, semejando los dobles lúgubres por un pasado irrevocablemente muerto y que nada en la tierra podía revivir. . .

Mas ella, entre tanto, la pura Margarita que había entregado el alma en la fé sublime del primer amor, no sospechaba la tempestad que rugía sordamente en los dos séres á quienes quería más que todo en el universo—y de cuyo estallido cercano tenía que ser ella la primera víctima. . .

Marcel no pudo prescindir de acompañar al Bosque á la familia que, para hacerle fiesta, fué toda entera en dos carruajes. Las jóvenes, adelante con Marcel, y los otros atrás con Fermin, pudiendo así proseguir doña Rosario su propaganda médico-religiosa.

En el elegante *huit-ressorts* de Andrea, de capota forrada en reps de seda y acolchado con botones celestes el interior de raso negro, Marcel en frente de las dos hermanas, experimentaba la influencia tranquilizadora de la hermosa tarde de primavera. Los árboles de los parques y paseos estaban en flor; y desde los Campos Eliseos, empezó á respirarse la vaga fragancia de las lilas del Bosque de Boulogne.

El paseo de la tarde—ó como dicen graciosamente los parisienses, el *perejil*—estaba concurridísimo. En la gran Avenida de las Acacias, la hilera interminable de carretelas, victorias, compés y tilburis, con caballos de raza y vistosas libreas, desfilaba lentamente. Las elegantes exhibían ya las modas primaverales, que asemejaban el interior de los carruajes á canastos de flores. Andrea llevaba un sombrero Pourtalés de blonda

marfil que hacía resaltar su pelo de azabache, mientras que el monte-carlo de Rosita, de paja oscura y atado muy atrás, dejaba escapar sus rutilos de oro y descubría la oreja rosada.

—¡Qué bueno es vivir! exclamó Rosita aspirando con delicia el aire tibio y fijando sus ojos azules en Marcel. Y todos, entónces, procuraron volver á la dulce confianza de otro tiempo, experimentando un instante el jóven la sensacion deliciosa del que despierta de una lúgubre pesadilla. Se atrevió á mirar de frente á Andrea sin turbacion, y delante de ella habló con Rosita en el tono afectuoso y familiar que á bordo acostumbraba. Pero el vocabulario humano es tan limitado, que situaciones análogas traen fatalmente expresiones iguales, y casi todas las frases de Marcel á Rosita eran la repetición de otras pronunciada en otro tiempo y muy lejos de aquí. Andrea y el jóven comprobaban su rubor con una furtiva mirada, y un silencio cada vez mas largo y pesado interrumpió la esforzada conversacion.

Pareció una vez que Rosita tuviera una rápida sospecha de la situacion: su mirada de infinita tristeza se fijó en Marcel que desvió la suya; luego la niña murmuró, moviendo la cabeza:

—Mal principio tienen nuestros paseos! . . .

Y ordenó al cochero que volviera cortando por la Muette y el Trocadero, y costeano el Sena sin atravesar los Campos Eliseos.

Y así, durante todos los días de las semanas siguientes: en el teatro, en los paseos por las cercanías, en las largas visitas á los museos y monumentos, que casi siempre realizaban los tres solos—la escursión comenzaba con alegría y la firme voluntad de disipar las nubes amontonadas en las almas desde la víspera, concluía llena de tristeza y secreta amargura. Marcel y Andrea no se habían encontrado solos aun: rehñan con terror toda ocasión de soledad. Pero cuando el jóven salía alguna vez con Rosita y Doña Rosario, su esforzado y nervioso contento no engañaba á la muchacha: sentíase pequeña, apocada, ignorante—desprovista, en fin, de esa seducción mundana y elegante maestría que su hermana desplegaba sin esfuerzo, ora se tratara de apreciar un cuadro ó una comedia, ora cayese la conversacion sobre asuntos de actualidad. La alegre muchacha de antes, se tornaba cada día mas tímida y triste, hasta que en la primera semana de Julio

después de varios días de malestar intermitente y vago, se indispuso seriamente.

El médico llamado no encontró síntoma alguno de gravedad: dolores de cabeza, escalofríos erráticos, alguna somnolencia y lasitud: creyó sencillamente en una fiebre latente originada por el cansancio del viaje y las múltiples impresiones nuevas—prescribió el descanso durante algunos días, algunos calmantes y bebidas aciduladas.

La Facultad no confiere el don de segunda vista, y no podía saber el médico, que Rosita estaba enferma de tristeza y desaliento. Si la vida puramente externa que hasta entonces llevara en París, corriendo con Marcel y Andrea de paseo en excursion, no logró aturdirla hasta adormecer del todo sus aprensiones—éstas, ahora, se despertaban mas vivaces y abrumadoras durante las cavilaciones de su soledad. No había querido hacer cama, contentándose con pasar las horas de la tarde en un sillón de la sala, enfrente de la ventana que daba á las Tullerías. Aunque Andrea la rodeara siempre con su cariño inteligente, la niña no hablaba con ella de Marcel; y prefe-

ría la compañía melancólica de Correa que le repetía sus decepciones y desconuelos. Marcel mandaba casi todas las mañanas un ramillete de violetas ó lilas blancas; presentándose á las dos ó tres de la tarde, para tomar noticias de la enferma que le recibía con una pálida sonrisa. Cuando quedaban solos unos minutos, había largos silencios que el jóven no sabía cómo interrumpir, temiendo igualmente la fraseología vacía y la palabra que debía recordar el solemne compromiso anterior. Marcel no sabía todavía mentir: esperaba algun remedio desconocido que sanára su alma atosigada y le permitiera expresar un sentimiento que no fuera un engaño y una profanacion. Ella no hacía alusion alguna á su amor; tenía el pudor del abandono presentido. Pero una tarde, en medio de un penoso silencio, ella le miró largamente y de súbito rompió á sollozar. Marcel se levantó asustado y quiso llamar; pero ella le detuvo con un ademan:

—Le suplico, Marcel. . . No es nada. Me ahogaba. . . necesito llorar un poco.

—Vamos, niñita, contestó el jóven conmovido y tomándola de la mano: ¿qué sucede? ¿hay algo

aquí que la contraríe? ¿alguna palabra mía, pronunciada al descuido, le habrá hecho mala impresión? . . .

—Nada, no es nada, contestaba la criatura moviendo la cabeza. Estoy triste hace días sin saber por qué. . .—Y de repente, en un arranque de su franqueza valiente, secó sus ojos y mirándole fijamente, agregó:—Y bien, sí, Marcel: sufro horriblemente desde que nos vemos en París. Pero creo todavía en su lealtad, aunque siento que no me quiere yá y le pesa su compromiso. Le juro á Vd. que esta incertidumbre es peor que todo. Le devuelvo su palabra, Marcel. . .

Y miraba al jóven con tanta desesperacion y angustia, que una piedad inmensa devolvió á su palabra el acento de la pasion sincera. Juróle nuevamente que la quería como antes, mas que antes, y es abismo tan insondable el corazon del hombre, que él mismo en ese instante tuvo la conviccion de ser sincero. . .

Entró Andrea y los encontró con semblante risueño; Rosita algo encendida y febril, se declaró sana y quería salir á pasear inmediatamente; pero al escuchar las afectuosas reprensiones de

Marcel, se resignó sin mas protesta. Y como último argumento, él agregó con una sonrisa:

—Quiero que esté sana del todo para asistir á las grandes fiestas del 14 de Julio, dentro de cuatro dias. Deseo verla tan buena patriota como yo. Tenemos asientos reservados en frente de la tribuna diplomática. Iremos todos en corporacion! Veremos si las argentinas sostienen la honra de la bandera! . . .

Los dias siguientes pasaron en arreglos para la fiesta, y Rosita al parecer restablecida, pudo salir en carruage sin novedad. Doña Rosario había preparado un espléndido traje, para deslumbrar á la colonia americana. Eran idas y venidas incessantes de las tres señoras á casa de Worth y Mme. Ode. Hasta Don Ventura, habitualmente poco dispuesto para fiestas, se entusiasmaba con la anunciada distribucion de las banderas en Longchamp.

Pero en esa espléndida mañana del 14, Rosita amaneció con fiebre y cefalalgia que ningun remedio casero logró vencer. El médico reconoció una reincidencia sin complicacion alguna, del ataque anterior: creía que desapareciera definitiz-

mente en veinticuatro horas. Pero, no podía es-
ponerse la niña á los reflejos del sol tropical que
incendiaba á Paris desde una semana. Nada de
fiestas julias, fuera del desfile de la gente y em-
pavesamiento de la calle de Rivoli, contemplados
desde el balcon!

Andrea no hizo observacion alguna, pero Cor-
rea parecia desconsolado, sobre todo por su mu-
jer y Elenita. Al cabo, las súplicas de los tios,
de Fermin y de la misma Rosita, que declaraba
quedar muy conforme guardando la casa con su
cuñado, vencieron las resistencias de Andrea : ésta
hizo vestir á la niña y se dirigió á su tocador.

Rosita habia pasado tambien á su cuarto, para
mirar siquiera su traje de raso maravilloso, exten-
dido en un sillón; allí la encontró Andrea cuando
apareció de "gran parada" y admirablemente be-
lla, en su vestido de color malva con anchos y ri-
quísimos volantes de Alenzon y su gracioso som-
brero *Fox hall* del mismo matiz.

— ¡ Estás deliciosa! peligrosa! exclamó Rosita
juntando las manos con infantil entusiasmo, y ha-
ciéndola girar y caminar delante de ella para ad-
mirar ingénuamente ese cuerpo y andar de reina
coronada.

—¡Pobre hermanita! contestó Andrea, no te dejo sin remordimiento, y á no ser por Elenita y mis tios, mas gusto tendría en acompañarte. . . .

—No pienses en mí! Sobran fiestas en Paris... Pero ¿quieres que te haga una confianza? Es algo difícil explicarte. . . . Vamos, estuve muy triste dias pasados: me figuré que Marcel. . . . pensaba ménos en mí. . . . Pero todo se arregló. . . . Sin embargo, desearia que te hablára. . . . Al cabo, tú eres quien debe saberlo todo. . . . Procura inspirarle confianza, hoy que estarán solos. . . . Me lo prometes, eh?

—Pero, criatura, no sé si podré promover. . .

—Díge que harás lo posible. Y traeme una buena noticia! . . .

En ese momento, la sirvienta avisó que Don Marcelo estaba ya en la sala con los tios; y despues de un abrazo que dió Rosita á su hermana, como última recomendacion, se reunieron con el resto de la familia. Desde la puerta oyeron los gritos de la tia Rosario:

—¡No sea V. niño, Renault: Rosita queda muy tranquila y conforme; para nada necesita á Andrea ni á nadie! . . .

—Sin duda; agregó Fermin, mis tios van en su carruaje; V. con Andrea y Elena en el otro, y se juntan en la tribuna reservada. ¿No te parece, Rosita?

—Por supuesto, contestó la niña.

—Vamos, en marcha! gritó Doña Rosario: hoy es la fiesta de las banderas, y manda el capitán! . . .

Desde los Campos Eliseos empezó la acumulacion de millares de carruajes que tomaban la hilera hasta la Porte Maillot, dividiéndose allí en dos ó tres avenidas que parecían tan apiñadas como la única anterior. El coche de Andrea precedía al de Doña Rosario; pero el camino de Suresne estaba cerrado por un cordón de guardias de Paris, y al dar vuelta, Marcel no encontró á sus compañeras.

—Han de tomar otro camino, dijo Andrea con tranquilidad.

Ambos estaban sentados en el fondo, separados por Elenita, que se rebullia lijera y brillante como un ave del paraiso. La charlita gñtil de la criatura, con sus preguntas de cada instante,

facilitó la conversacion : á veces Andrea completaba una contestacion comenzada por Marcel ; y éste se sorprendía por la forma correcta y fácil de su palabra y su conocimiento de las gentes y cosas de Paris. Con Elenita hablaba francés, conservando un lijero acento meridional que subrayaba la frase. Y como Marcel encontrára cierto sabor en este cambio de idioma, que parecia tambien contribuir á alejar toda peligrosa reminiscencia, continuó en esta lengua la conversacion, que tomó entónces un jiro mas suelto y familiar.

Despues de una hora de vueltas y paradas, causadas por la obstruccion creciente, lograron instalarse en la tribuna reservada, á poca distancia de Doña Rosario, que comensó á dialogar en español con su sobrina.

Un sol espléndido derramaba sus ondas de oro en la llanura de Longchamp, resplandeciente toda con uniformes vistosos, armas y banderas. En frente de las tribunas reservadas, se alzaba la oficial, con un pabellon en el centro para el Presidente, los ministros y el cuerpo diplomático todo galoneado y cargado de bandas y condecora

ciones. Las columnas desaparecían bajo panoplias de banderas tricolores y oriflamas; los grandes escudos dorados ostentaban la gloriosa divisa: *Honneur et Patrie*. Dos grandes masas negras en las tribunas anexas, eran el Senado y la Cámara de Diputados. Al pié de la tribuna, los coroneles y abanderados de cada regimiento se alineaban, en un armónico contraste de colores: dragones con su casco de flotante criñera, húsares brillantes, cazadores severos, coraceros de peto resplandeciente, spahis diputados por el ejército de Africa y dejandq flotar sus largas capas escarlatas, que parecían estremecerse aun bajo el hálito de fuego del Simoun. Por fin, los mas numerosos y aclamados, que eran tambien los mas sencillos: los representantes de la vieja infantería abnegada y sólida—la verdadera fuerza del ejército.

Pero muy arriba de las franjas de oro, penachos y charreteras deslumbrantes, por sobre el viejo mariscal Canrobert y los generales á caballo que rodeaban la estrada presidencial, en el esplendor guerrero de sus uniformes cubiertos de cruces y medallas,—á la izquierda del Jefe de!

Estado, un hombre solo, ancho y precozmente encanecido, puro busto, sin un distintivo en su frac negro, atraía todas las miradas, todos los efluvios viriles de cien mil corazones palpitantes de emoción patriótica, que recordaban su abnegación y heroísmo, su confianza sublime en la resurrección de su pueblo querido: allí estaba, más glorioso que un emperador en su trono hereditario, el gran francés de la Resistencia. . . . Y Marcel señalándole á Andrea, dijo en voz baja:

—Gambetta!

Un sol abrasador caldeaba insoportablemente el Hipódromo y la vasta llanura, en que la apilada muchedumbre formaba un marco negroso que parecía ondular por momentos bajo las primeras ráfagas de la próxima tormenta. Una pesada somnolencia de siesta tropical invadía gradualmente la asistencia de las tribunas, durante la larga alocución del Jefe del Estado que casi nadie podía oír. Concluyó al cabo, y el estallido de las músicas militares dominado por el grito: *vive l'armée!* sacudió el letargo general. Y entonces comenzó la distribución de las bande-

ras á los gefes de cuerpo que desfilaban en la estrada con el porta-estandarte, hacían el saludo militar y bajaban por la gradería para incorporarse á su destacamento, que recibía el sagrado emblema tocando marcha sus cajas y clarines.

El público siguió con interés los detalles de las primeras ceremonias, empezando con la bandera de Saint-Cyr, "el primer batallon de Francia", y siguiendo con los otros en órden absolutamente igual. Pero los saludos y las entregas idénticas se sucedían interminablemente, y algunas señoras de las tribunas reservadas empezaron á esquivarse para ganar sus carruages. Despues de algunas elocuentes invitaciones con la mirada, Doña Rosario, que estaba dos hileras mas adelante que Andrea, se decidió á interpelarla directamente:

—¿No te parece que veamos un poco la fiesta en otra parte?

Andrea le contestó que esperára aún. Pero Elenita, al oír la invitacion, pidió á gritos irse con sus tíos. Hubo que ceder; Marcel alcanzó el bultito rosado á don Ventura, por sobre dos rangos de sillas, y despues de algunas palabras de despedida, la aburrida pareja se retiró.

Había concluido la distribución. y principió el gran desfile de los regimientos delante de las tribunas, con las músicas y las flamantes banderas á la cabeza. Un repentino soplo de entusiasmo arrebató toda mundana etiqueta, y hasta en las tribunas reservadas, todos, damas y caballeros, ancianos y jóvenes, se pararon en sus sillas para contemplar el espectáculo grandioso. Andrea imitó á sus vecinos, y de pié en su silla, para guardar el equilibrio apoyó lijeramente su mano izquierda en el hombro de Marcel.

Desfilaban graves y soberbios los regimientos, que llevaban en su bandera algun nombre de gloria ó una divisa recojida de los lábios de Napoleon I^o como una recompensa inmortal: Arcole, Rívoli, Austerlitz, Iena, Friedland: toda la resucitada epopeya se desplegaba bajo sus vírgenes estandartes puros de cualquier afrenta. Grandes aclamaciones saludaban los regimientos condecorados con la Legion de honor por sus pasadas hazañas. Pero cuando apareció el regimiento 57 de infanteria, con la cruz de su asta dorada conquistada por ese heroico capitán Chabal, que arrancó la bandera del batallon enemi-

go bajo la lluvia de metralla de Gravelotte—como el gladiador vencido y desarmado que clava sus dientes en la carne del vencedor y muere vengado—entonces un solo grito de entusiasmo rodó como un trueno sobre Longchamp: todos los hombres se descubrieron, todas las mugeres agitaron al aire sus pañuelos, y cuando el abanderado hizo el saludo ante la tribuna presidencial se creyó ver pasar la imágen de la Patria regenerada, y un inmenso clamor cubrió las fanfarras guerreras.

Pero Marcel no lo oyó: en este momento sintió los dedos de Andrea que se crispaban nerviosamente en su hombro, escuchó el grito de *¡Viva Francia!* que también se escapaba febrilmente de una boca adorada—y pálido, con un largo estremecimiento que recorrió su cuerpo de la cabeza á los piés, en medio del tumulto universal, desvió la cara hasta apoyar sus lábios en el perfumado brazo que no se movió. . . .

Y de repente, en el ímpetu de su orgullo y de su victoria que hinchaba su corazón hasta hacerlo estallar: á él, desconocido y anónimo, delante de los presidentes, ministros y generales deslumbrantes y poderosos—le vino un insuperable des-

den por todos esos ilustres y triunfadores que no merecían el amor de Andrea!

No encontraron su carretela en el punto designado, pero sí, en cambio, la victoria de Doña Rosario, cuyo cochero no necesitó extenderse en los motivos de la mudanza, explicada naturalmente por la presencia de Rosita con sus tios. Aunque los jóvenes creían haber anticipado su salida para evitar el indescriptible tumulto de la vuelta, se vieron poco á poco alcanzados, rodeados, embutidos en el mar de vehículos amontonados; y Andrea ordenó al cochero que cortase la corriente en la primera calle despejada, aunque hubiera que dar un gran rodeo por Neuilly.

Al encontrarse en la Avenida de la Reina Margarita, relativamente silenciosa y desierta, al lado uno de otro, en el fondo de esa victoria descubierta que rodaba en la arena sorda, ambos tuvieron conciencia de que lo irreparable iba á suceder entre ellos—y Andrea, haciendo un esfuerzo supremo y desesperado por escapar á la fatalidad de la situación, habló la primera, en español á

causa del cochero, y con voz algo estrangulada, la boca seca, y la respiracion corta y difficil:

—Marcel, somos dignos de hablarnos con entera franqueza. Lo embarazoso de nuestra posicion puede desaparecer el dia que Vd. quiera. Rosita le ama; Vd. le ha dado palabra de casamiento. Ahora le parece á ella que Vd. se manifiesta algo retraido, . . . como si deseára alejar la realizacion de ese proyecto. Si no nos conociéramos, el paso que doy sería incalificable. Pero entre nosotros no rigen las fórmulas. Y bien, creo que debe Vd. fijar la fecha próxima de su matrimonio. El consentimiento de mi padre no hace cuestion. . . Allí está la salvacion para Rosita, para Vd. . . y para mí! . . .

Estas últimas palabras se pronunciaron á penas, y fueron mas bien adivinadas que oídas. Andrea bajó los ojos, y Marcel se puso á mirar el cielo y las espesuras sin contestar. Los nubarrones de tempestad lentamente acumulados en varios puntos del horizonte, acababan de juntarse en el cielo plomizo. Acentuábanse mas cercanos y frecuentes los truenos y relámpagos; no se oían cantos de pájaros en las acacias y álamos de las flores

tas vecinas: tenía el aire recargado de electricidad, ese olor peculiar de la tormenta, y reinaba en la naturaleza un angustioso silencio. Era una hora de fiebre y exaltación, así en el cielo y la tierra, como en estos corazones enamorados. Marcel, enervado, experimentando un vago temblor en su cuerpo, no pareció heber oído las palabras de Andrea. No se dió siquiera el cuidado de contradecirla: algo como un soplo de orgullo invencible y dominador sintió pasar en su húmeda frente: y entonces, sin tener, puede decirse, conciencia plena de sus actos, obedeciendo á un impulso irresistible, formado con cinco años de deseos insaciados, de sed ardiente nunca aplacada, Marcel tomó en su mano la de Andrea, y pasando su otro brazo en su cuerpo flexible, atrajo la cabeza adorada hasta sus labios, sin arrebato impetuoso, pues ella no hizo ademan alguno de resistencia. Como cediendo á la oculta potencia de un pacto ineludible, Andrea cerró los ojos y murmuró: Dios mio! . . .

Estalló la tempestad con súbita violencia; pocos segundos despues de aplastarse una por una en el camino sediento las anchas y raleadas go-

tas, la lluvia torrencial se descargó, dando tiempo escaso para bajar precipitadamente la capota de la victoria y levantar el delantal. Aunque no fueran las cuatro de la tarde, reinaba una semi-oscuridad en la Avenida ya inundada. Y allí, solos, estrechados por la complicidad de los elementos, más distantes del mundo que aquella noche de tímida confesion en la quinta de San José, abrazados sus cuerpos y confundidos sus alientos: se murmuraron al oído palabras que retumbaban en sus almas arrobadas, con la sonoridad imponente de un grito lanzado de noche en una iglesia desierta. El aspiraba el perfume de su cabeza; la contemplaba extasiado, recorriendo por partes el tesoro de su belleza, como el heredero novel cuenta y recuenta sus riquezas, y le decía:

—Oh! Andrea! déjeme vivir esta hora en paz, aunque venga despues la muerte. ¿Es posible lo que sucede? Es Vd. y soy yo? Dios mio! si hubiera tenido la prevision de este momento, habría bendecido mis dolores pasados! Qué importa lo sufrido! todo está borrado y olvidado. En la hora de morir bendeciré la vida por este momento de paraiso! . . .

Pero se detuvo, alarmado y desembriagado por el silencio de Andrea y su actitud pasiva: experimentó el terror de la profanación, como si desmayada ó dormida hubiera abusado de su debilidad; y de repente le preguntó con trémulo acento:

—¿Por qué calla Vd. Andrea? Ah! desgraciado de mí si me he equivocado tomando por amor correspondido su sorpresa ó temor! Pronuncie una palabra ó haga un ademán; hágame comprender que me engañaba: y me arrojo al camino para no verla más. . .

—Oh! Marcel, murmuró la jóven dejando caer su frente en el hombro del jóven: por piedad, déjeme siquiera el silencio! . . .

Lejos de aplacarse, parecía que la tempestad llegara á su paroxismo; un rayo cayó adelante del coche, hácia á la derecha, en el para-rayo del Jardin de Aclimatacion; las ráfagas furiosas arrojaban agua por el espacio descubierto entre la capota y el delantal, salpicando la cara de los jóvenes; Marcel alargó la cabeza hácia afuera: el camino desierto ya extendía en la oscuridad su cinta blanquizca, que otra igual cruzaba en ángulo recto á pocos metros; preguntó al cochero:

—¿No estamos llegando á la Puerta de Madrid?

—Si señor, contestó el pobre hombre chorreando agua como cascada, y en tono tan lastimero que Marcel consultó á Andrea con la mirada: ésta hizo un ademán de aquiescencia, y él gritó:

—Al restaurant de Madrid!

No pocos paseantes del Bosque ó del Hipódromo se habían refugiado en Madrid. Por otra parte, es hecho há tiempo comprobado, que Paris tiene poblacion para todos los parajes y para todas las horas. Cuando el carruaje se detuvo en frente de la marquesa del restaurant, se vió desde luego que había numerosa y alegre compañía en las salas del piso bajo, y Marcel vacilante, preguntó al cazador que se acercaba para abrir la portezuela, si estaba libre algun saloncito de arriba, y despues de la contestaion afirmativa, esperó la decision de Andrea. A la luz del gas, parecía algo pálida y cansada, se sonrió débilmente y dijo:

—No sé si es por la humedad, pero tengo frio y no sentiría secarme un poco.

Y bajó su velito en su cara antes de dar la mano á Marcel para pisar en el estribo.

El saloncito ostentaba el lujo equívoco y trivial de los "gabinets particulares". Una mesa siempre medio-puesta; un ancho sofá ocupando el lado opuesto á la chimenea de mármol blanco coronada con un gran espejo de marco dorado. Una ventanita con largas cortinas de reps miraba al Bosque, cuya espesura aparecía á la luz de algun relámpago. El *maitre d'hôtel* se presentó con obsequiosa solemnidad. Andrea, siempre de pié y mirando por la ventana, no quería aceptar sino una taza de té, y un buen fuego para secar sus piés húmedos; pero el jóven pidió un lunch delicado y una botella de Champagne para combatir mejor la humedad.

Andrea se había sentado en un sillón, al lado de la chimenea ya encendida, arrimando al guarda-fuego de bronce sus piés de Cenicienta, calzados con zapatitos conchas que descubrían por su calado la media de seda de color. El hizo encender los candelabros de bujía, en lugar de la luz cruda del gas, y sirvió dos copas de Roederer, mientras el mozo concluía el arreglo de la mesa. Ella se levantó para mojar sus labios en el vino espumoso; y á ambos les vino á la memoria el

primer brindis aquel de sus castos amores, allá en San José, con la madre, Rosita y Sara. . . . Pero en cuanto el mozo se retiró, cerrando discretamente la puerta, Marcel dió un gran suspiro, dejó caer su copa en la mesa con tanta precipitación que se rompió, y murmurando: oh! ven!—atrajo á su pecho con ímpetu bravío é irresistible, ese cuerpo de mujer y oprimió frenéticamente esa cabeza adorada en sus labios ardientes. . .

La lluvia había cesado; una faja encendida señalaba el sol que se iba á poner detrás del *Mont-Valérien*; esta tormenta de verano había alegrado la naturaleza, avivando los follajes humeantes donde algunos pájaros aleteaban ensayando un gorjeo. Marcel abrió la ventana y aspiró con delicia el aire refrescante de la tarde. Andrea se acercó al espejo para componer su peinado, y se asustó ante su imágen pálida y ojerosa. sus labios como aplastados y marchitos, le recordaron esas rosas caídas que se empujan con el pié en las alfombras, despues del baile. De repente se estremeció: en el marco del espejo estaban plantadas varias horquillas de mujer. Y con una rapidez febril, retorció sus magníficas trenzas ~~de~~

éban, se puso el sombrero con el velo bajado y se alejó avergonzada de ese espejo público. . .

Marcel se dió vuelta :

—Yá no llueve, querida ¿quieres que haga acercar el carruaje? . . .

Hizo una seña con la cabeza y el jóven salió.

Andrea se acercó á la ventana y describió toda la cortina: la luz del largo dia de Julio inundó el miserable cuarto, haciendo resaltar horriblemente los deterioros del papel pintado, las manchas repugnantes de la alfombra y arrumbados muebles, y las copas medio llenas de Champagne que parecían los restos de una orgía . . . Y entónces, en un raptó de delirio, corrió nuevamente al espejo infame, rayado en todos sentidos por los brillantes de las sortijas, se miró larga, dolorosa, extraviadamente, hasta que las lágrimas hinchando sus hermosos ojos magullados, borraron la imágen, y murmuró con un acento de desesperacion indecible:

—¿Eres tú la que veo aquí, pobre Andrea? . . .

Dió el brazo á Marcel para llegar al carruaje ; con los ojos bajos, á pesar de su espeso velo, pasó en medio de grupos cuyas miradas curiosas adi-

vinaba y la hacian sonrojar. Se arrinconó en la victoria cuya capota no quiso levantar, y se pusieron en marcha, á la luz indecisa del crepúsculo que se estrellaba ya con los faroles multicolores de la iluminacion. Volvieron por la Avenida de Friedland y el Boulevard Haussmann. Pasaron delante de la Opera, espléndidamente iluminada y cubierta de trofeos; un recuerdo amargo retorció los lábios secos de Andrea, y todas las imágenes del remordimiento se agolparon en su mente con la porfía de la alucinacion: Rosita, Elena, su marido—y hasta sus tios vulgares y bonachones cobraron de pronto un aspecto imponente y severo. . .

Marcel le tomó la mano con cierta timidez, al ver la profundidad trágica de su mirada, y murmuró con súplica:

—¡Andrea! en nombre de Dios, no piense sino en mi amor eterno. . .

Y ella dijo con voz sorda:

—¡Qué seria de mí el día en que Vd. no me amára!

En los grandes boulevards, en la plaza Vendôme, en todas las veredas de ese París central

que tenían que atravesar, la bulliciosa alegría popularse desbordaba como un río crecido. Las banderas y guirnaldas de los edificios, descoloridas y ajadas por la lluvia reciente, volvían á flamear reanimadas por el reflejo de las iluminaciones. Las cornisas y balcones del Hotel Continental resplandecían con haces y ramilletes de luz. ¡Cuánto diera Marcel por refugiarse en el silencio de su casita y poder saborear á solas el ya amargo resabio de su corta felicidad! Pero, había que apurar resueltamente la hez del cáliz de delicias. Desde el primer día, sin desfallecimiento ni cobardía, tenía que compartir con ese ángel caído, con esa pobre mujer que subía penosamente la escalera al lado suyo, la carga de vergüenza y remordimiento. Había que ayudarla á afrontar sin rubor las preguntas, desvanecer las sospechas posibles, inventar pretextos y mentiras,—y esto, no sólo esta vez primera y única, sino siempre, todos los días de su vida entera, sin un instante de desabogo ni un minuto de completa serenidad. . . Empezaba el eterno suplicio del Sisifo del amor culpable—y desde el primer momento le pareció tan horrible y sape-

rior á sus fuerzas, que estuvo á punto de darse vuelta y partir para sepultarse en un desierto, dónde nadie pudiera recordarle su pasion funesta ni reprocharle su traicion. Ah! él tambien como Macbeth, habia muerto al sueño!

Estaban solos en el salon Correa y Rosita ; doña Rosario y su marido no habian vuelto aún : probablemente se refugiarian tambien en algun café ó monumento público durante la tormenta. Aunque Marcel no tuviera que soportar sinó la mirada franca é inocente de la niña, se esforzaba vanamente por disimular su malestar, que un observador más atento hubiera descubierto. La traicion le tomaba de sorpresa, y su pasada lealtad necesitaba tiempo más largo para capitular y rendirse á discrecion.

Pero la increíble serenidad de Andrea, su jovialidad admirablemente fingida revelaba tan repentina maestría en el disimulo, que Marcel estaba á un tiempo asombrado y penosamente impresionado, cual un creyente ante la perpetracion de un sacrilegio. Conocía de antiguo la proverbial flexibilidad felina de la muger ; recor-

daba las sentencias amargas de la historia y de la leyenda á su respecto, desde la Biblia y Esquilo hasta Shakespeare y los modernos poetas de la pasión; pero esta facilidad para el engaño superaba desde el primer instante sus previsiones. Hubiera deseado verla trémula y vacilante bajo el peso de su pecado, y no comprendía la grandeza heroica del sacrificio de Andrea para aborraz á sus víctimas inocentes, la primera sospecha que envenena la felicidad. . . .

Bajo el pretexto de enseñarle su vestido nuevo, Rosita llevó á Andrea hasta su cuarto. Los dos hombres quedaron solos. Correa con acento mas afectuoso que nunca, le dirigió la palabra :

—No atribuya, mi amigo, á falta de delicadeza ni importunidad la espresion de un deseo que es honroso para V. Conozco su compromiso con Rosita; y bien, Marcel, quiero que sepa V—por si lo detuviera algun escrúpulo—que nadie anhela mas que yo su pronta realizacion. V. será el hermano de Andrea, el verdadero jefe de la familia. . . .

Y agregó con alterada voz :

—Un pobre enfermo como yo más sirve de es-

torbo que de apoyo. Miraré con más resignacion el porvenir, cuando sepa que mi mujer y mi hija tienen á un hombre como V. para protegerlas

—Cuente V. conmigo, Correa, balbuceó Marcel anonadado por la situacion.

—Ahora seria torpeza insistir, continuó el ciego, y paso á pedirle un servicio. Me han leido ha pocos dias las relaciones de curas prodigiosas, hechas por el Doctor Galenowski—ese famoso oculista polaco—; yo suelo chapurrar el francés: pero no me atrevo á emprender una explicacion clara y minuciosa de mi enfermedad . . . Si no fuera exigir demasiado de su condescendencia. . . .

—Estoy pronto, Correa, contestó Marcel con solicitud; no tendrá V. mas que señalarme el dia.

—Será probablemente en la semana próxima. Mis tios se marcharán dentro de pocos dias á Biarritz—y francamente prefiero que no sepa Rosario la última tentativa que voy á hacer antes de probar la eficacia de sus milagros. . . . En mi situacion, yá no hay conviccion arraigada: fé, confianza, credulidad todo es uno para mí . . . Y llegaré á cargar amuletos algun dia. . .

Marcel guardó silencio, reflexionando en la creciente elevación de ideas y sentimientos de ese hombre, tan distinto de lo que fuera antes, cuando dominaban su alma vulgar las ambiciones y apetitos materiales, antes de la gran depuración del sufrimiento. En este momento volvían las dos hermanas, pintándose en el semblante de Rosita tan intensa alegría, que él experimentó una sorpresa mezclada con inquietud. . . . No obstante, pretestó un motivo cualquiera para retirarse, y después de dar la mano á Andrea y Correa, se despidió también de la niña que le dijo en voz baja :

—¿ No podría vd. quedarse, Marcel, para que mi felicidad fuera completa? Andrea me lo ha contado todo. . . . Sé que no espera V. sinó la contestación de mi padre. Ah! todo el cielo me ha entrado en el corazón!

Marcel palideció, y tomando con su mano febril la de la niña, murmuró :

—Si puedo, volveré este noche. Adios, Rosita!



V

El Segismundo de *La Vida es sueño* pasa sin transición de la cárcel al trono; y su primera exclamación es un grito de dolor, casi idéntico al que proferirá después cuando el destino le precipite nuevamente á su anterior miseria. Aquí la intuición del génio es también una científica verdad. El sufrimiento no procede sino de una brusca interrupción en nuestros hábitos. La sensación del frío intenso no se diferencia desde luego de la del excesivo calor. También el pobre ser humano solo tiene una expresión para el colmo de la dicha ó de la desgracia:

el llanto. No hay lágrimas de alegría: se llora porque se sufre, en el instante del sacudimiento orgánico, sean cuales fueran su causa y sus consecuencias.

Marcel había amado durante cinco años á esa mujer, en las ansias de la esperanza y las largas amarguras de la desesperacion, en la presencia y la ausencia, en la risueña perspectiva de la union bendecida y el deseo febril de la posesion furtiva y criminal. Tal vez su pasion se tornára adu más furiosa al presentir el acre sabor del fruto vedado. Y sin embargo, la primera noche que siguió á la hora del triunfo y de la posesion, fué la mas angustiosa de su vida. Al retorcerse en el enervamiento del insomnio, llegó á recordar con envidia el sufrimiento de su primera juventud. Entónces, fué una herida franca: el acero que desgarró las fibras, y la sangre que salta á borbotones; hoy, era la desagregacion interna y sorda, la lenta intoxicacion que esteriliza la savia y carcome los tejidos sin lesion aparente que se espere cicatrizar. No evocaba Marcel la vision deslumbrante de ese cuerpo divino abandonándose á sus caricias, sinó la aparicion abstracta y lúgu-

bre de la falta inexpiable, del acto de felonía consumado á la vista de Rosita y de ese pobre impotente, á quien acababa de arrancar cobardemente el báculo que le guiára en las tinieblas. Sentíase arrojado fuera del honor cuyas puertas estaban para siempre cerradas. No era ésta la vulgar aventura que se disfruta un dia para olvidarla despues. Era todo el pasado mancillado, la fé violada, la traicion pagando la sublime confianza de Rosita: las vergüenzas de un adulterio casi incestuoso, interrumpiendo el poema del amor puro comenzado entre el cielo y el mar. Marcel sentía las náuseas de su propia degradacion; juzgábase despreciable: en la oscuridad de la noche que muestra mejor el alma, parecíale ver su conciencia cruzada por una indeleble barra de bastardía.

Pero esas desesperadas protestas del hombre por rechazar á dos manos la invencible decadencia, se debilitan gradualmente. Las sensaciones se embotan despues del paroxismo. El tiempo redondea los ángulos de las situaciones mas insólitas, al par que endurece nuestra fibra. Las piedras del camino se aplanan con el tránsito, al

tiempo que se insensibilizan nuestras plantas encallecidas. Desaparece el glorioso dolor; el elástico ser humano se adapta poco á poco á su vergüenza. Y de descenso en capitulación, el más altivo y desdafiado llega á vivir en buena inteligencia con su abyección, concluyendo por encontrar que el tibia muladar es buena almohada para ciertos sueños. . . .

Tres días después de la caída, á las dos de la tarde, Andrea, agitada, trémula, levantando el borde de su velo negro con su entrecortada respiración, atravesaba á pié la solitaria Avenida de Messine y entraba en el Parc Monceaux, lleno de sombra y gorjeos. Se encontró con Marcel cerca del gran estanque oval, y sabieron en un coupé parado delante de la reja, en la Avenida Velazquez. Fueron tres horas de deliciosa plenitud, sin un recuerdo importuno ni esa vecindad humillante de los amores venales, que marchitara sus corazones la primera vez. Pudieron amarse á boca llena, penetrar en la intimidad de su respectivo pasado, prodigarse las confianzas que refrescan y reanisan por un tiempo la pasión satisfecha. Ella supo todas las tristezas de la

ausencia ; el le oyó contar su estremecimiento íntimo al verle en la Opera, y comprendió que estaba vencida desde el primer minuto. Esta segunda entrevista marcó la primera y última hora de suprema felicidad ; y la vibracion de sus almas fué aquel dia tan intensa, que se prolongó para ambos toda la noche, en presencia de sus ignorantes víctimas, arrebatando la pasion todo remordimiento en su omnipotente torbellino.

A los pocos dias Andrea entró por vez primera en el aposento del Boulevard Malesherbes. Marcel había adornado profusamente su salon con bronces, flores y tapices. A la media luz de las cortinas cerradas, en la atmósfera perfumada y tibia, el jóven la estrechó en un abrazo mudo y frenético, hasta perder la respiracion ; y luego, llevándola al sofá, se arrodilló á sus piés, bebiendo la fragancia de sus manos desnudas y de su magnífica cabellera suelta, que envolvía en un nimbo sombrío su mate palidez.

Casi no hablaron durante la primera hora ; sus bocas sedientas se chocaban, sus manos se retorcian en caricias febriles y casi dolorosas á fuerza de intensidad. Se vengaban al fin, del hado fu-

nesto que durante años había sacrificado sus corazones! Ahora se amaban con desenfreno é ímpetu, lanzándose á la cara los gritos apasionados con no sé qué furor de desafío hácia el cruel é incúo destino que torturó su juventud. Ella tomaba entre sus manos la cabeza del jóven, besábala á plenos lábios, repitiendo sordamente :

—Te amo, Marcel! Eres mi amante, mi único dueño! Han querido venderme aunque sabían que Dios me hizo tuya! Allá cárgue con el castigo quien cometi6 el crimen! Yo he guardado cinco años tu anillo nupcial. Me sublevo al fin contra esta existencia de martirio innmercido. Quiero vivir, quiero ser tuya hasta la muerte! . . .

Y despues, en los minutos prolongados de divina languidez, venian las excursiones al pasado y á la ausencia : Te acuerdas, te acuerdas?—repetian sin fin, volviendo á saborear sus primaverales amores, sin saber que desvanecian para siempre su casto perfume, con impregnarlos ahora en la acre emanacion de la pasion carnal. . . . Sordos inconcientes, exhumaban incansablemente los puros recuerdos que se tornaban cruizas al contacto de la presente realidad. Analizaban

hoy con su experiencia malsana los secretos de sus tímidas miradas y suspiros. Ella contaba, apoyada en su magnífico brazo desnudo, la emoción virginal del primer beso, allá bajo la umbrosa bóveda de San José; y él, con una sonrisa amorosa, se puso á remedar la escena evocada. Ah! era en vano! Estaba muerta la exquisita sensación del alma púdica é ignorante; y leyendo á un tiempo sus impresiones en sus miradas subitamente entristecidas, ambos callaron, como despues de una profanacion.

En adelante, no atreviéndose á hablar del pasado que tan cruelmente les reflejaba su actual decadencia, ni del presente que alzaba fatalmente las imágenes de Rosita y Correa, y mucho ménos del oscuro porvenir preñado de peligros casi inevitables,—tenían que repetirse las letanías de la pasión, tan conmovedoras cuando expresan el sediento deseo, tan vacías despues de la posesion. . . Y entónces, á pesar suyo, caían necesariamente despues de los grandes y cortos éxtasis, en la charla indiferente de la vida parisiense, como dos camaradas sentados en el boulevard.

Se amaban, sin embargo, así lo juraban á cada instante, cual si no se lo hubiesen probado ambos con mútuos y costosos sacrificios. Pero era un amor de llama intermitente y fugaz, para alumbrar las profundidades de sus almas: él veía por visos cerca de Andrea, el fantasma de Fernán, como ella la imágen de Rosita al lado de Marcel.

Y ¿cómo olvidarlos? Todos los días se encontraban juntos ante esos dos verdugos inocentes, que torturaban á los culpables con solo obligarlos á mentir.

Marcel no podía prescindir de ir al Hotel Continental casi todos los días, habiéndose marchado ya á Biarritz los tíos Zámalloa. Correa y Rosita habían manifestado intenciones de seguirlos al poco tiempo. Pero los amantes no querían abandonar á París, tan cómodo y discreto para encubrir tenebrosos amorfos—y pasaba el verano sin resolverse la siempre aplazada partida. Siquiera hubieran realizado para Rosita algunas de las cien escursiones antes proyectadas en esas encantadoras cercanías de París, mas lindas aun que la misma ciudad. . . Pero Andrea encontraba siem-

pre un motivo fundado para rehuir toda ocasión de soledad entre los "novios". Y Marcel en sus adentros, le agradecía cualquiera combinacion que le aborrase un nuevo perjurio.

Todas las tardes, daban las tres su vuelta al Lago, relativamente desierto en este mes de Agosto; y la variedad siempre nueva del espectáculo de Paris ocultaba la vaciedad de la conversacion. A pesar de las mentidas afirmaciones de Andrea, Rosita se sentía presa de una melancolía inyencible. Estaba bien léjos de sospechar la parte mas terrible de la verdad: pero presentía la otra parte, y ésta bastaba para su desgracia. Bajo la palabra cariñosa de Marcel, sentía la frialdad del alma. ¿Cómo engañarla? El amor es un foco que envía calor al ser amado; y faltaba ese calor vigorizante en la mirada del jóven, que antes Rosita sentía recorrer su frente como una ardiente caricia.

Un desaliento cada vez mas visible agobiaba la tierna criatura; y Marcel, fruncido el ceño por el esfuerzo interior que se imponía, para no caer á los piés de la santa víctima y pedirle perdon—procuraba suavizar su amargura con una tierna

palabra, bajo la mirada suspicaz de Andrea.

Felizmente la llegada de Capdebosq, de vuelta de su Mediodía, y que se instaló también en el Continental, rompió el círculo de la forzosa y cada día más penosa intimidad. Fué recibido con los brazos abiertos, tanto más cuanto que una increíble transformación se había operado en él. Una tarde, al volver del Bosque, las dos hermanas y Marcel, le encontraron en la galería principal, platicando con Fermin y el anciano chileno. Vestía de plantador: traje claro, rico sombrero de Panamá comprado en Burdeos; y echada al hombro á pesar del calor, una finísima manta de vicuña adquirida por la mañana en el gran Bazar del Boulevard Bonne-Nouvelle. Tomaba mate con magestuosa fruición, felicitando á Concepcion que era eximia *cebadera*.

Después de las ruidosas y cordiales saluciones, todos se instalaron en el salón de Andrea, y Rosita, creyendo halagar la conocida manía del bearnés, le dijo con maliciosa sonrisa:

—Hé bien! ces montagnes Pyrenées, Monsieur Capdebosq!

Pero éste chasqueó la lengua, y luego reventó en castellano, con su facundia habitual:

—No me hable! Estaba contándoselo á Fermín. Es vida insoportable, y en cuanto concluya mis arreglos de maquinaria con la compañía de Fives-Lille, me aprieto el gorro. . .

—¡Cómo, qué gorro? preguntó Marcel.

—A la tierra, pues, á San José! O se figura V. que pienso vivir en Pau con los codos pegados al cuerpo, sufriendo reprensiones de mi familia porque tiro un peso á un pordiosero ó regalo una peseta á un changador, aguantando críticas por que grito ó porque callo; arrastrado á la policía por haber matado un conejo en el monte, y obligado á pagar diez pesos de multa. ¡Y los saludos proporcionados á la categoría social! y los títulos de nobleza, y la tiesura de los funcionarios, desde el Prefecto hasta el ujier! . . . Casi paso en Correccional por haber ofrecido un par de onzas al guarda campestre que me arrestó, por el delito del conejo! . . . Basta de observaciones, reprensiones y prohibiciones! *Se prohíbe!* hé ahí la estampilla de Europa! la encontré en la punta del Mont-Perdu: *¡Se prohíbe matar gamuzas!* Anda á los quinientos mil diablos! . . . Fuera de Paris, no hay vivir posible. Paris, eso sí! Pero

en un mes lo habré recorrido: almuerzo todos los días en un nuevo restaurant. Y sin embargo, no hay cocinero que haya todavía acertado una *carbonada*! No importa! No dejaré café ni teatro por visitar. Anoche, de llegada, estuve en el Teatro Francés: tanto me lo habían ponderado! Daban una comedia llamada *Nathalie*, de un señor Racine: había un tal *Juan* que vestía de fraile y pegaba unos gritos! no entendí palabra: cierto que eran versos!—Muchos humos y tirantez en todas partes. Pero, entender la vida como nosotros, tirar la plata por la ventana, tatear gobernadores y pedirle fuego al Presidente de la República! De dónde! Bonita república! ¿Creerán ustedes que hemos venido cuatro imbéciles desde Pau á Burdeos—sin contarme, esto es, contándome yo—más de cincuenta leguas, sin decir: *esta boca es mía?*

—Serían tal vez tres sordos-mudos curados en Lourdes, observó Marcel.

—¡Qué sordos ni qué! . . . Un militar, un diputado y un fabricante de botones por mayor: total, tres condecoraciones. . . Y á propósito de Lourdes, en la estación. . . ¿con quién creen vds. que me encontré? . . .

—¡Con la Virgen milagrosa!

—¡Con el conejo muerto!

—¡Con la piedra del Tandil! . . .

—Yá tocaron á broma : tá bueno! repuso Capdebosq con risa bonachona—¡Con Romero! Estaba esperando el tren de Biarritz. Huía de la Gruta, renunciando á Beñadette, sus milagros y apariciones. Me contó que, por indisposicion de Don Ventura, Doña Rosario le tuvo atado en una angarilla durante una semana, acarreado leprosos y paralíticos á la piscina, cubierto de cintas y medallas, al rayo del sol! . . Realmente, me pareció extenuado. . . . Vaya una diversion!

Y así, siguió durante una hora el impertérito Capdebosq, desahogando sus rencores y quejas con su ordinaria exageracion. Y debajo de la forma grotesca y trivial, encontraba Marcel algo de sus propias decepciones, acentuadas en el otro por los chascos y natural despecho del advenedizo. . . .

En este momento, un mozo del hotel apareció trayendo dos cartas : una para Fermin y otra para Rosita. Esta dió un grito de alegría al ver la

tiempo que se insensibilizan nuestras plantas encallecidas. Desaparece el glorioso dolor; el elástico ser humano se adapta poco á poco á su vergüenza. Y de descenso en capitulación, el más altivo y desdenguado llega á vivir en buena inteligencia con su abyección, concluyendo por encontrar que el tñbio muladar es buena almohada para ciertos sueños. . . .

Tres días después de la caída, á las dos de la tarde, Andrea, agitada, trémula, levantando el borde de su velo negro con su entrecortada respiración, atravesaba á pié la solitaria Avenida de Messine y entraba en el Parc Monceaux, lleno de sombra y gorjeos. Se encontró con Marcel cerca del gran estanque oval, y subieron en un coupé parado delante de la reja, en la Avenida Velazquez. Fueron tres horas de deliciosa plenitud, sin un recuerdo importuno ni esa vecindad humillante de los amores venales, que marchitara sus corazones la primera vez. Pudieron amarse á boca llena, penetrar en la intimidad de su respectivo pasado, prodigarse las confidencias que refrescan y reaniman por un tiempo la pasión satisfecha. Ella supo todas las tristezas de la

do pudo desasirse de su incansable compañero, era muy tarde para ir al Hotel; pero el día siguiente era sábado—y, vagamente inquieto por la actitud de Rosita, esperó con ansiedad la visita de Andrea.

Este día de Setiembre tenía un encanto especial; el sol ya ménos ardiente acariciaba la tierra con una como morbidez amorosa. Era la una de la tarde; Marcel estuvo parado en el balcon de la habitacion hasta que solo faltáran pocos minutos para la hora de la cita. Entónces entró, y presa yá de esa fiebre nerviosa de la espera, durante algunos minutos vagó en su cuarto, adornado y fragante como un *boudoir* de mundana; abrió un libro, recorriendo sin comprender algunas páginas, lo tiró en el sofá, miró el reloj de la chimenea que señalaba las dos ménos diez. . . . ¿Por qué no ganaba Andrea algunos minutos? pensaba ahora sin recordar que él mismo le recomendó escrupulosa exactitud—ni antes ni despues—como medida de prudencia. . .

En este momento llamaron á la puerta; Marcel se precipitó para abrirla y retrocedió con una

sordá exclamacion: era Fermin apoyado en el brazo de Capdebosq! . . . Los hizo sentar, sin atreverse á atar en el balcon el pañuelo blanco que era la señal convenida en caso de inconveniente de última hora. . . Abrió un instante la ventana como para cerrarla mejor, recorrió antes de entrar toda la acera del Boulevard Malesherbes: no la vió. Se sentó, entónces, procurando disimular su agitacion, mientras Fermin explicaba el motivo de su venida. . . .

Habian salido á pasear á pié, despues del almuerzo, y al pasar por el Boulevard Haussmann, se había acordado de su proyectada consulta al Doctor Galenowski que vivia allí. . .—! Cómo poner la señal, pensaba Marcel sintiendo un sudor frio en su frente! . . . Pero era de los que saben encontrar rápidamente las soluciones salvadoras en los momentos de peligro. . . Sacó su cartera, y miéntras hablaba Correa y le contestaba cualquiera palabra, escribió con lapiz estos renglones que pasó á Capdebosq, con una mirada espresiva y aplicando en sus lábios alargados su índice:

“No diga una palabra! Estoy esperando una minier. Cuando me levante, converse Vd. en voz

alta para que Fermin no se aperciba de nada. Luego le explicaré."—Al mismo tiempo, Marcel fué á abrir la puerta de par en par. Había tenido una feliz inspiracion: el reloj dió las dos, y no estaban extinguidas las últimas vibraciones del timbre, cuando se oyó el ruido de una persona que subía la escalera, y luego el roce de un vestido en el pasadizo que conducía á la habitacion. Marcel se levantó, al tiempo que Capdebosq emprendía una relacion circunstanciada de su vida en Paris, fué á la puerta y divisó á Andrea cubierta con un velo espeso y parada á pocos pasos del umbral: ésta comprendió, y se volvió inclinando la cabeza en el hombro en ademan de resignacion.

—¿Conoce V. la cura más sorprendente de Galenowsky? preguntaba Correa á Marcel que no pudo prescindir de ofrecerle su brazo, en el corto trayecto de su casa al Boulevard Haussmann. Es toda una novela: y es la única literatura que me interese yá.—Y se puso á contarle esa historia conmovedora de la hija del gran tenor Tamberlick, admirablemente bella y ciega incurable, segun opinion de todos los oculistas europeos. Ga-

lenowsky la vió, la amó y la salvó. Hoy es su mujer—y cuando ella atribuye el milagro á la ciencia, él le habla de los prodigios del amor . . .

El Dr. Galenowski tiene su clínica gratuita en la calle Dauphine, pero dá consultas carísimas en su casa de dos á cuatro. Su rica clientela estaba todavía ausente, y él había vuelto hacía pocos días de una estacion balnearia. Merced á esta circunstancia, Correa y sus compañeros no tuvieron que esperar sino una hora en la sala del Doctor, á quien hicieron entregar una tarjeta de un médico argentino; y penetraron luego en su espacioso estudio, lleno de libros, bronces y cuadros con dedicatorías, sillones articulados, y en un ángulo, un armario con instrumentos de acero en sus estuches de terciopelo. El Doctor saludó á Marcel que guiaba á Correa, dijo dos ó tres palabras benévolas al ciego, y le hizo sentar al lado de la ventana, clavando en él su mirada más aguda que sus cuchillos operatorios. Era hombre de cuarenta y cinco años, robusto, pelo negro y barba cortada en dos puntas, claros ojos de es-lavo, la voz lenta y precisa.

Correa explicó la presencia de Marcel, y su

francés penoso é incorrecto justificaba sobradamente la utilidad de un intérprete.

—¿El señor conoce el origen de la ceguera? preguntó el oculista friamente. . .

Una oleada de sangre subió á la cara de Marcel que balbuceó una respuesta afirmativa. Y mientras Galenowski examinaba al enfermo, sin tocar todavía su cabeza apoyada en el cojin del sillón, el jóven delante de Correa y de Capdebosq, tuvo que referir la lamentable escena de la colision que cobraba para él un horror inaudito.— No podia olvidar pormenor alguno, ante esa divinacion increíble del gran cirujano que insistia por saber toda la verdad: examinando con atencion la herida del cráneo preguntó á Correa:

—¿No fué con látigo de martillo ni forma parecida, no es verdad?

—No sé, murmuró Correa, el señor sabe. . . .

Y como Galenowski le interrogára con la mirada, Marcel tuvo que contestar:

—Fué con cabo de plomo envuelto en cuero.....

—Ah! ya me explico la superficie de la depresion ..

Concluida la explicacion del primer golpe,

vino luego la de las consecuencias progresivas, en que Capdebosq ayudaba al enfermo: el primer ojo perdido, la vision en el otro conservándose intacta, hasta que comenzára á extinguirse lentamente el campo visual por el lado externo, sin disminucion apreciable en la acuidad; por fin, la ceguera completa, y la série de medicaciones impotentes desde las emisiones sanguíneas de la cirujía criolla, hasta el nitrato de plata y las inyecciones de estricnina de los oculistas parisienses.... todo en vano!

Entónces, Galenowski procedió á la exploracion del ojo, desde el globo, apartando los párpados con una delicadeza admirable, hasta la retina por medio del oftalmoscópio. El exámen fué largo, silencioso, concienzudo, á la luz de una lámpara colocada lateralmente, y cuyo reflejo aumentaba la palidez cadavérica de Fernin. Marcel ansioso, fijaba su mirada en el sabio impassible é impenetrable. Meditó un trecho; en seguida enumeró á Correa todos los tratamientos que probablemente habia probado: el ciego hacia cada vez un ademan afirmativo.— Al fin, por no desvanecer la última esperanza

que permite soportar la vida, el cirujano prescribió á Correa un régimen tónico en lugar del debilitante que mucho tiempo habia seguido, encargándole además que no sufriera medicacion ni operacion alguna antes de consultarle. Y agregó como despedida :

—No desespere vd. : á su edad, la naturaleza puede obrar milagros. . . .

Correa que habia comprendido, se levantó, y contestó con amarga resignacion :

—Señor, le agradezco su bondad : pero en mi situacion cuando la ciencia se confiesa impotente, yá no se esperan otros milagros que los de Dios.

Galenowski miró á Marcel, moviendo lentamente su cabeza grave é inteligente—y este ademán equivalia á una sentencia irrevocable.

Al dia siguiente, Marcel recibió una carta de Andrea, en que le avisaba que pasaría por el Boulevard Malesherbes, á las doce, despues de oír misa en la Trinidad. El jóven no experimentó extraordinario entusiasmo ante el anuncio de esta visita suplementaria : despues de dos meses, yá comenzaba á sentir en su carne la magu!la-

dura de los nudos amorosos que Andrea estrechaba más y más, á medida que su amante deseaba aflojarlos.

Llegó efectivamente á la hora anunciada, vestida de negro, con su libro de misa en la mano, secretamente alegrada por la satisfaccion de su conciencia, despues de cumplir las fáciles prescripciones de su mundano y acomodaticio catolicismo—más bella y apasionada que el primer dia. Arrancó su sombrero desde la puerta, y se arrojó contra el pecho de Marcel, como despues de una larga ausencia. Alargaba los labios con una sed de corazon inextinguible ; sus ojos profundos reflejaban la llama interna del eterno deseo ; y habia en el perfume inquietante de su cuerpo, en la sabia flexibilidad de sus actitudes, y hasta en la soltura orgullosa de su opulenta cabellera, el effluvio voluptuoso del amor culpable y triunfante.

Pero estaba de prisa y tenía mucho que conversar con Marcel. Desde luego, el contratiempo de la víspera era una advertencia. Era peligroso continuar las entrevistas en esta casa, á hora fija : podian espiarla para explotar el secreto des-

cubierto, ó encontrarla á la salida : se hacía necesario cuidar prudentemente de su felicidad

Y bruscamente cayó de rodillas ante Marcel :

—Prométeme consentir en lo que voy á proponerte .. Te lo pido arrodillada... en nombre de nuestro amor

Y como él callára, indeciso, no quiso levantarse ; y con acento tímido, estudiando el efecto de sus palabras en la cara de su amante, explicó su proyecto. Su antesala, siempre desierta, comunicaba con un cuarto vecino por una puerta actualmente condenada. Este cuarto, antes ocupado por un viajero ruso, se hallaba libre desde la víspera—se había informado—no había mas que alquilarlo Marcel Y como éste tuviese un sobresalto, ante la idea del adulterio cobardemente introducido en el hogar,—ella no pensaba sino en las comodidades de la nueva combinacion: como si al entrar en su alma la pasión culpable, hubiese arrancado de raíz y arrojado fuera todas las delicadezas de la honradez y escrúpulos del pudor.

—No rechaces mi idea, Marcel, te aseguro que no hay arreglo mejor. . . . Para mayor seguri-

dad, con pretexto de encontrar caro el alquiler del cuarto, manifestarás al Mayordomo que no lo tomas sino como apeadero, para ocuparlo algunas noches, cuando vengas del campo á Paris. Hay muchos en las mismas condiciones, sobre todo en esta estacion. . . Por lo demás, pasarás completamente desapercibido en ese hormiguero de ochocientas habitaciones. . .

—Pero. . . y Capdebosq? murmuró Marcel que callaba las verdaderas objeciones. . .

—Vive en el ala opuesta, no se maneja por nuestra escalera. . . Te repito que no hay peligro. . .

Y como los ojos de la pobre mujer se llenáran de lágrimas ante la preocupacion sombría y el silencio para ella incomprensible de Marcel, éste la levantó dándole su palabra de realizar ese mismo dia lo que ella llamaba la "nueva combinacion."

. . . . Pero él tenia otra preocupacion, y por mucho que le repugnára mencionar á Rosita, si quiera indirectamente, necesitó hacer alusion á las cartas de la antevíspera. La cara de Andrea se puso sombría al recordar de su hermana y

contestó, abreviando la penosa esplicacion, que su padre estrañaba su silencio y el de Correa en cuestion tan importante—y en cuanto á la carta dirigida á Rosita, no contenia sino consejos de prudencia sin alusion alguna á su “compromiso”. —Al escuchar esta máhадada palabra, el rostro de Marcel tuvo una contraccion de indecible amargura; y como ella se levantára para retirarse, no insistió como otras veces para que quedase algunos minutos mas; y en el distraido beso y flojo abrazo de despedida de Marcel, sentíase acaso mas que el remordimiento de la falta—el síntoma precursor de la saciedad y el primer pesar, muy vago aún, del consumado sacrificio.

Durante el primer mes, se escribian pliegos compactos de gritos apasionados y exclamaciones líricas; pero al correr de los dias, Marcel dejó de contestar algunas veces por creerlo inútil ó imprudente, segun decía; y ella, cada dia mas humilde y temiendo fastidiar á su amante, aceptó sin protesta el consejo de no escribir mas que para comunicar alguna novedad ó inconveniente imprevisto para sus citas. Tampoco iba ya ella

misma á la *Posta restante* de las Tullerías, donde la hacía ruborizar la pregunta indiferente del empleado—sinó que mandaba todas las mañanas á la cholita Concepcion con su tarjeta y un sobrescrito.

No obstante, Marcel hubo de cumplir su promesa; y era ahora en el salon de Andrea, que tenian lugar sus entrevistas, despues de las hipocresias de la noche pasada con toda la familia. Marcel bajaba por la escalera principal, se paseaba por la vereda longitudinal del jardin de las Tullerías, hasta que se apagára la luz del ángulo del salon, y entonces subia por la escalera de servicio. Por la puerta de comunicacion abierta con sigilo, se deslizaba furtivamente á la antesa-la como un ladron. A las pocas noches, encontraron que era mas sencillo pasar á la habitacion de Andrea, débilmente alumbrada por una lámpara. Oian á veces la tos de Correa en el cuarto vecino, ó el llanto de Elenita, despertada por una pesadilla: y entónces Marcel erguía la cabeza, en la interrumpida caricia, con la boca abierta y la dilatada pupila del criminal sorprendido en su delito. . . . Otra noche, ella fué quien vino á

empujar la puerta de comunicacion, apareciendo, pálida, á medio vestir, con sus piés desnudos en sus chinelas de raso, trémula y jadeante aún por la emocion de las habitaciones atravesadas en el silencio y oscuridad. Se hablaban en voz baja, estrechándose con una seriedad casi trágica, y las primeras veces, la aventura tuvo el fugáz atractivo de la novedad. Pero, ninguna sensacion resistia largo tiempo al hálito desecante de la saciedad. E insensiblemente, con cada entrevista, su amor descendió de la cima vertiginosa, llena de rayos y precipicios donde estallára, y creian que se pudiera mantener. Rotas las álas de la pasion, empezó á arrastrarse en las sendas vulgares del hábito carnal. Una depravacion más profunda y sutil se infiltraba en sus embriagueces, á medida que éstas se internaban más en el profanado hogar: el atrevimiento del escenario—á dos pasos de las víctimas—atizaba la audacia mórbida de las actitudes. Afanábanse, con malsana y perversa curiosidad, por encontrar al fin la sensacion suprema: pero quedaban cada vez mas estragados y hastiados de sí propios.

Ella, sin embargo, se agarraba de esa triste

realidad, residuo repugnante de su sueño ideal. Cada noche acudía á la cita con esperanza nueva, que se desvanecía á cada amanecer. Ay! es que los placeres de la pasión culpable, se parecen á los regalos obtenidos por sortilegio: el primer rayo del sol trueca la joya de la noche en una hoja marchita. Amarse es confundir sus recuerdos y esperanzas, alimentar sus almas con el mismo maná de consuelo comun, consumir entre dos el misterioso reparto de la vida, de tal suerte que se dupliquen sus alegrías y se aminoren sus pesáres. Y ¿cómo amarse, entónces, ellos que no podían sinó atribuirse mútuamente sus angustias y actual ruina, ellos que habían profanado sus recuerdos, y, sin esperanza posible, confiaban día á día el fruto vedado de un árbol que no tendría otra cosecha?

Cada mañana, más que como amantes, se separaban como cómplices: cada cual recelaba de la denuncia del otro ante la propia conciencia; y sin atreverse á confesarlo, sentían que se retiraban de ese acceso de fiebre pasajera, con la boca más amarga y creciente lasitud.

Por otra parte, la situación exterior de Marcel

ante la familia se tornaba cada día mas penosa é insostenible. No era solamente Correa á quien solía encontrar con aspecto sorprendido y casi severo; eran todos los amigos de la familia que derramaban en la colonia americana la semilla invisible de la maledicencia: los tios Zamalloa de vuelta de su excursion, y hasta Capdebosq, solía insinuarle alguna vez con su finura de jabalí, la estrañeza de su conducta.

—Bueno! yo no me meto en casa agena, verdad? Pero, nom d'une brique! Permítame decirle, Renault, que no deberia dar tantas vueltas al rededor del puchero! . . . Rosita—puedo decir que la he visto nacer—es la joya de las joyas. No hay más. Y aunque buscára treinta años entre todas sus parisienses, le digo ¡por los quinientos mil rayos de Dios! que no hallaria otra igual! . . .

En cuanto á la pobre abandonada, mostrábase alternativamente confiada ó recelosa, cual si una sospecha pronto desechada cruzára á veces por su mente. Tení, por cierto, la vaga intuicion de un obstáculo terrible alzado por alguien entre ella y Marcel. . . Pero, aunque herida en

lo mas íntimo de su ser, esta alma valiente enseñaba al dolor una frente serena. La inocencia es una fuente de energía. Además, hacía dias que sentía con esa hiperestesia de sentimientos de la mujer que ama, algo parecido al antiguo effluvio apasionado en los ojos de Marcel, aunque no la mirára sinó con cierta timidez furtiva y pareciera rehuir toda íntima conversacion. Era muy poco, sin duda, pero los corazones puros y jóvenes no aceptan sinó en último extremo, la conviccion del mal y la desesperacion.

Una tarde de Octubre, Marcel entró en el salon abierto, sin hacerse anunciar, segun acostumbraba. Rosita estaba sentada en el piano, en el extremo opuesto y dando la espalda á la puerta. El jóven recibió como un choque violento en el pecho, y se detuvo: en el atril del piano abierto estaba un libro de música que él conocía demasiado; aunque no podía distinguir el título á la distancia, *sabía* que Rosita acababa de tocar la triste cancion de Musset: *A Saint-Blaise, á la Zucca*. . .

La niña con la cara oculta entre sus manos, lloraba silenciosamente; el contenido sollozo le-

vantaba sus hombros por instantes, y una de sus desatadas trenzas de oro caía en su cintura. Marcel se retiró horrorizado, no tan solo por esa muda condenacion de su conducta, más sobre todo por la revelacion tremenda que iluminó como un relámpago siniestro los abismos de su corazón. Entre los castigos que mereciera su crimen, no había pensado en el más terrible que la inflexible lógica de la vida le iba á infligir. ¡Amaba á Rosita!

Los románticos de principios de este siglo solian pintar á sus lamentables héroes, de pié contra una roca solitaria, ó sentados á orillas de los lagos melancólicos, saboreando con entera comodidad sus esquisitos desconsuelos. La vida real no es tan clemente para el íntimo dolor. Hay que sufrir sin gritos ni contorsiones—máxime si es el corazón que sangra—y ocultar las angustias bajo una máscara irónica ó jovial. Es fuerza sufrir el choque de las preocupaciones ó alegrías ajenas, sin lanzar en el mundano concierto la nota áspera y desafinada del propio sufrimiento.

Marcel, en la situacion moral que acabamos de

indicar, bajaba la gran escalera del Hotel, cuando se encontró con la pareja Zamalloa y Capdebosq que subían continuando una discusión comenzada en el Boulevard. Doña Rosario se apoderó de Marcel, que forcejeaba vanamente por evadirse: hubo que instalarse en su habitación y ser juez en el debate.

—A V. me remito, gritaba doña Rosario — por ser hombre de gusto y despreocupado. Capdebosq está empeñado en que no mande regalo alguno á la Iglesia de Lourdes, y haga aprovechar de su importe la Asistencia Pública. Bonito! Qué ha hecho por mí la tal Asistencia! Mientras que la Virgen. . .

—¿Y la Virgen? replicaba el testarudo Capdebosq—ó cree V. en la operación del Espíritu Santo? Valiente milagro! y extraño que Don Ventura permita que se haga caso omiso de su. . . colaboración!

—Yo no me meto! exclamó el marido—Ella dice que está hecho el milagro: no quiero saber más. . .

—Ya vé V., descreído! repuso la amostazada devota, y dirigiéndose al dependiente de la joye-

ría, que había quedado en la puerta:—*Eh! musiiú! venez pour enseñé les prendes!*

El empleado obedeció, abriendo dos anchos estuches que contenían, el uno, una gargantilla de brillantes y el otro una corona con perlas y rubíes. Marcel admiró las dos prendas, y esforzándose por sonreír, dijo á doña Rosario:

—Los dos adornos son exquisitos, señora, y prueban su buen gusto.

—Gracias! Con V. siquiera se puede hablar. . . Pero ¿cuál le parece más conveniente para la Vírgen. . . .

—Oh! V. comprende que es difícil adivinar el gusto de esta. . . de Nuestra-Señora. Sin embargo, optaría por la corona. Es prenda mas religiosa.

—Perfectamente, aprobó doña Rosario encantada; y ya decidida tomó el estuche y lo colocó sobre su *chiffonnier*. Pero dió un suspiro al cerrar el otro, y mirando á don Ventura, agregó con intencion:

—Y ese baile del 12 que me toma de sorpresa. . . Bien sé que en mi estado no puedo bailar: haré oficio de mueble; pero por eso mismo,

debe uno ponerse de mucho decente. ¿Qué te parece, Ventura?

—Y ¡tómalo si te gusta! contestó don Ventura con resignación. . .

La beata señora dió un salto de contento, sin acordarse de su estado, y despues de un agradecido apretón de mano á su marido, se puso en la tarea de probarse la dichosa gargantilla ante el espejo, esplicando á Marcel el motivo de la solemnidad.

—¿Qué no sabía V.? Es un gran baile de la colonia americana. La idea es de Romero y no sé quién mas. Primero se trató de una comida de argentinos en el Hotel, festejando el recibimiento del nuevo Presidente Pero despues, un jóven colombiano—muy instruido—hizo notar que el 12 de Octubre era fecha americana—creo que el descubrimiento de América ó cosa por estílo. En fin, fecha tras fecha, la funcion se ha formalizado hasta ser un gran baile de otoño en el salon de fiestas del Continental—el primer baile de la estacion. ¡Si habrá lujo! Puede V. figurarse. . . No le parece, Marcel, que me está un poco baja?

—Le está de molde, contestó el jóven despues de acercarse.

—Asistirán: la señora de Brewster, el gran saladerista de Cincinnati, la baronesa de Tabatinga, con toda su joyería; en fin, la flor de la aristocracia americana. Por supuesto que V. no faltará?

—Yá lo creo, contestó Capdebosq por Marcel: formaremos en el batallon argentino... ¡Viva la patria!

Marcel aprovechó este primer claro en la conversación para tomar su sombrero y despedirse. Anhelaba estar solo para reflexionar en su estraña y ya insostenible situacion.

En su salita donde Andrea no penetraba yá, y que había recuperado su aspecto de habitacion varonil, con libros, dibujos y armas por todas partes—sin esencia de *white rose* en el aire ni pétalos de jazmin en las rinconeras—estuvo paseándose durante horas sin atinar á resolver nada definitivo. No podía hacerse ilusion respecto del callejon sin salida en que estaba descarrilada su existencia. Quería á Rosita, como el condenado arrepentido quiere la virtud y el honor: sin

esperanza posible de levantarse hasta esas estrellas de la vida. ¿Cómo prolongar por mas tiempo esta degradante traicion que desde ya se volvería mas innoble que antes, pues ni á la pasion culpable quedaría fiel? Despues de engañar á Correa y Rosita, era menester ahora finjir ante Andrea un amor de limosna y conmiseracion. Ya era demasiado! Llegaba al último peldaño del descenso, pasado el cual el alma se asfixia en las místicas emanaciones. Ese baile, dentro de cuatro dias, era la ocasion ofrecida para romper el doble vínculo que le ligaba con ese pasado de amargura y vergüenza. En el tumulto de la numerosa reunion, le sería fácil hablar separadamente con Rosita y Andrea: anunciaría un viaje de visita á su familia que de meses atrás le estaba llamando—y partiría, para no volver más. . .

En este momento, su mirada se detuvo en una tarjeta colocada en su mesa: era la de su camarada Roche, el ingeniero que se preparaba para emprender una nueva conquista de la civilizacion. ¡Que vida tan llena en su brevedad! Despues de prestar sus servicios á la patria como soldado, el noble jóven había recorrido la Europa coone-

rando en obras de progreso internacional. En seguida, había formado parte de la primera expedición del coronel Flatters, llevada á cabo por el Sahara argelino, en medio de los peligros y privaciones—y hé aquí que se preparaba ya para una segunda jornada. bajo el mismo jefe, con la sencillez sublime de un héroe. Ese era pobre: pero ¡que fortuna valía ese tesoro de gloria conquistada! . . . Y él se atrevía á dar la mano y tutear á ese trabajador austero y modesto cuya vida tenía mas utilidad general en cualquiera página de un dia, que la suya propia en su conjunto!

Engolfado estaba Marcel en estas tristes reflexiones, cuando Capdebosq entró en su habitación. Corrió hácia él tendiéndole la mano con una cordialidad inusitada, y despues de hacerle sentar, reparó en la oscuridad que reinaba en la habitación: eran las ocho de la noche, y esas tres horas habían pasado como un instante. Encendió las luces y entónces notó el semblante insólito de su amigo: fruncía las cejas, apretando los enormes puños convulsivamente, y sus ojitos de paquidermo despedían rayos y centellas.

—¿Qué le pasa, Capdebosq? preguntó Marcel.

—¡Le enseñaré á respetarnos! exclamó el bearnés con su voz de clarín....

Figúrese V. que estaba sentado hace una hora en el café Durand, tranquilo como Bautista—pues que así me llamo—y esplicando á mi mozo que ha vivido en Buenos Aires—en español, naturalmente—el modo de preparar un asado á la criolla. Cuando un señor sentado al lado mio—aspecto varonil y trage de militar, con una cinta multicolor en el ojal—me diriye la palabra. Yo que no puedo comer solo, le contesto. Por fin juntamos nuestras mesas: viene borgoña, champagne, licores; etc.... Mi compañero tiene modales encantadores: ha viajado en España y América. Chapurra el castellano ... un caballero completo! Concluida la comida, saco un billete azul y pago por los dos á pesar de su resistencia.... Me pregunta por donde voy. Se lo digo y me propone acompañarme hasta la Magdalena... Vamos; pero hé aquí que su conversacion muda de tono bruscamente; principia á criticar nuestras cos-

tumbres americanas, nuestras revoluciones y hábitos comerciales : le contesto, y palabra tras palabra—estábamos en la parte más desierta y oscura de la plaza, contra la Iglesia—se arma la gresca y hace un ademán ameneizador.... Le arrimo, pero ¡qué trompis, hermanos míos! Quedó sentado un momento, como reflexionando en la situación.... En esto, siento que alguien me toma de atrás como para contenerme, me doy vuelta desasiéndome con fuerza y me encuentro con otro prójimo que exclama :

—«Así no riñen dos cababalleros. . . Capitán: dé vd. su tarjeta al señor. Yo hago mia la causa ! » Recibo una tarjeta, doy otra, y héme aquí, mi amigo, con otro duelo encima, yo que soy manso como oveja. . . Mañana espero padrinos, y he pensado en vd. . . y Romero.

Marcel no pudo contener la risa ante la singular aventura de Capdebosq, y la no menos peregrina ocurrencia de designar como padrino á su adversario de Rio. Pidió la tarjeta del caballero condecorado, y despues de leer: *Comendador L. Albertini, ex-edecan del General Cabrera:*

—Hum! murmuró Marcel—Albertini recuerda

mucho al *Giourdina*, de Molière "que significa Jourdain" . . . Dígame, Capdebosq. ¿dónde tiene vd. su dinero? . . .

—Aquí, en el bolsillo de la levita, contestó el bearnés metiendo la mano para sacar su cartera. . . Pero, dió un grito de estupor al encontrar el bolsillo vacío, abriendo la boca como tronera. . .

—Y ¿cuánto falta en su cartera?

—Poca cosa, felizmente, contestó Capdebosq. cuatrocientos y tantos francos, el vuelto de mi billete. . . Pero ¿dónde los habré perdido?

—Bueno, querido, por esta vez no habrá duelo. El comendador y el tercero son dos compadres que le han escamoteado su cartera. En lugar de sangre, su flamante entusiasmo por la América, le cuesta cuatrocientos francos: es de balde!

—Lo que me consuela, contestó Capdebosq., es que no ha sido engaño, ni escamoteo, mi trompada al Comendador. . . Y recordando esta parte feliz de su aventura, soltó una estruendosa carcajada. . .



VI

Ese baile americano del 12 de Octubre, hizo época en los fastos del Hotel Continental, aún despues de la fiesta de Murcia que tuvo allí lugar á mediados del mismo año. Cierta es que en la reunion actual no podía admirarse la augusta majestad de la reina Isabel, ni el porte seguramente más régio de la duquesa de Castries, ni tampoco la elegancia altanera de la marquesa de Gallifet. . . No eran numerosos esa noche los blasones auténticos y comprobados en un Manual heráldico: algunos títulos exóticos y harto retumbantes de baronías y vizcondados mejica-

nos ó brasileiros, nada podían probar en contra de la fundamental democracia del Nuevo Mundo allí representada; y esto mismo lo demostraban elocuentemente el aspecto y modales de esos pocos *fazendeiros* y comerciantes, recién ennoblecidos con la compra de alguna flamante ejecutoria.

Pero, fuera del lujo quizá excesivo de los vestidos y aderezos, la suntuosidad advenediza del Hotel Continental, nunca sirvió de marco á un cuadro de mujeres mas bellas y seductoras desde la punta de sus zapatos de raso hasta sus cabelleras de oro ó ébano, donde los diamantes centelleaban como estrellas de primera magnitud en el cielo nocturno. Allí no había pergaminos nobiliarios, ni en los nombres ni en las caras; y ese brillo especial de la belleza americana, de que carecen las consumidas aristocracias, parecía la transmutacion humana de la florescencia tropical.

Al dar las once, el baile ya estuvo en su apogeo, faltando poquísimos de los trescientos invitados cosmopolitas, que representaban allí todas las comarcas americanas, desde Chile hasta el

Canadá, y encubrían los contrastes originarios debajo del uniforme lustre parisiense que todos habían adquirido. El gran Salon de fiestas, con su doble hilera de columnas de mármol, sus cornisas recargadas de oro, su cielo raso representando las Estaciones y los torrentes de luz de las girándulas, arañas y candelabros, ofrecía un espectáculo de incomparable esplendor. En la fila de banquetas de terciopelo que corría en contorno de la sala inmensa, las mugeres sentadas formaban un friso de maravillosa riqueza, y mas adentro, en los intercolumnios, las mas jóvenes—las bailadoras—en sus doradas sillas volantes, se desplegaban en feston de flores animadas, como en los palacios de encantamiento. La orquesta de Métra, colocada entre las dos puertas del fondo, y ocultada por arcos y espesuras de plantas tropicales, movía á su ritmo arrebatador ese mar con ondas de raso maravilloso y tornasolado, tul y gasa transparente, crespon lijero y opulento brocado, flores y plegados de todas formas y matices, con deslumbrantes espaldas y nucas de nieve bajo la profusion de los bucles perfumados—en cuya cima las piedras chispean-

tes recordaban el resplandor fosforescente de las olas oceánicas.

Aunque estaba también habilitado para bailar el vecino salón morisco, revestido con púrpura y oro, el pavimento oscuro desaparecía bajo las largas colas de los vestidos de corte, y las parejas apiñadas se desbordaban hasta el jardín de invierno y el pasaje cubierto que conducía al vasto comedor de la calle de Rívoli. Era un verdadero baile—donde se bailaba con todo ardor y arrebató:—y en esto se diferenciaba esta reunión, de las solemnes procesiones oficiales del Eliseo—tanto como en la belleza general de las mujeres, la rareza de los uniformes y el brillo algo excesivo de los trajes y composturas. Alguna cansada pareja maniobraba durante un cuarto de hora para alcanzar una silla vacía: pero la encontraba señalada por un clac negro ó la espada de parada de algun *attaché* militar.

Los recién llegados, de pié contra las mamparas, reconocían de lejos, por su cabello de yesca amarilla en que los brillantes parecían arrojar chispas y encenderlo, á la excéntrica banquera yankeé que ofreció comprar el Arco de Triunfo

con sus pozos de petróleo—ó la picante y seductora Limeña que renovó la hazaña de Ceneréntola, apostando que calzaría un zapatito de cristal microscópico—y salió airosa de la apuesta.

A las doce, Lesseps, erguido y vigoroso á pesar de sus setenta y cinco años, con el gran Cordón de la Legion de honor pasado bajo su chaleco blanco, atravesó la sala en toda su longitud, dando el brazo á la esposa del Ministro de Estados Unidos. Y no hubo frívola muchacha ni retozon mozalvete de gardenia en el ojal del frac, que no se diera vuelta, siguiendo con la mirada á ese glorioso anciano que ha cavado en el planeta una huella indeleble, un rastro mas profundo que Alejandro, César y Napoleon.

—¿Quién es ese viejito? preguntó Doña Rosario á Capdebosq que estaba parado delante de ella, en el pasadizo exterior de la sala, y á quien su inusitado clac pesaba mas que un disco de plomo.

—¿Ese alto, delgado y lampiño? es un saladcrista oriental.

—Nó; el que tiene una cinta federal en la pechera, á quien miran todos?

—Ah! ya sé, contestó Capdebosq con aplomo, es un general colombiano.

Dofia Rosario ostentaba un magnífico vestido de raso encarnado que, si bien algo vistoso, hacía resaltar su fisonomía morena. Se había sentado en la sala de baile para seguir los pormenores de la fiesta—pero repetía á cada persona de su relacion que se acercaba para saludarla, los motivos que tenía para permanecer pasiva, acompañando la confidencia con sobrentendidas reticencias que provocaban las felicitaciones. No obstante, como recorriera la sala con la mirada sin encontrar á quien buscaba, invitó á Capdebosq para dar una vuelta por los otros salones. Este aceptó con júbilo, para iniciarse en los misterios mundanos; y muy tieso, colorado, con el clac en el pecho como un escudo, empezó á guiar á su compañera entre la muchedumbre. Algunas palabras de los grupos, en inglés, francés ó portugués llegaban á sus oídos; pero la lengua que dominaba era la castellana, y nunca dejaba Capdebosq de murmurar con satisfacción—«Estos son de los nuestros».—aunque se tratase de mejicanos ó arequipeños.—« Y á propósito de paisa-

nos, preguntó una vez, no he visto todavía á Andrea ni Rosita . . .

—Yo entré con Rosita, contestó Doña Rosario: ha de estar bailando por allá lejos... Dejé á Andrea arriba... Correa no ha querido bajar, naturalmente . . . Y á propósito, veo aquí á Romero que me puede ofrecer el brazo . . . Conveniría que V. fuera á decir á Ventura—allá en la sala de juego—que Andrea está pronta, y no ha de tener con quien entrar en la sala . . .

El jóven porteño estaba efectivamente parado al lado de una columna: deliciosamente acicalado y con una cinta azul y blanca en el ojal—¡ tres meses de retirada en la revolucion de 1874!— Se inclinó ceremoniosamente ante la señora, que le dijo á media voz:

—Ni pensaba V. moverse si no lo busco. . . .
¡Pícaro!

Pero, á los pocos pasos la rencorosa señora se encontró con Marcel que acababa de entrar, y despues de detenerse un instante para saludarle, agregó:

—No debería decirle nada por haber llegado tan tarde. . . Pero seré buena—y señalando un

punto de la sala con su abanico—allá está Rosita hecha un angel: si pierde V. un segundo, no la vuelve á hallar sentada en toda la noche. . . Le aviso que hay demanda! . . .

La niña estaba sentada en la parte central de la galería, y Marcel pudo contemplarla sin ser visto, por entre la cabeza de los mirones parados en un intercolumnio. Vestía de raso azul y blanco, con una rica y distinguida sencillez. En el hombro izquierdo, una escarapelita con los colores argentinos estaba fijada con un broche de diamantes en la *drapería* de gasa blanca que dibujaba el escote; y en sus orejas rosadas tenía una gruesa perla atornillada en *dormeuse*. Ningun otro adorno: su guante blanco subía hasta el codo sin una pulsera, y tampoco llevaba collar ó gargantilla en su cuello redondo que seguía la línea de los hombros desnudos en una curva de encantadora pureza. ¿Para qué necesitaba joyas la deliciosa criatura, con su cuerpo esbelto y de irreprochable elegancia, ó sus cabellos de oro que se retorcían graciosamente en bucles, y caían sobre la delicada nuca en mechadas ondeadas y sueltas? Su belleza exquisita se avenía mejor con la sen-

cillez que la revelaba entera, como el agua limpia de la fuente en la copa de puro cristal.

Mientras Marcel contemplaba con muda desesperacion á ese ser adorado que pudo hacer la felicidad de su vida, y á quien tenía ahora que abandonar,—oyó que un jóven decía á su lado, dirijiéndose á otro :

—Pero, despues de dar vuelta al salon entero, hay que detenerse en Rosa Miranda . . . Es la joya de la colonia. . . No puedo resistir al deseo de quemarme un poco las alas, y la voy á invitar. . . .

Efectivamente, el jóven se alejó despues de estas palabras; y al sentir un súbito malestar por este vulgar incidente, comprendió Marcel cuanto la amaba yá. Sin darse cuenta del móvil que le impulsaba, se deslizó por entre los circunstantes poniéndose en evidencia para Rosita. Ella le vió: un relámpago de alegría iluminó su entristecido semblante, y comprendiendo la mirada de Marcel, contestó con una señal negativa y algunas palabras de excusa al pedido del jóven americano, que se quedó á pocos pasos, algo corrido. Entónces llegó Marcel, y se inclinó ante ella; la mu-

chacha alzando en él sus grandes ojos de cielo, se levantó en silencio y se apoyó en su brazo.

La orquesta, con esa solicitud de los autores por sus propias composiciones, tocaba en este momento *La Vague*: ese wals lánguido y bonitamente amanerado de Métra. Pero ni uno ni otro pensaba en bailar. Pasaban en medio de las parejas arrebatadas por el vuelo de la danza, sin encontrar todavía una palabra que decir y no fuera revelacion harto elocuente de sus angustias. Hacía muchas semanas que no se encontraban solos, lejos de las miradas curiosas ó suspicaces, y les parecía que se volvían á ver despues de una larga ausencia, llena de misteriosas peripecias. Al fin, él murmuró con voz ahogada:

—Rosita, temo herir las conveniencias mandanas, al pedirla que pasemos al jardin de invierno para conversar. Pero lo que tengo que decirle es tan íntimo y solemne, que me atrevo á solicitar este favor. . .

—Las conveniencias mandanas entre nosotros!—contestó Rosita con una sonrisa amarga; y agregó con una decision desdeñosa:—no hay consideracion exterior que valga en esta hora.

Quiero que hablemos al fin—y si V. no me pidiera esta esplicacion, yo la hubiera solicitado. . .

El patio cubierto convertido en jardin de invierno, formaba un salon con techo de cristal, lleno de plantas exóticas y enredaderas festoneando caprichosamente las paredes; los chorros de agua saltaban de las pilas de rocalla y frescas espesuras, atravesados por los rayos de luz de los picos hábilmente disimulados tras de los cactus y ramilletes de ninfeas. En las estrechas y alfombradas calles de este diminuto laberinto, habia bancos y sillas, para las parejas deseosas de escapar algunos minutos al bullicio del baile. Pero este retiro estaba aun desierto á esta hora, y los escasos visitantes que asomaban á la puerta, daban un rodeo discreto al ver de lejos á Marcel y Rosita en plena luz. Para los que les conocían, nada tenía de sorprendente este aparte de novios; —para los demás, el hecho no tenía importancia ni significacion.

La niña se habia sentado en el rústico sofá, esperando con el seno agitado por la emocion, las primeras palabras de Marcel que había quedado de pié; y él la miraba dolorosamente, en ese

marco de verdura y aguas murmuradoras que trasportaba su recuerdo á la lejana escena de la Cascada. No encontraba al pronto otro homenaje ante esa radiante juventud sacrificada, que su angustioso silencio. Hasta ellos llegaba, debilitada, entristecida por la distancia, la música del baile. Entónces, haciendo un esfuerzo, comenzó á hablar: y la niña que alzó los ojos para mirarle al escuchar su voz entrecortada, se estremeció de miedo al ver su palidez.

—Rosita, le juro á V. que fui sincero al hablarle de mi amor. Creí que podía disponer de mi vida. No tenía ese derecho... Un vínculo anterior me liga.... No soy digno de V.... Merezco que me aplaste con su desprecio....

Y al decir estas últimas palabras en voz baja, como una confesion de vergüenza, inclinó la cabeza y soltó los brazos en la actitud del criminal que aguarda el castigo. Ella tuvo un grito abogado y juntó sus manos, mas horrorizada por la bajeza de la traicion que abatida por la desgracia:

—¡Santos del cielo! Es V. el que habla, Marcel, ó no he comprendido?... V. es el que dijo que me había engañado sin quererlo con sus

protestas y juramentos, haciendo relumbrar á mis ojos la ilusion de la felicidad!.... No es posible: me equivoqué.... Ningun hombre es capaz de tamaña cobardía!....

—Insúlteme, maldígame: es un consuelo para mí.... El castigo alivia la conciencia del culpable.... Sí, yo soy el que juraba amor eterno y no mentía, el que tomaba á Dios por testigo de su sinceridad—Yo que creia, en fin, salvar el umbral de la dicha suprema sostenido por la mano de un angel adorado—olvidando por desgracia, que la cadena remachada en mi cuerpo me arrastraba hácia atrás, por mas que la incrustase en mi carne para alargarla.... ¡Soy un miserable condenado! Le devuelvo su palabra, Rosita: no soy ni he sido nunca digno de V....

—¡Mi palabra!—murmuró ella con indecible amargura—hé ahí la fórmula convencional! Devolver la palabra de honor y compromiso, como se devuelve un dinero prestado: y esa es la probidad humana! ¡Y mi perdido reposo, mi destrozado corazon, mi vida envenenada á los diez y ocho años, mi alma marchitada por la desconfianza y desesperacion! ¿quién podrá devolverlos?

¿No conocía V. por ventura las servidumbres de su existencia tenebrosa, antes de brindarme su nombre comprometido y su mano de felon? ¡A mi tocaba enseñarle prudencia y lealtad, yo ignorante de las perfidias de la vida, y que recién hoy conozco de cerca la mentira y la traición! Ah! corazón advertido y fiel ¡cómo me prevenías hace tiempo! Pero rechazaba esa sospecha como un insulto hácia V. . . ¿Porqué ha de haber un hombre capaz de engañar villanamente á una infeliz muchacha que á nadie hizo nunca mal conscientemente, y porqué he de creer que ese hombre sea el que he elegido por su grandeza de alma y generosidad? . . . Oh! vírgen santa, qué he hecho yo para merecer lo que me pasa? ¡Y ése, ése es un caballero que marcha con la frente erguida, ése es un gentilhombre francés! . . .

Se había levantado indignada y soberbia en una actitud soberana de implacable desprecio, y continuaba con su acento vibrante aunque sin elevar la voz—mientras él, desplomado en un asiento, casi arrodillado, bajaba la frente empapada en sudor y lanzaba al suelo, maquinalmente, sus guantes hechos girones en sus crispados puños. . . .

—No quiero escuchar explicaciones que me mancharían, fueran verdades ó mentiras. No le conozco á V. mas. Le arrojo de mi presencia, y de mi camino, y de mi vida! Amé á un fantasma de mi imaginacion: no quiero ver la realidad degradante. No quiero saber qué ser indigno es cómplice de su perversidad. No quiero tocar su brazo para volver al salon. Esperaré aquí á una persona de mi familia. Retírese! . . .

Y con una energía febril que la transfiguraba, la niña tímida de ayer súbitamente madurada por la pasión sublime, enseñaba á Marcel la puerta de salida en un ademán de supremo ultraje. . .

—¡Rosita! exclamó sordamente el desgraciado alzando la cabeza: pero, al verla tan bella con su expresión de arcángel airado, palpitante el seno y resplandecientes los ojos de santa indignación—no sintió el afrentoso castigo de su actitud, sino el desgarramiento supremo de su corazón ante el cielo perdido—y un sollozo convulsivo se escapó de su pecho, al tiempo que por su desencajado semblante corrían lágrimas—esas verdaderas lágrimas varoniles hechas con sangre, y que marchitan en una hora el rostro envejecido. . . .

Se levantó, y recorrió algunos segundos una calle estrecha y sombría del invernáculo.—Rosita quedó sola.

Pero, al cabo, no era sino una débil muger—una niña que tal vez amára aun á pesar suyo: y vencida tambien por un dolor superior á su juventud, cayó en el sofá escondiendo su cabeza entre sus manos abiertas. Así la encontró Marcel: lloraba silenciosa, perdidamente, secando su rostro con el pañuelo y dando por momentos grandes suspiros que estremecian su cuerpo adorable, y parecian el esfuerzo impotente del corazon por sobrellevar su pena.

Se atrevió á contemplarla un instante con passion desesperada y muda, luego murmuró en voz muy baja:

—Adios para siempre, Rosita! El corazon que no la merecia quedará lleno de su recuerdo, mientras tenga latido. . . . Aquí estará su imagen como una estrella reflejada en un pantano impuro. . . . Solo ahora sé lo que valia V. y lo que pierdo. . . . Ahórreme su desprecio. . . . Adios! , . .

Se retiraba ya; pero ella sin levantar la cara

de su pañuelo, estiró lentamente su mano derecha, como la suprema limosna del alma que quiere compadecer sin poder perdonar: él cayó de rodillas y llevó á sus lábios esa mano que tocaba por última vez. En seguida, se alejó sin darse vuelta.

Al recorrer las galerías casi desiertas del patio principal, pidiendo calma, siquiera exterior, al aire frio de la noche, Marcel tuvo un minuto el pensamiento de marcharse sin afrontar la segunda y mas amarga despedida. Los que creen, podrán decir que la Providencia le envió esta salvadora inspiracion. Nada estaba quizá perdido irrevocablemente: Rosita no sospechaba la verdad; tal vez el tiempo cicatrizára tambien esa primera herida del alma jóven—y la otra olvidaría á su vez. . . .

Pero, esa inspiracion no fué oida. En su decadencia moral, ese jóven se habia abstenido hasta entónces de huir ante el dolor que le amagaba. Sabia que esta nueva separacion seria otro desgarramiento: pero consideraba villanía el abandonar á esa pobre mujer, sin una palabra, como una flor marchita. Y entró resueltamente

en el baile, para decirle también la lúgubre palabra que destroza las almas adheridas.

Habia crecido aún la animación del baile, fundiéndose al calor de la danza la helada etiqueta. Los mirones y rezagados habían entrado en juego, despoblando las banquetas exteriores; y en la baranda de parejas que se estrechaban y movían en lentas oscilaciones, flotaba una sutil y voluptuosa emanación desprendida de las perfumadas cabezas y vestidos de las mujeres, con algo más íntimo y capitoso que encendía los ojos de los bailarines. En busca de descanso ó aire más fresco, las parejas comenzaban á derramarse por el salón morisco, el comedor ó el jardín de invierno; y aunque todos estos salones secundarios aparecían llenos de invitados, la gran Sala de las fiestas estaba más atestada que antes.

Marcel recorrió vanamente todo el recinto, y se disponía ya á dar por cumplida su misión aquella noche, cuando se encontró bruscamente delante de Andrea que salía del salón morisco con un diplomático sud-americano. Sin duda, éste estaba prevenido, pues saludó respetuosamente á su compañera que le agradeció la amabilidad, y tomó el brazo de Marcel.

Por un extraño capricho—que su situación parecida á la viudez justificára—llevaba un vestido de raso y adamascado negro, adornado con fleco de perlas; una rica pulsera centelleaba sobre el guante negro, y un cordon de flores purpúreas á la izquierda del escote, hacia el efecto de una mancha de sangre. Su pálida y escultural belleza, la espléndida cabellera de azabache estrellada con diamantes, y ese traje severo, envolvían en una aureola trágica á la jóven, evocando el recuerdo poético de esos amores régios y fatales, hermanos de la muerte, que tienen su desenlace sombrío en la alcóba de una Francesca ó Maria Estuardo—y dejan en el pavimento una mancha roja, como la del castillo de Holyrood.....

—¿Dónde estuvo V. toda la noche? preguntó Andrea con voz breve.

—En el jardín de invierno.

—¿Con Rosita?

—Con Rosita.

—¿Qué tenía que decirle en tanto tiempo?

—Tenía que avisarle, contestó friamente Marcel, que me marchó mañana para no volver—y rompo el compromiso contraído...

Ella tuvo un sacudimiento brusco, y el joven sintió el peso del cuerpo de Andrea en su brazo, como si fuere á desfallecer. Pero, reaccionó muy pronto; y despues de un minuto de silencio, agregó con voz trémula y sorda:

—Separémonos en la galeria, delante de la escalera principal. V. dé vuelta por su cuarto. Le espero en el salon...

Marcel entró en su cuarto, volvió á cerrar, guardando la llave en el bolsillo de su paletó; y luego sin encender luz, abrió la puerta de comunicacion y penetró en la sala de Andrea, debilmente iluminada por una sola lámpara de pared. Esta sala, además de la mencionada puerta, tenía otras dos, dando la primera al pasadizo que conducia al cuarto de Rosita, y la segunda al *boudoir* de Andrea y demás piezas interiores: el dormitorio de Correa era el más vecino de la pequeña habitacion,

Andrea estaba de pié, en medio del salon, emergiendo su busto y cara de mármol, del escotado vestido negro cuyos pliegues se perdian en la semi-oscuridad. No dió un paso hácia Marcel, pero cuando estuvo cerca de ella, grave y

pálido aún por la reciente emoción, le miró á la cara y estalló con amargura. Y era siniestra esa conversacion en voz baja, en el silencio nocturno, entre esos dos seres jóvenes y bellos, que hablaban de muerte y desesperacion, puestos aún sus vestidos de baile....

—¿Por qué se va V?... Sobre todo ¿qué significa esa marcha súbita, sin que yo sepa nada, y sin preguntarme si estoy pronta para recibir ese golpe terrible, si he hecho provision bastante de fuerzas y lágrimas, para aceptar ahora la soledad horrible llena de remordimientos y poblada de fantasmas?...

La interrumpió con ademán suplicante y la condujo lentamente al sofá—quedando el de pié para hablar, y buscando las palabras menos hirientes y crueles para ese ulcerado corazón:

—Me voy, Andrea, porque no puedo soportar esta vida de mentiras y traiciones. V. no tiene que engañar sinó á *él* que nada puede sospechar, el desgraciado! Pero yo tengo á *otra* persona ante quien me he perjurado cien veces ya. No podia mas: ya lo sabe todo. He preferido darle la puñalada de una vez, que seguir

envenenándola día por día. He llegado al extremo y las fuerzas me faltan...

—Y yo, Marcel!—exclamó sordamente Andrea—¿crée V. que no me siento abrumada bajo el peso de esta existencia infame? Mentir, siempre mentir! Engañar á Rosita, á Correa; componer cada día la red de embustes que cualquier incidente rompe siempre por algun lado; ruborizarme ante mi hija, cuando en su inocencia me habla de V.... Ah! y el amor robado á la hermana y compañera de mi infancia!.... Pero, Marcel: está consumado lo irreparable.... Lo único que queda en pié en mi camino lleno de ruinas, es mi amor, es nuestro amor! Y bien, apruebo su ódio y repugnancia por esta existencia envilecida. Seré tuya y sólo tuya. Abandonaré el hogar que envenena nuestra dicha con sus mudos reproches, arrancaré esta máscara de odiosa honradez que me quema la cara.... No partirás solo; el mundo es nuestro, nos haremos un paraíso con el dēstierro. Fija la hora: mañana, esta noche misma....

Y vencida por el dolor, la pobre mujer cayó de rodillas ante su amante. Este la levantó, y

tomándola de las manos con ternura compasiva:

—Es imposible, Andrea. Piensa en los seres inocentes á quienes heririas mortalmente. En nuestra infeliz situacion, el disimulo no es tan solo cobardia; es caridad. Acuérdate del desheredado que soporta la vida únicamente por escuchar tu voz

Pero ella le interrumpió á su vez con un furor sombrío:

—¿Cómo encuentras ahora las razones que tuve para no escuchar tus súplicas! ¿No las hallabas cuando te arrastrabas á mis piés, en ese dia funesto que empezó mi desgracia. Ah! vida miserable donde todo se corrompe ó desvanece! No seas mas prudente que yo, quiero seguirte!

—¿Y tu hija? preguntó Marcel.

Tuvo un estremecimiento: la amante habia olvidado á la madre.

—Ah! sí, mi hija—repitió con estravío—mi hija: y bien la llevaremos! Nadie podrá acusar á una madre que roba á su hija ¿no es verdad?

Marcel desgarrado por la situacion, buscaba

las razones supremas. La tomó en sus brazos con dulzura infinita; y hablándole en el tono de las horas pasadas, para calmarla y convencerla, murmuró:

Andrea, déjame partir. Mas tarde, volveré. No empujes al abismo que solo quiero para mí, á tantas víctimas que viven á tu sombra! Robar á ese hombre la única hija despues de la mujer! Arrancar la criatura al hogar respetado para criarla, huérfana de alma, entre la madre culpable y el amante criminal... Nó, no puede ser! Por fin, piensa en Rosita que perdería en un solo dia la dicha y el honor... No quiero, Andrea: en nombre de ese angel sacrificado, te quedarás!.....

Entonces dió un grito que retumbó en el salon vacío, y exclamó, no pudiendo contener el violento estallido de su voz:

—Ah! es por ella que me abandonas: quieres á Rosita! ...

Marcel aterrado no tuvo tiempo para contestar. Oyóse un ruido de pasos vacilantes y lentos en la pieza vecina, y despues de unos segundos de silencio sepulcral, en que se percibía como una sangrienta ironía la orquesta del baile, se abrió

la puerta del *boudoir* y Correa apareció. Marcel se dejó caer en un sillón, anonadado,

Mas ella, con su flexible astucia femenina, estaba ya en la entornada puerta de la antesala, y como despidiendo á alguien que se alejára en el pasadizo, exclamaba con pasmosa naturalidad:

—Está bien! Compongo mi vestido, y vuelvo allá para la cena!

En seguida hizo á Marcel un ademan imperativo y corrió hácia su marido, que entraba en la esfera de luz de la lámpara y aparecía demacrado y envejecido, con el aspecto lastimoso de un pobre ciego vestido á tientas y de prisa. Marcel estaba inmóvil, con la mirada dilatada, cerradas las mandíbulas, como helado por el espanto.

—Andrea—preguntó el ciego con el ceño fruncido por una sospecha—¿qué grito he oido hace un momento? Con quién estabas? Hace tiempo que escuchaba despierto un murmullo de voces: á quien has despedido? No he oido ruido de pasos....

Ella tuvo un movimiento convulsivo, pero su voz no tembló al contestar:

—Era tio Ventura con Rosario.... Me han

acompañado aquí... Venía á componer mi vestido que se ha roto en la baraunda! Es un gentío!... Está Lesseps, está... .

—Hablabas de la cena ¿qué hora es?

—Pero no sé, mi amigo, mas de las cuatro, en todo caso ... Pasemos á tu cuarto si quieres conversar.... Siento frio....

Pero el ciego avanzó la mano hasta tocar el hombro desnudo de Andrea que tuvo un escalofrio de terror ¡Delante de Marcel!

—¿Cómo has cruzado así las galerías y escaleras? continuaba el ciego con estraña preocupacion; y fué á sentarse en el sofá á cuatro pasos de Marcel. Algo insólito pasaba por Correa, como si á falta de la vista, sus otros sentidos aguzados—el olfato y el oido—le dieran un aviso confuso que no podia comprender ni dejar de percibir. Su cara macilenta estaba dirijida hácia Marcel; y sus pupilas dilatadas parecian mirarle con tan insoportable sijeza, que éste, ya jadeante por el horrible esfuerzo de contener su aliento, experimentaba mortal angustia;—y su mirada extraviada pedia á Andrea que rompiera el espantoso silencio, sintiendo que si se prolongára

algunos segundos más, Corréa oiría sin duda el creciente estertor de su respiracion. Felizmente él habló, sin apartar de Marcel sus ojos inmóviles que, semejantes á los de la antigua Medusa, parecían petrificar al que miraban....Y yá fuera coincidencia casual, ú oscuro presentimiento, las palabras del ciego se adaptaban terriblemente á la situacion.

—No quiero interrogarte, Andrea—decía con voz pausada y triste—pero siento en tu vida, hace algunos meses, algo que me inspira inquietud y zozobra. No tengo—ni acaso he tenido antes—el derecho de hablarte de amor.... No soy tan loco que espere ser amado.... Pero te he conocido siempre franca y leal, y siento ahora un misterio en tu alma. Nosotros, los enfermos condenados á eterna soledad, pasamos las horas en tristes cavilaciones.... Hay algo nuevo que te domina, y perturba la antigua calma transparente de tu vida...

Andrea buscaba una palabra que pudiera decir delante de Marcel, cuando el reloj de pared, cuyo cuadrante no se veía, dejó oír el ruido seco del escape antes de dar la hora—los cómplices

cambiaron una ansiosa mirada:—el timbre sonó dos veces. El ciego se estremeció, y tomando la mano helada de Andrea, exclamó con acento trémulo:

—Son á penas las dos! Ahora creo que no fué la voz de tu tio la que sonaba aquí... Andrea, si fuera cierto que me engañas! Si estuvieras aprovechando cobardemente de mi desgracia para entregar al público desprecio mi nombre, el nombre de tu hija...

No pudo concluir; en el momento en que Andrea se desasia rudamente de su mano crispada, abrióse la puerta de repente, Rosita apareció: y antes de comprender el ademan supremo de su hermana, arrojó este grito de sorpresa, con su voz dulce y fresca que resonó ante los circunstancias como el clarín del Juicio:

—Qué hacen aquí los tres, á estas horas?

El efecto de estas palabras fué instantáneo y fulminante como una esplosion. El grito agudo de Andrea, que cayó en el sofá, herida por el rayo, fué cubierto por la voz formidable del ciego que se alzó, terrible, en tanto que, crispados los puños, buscaba vanamente en sus tinieblas al ignorado cómplice:

—¡No me engañaba: estaba aquí! Ah! miserables!...

Rosita, de súbito adivinó la tragedia, como á la luz de un relámpago; y retorciéndose los manos, murmuraba sordamente sin mirar á su hermana:

—¡Eras tú! Eras tú, desgraciada!

Marcel, mudo é impasible, ostentaba esa calma tremenda que señala el paroxismo de la emocion varonil: habia en su ceño fruncido algo como el ódio inexpiable de la vida, despues de lo que acababa de sufrir, y un insultante desafío á la tempestad que rugia sobre su cabeza: se puso de pié y esperó.

Pero Correa dió algunos pasos hácia Rosita, buscando su mano que estrujó entre las suyas

—Ven, Rosita: tu no sabes mentir. Díme quién es, dónde está?

Y ella, loca de terror, conteniéndole con febril energia, balbuceaba palabras entrecortadas:

—Fermin! En nombre de Dios! Escúchame. Ha sido error: te voy á explicar....

—No te creo—repetía el otro con su voz ronca—díme quien es el cobarde que se oculta aquí!...

Entonces Marcel dió un paso adelante, y cruzándose de brazos pronunció estas palabras con sombría resolución:

—Yo soy, Correa. Estoy delante de V. Alce la mano y hiera en el rostro.

—¡Marcel! Oh! traicion infame... Ya lo sospechaba!—Y el ciego se abalanzó como una fiera; pero tropezó en el cuerpo de Rosita arrodillada que le agarró de las manos para contenerle; y él, estraviado por el furor, la rechazó tan rudamente que la muchacha dió un quejido:

—Fermin, hermano mio, me estás lastimando!....

De pronto se detuvo ante el grito de Rosita, inspirado por el corazón heróico. Bajó su mano en la cabeza de la dulce criatura, y ella sin levantarse acercó un sillón vecino donde Correa se desplomó, agotadas las fuerzas del arruinado organismo; y entonces murmuró con debilitada voz llena de tristeza é infinita ternura.

—Ay! me olvidaba de tí, hijita mia! También te han martirizado sin remordimiento... Un tigre se hubiera apiadado de este ángel... Pobre Rosita!

Y vencido por la emoción, el infeliz dejó caer en el respaldo del sillón su inerte cabeza, en tanto que dos lágrimas bajaban lentamente de sus ojos sin mirada.

Rosita, siempre de rodillas, sin desprender su mano derecha oprimida entre las del ciego, estendió la otra hacia la puerta, sin mirar á Marcel, en un ademán solemne é irresistible,
Este bajó la cabeza y salió lentamente.



VII

Marcel pasó casi todo el siguiente día fuera de su casa. Gracias á varias recomendaciones obtenidas de antemano, pudo conseguir á las doce una audiencia del jefe de Gabinete del Ministro de Obras Públicas. Su doble solicitud había recibido contestación favorable: se le admitía como ingeniero libre en la mision Flatters, y se aceptaba el ofrecimiento que hiciera para cooperar con veinte mil francos á los gastos de la expedicion.

De ahí, pasó á casa de ese camarada de la Escuela, ocupado como secretario de un sábio del

Instituto. Le entregó un título de renta de dos mil francos, rogándole además que se sirviera ocupar su alojamiento del Boulevard Malesherbes, pagado por seis meses más, y disponer del amueblado y otros objetos que allí encontraría. Marcel tenía el secreto de hacer aceptar sus donativos, como actos sencillos y naturales. Desvaneció los últimos escrúpulos de su amigo con estas palabras:

—Es un servicio que hago á mi país y á la ciencia. Los hombres como tú deben disponer de su tiempo y no ser esclavos de la vida. Ahora, podrás continuar tus experimentos. Págame con inscribir mi nombre en tu primera Memoria á la Academia.

Dirigió luego este telegrama:

A C. Roche, Ingeniero en Jefe mision Flatters.

Constantina (Argelia).

Todo arreglado. Saldré esta noche: despues de pasar algunos dias con mi familia, me embarcaré en Marsella. Cuenta conmigo.

MARCEL RENAULT.

De vuelta á su casa, á la tarde, supo que Capdebosq habíá estado varias veces, manifestando cierta agitacion y mucho interés por verle. Marcel dijo á su criado que preparara un solo baul con lo mas indispensable para un corto viaje—hasta Argel, donde habíá de concluir los verdaderos preparativos—en seguida, escribió algunas cartas: á su padre y á su hermana anunciándoles su llegada á Marstrand, haciéndole sus últimas recomendaciones para cualquier caso ocurrente y dándole la direccion de su familia: sabíá que con un hombre del temple de su amigo, no habíá otras formalidades que cumplir.

Eran las seis de la tarde cuando concluyó Marcel estas disposiciones. Pidió que le trajesen cualquiera comida del restaurant, y se sentó á la mesa, abriendo un diario de la tarde, para procurar ahuyentar sus reflexiones. Pero leía sin comprender; y entre las líneas negras de un artículo literario ó político, flameaban nombres y palabras referentes á su catástrofe. De repente tuvo un sacudimiento ante un nombre que no era producto de su alucinacion, sinó realmente impreso—y leyó este suelto:

“ Esta mañana se encontró en el Sena, retenido en las cadenas del embarcadero del Puente de los Inválidos, el cadáver de un hombre joven aun y decentemente vestido. Las primeras pesquisas han comprobado fácilmente que el suicida es D. Fermin Correa, rico hacendado de Montevideo (Brasil), domiciliado en el Hotel Continental, con su familia. ”

“ El desgraciado padecía una amaurosis que fué declarada incurable por el eminente Dr. Galenowski, consultado hace pocos dias; y se atribuye el suicidio á la desesperacion causada por la conciencia de su funesta é irreparable situacion. Otra causa no puede existir, pues el señor Correa deja una mujer joven y bella que le adoraba, una encantadora niña, y, además, una fortuna valuada en cuatro millones de francos. ”

“ El suicidio ha tenido lugar entre las tres y cuatro de la mañana. Con motivo del baile de anoche en el mismo Hotel—el cual, digámoslo de paso, ha sido espléndido—el infeliz ha podido salir sin ser notado, gracias á su desconocimiento de la distribucion de la casa; ha

“ cruzado la calle de las Tullerías hasta el Sena,
“ precipitándose desde el Puente Real. ”

Cuando Marcel hubo concluido la lectura, él mismo se sorprendió por la insensibilidad con que recibiera la espantosa noticia: es que su alma estaba saturada de amargura desde la víspera. No había tenido tiempo para evaporarse un solo átomo de hiel de su envenenado corazón. Cuando está embebida la esponja, todo el Océano puede correr sobre ella sin agregarle una gota de agua.

—Y bien, había muerto Correa ¡famosa desgracia en su situación! En tales circunstancias lo difícil no es la muerte, es la vida!—Marcel se puso á jugar con un revólver que sacó de su colección de armas: estaba cargado y se preguntó un instante si la mas corta solución no era la mejor. Pero le volvió el recuerdo de esos valientes que iban á cruzar el Africa, esponiendo su vida para realizar una empresa útil á la humanidad: y avergonzado por su vacilacion, volvió á poner el arma en su lugar. El tambien se agregaría á ellos, puesto que se dignaban admitirle. Con el cansancio, las privaciones, las luchas y sufri-

mientos austeros, cauterizaría quizá la úlcera envenenada de su pecho. Tal vez el tórrido aliento del Simoun fumigaría al fin su alma contaminada. "Oh! deber, abnegacion, sacrificio, gloria de la patria—murmuraba sordamente—santas palabras! cuando seré digno de pronunciarlos? . . ."

En este momento entró Capdebosq, vestido de negro, con aspecto despavorido y desquiciado:

—Ah! mi pobre Marcel, qué tremenda catástrofe! . . ."

Y el bearnés se puso á contar con grandes exclamaciones y ademanes dramáticos—pues en cada meridional hay un actor inédito—las lúgubres escenas: la alarma causada en el Hotel, primero por la desaparicion de Correa, y despues por la venida del Comusario de Policia, anunciando el encuentro del cadáver. Se le había depositado provisionalmente en una salita desocupada. Despues de las comprobaciones legales que concluían naturalmente por el suicidio, D. Ventura y él, Capdebosq, habían procedido á anunciar gradualmente á Andrea la fatal noticia: pero estaba preparada, por una carta de dos renglones en que Fermin avisaba su resolucion.

—¡Qué escenas, amigo mio, y cómo sentíamos la falta de V.! Sin embargo, Andrea ha soportado el golpe con una firmeza admirable: nada de gritos ni quejas ruidosas, sólo se notan en su cara convulsada los estragos del dolor..... Rosita parece mas desconsolada y abatida..... Qué desastre! Cuando pienso que anoche estaba conversando con él antes de entrar en el baile!.... Pero, á propósito ¿por qué no se le ha visto á V. por allá en todo el dia?... Todos los amigos de la familia han estrañado su ausencia...

Marcel quedó un instante pensativo como vacilando entre el silencio y la confesion: pero la fisonomía franca y leal de Capdebosq, le decidió. Se sentó á su lado en el sofá y poniéndole la mano en el hombro, le habló con inusitada solemnidad:

—Capdebosq: por causas que me permitiré V. reservar todavía—y por supuesto, no se refieren á la persona de Rosita—se ha producido un rompimiento entre la familia de Miranda y yo. Es bueno que lo sepa V., para que evite promover conversacion á mi respecto y ocasionar situaciones penosas. Si alguna vez, tuviera V. que referirse

al efecto que en mí ha producido este desastre—
míreme á la cara—recordará V. que me encontró
en este día desesperado, anonadado: he perdido
para siempre á Rosita, amigo mio, y no tengo
nada que agregar! . . .

—Ah! mil legiones de diablos! qué me cuenta
V? exclamó Capdebosq estupefacto.

—Me marchó esta noche, sin otra despedida.
Me incorporaré á la mision Flatters la semana
próxima; pero como estaremos todavía mas de
un mes en los preparativos, si tuviera vd. algo
que comunicarme podrá dirigirse á Constantina
ó Laghouat—y pasado ese tiempo, mandar sus
cartas al Ministerio de Obras Públicas que me las
hará llegar.

—Pero, ¡qué idea la suya! ¿por qué no se
vuelve V. conmigo á la tierra?

—Amigo, contestó Marcel con gravedad, todos
debemos al país el impuesto de la sangre: V.
lo pagó el año 70—yo voy á pagarlo ahora en
Africa . . . y despues de esta esplicacion, quiero
pedirle un gran servicio. Es probable que la
familia Miranda vuelva pronto á Buenos Aires,
á consecuencia de este suceso; le ruego que la

acompañe, que arregle con ella el viaje, y haga en fin, lo que yo no puedo hacer.

—Se lo prometo, Marcel; contestó Capdebosq estrechándole la mano. . .

Pero el bearnés quedó pensativo y como perplejo por un pensamiento que vacilaba en comunicar á Marcel. Al fin, cediendo á un impulso irresistible, dejó de pasearse por el cuarto, y se paró delante de él:

—Yo soy un bruto ¡tá bueno! Pero no se me escapa todo. . . No pido explicaciones. . . pero sería la mayor barbaridad de la tierra, el que fueran ustedes desgraciados por cuestion de fortuna. . . Si es cosa de malos negocios, avíseme. Me fijo en cien mil patacones como en cien cuartos! Ya se vé: hombre solo! Mire V. que no le perdonaré en mi vida el no haber aceptado mi ofrecimiento. . . .

—Gracias, mi buen Capdebosq, dijo Marcel con un cordial apretón de mano—pero no es cuestion de dinero, y no necesito nada. . . . Ahora, agregó sacando su relój, debo decirle adios; y á es hora, y estamos á una legua de la Estacion de Orleans, yá sabe, trás del Jardin de Plantas. . . .

— ¡Pero, no faltaba más que le dejara ir solo exclamó Capdebosq con indignacion : ¡Le acompaño mil rayos de Dios! . . .

Era una tristísima noche de otoño parisiense, lluviosa y fria; y cuando Marcel en la Estacion, antes de encerrarse en su *coupé-lit*, dió á Capdebosq el abrazo de despedida, tuvo el presentimiento de una eterna separacion.

—Adios, mi viejo Marcel !—repitió diez veces el buen bearnés sin encontrar otra fórmula para pintar su emocion : pero sus ojitos enrojecidos se espresaban con la eterna elocuencia del alma—y cuando vió el tren alejarse, despues de un último saludo con la mano—se retiró cabizbajo, y llegado á la puerta, se sonó tres veces con estrépito.

Un mes despues, Marcel recibió esta carta :

SEÑOR MARCEL RENAULT.

Laghout (Argelia)—Mision Flatters

Paris, 15 de Noviembre de 188...

Mi querido amigo :

Nos embarcamos el 20 en el mismo vapor *Paraguay*, que nos trajo. ¡Cuántas cosas han pasado

desde entonces! Me he puesto á las órdenes de Andrea para el viaje, apesar de que vuelven con ella varias familias argentinas. Rosita no ha querido abandonar á Paris, hasta que su padre venga á buscarla. He notado un cambio muy señalado en su humor, que no se explica únicamente por la reciente desgracia de familia. Ella, antes tan suave y condescendiente, sobre todo con su hermana, se ha vuelto reconcentrada y terca . . . Manifestó con tanta energía su resolucion de quedarse en Paris, en el aristocrático convento de la calle de Sévres, que nadie intentó quebrantar su voluntad. Felizmente queda tambien doña Rosario—esperando las resultas del milagro de Lourdes.

Dice Rosita que quedará allí algunos meses, como pupila, perfeccionando su educacion—y que despues tomará una resolucion definitiva.

Mucho me temeria que esa resolucion no fuera otra que pronunciar votos solemnes, si no esperáran que V. á su vuelta influya en su decision. Quiero darle esta buena noticia que le alentará en sus trabajos: ella me ha hablado de V. en tono cada vez. . . . en fin, lo quiere siempre ; nom d'une

brique! Y espero que no cometerá el desatino de hacerse comer por los Touareg ó los chacaes en esa endemoniada expedición!

Vamos, otro abrazo, mi viejo amigo! y no se olvide de dar noticias tuyas á este criollazo de San José.

Juan B. Capdebosq.:

La desventurada mision Flatters, que partió de Ouargla el 4 de Diciembre, para cruzar de norte á sud el Gran Desierto africano, hasta el Sudan, había recorrido 1500 kilómetros en dos meses, El 15 de Febrero, los exploradores recibieron las últimas cartas de Europa: dos Touareg montados en *meharis*, entregaron la correspondencia traída por una caravana.

Había carta para Marcel; la abrió con gran latido de corazón. No contenía sino estas palabras, que se grabaron en su memoria y murmuró en el momento supremo como plegaria:

“Marcel: en medio de sus fatigas y peligros reciba estas palabras de consuelo. No tengo nada que perdonarle: su heroica resolución me ha hecho olvidar el mal y recordar el bien. Dios le proteja! Quedaré en Paris para esperarle.

ROSITA.”

Al día siguiente, el coronel Flatters, el ingeniero Roche y la mitad de su escolta, sucumbieron en una emboscada de los Touareg. El resto de la misión en que se encontraba Marcel, se había separado para establecer el campamento mas adelante: se resolvió entonces, emprender la retirada. Estaban á setenta y cinco días de marcha de la frontera civilizada; había que recorrer bajo los rayos ardientes del sol africano, y con escasas provisiones y cansadas monturas, el desierto poblado de enemigos.

Pero los dos jefes de la diezmada misión, el teniente Dianous y Marcel—que aunque sin título oficial, conquistó muy pronto gran prestigio entre los soldados por su energía y generosidad—eran de los que saben elevar sus almas á la altura de las mas crueles situaciones. Caminando de noche y haciendo alto de día en los parajes de posible defensa, la columna retrocedió perdiendo en cada etapa algunos hombres y animales. Escaseando las provisiones, carnearon los camellos, los onagros, y hasta esos galgos africanos llamados *slonguis* que suelen seguir las caravanas. Cada oasis era un campo de batalla y

cada pozo una emboscada. Pero aumentaba la debilidad, cuando las fuerzas eran más necesarias.

El 23 de Marzo, los desgraciados no tuvieron para comer mas que la yerba de los pantanos. Algunos dias, hasta el agua faltó. Y sin embargo, el grupo extenuado pero compacto, prosiguió su retirada hasta el 9 de Marzo, en que una partida de ginetes Touareg vino á ofrecerles algunos dátiles. Las provisiones estaban envenenadas con el beleño blanco, que cuando no mata, extenúa y agota las fuerzas con el agitado delirio de muchas horas . . . Pero al dia siguiente, las hordas infames acudidas como los chacaes para asistir á la agonía de la columna, la encontraron formada en batalla, prefiriendo ya la muerte del soldado á la prolongada agonía.

Marcel y el teniente Dianous alzaron trapos rojos en lugar de bandera en la punta de dos bastones, como señal de reto á la innoble é innumerable tribu de asesinos que asediaba cobardemente la columna. La muerte era para casi todos inevitable—y los pocos franceses que allí quedaban, se estrecharon la mano por última

vez. Y luego cargaron con la furia de la desesperacion al grito de *¡Viva la Francia!*

Cayeron uno por uno los valientes, en ese desigual combate que empezó á medio dia y concluyó á la puesta del sol: y ¡terrible espectáculo! los sobrevivientes asistían al martirio de los vencidos, al despojo y mutilacion de sus cadáveres. Cayeron Dianous, y el sargento Marjolet, y todos los franceses, en tanto que Marcel con su revólver al puño contenia todavía á un grupo de foragidos que le rodeaba. No se había apercibido de que el único francés restante, el sargento Pobeguia, con treinta indígenas fieles, había emprendido la retirada—para morir de hambre y cansancio pocos dias despues!... Marcel quedaba de pié, pero la bala de un largo fusil árabe le fracturó la pierna y cayó de rodillas. Entonces con el aullido del triunfo, los Touareg se arrojaron sobre él: pudo ver todavía á dos que rodaban bajo las balas de su revólver—y cayó de espaldas atravesado por veinte sables enemigos...

La noticia de la horrible catástrofe circuló en Paris desde mediados de Abril: pero no se confirmó sino paulatinamente la desesperante realidad.

Se dijo durante mucho tiempo que algunos franceses de la expedición sobrevivían, prisioneros de los Touareg.

Y á pesar de todo, Rosita que creía en Dior, esperaba todavía!...

FIN

